3 1761 08695785 9

HANDBOUND
AT THE
UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrascompleta01cerv

7840 4

A. W. Pepper.
Newcastle-under-Lyme
1889.

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES.

TOMO PRIMERO.

De esta Edicion sólo se han tirado TRESCIENTOS DIEZ ejemplares.

Núm.	1 al 50	en papel de hilo.		
—	51 al 300	—	contínuo.	
—	301 al 310	—	amarillento, inglés.	

EJEMPLAR NÚM. 183.

B

T. Houtiere del et sculp.

63-4

I

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES

DEDICADAS Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

TOMO PRIMERO.

LOS CUATRO PRIMEROS LIBROS

DE LA GALATEA:

EDICION DIRIGIDA Y ENMENDADA CON PRESENCIA DE LAS ANTIGUAS, Y PRINCIPALMENTE DE LA DE 1585,

POR D. CAYETANO ROSELL.

29036
1

MADRID,
IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1863.

AL SERMO. SR. INFANTE

D. SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA

SERENÍSIMO SEÑOR:

La empresa que he acometido de dar nuevamente á luz, formando coleccion completa, las obras de nuestro inmortal CERVÁNTES, tiene en V. A. R. su más legítimo y apasionado defensor. V. A. R. ha cooperado ya con su natural bondad á la realizacion de mi pensamiento, no sólo permitiéndome imprimir en la célebre casa de Argamasilla de Alba, hoy propiedad de V. A. R., la obra más insigne del primero y quizá más desventurado de nuestros ingenios, sino dignándose estampar por sus propias manos el pliego primero tambien de su admirable y admirado libro. Acércase, pues, éste á V. A. R., no con las embarazosas precauciones de la lisonja, sino con la franca seguridad del que va á satisfacer una deuda de gratitud. Hágale V. A. R. la merced de admitirle como cosa propia; y al concederme que grabe su augusto nombre en esta primera página, mostrará V. A. R. que quien así se complace en realzar la gloria póstuma de nuestro grande autor, le hubiera honrado en vida con generoso entusiasmo, dispensándole toda su consideracion y amistad y amparo.

Madrid, 1.º *de Enero de* 1864

A. L. R. P. DE V. A.

MANUEL RIVADENEYRA

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Damos á luz la presente coleccion de *Obras completas de Cervántes*, movidos, no por idea alguna de interesada especulacion ni por un vano anhelo de lucimiento: reducida esta edicion á limitado número de ejemplares, lo primero seria imposible; lo segundo, propósito temerario en quien, años há dedicado á esta profesion, conoce las dificultades del arte y las menguadas condiciones de nuestra Imprenta. Nuestro objeto ha sido, por una parte consagrar un tributo de respeto y admiracion al Príncipe de nuestros ingenios, y por otra incluir en una publicacion debidamente ordenada todas las obras, narrativas, líricas y dramáticas, que llevan el célebre nombre de nuestro autor, y las que, con fundamento sin duda, se le han atribuido en estos postreros tiempos: empresa ni realizada ni acometida hasta hoy, y que por su misma novedad se hace recomendable.

Del modo con que hemos llevado á cabo nuestro empeño, nada añadimos: quede reservado á juicio más desapasionado é inteligente. En la ejecucion material sólo nosotros tenemos parte; la literaria ha corrido á cargo de quienes, por haber sido los primeros que nos alentaron en nuestro propósito, hemos creido que serian tambien los que nos prestasen más eficaz auxilio, como nos le han prestado siempre que han tenido á bien aceptar nuestra preferencia.

Se ha cuidado con el mayor esmero de la reimpresion de los textos, valiéndose de las ediciones primitivas, y en su defecto, como ha sucedido alguna vez, de las más antiguas y autorizadas. Las ilustraciones se han limitado á las puramente precisas para la mejor inteligencia de los pasajes difíciles ó viciados, sin entrar en prolijas interpretaciones ni comentarios; tarea más propia de eruditos que de compiladores; y por via de apéndice, se han anotado todas aquellas variantes que resultan del cotejo de unas ediciones con otras, ó todas las enmiendas á que dan lugar los yerros manifiestos que suelen hallarse, así en las antiguas como en las modernas. En el *Quijote* son en tanto número, que no es extraño aparezca su catálogo un tanto voluminoso.

Algunas alteraciones que se han hecho en la forma meramente convencional de la composicion tipográfica, como por ejemplo, las divisiones en párrafos, pueden justificarse con la adecuada distribucion que se da á la materia por este medio, y con la claridad y realce que para los lectores adquieren los diálogos, descripciones y episodios que animan y embellecen este género de escritos; pero se ha conservado, en

su parte eufónica por lo ménos, la ortografía, bien que vária é inconsecuente, de la época, por lo que influye en la contextura etimológica de las voces, y quizá en la armonía y peculiar carácter del lenguaje. Con estas prevenciones, y las advertencias que van al frente de cada una de las obras contenidas en la Coleccion, fácilmente se comprenderá el plan y método que se han observado en ella.

Sólo la *Galatea* carece de la nota preliminar y de las innumerables que hubieran podido añadirse á su conclusion, porque con reproducir exactamente, ménos en tal cual errata de que adolece, la edicion que tenemos á la vista, y que difiere bastante de las comunes, nos creemos dispensados de una y otra formalidad, que no contribuirian más que á ocupar espacio, sin provecho alguno. A falta de la primera edicion, que no hemos podido lograr (tan rara ha llegado á hacerse), hemos disfrutado la que publicó en Alcalá Juan Gracian, el año 1585; segunda, en nuestro concepto, porque el privilegio, firmado por Lúcas Gracian de Antisco, lleva la fecha de 1.º de Febrero de 1584, en que salió á luz la primitiva; la tasa es de 13 de Marzo de 1585, y en ésta se hace mencion del libro que *imprimió* Miguel de Cervántes, intitulado *Los seis libros de Galatea*. Esta última indicacion da lugar á otra sospecha. En la portada de la edicion de 1585 se dice: *Parte primera de la Galatea, dividida en seis libros;* si pues en la anterior se decia: *Los seis libros de Galatea*, parece como que Cervántes dió el asunto por completo en la primera edicion, y varió de designio en la segunda, dejándolo pendiente para otra parte. Esta conjetura sólo podria aclararse confrontando el final de ambas ediciones, por si en ellas se advierte esta diferencia.

El ejemplar que nos ha servido de texto pertenece al señor don Pedro Salvá, erudito bibliógrafo de Valencia, cuya rica librería es tan conocida y estimada en España como en el extranjero. Consignamos aquí su nombre, que es el menor testimonio que podemos ofrecerle de nuestra gratitud.

Con la Biografía escrita por el difunto señor Aribau, á cuya memoria rinde este postrer tributo una amistad de cuarenta años; con las Investigaciones del señor don Cayetano Alberto de la Barrera, y las Notas del señor don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, creemos haber reunido, áun á riesgo de repetir algunos, cuantos datos existian y cuantos descubrimientos se han allegado recientemente acerca de la vida y escritos de nuestro autor. Si lo hemos conseguido, no será nuestra la gloria, pero nos cabrá la satisfaccion de haber coadyuvado al generoso propósito de los que vinculan en ella sus esperanzas y sus afanes.

VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

escrita para la Biblioteca de Autores Españoles, *en* 1845,

POR DON BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

Más de un siglo despues de muerto MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, apénas eran conocidos los principales sucesos de su vida, hasta que lord Carteret, en obsequio á Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, encargó á don Gregorio Mayans la biografía de aquel español esclarecido, que siendo la admiracion del mundo, yacia casi olvidado en su propia patria. Desde entónces se manifestó picado el pundonor nacional, y los más eminentes literatos y curiosos investigadores de nuestras glorias, el padre maestro Sarmiento, don Juan de Iriarte, don Agustin de Montiano y Luyando, don José Miguel de Flores, fray Alonso Cano, obispo de Segorbe; don Vicente de los Rios, don Juan Antonio Pellicer y otros de ménos nombradía, se empeñaron en esclarecer la verdad, logrando importantes descubrimientos; por último, don Martin Fernandez de Navarrete, añadiendo á los hallazgos de los precedentes el fruto de sus nuevas pesquisas, escribió la vida de CERVÁNTES con tanta copia de datos, tanta finura de crítica y tanta pureza de diccion, que nada dejó que desear. Nuestra tarea es más fácil : libres del deber de demostrar hechos, ántes dudosos y ahora averiguados, podemos dar á nuestra relacion el tono de certidumbre que conviene, apuntar ligeramente como problemático lo que se ha ocultado á la diligencia de tan insignes maestros, y entre las vicisitudes de

una vida inquieta y atribulada, descubrir la belleza de un alma tan generosa en sus impulsos como rica en todas las prendas del ingenio (1).

Cesó la competencia entre las siete poblaciones que se disputaban la honra de haber recibido, al nacer, al príncipe de nuestros escritores; quedan eliminadas Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan: documentos irrecusables deciden á favor de Alcalá de Henares, ufana de tan gloriosa maternidad. Allí nació MIGUEL DE CERVÁNTES, y fué bautizado en Santa María la Mayor á 9 de Octubre de 1547. La tradicion señala todavía los restos de la casa en que dicen se crió, enclavados hoy en la huerta de los Capuchinos y reducidos á una pared y puerta tapiada, con indicios de la pobreza de sus antiguos huéspedes. Ignóranse las circunstancias que fijaron en Alcalá la residencia de la familia de CERVÁNTES. Llamábase su padre Rodrigo, su madre doña Leonor de Cortinas, natural de Barajas; su abuelo Juan de Cervántes, corregidor de Osuna, donde dejó buena memoria de su gobierno, y descendiente (si es exacto el árbol genealógico publicado) del gran Alfonso Nuño, alcaide de Toledo, cuya rama vino á entroncarse con la de los reyes de Castilla, por medio de doña Juana Enriquez de Córdoba y Ayala, segunda mujer de don Juan II. Sea como fuere, su familia era conocida como de hidalgos principales, aunque decaida de su antiguo esplendor, á causa de los esca-

(1) A más de las noticias y documentos contenidos en las obras de los citados escritores, hemos tenido á la vista unos extensos estudios sobre CERVÁNTES, que en el año de 1832 preparaba en París para la impresion el señor Arrieta, conocido ya por otros trabajos literarios. Este curioso manuscrito, fruto de largos años de lectura y meditacion, se halla en poder de nuestro amigo el señor Hartzenbusch, quien ha tenido la bondad de facilitárnoslo para consultar; y no será éste el único favor que le deberá nuestra *Biblioteca*. Otra adquisicion mucho más preciosa hubiéramos podido lograr, admitiendo el generoso dón que nos ofreció el señor Quintana, de la biografía de CERVÁNTES, que tiene escrita con destino á su aplaudida obra de las *Vidas de españoles célebres*. En poco estuvo que no rompiéramos lo que habíamos borroneado, sustituyéndolo tan ventajosamente, y encabezando nuestra coleccion con un nombre tan respetable como el del digno patriarca de nuestra literatura; y aunque él mismo con su amable franqueza nos manifestó que tal vez no podria convenirnos su produccion, por lo distinto del objeto á que se encaminaba, no hubiéramos seguido por esta vez su consejo, á no considerar que con ello descabalábamos en cierta manera una obra, cuya deseada continuacion ha de aumentar, si es posible, la justa nombradía de su autor. Con su autorizacion nos hemos aprovechado de algunas ideas; y más que de haberlas concebido, si fuesen nuestras, nos gloriaríamos de haber merecido esta muestra de aprecio, y de rendirle este homenage de sincera gratitud.

sos bienes de fortuna, que con bastante frecuencia son señales de hereditaria honradez en repúblicas de cierta manera organizadas. Y como esta misma condicion era entónces, áun más que en nuestros dias, obstáculo para ejercer ciertas profesiones lucrativas sin dejar de ser honestas, la escasez de recursos de los padres de CERVÁNTES, sobrecargados ademas con el sustento de otros hijos, no les habria permitido darle la educacion que á su clase correspondia, si su residencia en Alcalá, emporio en aquel tiempo de las ciencias y liberales estudios, no les hubiera facilitado los medios económicos de atender á esta obligacion, cultivando desde la cuna aquella clarísima y fecunda inteligencia.

Pocas noticias tenemos de los primeros años de CERVÁNTES, como no sea por algun fugaz recuerdo expresado casualmente en sus escritos. Así sabemos que siendo todavía muchacho, vió representar al famoso Lope de Rueda, insigne farsante y autor dramático, quien por aquellos tiempos vino de Sevilla, su patria, á Madrid y otras poblaciones de Castilla, á dar muestras de su rara habilidad; y quedaron tan impresos sus versos en la memoria de CERVÁNTES, que áun en edad muy provecta se deleitaba en recitarlos como modelo de cómica elocucion (1). Desde tan tierna edad mostró decidida inclinacion á la poesía, aunque, segun él mismo confiesa, no le fué concedido este dón por el cielo, que por otros caminos á la cumbre de la gloria le guiaba (2). De aquella vivacidad y donaire, que conservó constantemente hasta despues de recibida la Extrema-uncion, pode-

(1) «Yo, como el más viejo que allí estaba (escribia en el prólogo de sus *Comedias*, impresas en 1614), dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento..... y aunque por ser muchacho yo entónces, no podia hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho.»

(2)

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía.

(*Viaje del Parnaso*, pág. 596.)

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.

(*Ibidem*, pág. 589.)

Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco.

(*Ibidem*, pág. 589.)

mos inferir la que descubriria desde niño, porque estas son prendas que nacen con el hombre, y no se adquieren, aunque sí se dirigen y regularizan por el trato y la educacion.

De sus primeros maestros sólo conocemos el nombre del presbítero Juan Lopez de Hoyos, varon piadoso y grande humanista, que despues fué nombrado catedrático de gramática latina en el estudio de la villa de Madrid, de donde era natural, y posteriormente cura de la parroquia de San Andrés. Es de creer que CERVÁNTES aprenderia con singular aprovechamiento, si se atiende á los elogios y expresiones de cariño que le prodigó su maestro, segun verémos dentro de poco. Su aplicacion, por lo ménos, y ánsia de saber era tanta, que á tenor de lo que él mismo refiere, iba recogiendo para leer los papeles rotos que encontraba por las calles (1). Sus obras demuestran que, sin menoscabo de su ingenio y propio caudal, poseia una erudicion no vulgar, y abundante lectura de los buenos autores, á quienes unas veces alude y otras cita, si bien con frecuente descuido é infidelidad; y esto explica satisfactoriamente la interrupcion de sus estudios á consecuencia de su agitada vida, que pudo muy bien y debió debilitar la forma material de sus primeras sensaciones literarias, pero nunca borrar el espíritu de ellas, ni la oportunidad y gracia con que se fundian y á su propósito se amoldaban en la activa oficina de su entendimiento. Si hubiese seguido alguna carrera literaria, tal vez se hallaria privado el mundo de aquellas obras, donde más que la ostentacion de las ideas ajenas, campea y resplandece la originalidad de las propias, y sobre todo, aquella travesura y práctica del mundo, que se aprende mejor en las posadas, campamentos y cárceles, que en las graves universidades, áun entre los pasajeros desahogos y escapadas de la bulliciosa estudiantina. No los hubo de desconocer CERVÁNTES, supuesto que los describió con singular maestría en repetidos pasajes; y de aquí han sospechado algunos que estudió dos años de filosofía en Salamanca. Realmente ha asegurado alguno haber visto en los apuntamientos de las matrículas correspondientes á aquellos años inscrito el nombre de un MIGUEL DE CERVÁNTES, que por más señas vivia en la calle de Moros; y las alusiones tópicas y de costumbres que se notan en varios pasajes de sus obras, y sobre todo en su novela de la *Tia fingida*, dan á entender que no hablaba de oidas ciertamente. Sin embargo de todo, se hace difícil com-

(1) Y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles...
(*Don Quijote*, primera parte, cap. IX, pág. 245.)

prender cómo, no hallándose muy holgada en recursos la familia de CERVÁNTES, y viviendo cabalmente en Alcalá, donde se daba á la juventud abundante instruccion en las ciencias que privaban en aquella época, pudo determinarse á sostener esta nueva carga, á no ser que recibiese el auxilio de un protector hasta aquí desconocido, ó que, con mengua de su hidalga condicion, consintiese un mozo tan bien dispuesto la vida desairada de sopista.

De todas maneras, se hallaba CERVÁNTES en Madrid cuando, en 24 de Octubre de 1568, celebraba la villa en las Descalzas Reales las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, mujer de Felipe II, cuya temprana muerte, combinada con otros sucesos contemporáneos, dió ocasion á tantas hablillas entre los desocupados, y á tan misteriosos comentarios entre los historiadores. El maestro Juan Lopez de Hoyos, ya citado, tuvo el encargo por el Ayuntamiento de componer las historias, alegorías, geroglíficos y letras que debian colocarse en la iglesia, y con este motivo publicó una relacion de la enfermedad, muerte y funerales de aquella princesa, insertando allí várias composiciones poéticas de sus discípulos, unas en latin y otras en castellano. Entre ellas figura con expresa y particular recomendacion el nombre de MIGUEL DE CERVÁNTES al frente de un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía en tercetos, compuesta en nombre de todo el estudio, y dirigida al cardenal Espinosa, inquisidor general (1).

Tales son las primicias que conocemos de aquel grande ingenio, las cuales por su mérito intrínseco estarian ya olvidadas, si el vuelo que tomó despues no hicieran interesante y curioso cuanto á él se refiere, y más que todo, sus primeros arranques. En mucho los estimaria su maestro, cuando en la referida relacion colma de elogios á su autor, llamándole repetidamente su *caro y amado discípulo*, que lo habria sido anteriormente sin duda, supuesto que á la sazon contaba ya veinte y un años. Ni deben extrañarse estas muestras de admiracion, que ahora pasarian por desmedidas, si se considera el estado de la poesía española en aquella época.

El gusto no estaba formado aún; en las manos de la juventud apénas corrian más libros que las primitivas ediciones de los cancioneros; todavía las obras de Boscan y Garcilaso no se vendian *por dos reales*, como decia Quevedo más de treinta años despues; la mayor parte de las buenas composiciones de la primera mitad del siglo XVI se hallaban inéditas; la nove-

(1) *Poesías sueltas*, pág. 612.

dad daba el nombre de divinos á poetas muy medianos; los mayores ingenios de aquel siglo, fray Luis de Leon, Hernando de Herrera y otros, borroneaban á sus solas los preciosos ensayos de su juventud; don Alonso de Ercilla, recien venido de Chile, arreglaba los borradores de su *Araucana*, y en aquel mismo año y mes nacia en Valdepeñas Bernardo de Valbuena: no debe, pues, sorprendernos el que los más allegados á CERVÁNTES, los que disfrutaban de su conversacion animada, llena de brío, salpicada de gracia, adivinasen ya, por sus primeras tentativas, lo que en otro género habia de ser despues.

Probablemente en esta ocasion hubo de conocerle y cobrarle afecto monseñor Julio Aguaviva, hijo de los duques de Atri, y muy estimado de la santidad de Pio V, quien le envió desde Roma, en calidad de legado, so capa de dar á Felipe II el pésame por la muerte del príncipe don Cárlos, y con el encargo de arreglar asuntos relativos al ejercicio de la jurisdiccion eclesiástica, con motivo de ciertas competencias ocurridas en el estado de Milan. Habia á la sazon subido de punto el sombrío humor del Rey, á consecuencia de disgustos de familia, lo cual, unido á su extrema delicadeza en cuanto se rozaba con las regalías de la corona, dió lugar á que el Legado fuese recibido con desabrimiento y despachado no muy á su gusto, pues en 2 de Diciembre se le expidieron sus pasaportes para que saliese de España, por via determinada, en el término de sesenta dias. Era Julio Aguaviva mozo virtuoso y de muchas letras; tenia poco más de veinte años, y á los veinte y cuatro recibió el capelo; gustaba mucho, segun el testimonio de Mateo Aleman, de tratar á los hombres de ingenio, á quienes obsequiaba magnificamente. Prendado de las buenas disposiciones de CERVÁNTES, le recibió á su servicio en clase de camarero, y le llevó consigo á Italia.

Este viaje fué para CERVÁNTES de sumo aprovechamiento, por cuanto desenvolvió en gran manera su genio observador. Por las descripciones de países y de costumbres que diseminó en numerosos pasajes de sus obras, se puede casi trazar la ruta que llevó por Valencia, Cataluña, el mediodía de la Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana, hasta la capital del orbe católico. Hallábase entónces la Italia en el mayor grado de cultura literaria: áun resonaban en ella los cantos del Tasso y del Ariosto; delantera á todas las naciones en la grande obra del renacimiento, áun conservaba frescamente impreso el sello de Leon X, de los Médicis y del mismo Cárlos V, quien, sea dicho de paso, favorecio más la literatura italiana que la

nuestra. Grande era el concurso de españoles en aquella península, cuyos dos extremos y aislados apéndices formaban parte de la vasta monarquía de Felipe, como puntos avanzados para observar el Levante y amenazar las contrapuestas costas africanas. Unos pasaban allá con gobiernos, magistraturas y otros cargos de pública administracion; otros iban á militar bajo las temidas banderas guiadas por acreditados capitanes; otros acudian de propósito á instruirse en aquellas famosas universidades y colegios, entre los cuales descollaba el fundado en Bolonia por el cardenal Albornoz para sus compatriotas; otros, por fin, más escasos de medios, visitaban el país á la sombra de algun príncipe protector, de cuyo servicio los más bien nacidos no se desdeñaban.

El palacio de un hombre tan ilustre, cortesano y accesible como el futuro cardenal, debia de ser frecuentado por los buenos ingenios que florecian entónces en Roma; y allí trataria CERVÁNTES á algunos que formarian su gusto, excitarian su emulacion, y áun le pegarian los italianismos de que se resienten alguna vez sus escritos. Pero este género de vida duró poco: sin ningun motivo de desagrado, dejó CERVÁNTES una casa de la cual conservó siempre gratas memorias. En el año de 1571 habia sentado ya plaza de soldado en los tercios españoles. O tedioso de la domesticidad, que no cuadraba á su carácter independiente, ó lo que es más probable, ambicioso de todo género de gloria en un siglo entusiasta y emprendedor, abrazó con ardimiento una carrera que atraia á la noble juventud, y en que los ánimos esforzados veian ocasiones honrosas de distinguirse y de medrar. Al orgullo nacional se agregaban entónces estímulos muy activos, por la relacion que tenian con las ideas religiosas y civilizadoras. El ser español era todavía un timbre de gloria : los conquistadores del Nuevo Mundo aspiraban tambien á mantener su disputada superioridad en el antiguo, y desafiaban arrogantes á todas las naciones en el proceder generoso, en el valor de su ánimo y en la fuerza de su espada.

El sultan Selim II se habia apoderado alevosamente de la isla de Chipre, perteneciente á la república de Venecia, la cual imploró desde luego el auxilio de los príncipes de la cristiandad, aunque por celos y rivalidades no todos ellos respondieron á su llamamiento. El rey Felipe, sin embargo, excitado por el Pontífice, acudió presuroso al peligro comun, y sin prévio tratado formal facilitó sus naves y sus tropas para la expedicion, que sin gran resultado se emprendió en el verano de 1570, bajo el mando de Marco Antonio Colonna. A ella, en la humilde parte que le cupo, concurrió

MIGUEL DE CERVÁNTES, supuesto que tal fué el destino de su compañía, mandada por Diego de Urbina, capitan valerosísimo, dependiente del tercio de don Miguel de Moncada, jefe no ménos famoso por sus hazañas.

Por la primavera del año siguiente de 1571 se concertó la liga contra el Turco entre su Santidad, el rey de España y la señoría de Venecia; y en el mismo tratado se nombró generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra á don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, quien, aprestándose con la celeridad del rayo, voló á organizar sus escuadras, que zarparon del puerto de Mesina, en 15 de Setiembre, con el presentimiento de una gloriosa jornada. Tal fué la del 7 de Octubre inmediato en las aguas de Lepanto, donde forzada á batirse por su situacion la armada turquesca, recibió el mayor descalabro que vieron los siglos. Dividida la de los coligados en tres escuadras de combate y dos de reserva, formaba el ala izquierda la que mandaba Agustin Barbarigo, proveedor general de Venecia, y por ella empezó el ataque sobre mediodía, empeñándose la reñida accion por todo el resto de las fuerzas. En esta escuadra tenia su puesto la galera *Marquesa*, de Juan Andrea Doria, mandada por Francisco Sancto Pietro; y en ella gemia CERVÁNTES, postrado por unas calenturas, que le dispensaban de todo servicio. Pero apénas supo que se iba á entrar en combate, se levantó precipitado y corrió á su puesto. En vano su capitan y sus amigos quisieron persuadirle á que se estuviese quédo abajo en la cámara de la galera. «Señores, respondió, ¿qué se diria de MIGUEL DE CERVÁNTES? En todas las »ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su Majestad y se »ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así, ahora no haré »ménos, aunque esté enfermo e con calentura: más vale pelear en servicio »de Dios é de su Majestad é morir por ellos, que no bajarme so cubierta.» Pidió con las mayores instancias á su capitan que le colocase en el lugar más peligroso, y así lo hizo éste, destinándole á la cabeza de doce soldados en el lugar del esquife. Desde allí, rechazando con valor y hasta el fin las arremetidas de los enemigos, recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que le quedó estropeada hasta el punto de no poder ya más valerse de ella (1).

Concluida la batalla, despues de una breve estacion en el puerto de Pe-

(1) Así resulta de las declaraciones prestadas en 1578 por los alféreces Mateo de Santistéban y Gabriel de Castañeda, en la informacion hecha ante un alcalde de corte, á solicitud de Rodrigo de Cervántes, para obtener los medios de rescatar á su hijo MIGUEL.

tela para reparar las averías, volvieron las fuerzas navales á Sicilia, desde donde se repartieron los buques en varios puertos de Italia, para la próxima invernada. CERVÁNTES permaneció en el hospital de Mesina, curándose de sus heridas, agravadas por efecto de sus otros males: la curacion fué larga, supuesto que duraba todavía en el mes de Marzo del año siguiente, con el consuelo de verse atendido por su ilustre general el señor don Juan, quien, tan terrible para sus enemigos en el campo como benévolo y amoroso para sus soldados, hizo el debido aprecio de sus merecimientos, le socorrió várias veces, y le aventajó en tres escudos al mes, cuando ya restablecido se halló en el caso de volver al servicio.

A fines de Abril de 1572 se vió incorporado en el tercio de don Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del esclarecido Marqués de Santa Cruz, concurriendo bajo las órdenes de Colonna á la jornada de Levante, y bajo las del Generalísimo á la empresa de Navarino. En medio de los brillantes proyectos que para la próxima campaña se concebian, los manejos de la Francia lograron apartar á los venecianos de la liga formidable que iba á anticipar en más de doscientos cincuenta años la independencia de la Grecia. Así que, desviado el golpe que debia descargar sobre el Turco, vino á caer sobre las potencias berberiscas. Pero en vacilaciones y consultas perdióse la mejor estacion, y hasta fines de Setiembre de 1573 no salió de Palermo la expedicion, que se posesionó del fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez, donde don Juan de Austria, harto confiado en la benevolencia de su hermano, soñaba en asentar su codiciada soberanía. De esta expedicion fue parte el tercio de Figueroa, y tal vez CERVÁNTES pertenecia á las cuatro compañías del mismo, que, segun la expresion de Vander Hammen (1), hacian temblar la tierra con sus mosquetes. No se hallaba CERVÁNTES en aquel país cuando al año siguiente se perdieron Túnez y la Goleta, pues habia pasado á Cerdeña de guarnicion, despues al Genovesado, y de allí á Nápoles y Sicilia, á las órdenes del Duque de Sesa, siendo en todas ocasiones un modelo de valor y de subordinacion militar.

Á pesar de tantos esfuerzos, no mejoraba la suerte de CERVÁNTES, reducido á la miserable condicion de simple soldado. Ansioso de volver á ver su patria y de obtener algun premio por sus servicios, solicitó su licencia, y la obtuvo desde luego del señor don Juan, quien le proveyó de expresivas cartas de recomendacion para el Rey, su hermano, á fin de que se le

(1) VANDER HAMMEN, *Historia de don Juan de Austria*, lib. IV.

confiriese alguna compañía; el duque de Sesa escribió tambien encarecidamente en su favor á su Majestad y á los ministros. Con tan buen recaudo salió de Nápoles en la galera de España llamada *El Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo, de Pero Diez Carrillo de Quesada, gobernador que fue de la Goleta y despues general de artillería, y de otras personas de cuenta.

Pero tan lisonjeras esperanzas habian de desvanecerse en un momento. Navegaba la galera *El Sol* la vuelta de las costas de España, cuando en 26 de Setiembre de 1575 se encontró rodeada de una escuadrilla de galeotas, que mandaba en persona el arnaute Mamí, renegado albanes, capitan de la mar de Argel, que era destino de importancia en aquel reino. Diéronle caza tres de estos bajeles, de los cuales el uno era de veinte y dos bancos, al mando del arráez Dalí Mamí, tambien renegado griego, y atacándola con denuedo, vinieron al abordaje y la rindieron despues de obstinada é inútil resistencia. La galera fué conducida á Argel, y lo mismo su tripulacion y pasajeros, á sufrir todos los trabajos y humillaciones de la cautividad.

El ánimo se estremece á la relacion del indigno trato que sufrian los infelices cristianos cuando caian en poder de hombres tan desalmados, dentro de aquella madriguera de piratas, que con mengua de la Europa y escándalo de la posteridad subsistió todavía por espacio de dos siglos más, con las mismas mañas, amenazando aún despues repetirlas, hasta que en 1830 convino á los intereses políticos de la Francia vengar de tamaño ultraje á la humanidad. Los cautivos eran adjudicados por tasacion á los partícipes en el atentado, y éstos quedaban dueños absolutos de sus personas, con potestad de vida y muerte, sin que legislacion alguna coartase ni regularizase los derechos del señor sobre su siervo. Destinábanlos á los trabajos más penosos, los encerraban en baños pestíferos, cargados de cadenas; los vendian y trocaban á su placer, exigian por su rescate cuantiosas sumas, hasta dejar arruinadas á sus familias; y á la menor falta ó desman los ahorcaban con la más fria indiferencia, ó les infligian castigos todavía más atroces. Al mismo tiempo procuraban con halagos, con promesas y con la perspectiva de una holgada fortuna, inducirles á renegar de su fe. Por lo demas, les permitian el ejercicio de su culto, que llegó á celebrarse con cierta ostentacion. «Probablemente (escribia Clemencin en 1832) no se hubiera permitido entónces otro tanto á los moros cautivos en España.» Es verdad, y debemos hacer justicia á nuestros mismos enemigos, que á pesar de su barbarie, dejaban al hombre este último asilo y consuelo inestimable en medio de las mayores miserias y más duros trances de la vida.

Cupo nuestro CERVÁNTES en suerte al arráez Dalí Mamí, que le habia apresado, y que por el agradable aspecto de su cautivo, por el señorío de sus maneras, por su bravura en el combate, por el respeto que, no obstante sus juveniles años, le manifestaban sus compañeros de desgracia, y sobre todo, por las encarecidas cartas de recomendacion que le encontró de sus ilustres jefes, hubo de tenerle por persona principal, de quien podria obtener un gran rescate. Experimentado en los medios de tan abominable granjería, le trató con todo el rigor compatible con la conservacion de su mísera existencia, teniéndole muy guardado y sujeto, y valiéndose de los padecimientos de un infeliz para la satisfaccion de su codicia; de suerte que las mismas prendas exteriores y morales con que habia dotado el cielo á CERVÁNTES, las muestras de aprecio que en una ocasion singular habia recibido, sirvieron sólo para su mayor tormento.

Situacion era esta capaz de abatir al hombre más esforzado; pero el alma de CERVÁNTES era inflexible: una idea única se apoderó de ella desde el momento en que se vió privado de su libertad: la de recobrar este bien, que no tiene precio. Ésta es la parte más interesante de toda la vida de CERVÁNTES: en ella se engrandeció su alma altanera, se aguzó su ingenio, y subieron de punto su heroismo y generosidad. Afortunadamente no escribimos una novela, aunque lo parece: ningun suceso de cuantos le atañen se halla más plenamente justificado que esta serie de tentativas arriesgadas, en que á cada paso comprometió su cabeza para alcanzar su libertad, y cuando no, para salvar la vida de sus cómplices y clientes en causa tan gloriosa (1).

A pesar de tanta vigilancia, no tardó en presentársele oportunidad de fugarse de la casa de su amo; y buscando un moro que le sirviese de guía, le indujo á que le acompañase por tierra hasta Orán, plaza de la costa, que ocupaban los españoles. Reuniéronsele para esta empresa varios cautivos de su predileccion, con quienes, á costa de aumentar su riesgo, quiso compartir el beneficio, siendo el alma y el caudillo de esta expedicion, como lo fué siempre de todas las demas tentativas que trazó y dispuso su fecundo ingenio, estimulado por el deseo de la libertad. Pero despues de haber andado alguna jornada, el moro abandonó á los fugitivos, quienes tuvieron que volver á Argel á recibir severos castigos de sus patrones. El de CERVÁNTES, que, segun noticias, no era de los ménos duros, redobló sus cadenas y estre-

(1) La informacion de que hablarémos despues, comprueba todos estos hechos de un modo que no deja la menor duda.

chó más y más su triste encerramiento para asegurar la esperanza de un buen rescate.

Así que la familia de CERVÁNTES tuvo noticia de la desgracia, hizo los mayores esfuerzos con el fin de juntar los medios necesarios para el recobro de tan caras prendas : desde luego malvendió su corto patrimonio, empeñó las dotes de las hijas, recurrió á los amigos, y sujetándose á toda clase de privaciones, quedó reducida á la mayor estrechez. Este caudal de lágrimas llegó á Argel más de dos años despues del apresamiento; pero por su cortedad no pudo satisfacer las exigencias de Dalí Mamí, que no quiso soltar á su cautivo; y así, fué aplicado al rescate de su hermano Rodrigo, quedando MIGUEL sin más esperanzas de salvacion que las que el cielo quisiese depararle. El único recurso que tuvo en aquella amarga separacion, fué encargar á su hermano que al llegar á las costas de las Baleares ó de Valencia, procurase expedirle una embarcacion, que atracando de noche en punto determinado, tomase á su bordo á los cautivos, que se hallarian prevenidos para el caso. Cumplió Rodrigo fielmente este deber fraternal, y provisto de cartas é instrucciones de varios caballeros que entraban en el plan, habilitó inmediatamente una fragata armada, al mando de un tal Viana, marino arrojado, y práctico conocedor de aquellas costas. El punto de la recalada se designó junto á una casa de campo sita á tres millas al Este de Argel, propia del alcaide Azan, renegado griego, y cultivada por un cautivo natural de Navarra, conocido bajo el nombre de Juan el Jardinero. Habia allí una cueva muy oculta, donde fueron con mucha anticipacion guareciéndose los cautivos, á medida que iban escapándose de las casas de sus amos. Juan velaba por su seguridad; CERVÁNTES con suma diligencia y disimulo dirigia aquella maquinacion, proveyendo á todo y ofreciendo este medio de fuga á los cautivos de su confianza. Pero la depositó muy sobrada en uno que llamaban el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fe en la juventud, se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este cuidaba de comprar los víveres y conducirlos á la cueva con el recato que es de suponer, y debia ser uno de los prófugos. Todo estaba dispuesto : la noche, aunque incierta, de la libertad se iba acercando, y CERVÁNTES se ocupaba en recoger á sus amigos más rezagados, con el disgusto de no haber podido atraer al doctor Antonio de Sosa, eclesiástico de estoica virtud, que lleno de achaques y guardado con especial vigilancia por su amo, no pudo ó no quiso acompañarle.

Llego por fin la fragata, que manteniéndose en franquía todo el dia 21 de Setiembre, se arrimó ya de noche, y su tripulacion verificaba el desembarco, cuando amedrentada por unos moros que acertaron á pasar por aquel sitio, tuvo que hacerse á la mar. Volvió en seguida; pero alarmada ya la poblacion de aquel campo, que acudió y se puso en acecho, no solamente frustró la tentativa, sino que arrojándose sobre la embarcacion, la apresó con toda su gente. Quedaron, en consecuencia, los de la cueva privados de toda esperanza y socorro, pues no volviendo á parecer el Dorador, carecian de todo alimento, y se hallaban reducidos á la mayor desesperacion. A los tres dias le vieron por fin; pero conduciendo al comandante de la guardia del Rey con veinte y cuatro infantes armados de alfanges, lanzas y escopetas, y algunos turcos de á caballo. Encamináronse todos derechamente á la cueva, y al oir el rumor de las pisadas y amenazas, tuvo tiempo Cervántes de advertir á sus compañeros que descargasen sobre él toda la culpa; en seguida se adelantó á encararse con el comandante, diciendo con singular entereza que el solo habia fraguado aquel proyecto y seducido á los demas; así que, sobre él solo debia recaer cualquier castigo. Asombrados los agresores, tanto como los capturados, en vista de tan rara presencia de ánimo, despacharon un propio al Rey, quien mandó que todos aquellos infelices fuesen conducidos á su baño, y que á Cervántes solo le llevasen á su presencia. Así se verificó, y así tuvo que entrar en Argel el animoso jóven, maniatado, á pié, y perseguido por los insultos de aquel bárbaro populacho.

El lector adivinará que quien delató esta conspiracion fué el mismo Dorador, que en efecto, mudando de propósito y viendo frustradas por entónces sus esperanzas de libertad, quiso sacar partido de su posicion, y renegando segunda vez, vendió á sus cómplices, congraciándose con el Rey. Poco tiempo pudo gozar la recompensa, pues murió miserablemente tres años despues, en el mismo dia 30 de Setiembre, aniversario de su infame traicion.

Era el rey Azan hombre muy diferente de su antecesor Uchalí, en quien reconocian los cautivos ciertos rasgos de hidalguía, que honran su memoria. La ferocidad de aquél era sin límites : trataba á sus esclavos peor que á las bestias, teniéndolos en la mayor desnudez y necesidad; sentia cierta fruicion incomprensible en atormentar á sus semejantes, y se deleitaba en ejecutar con sus propias manos los suplicios á que caprichosamente los condenaba. Cervántes le caracterizó perfectamente con un magnífico

pleonasmo, diciendo que era condicion suya el ser homicida de todo el genero humano (1). Nada podia, pues, halagar tanto sus perversos instintos como la ocasion que espontánea se le ofrecia, sobre la ventaja que lograba en sus intereses. Porque es de advertir que por costumbre de aquella bárbara república eran propiedad del Rey los esclavos perdidos ó fugados que cogian sus esbirros, y así es que valiéndose ó abusando de este derecho, tenia cerca de dos mil encerrados en su baño, que así se llamaban por allí los depósitos de tan lastimosa mercadería.

Puesto CERVÁNTES á la presencia de este monstruo, tuvo que sufrir un capcioso interrogatorio, acompañado de terribles amenazas. Habia en el Rey la intencion de extender el número de los culpados para aumentar su botin, de modo que avisado el padre Jorge Olivar, de la Orden de la Merced, comendador de Valencia, que á la sazon se hallaba de redentor en Argel, de que se intentaba complicarle, tomó sus precauciones y trató de salvar en manos del doctor Sosa sus ornamentos y vasos sagrados de la profanacion de los infieles, por si llegaba el caso de prendérsele. Mas, á pesar de todos los medios que se usaron para vencer la firmeza de CERVÁNTES, no pudieron recabarse de el otras declaraciones más que la misma dada en el acto de su prision: que él solo era el autor de todo, y que todos eran víctimas de su seduccion. Respuestas tan imperturbables, acompañadas de aquella mirada de águila que en apurados trances suele animar el semblante de los hombres superiores, hubieron de hacer bajar los ojos á Azan, quien, con gran sorpresa de cuantos conocian su carácter, se contentó con mandar á CERVÁNTES con los demas á su mazmorra.

El otro Azan el alcaide, dueño de la posesion donde se hallaba la cueva, reclamó á su cautivo el pobre Juan, á quien ahorcó por sus propias manos. Dalí Mamí, usando de su valimiento, recobró tambien á CERVÁNTES, pero muy poco tiempo despues, por el precio de quinientos escudos, lo vendió al Rey, quien creyó haber hecho un buen negocio; pues no podia

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. XL. «Azan era renegado veneciano, y ántes de renegar se llamaba Andreta. Sirvió primero á Dragut, y despues que éste murió en el sitio de Malta, al Uchalí, por cuyo favor fué dos veces rey de Argel, una desde 1577 á 1580, y otra desde 1582 hasta el año siguiente, en que, por nombramiento del Gran Señor, pasó al gobierno de Trípoli. A los dos años, por fallecimiento del Uchalí, fué promovido á capitan bajá ó general de la mar, y al fin murió de ponzoña que le hizo dar el Cigala, uno de los famosos corsarios de aquel tiempo, que pretendia y logró sucederle en su cargo.» (CLEMENCIN, *Comentarios al Don Quijote*.)

creer que hombre tan extraordinario no valiese mucho más en su patria. ¡Bárbara simplicidad! Los compatriotas de CERVÁNTES no le estimaban en tanto.

Entre los dos mil cautivos encerrados en el baño del Rey, gemian otros tres caballeros, relacionados con el gobernador español de Orán, donde tenia CERVÁNTES tambien algunos amigos; y cinco meses despues, juntando las recomendaciones de todos, halló medio para ganar á un moro, que se ofreció á llevar las cartas, dirigidas á que se les enviase algunos espías y personas de confianza con quienes pudiesen realizar la fuga. El desgraciado mensajero fué cogido al entrar en el mismo territorio de Orán, y conducido otra vez á Argel, fué empalado, sin descubrir cosa alguna. Pero habiéndosele encontrado cartas de letra de CERVÁNTES, Azan llamó á éste á su presencia, y mandó darle dos mil palos; sentencia que iba á ejecutarse inmediatamente. Pero alguna gracia como suya debió de decir CERVÁNTES en aquel conflicto, supuesto que el Rey, desarmada su cólera, revocó la órden del castigo; suerte que no tuvieron otros, á quienes en distintas ocasiones se imputaron iguales conatos.

Tantos peligros corridos y milagrosamente esquivados infundieron en el ánimo de CERVÁNTES mayor precaucion; pero no lograron extinguir aquella sed de libertad que de dia y de noche le abrasaba. Vino á trabar amistad con un renegado natural de Osuna, llamado Giron, y entre los moros Abdaharramen, que deseaba volver al gremio de la Iglesia. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata bajo el pretexto de hacer el corso, y que en ella se huyese de Argel, llevando consigo una porcion de cautivos de lo más florido. Para los fondos se acudió á un mercader valenciano establecido en aquella plaza, por nombre Onofre Exarque; y éste con efecto aprontó más de mil trescientas doblas, con las cuales y otros recursos se acudió á lo necesario.

Ya estaba todo dispuesto: sesenta cristianos debian romper sus grillos; pero áun entre ellos hubo un Júdas. Cierto Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, mal sacerdote y hombre perverso, revoltoso y malquisto de todos, supo el proyecto, y cometió la villanía de ir á delatarlo al rey Azan, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca. El Rey, disimulando, para hacer su venganza más estrepitosa, segura y extensiva á muchos conjurados, habia dado ya sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto. Pero estas mismas disposiciones, que no pudieron ser tan secretas, ó algun otro indi-

cio, les hicieron conocer que se hallaban descubiertos, y el terror se apoderó de todos. Onofre Exarque, viendo comprometida, no sólo su hacienda, sino su vida, propuso encarecidamente á CERVÁNTES que él daria desde luego la suma pedida para su rescate, suplicándole con las mayores véras que aceptase el partido, y salvándose á sí mismo, le librase de aquella angustiosa situacion. Tentadora era la propuesta; pero no era CERVÁNTES hombre para abandonar á sus amigos, de cuya constancia en la tortura no podia responder como de la suya propia. Tranquilizó al mercader, asegurándole que nada seria capaz de arrancarle una sola palabra: por de pronto, y con el fin de ver cómo las cosas se encaminaban, huyó del baño, acogiéndose bajo el amparo de un antiguo camarada, el alférez Diego Castellano. Mas pocos dias despues oyó publicar por las calles de Argel el pregon que declaraba su fuga, é imponia pena de la vida á quien le ocultase; y no queriendo que nadie padeciera por su causa, y mucho ménos su generoso amigo y encubridor, salió al momento de su asilo, y juntándose al paso con Morato Raez, por sobrenombre Maltrapillo, renegado murciano y amigo del Rey, se presentó impávido á éste para que dispusiese de su vida. Irritado Azan, mandó atarle las manos atras y ponerle un cordel á la garganta, como para ahorcarle si no confesaba. Nada bastó para que nombrase á persona alguna: echó toda la culpa sobre sí y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya en libertad, hasta que cansado Azan de sus inútiles pesquisas, ó vencido á los ruegos de su amigo Morato, ó cediendo á la fascinadora influencia de un esclavo cuya superioridad no podia ménos de reconocer, dispuso que le encerrasen en la cárcel de moros, que estaba en su mismo palacio, y desterró á Giron al reino de Fez. Así terminó esta tentativa desgraciada, que, como las anteriores, hubiera podido serlo más, sin una misteriosa disposicion de la Providencia.

Pero los designios de CERVÁNTES no se limitaban á recobrar su propia libertad y la de sus compañeros de infortunio. En el largo tiempo que medió entre la sorpresa de la cueva y la segunda tentativa de escaparse por Orán, meditaba otro proyecto más grande, que á tener resultado, cambiára sin duda la faz de los negocios del mundo, apresurando la civilizacion del Africa Septentrional. Aspiraba nada ménos que á alzarse con Argel para entregarlo á Felipe II. La muchedumbre de esclavos cristianos amontonados en aquellas mazmorras, que pasaban entónces de veinte y cinco mil, la mayor parte hombres esforzados y embravecidos por la desesperacion; el descontento de los mismos habitantes, oprimidos por Azan, y provoca-

dos por sus locuras y crueldades; la escasez y carestía de las vituallas, cuyo monopolio se habia reservado el Rey; las enfermedades epidémicas, producidas por el hambre y la falta de aseo, y finalmente, el terror general en vista de los armamentos que preparaba la España, con apariencia de intentar un desembarco, eran circúnstancias bastantes para disminuir el concepto de temeridad que á tamaña empresa podia atribuirse. De estas complicaciones quiso aprovecharse CERVÁNTES, urdiendo una vasta conspiracion, que con la cautela necesaria dirigia, hasta que sabido el objeto de los preparativos de la España, que se destinaron despues á la expedicion de Portugal, calmadas por este lado las inquietudes de los argelinos, perdidas las esperanzas de apoyo exterior, y mejorada la situacion del país con alguna mayor abundancia, se desvanecieron todas las probabilidades de buen éxito, y hubo que abandonar el plan. El padre Haedo, autor contemporáneo, en su *Historia y Topografía de Argel*, atribuye esta contrariedad á traiciones y abusos de confianza. *Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna* (dice, hablando de CERVÁNTES), *hoy fuera el dia que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban á ménos sus intentos... De su cautiverio y hazañas se pudiera hacer una particular historia... Y si no le descubrieran y vendieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio, con ser de los peores que en Argel habia.* Por esto solia decir Azan que *como él tuviese guardado al estropeado español, tenia seguros sus cristianos, bajeles y áun toda la ciudad: tanto era* (añade el mismo escritor) *lo que temia las trazas de* MIGUEL DE CERVÁNTES.

Miéntras en tales proyectos andaba ocupado, sus desvalidos padres, arruinados ya con el rescate de su mayor hermano, continuaban las diligencias para obtener el de MIGUEL. Con este fin buscaron documentos con que hacer constar sus servicios. Don Juan de Austria, que de ellos habia sido testigo y justo apreciador, habia muerto ya; el Duque de Sesa dió una certificacion en que muy expresivamente los encarecia, y los declararon judicialmente ante la autoridad muchas personas que habian presenciado sus hazañas en el ejército y en el cautiverio. Entre estos pasos vino á fallecer, agobiado por tantas pesadumbres, su padre Rodrigo, cuya viuda doña Leonor de Cortinas los continuó sin descanso, con todo el amor de una madre, hasta que, ayudada de su hija doña Andrea, pudo entregar á los religiosos de la Orden de la Trinidad trescientos ducados, cantidad que distaba mucho todavía de la que exigia el codicioso berberisco. Una persona piadosa (y no callemos el nombre de un bienhechor de la humanidad),

Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero, dió cincuenta doblas; otras cincuenta se le aplicaron de la limosna general de la Orden Redentora. Esperaban completar la partida con la gracia que se habia solicitado del Rey, cuyo gobierno, despues de las dilaciones y viciosos trámites que tambien entónces seguian los expedientes, y conforme al ridículo sistema de arbitrios particulares para cada objeto, de que áun ahora nos quedan resabios, concedió por toda merced un permiso para exportar de Valencia á Argel por valor de dos mil ducados de mercaderías no prohibidas. Se trató de negociar el privilegio, y nadie ofreció por él más de sesenta ducados : probablemente importarian más los derechos curiales para la expedicion de la cédula, que por este motivo no se sacó. Nada tuvo Cervántes que agradecer en esta ocasion á los que despues llevaron constantemente la ingratitud hasta la tenacidad.

Por este tiempo, en Mayo de 1580, los padres de la Santísima Trinidad, provistos de algunos fondos de la Órden y de particulares, llevaron á Argel el estandarte de la Redencion. Este sagrado instituto, lo mismo que el de la Merced, prestó, por espacio de largos años, eminentes servicios á la causa de la humanidad, indignamente ultrajada. Cuando los gobiernos no son capaces de satisfacer todas las necesidades de la sociedad que presiden, es indispensable que el celo de los hombres generosos supla esta imperdonable falta; y si se agrega á sus esfuerzos el poderoso estímulo de la religion, suelen conseguir efectos maravillosos, hasta que, cesando el objeto que vivifica la obra, viene naturalmente la corrupcion en pos de la indiferencia. Dirigia esta gloriosa expedicion el padre fray Juan Gil, procurador general, acompañado del padre fray Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza. Así que estos dos buenos religiosos llegaron á su destino, solicitaron el rescate de Cervántes; pero su amo se obstinaba en no querer rebajar el precio de mil escudos en que lo habia tasado, para doblar el importe de la compra. Cuatro meses se pasaron en tan odioso regateo : en este intermedio espiró el término del bajalato de Azan, quien habia entregado ya el gobierno á su sucesor Jafer Bajá. Ya iba á salir del puerto con cuatro buques propios y siete de escolta; ya Cervántes estaba amarrado á su banco y con el remo en la mano. Reflexiones, súplicas, empeños, apoyaron el último esfuerzo. El dia 19 de Setiembre de aquel año recibió sus quinientos escudos de oro en oro de España, con más nueve doblas de derechos para el cómitre y demas oficiales de la galera; mandó desembarcar á Cervántes, ya libre, y

pocas horas despues navegaba hácia Constantinopla. El dinero destinado á Cervántes no alcanzaba á cubrir la suma exigida : fué preciso buscar entre mercaderes doscientos veinte escudos, bajo la garantía de los religiosos, que nunca pudieron emplear mejor el crédito de su Órden.

Restituido Cervántes á la libertad, permaneció todavía en Argel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocian sus bellas prendas. Sólo su delator, el mencionado Juan Blanco de la Paz, que, como casi todos los perversos, aborrecia con preferencia á quienes más habia agraviado, puso en juego todas las artes que pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no habia podido asesinar. Temia tal vez que de regreso á España, Cervántes habia de descubrir su infame proceder, y trató de ganarle por mano, á fin de que sus relaciones no fuesen creidas. Con este objeto se dedicó á esparcir voces denigrantes y á recogerlas despues, seduciendo á varios cautivos y excitándolos á declarar en cierta informacion que intentó. Pero odiado como era, si la crédula docilidad de algunos pudo hacerle concebir alguna esperanza, sólo encontró en los más desprecio y resistencia. Despechado, pero no arrepentido, acudió á un medio de terror que en aquellos tiempos alcanzaba aún á los infelices cristianos que bogaban en las galeras ó trabajaban en las obras públicas en tierra de infieles. Arrogóse el título de comisario del Santo Oficio, con cédula y comision del Rey para ejercer allí sus funciones; presentóse al respetable doctor Sosa para requerirle á que le reconociese como tal, y fué rechazado; lo mismo exigió de los padres redentores, quienes le pidieron exhibiese sus despachos : no pudo hacerlo, porque no los tenia : todo era falso; la Inquisicion no tuvo la desgracia de valerse de un hombre semejante.

Sin embargo, era preciso rechazar un golpe que hubiera podido repetirse. Con este propósito provocó Cervántes una informacion de testigos, que por fortuna existe original en el archivo general de Indias, establecido en Sevilla. En este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos más autorizados que existian entónces en Argel, exponiendo los hechos que hemos referido, y justificando la virtuosa conducta de Cervántes en medio de aquellos trabajos. En efecto, no perdió ocasion de alentar á los renegados medianamente predispuestos para que volviesen á sus antiguas creencias, tímidamente abandonadas; trataba á todos con una gracia particular, que le conciliaba el afecto de cuantos le conocian; con lo poco que podia recoger socorria liberalmente á los más necesitados, exhortaba

á los pusilánimes, flacos y tibios, cumplia con los deberes de la religion, y componia versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad. Acaso á esta época deben referirse los romances infinitos de que habla él mismo en su *Viaje del Parnaso.*

Con este testimonio, que suplia con ventaja las perdidas cartas de recomendacion, vino CERVÁNTES, lleno de seductoras esperanzas, á besar las arenas de su patria y abrazar á su desconsolada familia. Su hermano Rodrigo, ascendido al grado de alférez, se hallaba sirviendo en las tropas que invadian el Portugal. Preparábase una expedicion sobre las islas Terceras, que apoyadas por la Francia y la Inglaterra, negaban la obediencia á Felipe II y sostenian la pretension de don Antonio, prior de Ocrato. CERVÁNTES creyó inocentemente que el mejor medio de adelantar en su carrera seria multiplicar servicios, buscando ocasiones de distinguirse, y con esta idea se resolvió sin tardanza, no embargante su manquedad, á ofrecer su diestra, que vigorosa todavía y encallecida por los hierros, podia muy bien esgrimir la espada.

Sirvió, pues, en las tres campañas de 1581 hasta 1583, y segun probables indicios, concurrió á la accion naval del 25 de Julio de 1582 en las aguas de la isla de San Miguel, y al sangriento desembarco verificado en la isla Tercera, en 15 de Setiembre del año siguiente, á las órdenes de su antiguo general don Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; pero no tenemos noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas en estas expediciones: sólo sabemos que por aquellos tiempos fué enviado á Mostagan con cartas y avisos del alcaide de aquella fortaleza para Felipe II, quien le mandó pasar á Orán. Tambien con esta época debieron coincidir ciertos amores con una dama portuguesa, de quien hubo una hija natural, llamada doña Isabel de Saavedra, que formaba despues parte de su familia, como se dirá.

Concluida la guerra con la reduccion de todas las posesiones ultramarinas pertenecientes á la monarquía portuguesa, y desvanecidas las probabilidades de fortuna por este camino, dejó CERVÁNTES el servicio militar, y fijó su domicilio, despues de quince años de vicisitudes y adversidades.

O la ociosidad de su nuevo género de vida, ó el deliberado propósito de tomar el ejercicio de escribir como recurso para la subsistencia, fueron parte á que con mayor ardor se dedicase al culto de las Musas, que habian sido las delicias de su primera juventud y el consuelo de sus que-

brantos. Durante su larga ausencia habian hecho grandes progresos las letras castellanas; y en este movimiento de las inteligencias, aunque limitado y como encarrilado en direcciones parciales é incompletas, era ya más difícil que la medianía obtuviese alguna tolerancia. Por entónces compondria su *Filena*, produccion de que no conocemos más que el nombre, por lo que él mismo indicó incidentalmente mucho despues (1), sin que podamos por ello inferir su naturaleza, objeto é importancia. A fines de 1583 tenia ya concluida *La Galatea*, y solicitada la licencia para su impresion, que se verificó pasado el mes de Agosto del año inmediato, despues del fallecimiento del insigne caudillo Marco Antonio Colonna, supuesto que en la dedicatoria á su hijo Ascanio, abad de Santa Sofía, se refiere ya á este suceso, dando así un testimonio de las gratas relaciones que habia conservado con sus favorecedores de Italia. Si es que CERVÁNTES escribió esta obra en el breve intervalo que medió entre su licenciamiento y la presentacion á la censura, esto seria una prueba bien relevante de su fecundidad.

Es *La Galatea* una novela pastoral, género que se habia hecho muy de moda en todas las naciones cultas de Europa, desde que la introdujo el napolitano Sannazaro con toda la lozanía de su genio poético. Imitador de éste fué en España el portugues Jorge de Montemayor, que ántes del año de 1562 habia publicado su *Diana* con tanto aplauso, que á muy poco salieron á la vez dos continuaciones de su mismo argumento, la una de corto mérito, compuesta por el salmantino Alonso Perez, bajo el título de *Diana segunda*, y la otra, llamada *Diana enamorada*, por el valenciano Gil Polo, que compitió honrosamente con su modelo. Otras obras de la misma familia, que seria aquí ocioso enumerar, anduvieron en boga en aquella época, mereciendo, sin embargo, alguna mencion *El pastor de Fílida*, de Luis Galvez de Montalvo, dado á luz en 1582, no tanto por sus dudosas bellezas, como por la influencia que pudo ejercer el ejemplo del autor sobre la resolucion que tomó su amigo CERVÁNTES de ensayar su pluma en una composicion bucólica.

Pero el público empezaba á fastidiarse por la abundancia de un género que, sobre ofrecer limitados recursos, á fuerza de buscar la novedad, iba

(1) Tambien al par de Fílis mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena.
(*Viaje del Parnaso*, pág. 597.)

extraviándose por caminos poco acomodados á la naturaleza. Por eso *La Galatea* no excitó grande entusiasmo, y la misma suerte cupo á otros poemas pastorales de fecha posterior, á pesar de la fama y verdadero mérito de sus autores. CERVÁNTES, que no solia despreciar los frutos de su ingenio, se mostró severo con su *Galatea* en el discreto expurgo de la librería de Don Quijote, librándola del fuego sólo por misericordia y con la esperanza de enmienda en la segunda parte prometida. Su censor oficial la calificó de provechosa, de mucho ingenio, de galana invencion, de casto estilo y buen lenguaje. El censor tenia razon : la mayor parte de sus defectos consistia en el género, la más pequeña en el autor que lo habia escogido, sin encontrar todavía en estos primeros pasos la senda á que le llamaban las condiciones especiales de su privilegiada fantasía.

Prescindiendo de los resabios, bastante frecuentes, de afectacion y amaneramiento, el lenguaje es puro, elegante, armonioso, más bien que animado y correcto; algunos caractéres están bien delineados; muchos incidentes inspiran el más vivo interes, y sobre todo, la inventiva, esta gran dote de CERVÁNTES, este órgano de su cerebro, como dirian los modernos, resalta allí magníficamente y sobresale entre todo lo demas. Pero esto no es bastante para disimular, ni la enmarañada complicacion de sucesos que, siendo inconexos entre sí, embarazan, detienen, interrumpen y debilitan el curso de la accion principal, ni la inferioridad de ciertos versos, ni la sutil metafísica amorosa, explicada como en una cátedra, ni la poca conformidad de las condiciones con las costumbres de los personajes, que desvanece toda la ilusion de la verosimilitud. Por esto convienen casi todos los críticos en que *La Galatea* ocupa el último lugar entre las obras de CERVÁNTES, en el órden de perfeccion literaria.

Otros poetas intentaron disfrazar la sociedad con el traje de los pastores. CERVÁNTES quiso ademas retratar de intento á determinados personajes. Bajo los nombres del ya difunto Meliso, quiso celebrar á don Diego Hurtado de Mendoza; bajo el de Tirsi, Damon, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro, puso en escena á sus amigos Francisco de Figueroa, Pedro Lainez, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, don Alonso de Ercilla, y micer Andrés Rey de Artieda; y si el tiempo no hubiera consumido las memorias que se hallaban frescas entónces, áun descifraríamos otras semblanzas é interpretaríamos otras alusiones. Es opinion generalmente recibida que en esta fábula los nombres de sus dos principales actores, el enamorado Elicio y la discreta Galatea, encierran los de

Miguel de Cervántes y doña Catalina de Palacios, á quien á la sazon estaba el primero obsequiando con honestos fines.

En efecto, consta que en 12 de Diciembre del mismo año 1584 contrajo Cervántes matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de Hernando de Salazar y Vozmediano, y de Catalina de Palacios, ambos de las más ilustres casas de Esquivias. Se echa de ver que habia estrechas relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de Cervántes habia nombrado por albacea en su testamento á la doña Catalina, viuda ya, y madre de la que vino á ser despues su nuera. El domicilio conyugal se estableció en la misma villa de Esquivias, al parecer muy modestamente, pues ni la dote de la mujer ni los recursos del marido á otra cosa daban lugar. Era preciso aguzar el ingenio para atender á las nuevas cargas, y tanto la falta de ocupacion como la proximidad de aquel punto á la córte de Madrid daban á Cervántes frecuentes ocasiones para ir á activar sus pretensiones y cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los más afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se habia ya granjeado por los elogios, á la verdad exagerados en su mayor parte, que acababa de prodigarles en el *Canto de Calíope*, inserto en el libro VI de su *Galatea*. Concurria probablemente á las academias particulares, donde sus amigos se juntaban á departir sobre las cuestiones literarias del dia y á comunicarse el fruto de sus trabajos; y así fué que á varios autores que publicaron por entónces sus obras, dedicó algunos sonetos y composiciones laudatorias para poner al frente de aquellas; urbana costumbre y tributo recíproco, que él mismo recibió y pagó, pero que con sumo donaire supo despues ridiculizar en el prólogo de la Primera Parte del *Don Quijote*.

Pero esto no daba medios de subsistir, y aunque generalmente la industria de escribir era entónces aún más estéril que en nuestros dias, habia ciertos ramos que daban algun mezquino producto, y uno de ellos era el teatro. La escena española estaba entónces aún en mantillas. Ni el artificio de Bartolomé de Torres Naharro y sus secuaces Cristóbal de Castillejo y Juan de Malara, ni la cómica sencillez del insigne Lope de Rueda y su apasionado Juan de Timoneda, ni los esfuerzos de Fernan Perez de Oliva, Pedro Simon Abril y fray Jerónimo Bermudez, para inocular en sus contemporáneos el gusto á las formas clásicas, habian logrado formar un teatro verdaderamente nacional. Las reliquias de aquellos tiempos, preciosísimas para la historia del arte, como que señalan las huellas que dejó

el ingenio español en su gloriosa carrera, no podian servir de guía segura. No nos detendremos más en el exámen de este punto, que fuera aquí digresion impertinente, y que en otra parte podrá ser oportuno objeto de investigacion : baste decir que Juan de la Cueva, en Sevilla, y Cristóbal de Virués, en Valencia, tomaban un rumbo nuevo y allanaban el camino al gran Lope de Vega, corrompiendo en su mismo orígen la obra que preparaban. El pueblo, entusiasmado por la brillante novedad, corria en tropel á los corrales de comedias, y CERVÁNTES, que escribia para la subsistencia y para la gloria, se vió en el caso de contentar al pueblo, que pagaba y que aplaudia.

Veinte ó treinta comedias, segun el mismo nos dijo despues, compuso en aquellos años ; y por la notable incertidumbre con que se expresa sobre su número, puede presumirse que en poco las estimaria. Sin embargo, ellas fueron bien recibidas por representantes y espectadores, y sin ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza, corrieron su carrera libres de silbos, gritas y baraundas. De la mayor parte de estas primeras comedias ignoramos hasta los títulos : conocemos los de *La gran turquesca*, *La batalla naval*, *La Jerusalen*, *La Amaranta ó La del Mayo*, *El bosque amoroso*, *La única y bizarra Arsinda*, que todas se han perdido, así como *La Confusa*, que él tenia por la mejor; habiendo llegado únicamente á nosotros *El trato de Argel* y *La Numancia*. No analizarémos estas producciones : por la relacion que tienen con la vida de nuestro escritor, dirémos únicamente que en ellas erró segunda vez su vocacion.

Ocupaciones de otro género sobrevinieron á CERVÁNTES, que desapareció de la escena literaria por el espacio de cerca de veinte años. Pasemos rápidamente y como sobre ascuas por este período desagradable. Obligado por la negra necesidad, aceptó el encargo de temporal comisario ó factor de provisiones para la armada ; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, prestó allí sus fianzas, desempeñó este cometido hasta 1592, y rindió sus cuentas. En el ínterin no descuidaba sus pretensiones, como que en 1590 solicitaba de su Majestad un oficio de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de Soconusco en Goatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de estos destinos se daba por satisfecho, apelando, como dijo él mismo, al *remedio á que se acogian otros muchos perdidos en Sevilla*, *que era el pasarse á las Indias*, *refugio y amparo de los desesperados de España.*

El Rey se sirvió decretar que no habia lugar, y que buscase por acá en que se le hiciese merced. Dando á esta promesa más valor del que en sí tenia, volvió CERVÁNTES á Madrid en 1594, y todo lo que pudo conseguir fué otra comision del consejo de Contaduría mayor para la cobranza de ciertas cantidades, que procedentes de tercias y alcabalas reales, debian varios pueblos del reino de Granada, que recorrió en efecto, realizando estos créditos con suma eficacia, aunque no sin dificultades. En 1595 tuvo que pasar á Sevilla con motivo de haber vuelto protestada una letra sobre Madrid de siete mil cuatrocientos reales, que habia remitido al Tesorero general, y de cuyo importe se le hacia responsable; la quiebra del librador le puso en grandes apuros, de que salió sin más perjuicios que el desagrado. En 1597, segun las cuentas formadas por las oficinas, resultaba contra CERVÁNTES un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por real provision se dió órden á un juez de Sevilla para que le prendiese y á su costa le enviase preso á la córte, á disposicion del tribunal de Contaduría mayor. Verificóse la prision, el encarcelado representó, y por buena composicion se le puso en libertad, bajo fianza de presentarse dentro de treinta dias en Madrid á rendir la cuenta y pagar el alcance.

Corazon muy duro es preciso que tenga quien no se sienta penetrado de lástima al ver á CERVÁNTES condenado á ocupaciones tan ajenas de su carácter, minuciosas, pesadas, capaces de yermar la imaginacion más fecunda y de abatir los más altos pensamientos. Léjos de su casa, sin fija residencia, sin los consuelos de su familia, atenido á una mísera retribucion, luchando con la miseria de los contribuyentes, con las reclamaciones de las justicias y con las marrullerías de los arrendadores, sujeto á las caprichosas fórmulas oficinescas y á las estafas de los mercaderes de mala fe, mal agradecido por aquellos á quienes servia con el mayor esfuerzo que puede hacer el hombre, cual es el sacrificio de las propias inclinaciones, expuesto continuamente á ser encausado y perseguido por partidas dudosas, cuya tenuidad nos da vergüenza, CERVÁNTES debió sufrir extremadamente en esta época de su vida. ¡Oh! bien seguros estamos de que en medio de tanto fastidio y de tanta humillacion, su ánimo altivo echaba de ménos cada dia las húmedas mazmorras de Argel, el duro trato de sus amos, el peligro de la vida, y aquella tarea incesante de combinar planes generosos, cuyo acicate era la esperanza y cuyo premio la libertad.

Interpretando ciertas expresiones vertidas en el *Viaje del Parnaso*, han

creido algunos que por imprudencia suya ó rareza de genio, habia dejado perder ocasiones de medrar que se le venian á la mano. Harto conocemos lo que significan estos amargos desahogos en un hombre que habia manejado negocios de cierta naturaleza. CERVÁNTES era honrado, era amante de su decoro, é incapaz de toda rastrera intriga; era ademas compasivo, dadivoso, maniroto, si se quiere, en su pobreza, como lo fué en su cautiverio : estas serian sus culpas; Dios y los hombres se las perdonan.

Terminada su segunda comision, desempeñó algunas agencias de particulares, y en el año de 1598 se hallaba todavía en Sevilla, donde compuso su célebre soneto sobre el túmulo erigido en aquella catedral con ocasion de las exequias de Felipe II, así como dos años ántes habia escrito otro sobre el tardío socorro con que acudió á Cádiz el Duque de Medina, despues del desembarco de los ingleses, al mando del Conde de Essex. Tambien desde el mismo punto envió á Zaragoza una glosa en alabanza de San Jacinto, para concurrir al certámen que en celebridad de la canonizacion del Santo propusieron los padres dominicos del convento de dicha ciudad. La glosa de CERVÁNTES obtuvo el primer premio, lo cual nos da á entender que hubo de habérselas con pobres contrincantes. Resulta, pues, que en el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, se dedicaba á literarios ejercicios, y todos los indicios se reunen para hacernos creer que por entónces escribió sus *Novelas*, las cuales, como composiciones de no muy larga extension, bien pueden caber en la brevedad de sus ocios. A pesar de su subalterna posicion, trató familiarmente con las personas más distinguidas por su clase y su saber que existian en Sevilla, ciudad culta y poderosa, patria entónces, como siempre, de clarísimos ingenios. Allí vió morir al divino Herrera, cuya memoria honró con un soneto, y concurrió á las amenas reuniones tenidas frecuentemente en el estudio del amable pintor y poeta Francisco Pacheco, quien sacó su retrato entre los muchos de personas eminentes que tuvo la laudable curiosidad de recoger.

Desde fines de 1598 hasta principios de 1603, sólo nos quedan de CERVÁNTES tradiciones, que si bien generales y constantes, no se apoyan en documentos conocidos : falta tanto más sensible, cuanto más interesante seria saber las circunstancias que le dieron ocasion é impulso para escribir su libro inmortal : *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Sobre que en la Mancha estuvo por aquellos años, todos se hallan acordes, y de que allí recibió algun desaguisado en cierto pueblo, cuyo nombre recor-

daba con repugnancia, dan testimonio algunos pasajes de su obra. Pudo muy bien haberse trasladado á aquel país, acogiéndose al amparo de algun pariente, entre los muchos y muy ilustres que por allí tenia; pudo tambien haber ido á desempeñar alguna comision, ya que este modo de vivir habia abrazado. «Unos aseguran (dice Navarrete) que, comisionado para ejecutar á los vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos á la dignidad del gran priorato de San Juan, fué atropellado y puesto en la cárcel; otros suponen que esta prision dimanó del encargo que se le habia confiado relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones echó mano de las aguas del Guadiana, en perjuicio de los vecinos, que las aprovechaban para el riego de sus campos; y no falta, en fin, quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso, por haber dicho CERVÁNTES á una mujer algun chiste picante, de que se ofendieron sus parientes é interesados.» La fama de quisquillosos y linajudos de que gozaban los pueblos de aquel distrito, la tradicion que todavía subsiste en Argamasilla, de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció CERVÁNTES padeciendo largos trabajos, y la expresion del mismo, confirmada por otra de Avellaneda, de que su libro fué engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, dan lugar á una multitud de conjeturas, que en vano se han pretendido apurar. Si lo que se refiere tiene, segun parece, algun fundamento, es preciso confesar que no se ha visto jamas en el mundo más graciosa ni más discreta venganza. Acaso esto mismo habrá contribuido á que creyéndose alguno aludido en su persona ó en su familia por esta ó aquella expresion del *Don Quijote*, haya procurado ocultar los documentos que podian hacerle ridículo ú odioso. Por lo que á nosotros toca, deponemos todo resentimiento por aquella dichosa prision, que tanto gusto y entretenimiento ha dado y dará aún al género humano, y el mismo CERVÁNTES quedaria agradecido á sus molestos perseguidores, en vista de la inmortalidad que inocentemente le granjearon.

Se hallaba establecida la Córte en Valladolid desde el año de 1600, y andaba todavía á vueltas el fastidioso expediente del supuesto descubierto de CERVÁNTES por resultas de las cuentas de sus cobranzas. Un informe que accidentalmente dieron en Enero de 1603 los contadores de relaciones á la Contaduría mayor, iba á remover el asunto, dando lugar á nuevas vejaciones, cuando CERVÁNTES, sabedor acaso de esta novedad, se presentó en Valladolid á dar sus descargos, que sin duda fueron satisfacto-

rios, supuesto que habiendo residido en la córte y á vista del tribunal hasta el fin de sus dias, no volvió á ser molestado bajo el concepto de deudor á los caudales públicos. Disponia entónces á su arbitrio de la Monarquía el famoso Duque de Lerma, gran valido de Felipe III, que, segun las quejas de los contemporáneos y la visible decadencia del poderío, riqueza y cultura de la nacion, usó de su privanza en provecho propio más que en el comun. En vano se esforzó CERVÁNTES en exponerle sus servicios para conseguir la apetecida recompensa: aquellos eran ya muy antiguos, y ésta se guardaba sólo para lisonjeros y paniaguados. El Duque, ambicioso de enlazar su familia con las más esclarecidas del Reino, casó á su hijo segundo don Diego Gomez de Sandoval con doña Luisa de Mendoza, que, como inmediata sucesora del título del Infantado, llevaba el de condesa de Saldaña. Al nuevo Conde, pues, que, segun parece, era aficionado á la poesía, dirigió CERVÁNTES una oda, que se hallará con las demas composiciones sueltas inserta en la presente coleccion; pero ni por este medio alcanzó el merecido favor, y aseguran que fué recibido con despego por aquel orgulloso ministro.

Desalentado CERVÁNTES por este camino, y tratando de publicar la Primera Parte del *Don Quijote*, que acababa de escribir, se vió en la necesidad de buscar algun Mecénas poderoso, que, segun se decia en la fraseología de la época, amparase la obra y la pusiese á cubierto de los tiros de la envidia. Don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, era uno de los magnates que por aquel tiempo hacian gala de proteger las letras y honrar á los autores, si bien no siempre con buena eleccion y discernimiento. Rehusando el Duque la dedicatoria, ciñóse CERVÁNTES á suplicarle se dignase oir un capítulo, y fué tanto lo que su lectura regocijó á los asistentes, que no le dejaron parar hasta el fin de la obra. Tanto fué menester para aceptar un obsequio que habria llenado de orgullo al más indiferente. Esta proteccion duró muy poco, siendo de notar que CERVÁNTES no dedicó al mismo Duque, que áun vivia, la Segunda Parte del *Don Quijote*, ni volvió á mentarle en sus escritos. Atribúyese esto á la influencia de un religioso entremetido que mangoneaba en casa de los duques, y que se empeñó en desacreditar á CERVÁNTES, hasta privarle de una acogida que miraba con los celos de un estúpido.

La Primera Parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* salió á luz, publicada en Madrid, á principios de 1605. ¿Qué dirémos de este esfuerzo del humano ingenio, de este libro asombroso, que ha sido durante

más de dos siglos la admiracion del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los mal humorados, y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversacion? Las prensas no cesan de reproducirle en todas partes, los doctos y los indoctos no se cansan de leerle, los hombres más eruditos lo analizan y lo comentan, unos entusiasmándose por sus perfecciones hasta la idolatría, otros rebuscando sus defectos, que los tiene sin duda, y parece que están allí para abonar sus bellezas, supuesto que á pesar de ellos, la obra no deja de ser el modelo más cabal. En hora feliz concibió CERVÁNTES su gran pensamiento, tomó la pluma y la dejó correr libre y sin trabas, arrebatado por el impulso de su impetuosa imaginacion. Nada era capaz de detenerla; si tuviéramos el manuscrito, hallaríamos en él pocos borrones. Olvidaba muchas veces lo que habia escrito, y caia en contradicciones y anacronismos; tropezaba con una dificultad de lenguaje, y saltaba por encima, sacrificando la correccion á la energía ó á la gracia; le convenia variar el plan, y tomaba otro rumbo con el más gentil desenfado : así como su héroe, dice Clemencin, erraba por llanos y por montes, sin llevar camino cierto, en busca de las aventuras que la casualidad le deparaba, del propio modo el pintor de sus hazañas iba copiando al acaso y sin premeditacion lo que le dictaba su lozana y regocijada fantasía. Pudiera aplicársele, observa el señor Quintana, en su *Vida inédita*, el dicho de Mengs al ver el cuadro de las *Hilanderas* de Velazquez : «Esto no está pintado con la mano, sino con la voluntad.»

Es que CERVÁNTES, en esta ocasion, habiendo acertado con la horma de su ingenio, estaba lleno de su asunto, y tenia trazada en su mente con rasgos precisos, firmes é indelebles, la originalísima figura de su héroe, de aquel loco amable é interesante, cuyas manías es necesario perdonar y áun aplaudir, en gracia de su generosa intencion. A su lado presenta el más bello contraste la peregrina concepcion del buen escudero Sancho Panza, segundo personaje de la fábula; y la diversidad de los caractéres, la amenidad de las descripciones, la viveza del diálogo, la oportuna verdad de los conceptos, la artificiosa naturalidad (si es lícito decirlo así) de la narracion, el inesperado desenlace de los sucesos intrincados, hacen desaparecer todos los lunares á los ojos del lector, suspenso en la deliciosa lectura de un libro que no tuvo ántes modelo, ni copia despues.

Hemos dicho la causa ocasional de la concepcion del *Don Quijote;* pero ésta pudo sólo influir en darle patria y lugar para sus hazañas : el fin, la

verdadera intencion de la obra fué más alta, fué eminentemente moral. La lectura de los libros llamados de caballerías, epopeyas informes y desatinadas, que traian su orígen de la ruda ignorancia de la edad media, tenian trastornadas muchas cabezas. Era grande en todas las clases la aficion á su lectura, que léjos de elevar los sentimientos é ilustrar á la sociedad, contribuia poderosamente á fomentar la credulidad y la supersticion, á confundir el valor racional con la antojadiza temeridad, á inspirar ideas equívocas sobre los deberes del hombre, y áun á corromper las costumbres, dando lugar á quimeras y locos devaneos, de que se seguian graves daños, tanto á las familias como á la república. Todas las representaciones de las Córtes del Reino, todas las disposiciones del Gobierno, todo el esfuerzo de los hombres eminentes, que como Luis Vives, Alejo Venegas, Benito Arias Montano y otros, habian declamado contra tales libros, no hubieran logrado desterrarlos, si CERVÁNTES, echando mano de la irresistible arma del ridículo, que tan diestramente manejaba, no los hubiese arrojado para siempre á la sima del olvido que merecian. Jamas obra alguna logró triunfo más completo. Tres años ántes de su aparicion se publicó la *Crónica de Don Policisne de Boecia;* despues de este acontecimiento literario, no hay ejemplar de que se imprimiese en España libro alguno de caballerías, hasta que en los tiempos modernos se ha reproducido uno que otro, no como pábulo de lectura entretenida, sino como objeto de curiosidad literaria.

El Ingenioso Hidalgo fué recibido por el público con el aplauso que merecia, como que en el primer año salieron cuatro ediciones : dos en Madrid, ambas por Juan de la Cuesta; una en Valencia, por Pedro Patricio Mey, y otra en Lisboa, por Jorge Rodriguez. Un tal Francisco Robles fué, segun parece, quien compró á CERVÁNTES el privilegio; y atendido un éxito tan brillante y la necesidad del autor, es de creer que hizo una pingüe negociacion. Esta popularidad aumenta las improbabilidades de la especie que anduvo muy valida y acreditada en el siglo último, de que pesaroso CERVÁNTES al ver que su obra no obtenia el despacho que esperaba, hizo imprimir subrepticiamente un papel anónimo con el título de *Buscapié*, en el cual llamó la atencion del público, dando la clave de las misteriosas alusiones esparcidas en su narracion. Segun esto, el objeto del libro variaba de todo punto, supuesto que sus personajes no serian puramente imaginarios, sino caricaturas del emperador Cárlos V y otros sugetos importantes de su Córte, en cuyas empresas y regocijos reinaba á la

verdad cierto espíritu caballeresco, que podia muy bien prestarse á la sátira. Pero nada confirma semejante hipótesis, y hay muchas razones que la contradicen y destruyen. Siempre CERVÁNTES, especialmente en el *Don Quijote*, habló con sumo respeto y formalidad de aquel gran monarca, hasta darle el nombre de *invictísimo*, pecando contra la gramática por esforzar el epíteto. No pudo, pues, ridiculizar á quien tanto encomiaba; y faltando conocidamente el motivo que se supone, no es de creer que un hombre tan comedido como CERVÁNTES quisiese exponerse gratuitamente á los peligros de una publicacion que hubiera podido costarle sinsabores de más de un género. Pero una persona respetable aseguró á don Vicente de los Rios que habia visto un ejemplar del *Buscapié* en poder del Conde de Saceda; hecho que, sin ofensa de la veracidad del aseverante y sin menoscabo de la sana crítica, puede explicarse (observa Clemencin) por el artificio de algun escritor para iludir al Conde, que era rico y goloso en la materia. «Más difícil era, añade, contrahacer la edicion primitiva de la gramática de Antonio de Lebrija, y se contrahizo en este siglo pasado: el *Buscapié* no tenia que temer comparaciones ni cotejos (1).»

Del entusiasmo público no participaron algunos escritores, ya por los celos del oficio, ya por la creencia de hallarse comprendidos y señalados en las censuras literarias vertidas incidentalmente y como de paso en el *Don Quijote*, ya, en fin, por efecto de estas malas tentaciones á que nos hallamos propensos, sin poderlo remediar, los que nos dedicamos á este ejercicio. Entre tales murmuradores deben contarse don Luis de Góngora, introductor del culteranismo, que empezaba entónces á inficionar nuestra literatura; el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, traductor del *Guarini*, autor de la *Plaza universal de ciencias*, hombre excéntrico, como ahora diríamos, en la sociedad donde vivia; y el escritor petulante que

(1) Desde que escribimos la presente *Vida* no ha variado nuestra opinion en punto á la existencia del *Buscapié*, á pesar de haberse publicado el año pasado de 1848 en Cádiz un libro de este título, con eruditísimas y abundantes notas, por don Adolfo de Castro, quien lo encontró, no impreso como se suponia, sino copiado de mano, entre los papeles que adquirió de un curioso. No es éste lugar de exponer los fundamentos que tenemos para pensar así, de conformidad con otras personas más inteligentes. Baste decir que la invencion no corresponde al ingenio de CERVÁNTES, aunque en el lenguaje se trató de remedarle, y que algun descuido cometido por el verdadero autor, colocando la escena, ya en Madrid, ya en Valladolid, descubre la incertidumbre con que escribia. (*Nota puesta por el señor Aribau al imprimirse la segunda edicion del tomo primero de la* Biblioteca de Autores Españoles, *en* 1849.)

algun tiempo despues, segun veremos, se disfrazó bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda. Era éste conocidamente uno de los ciegos admiradores del gran Lope de Vega, al cual iban sin duda dirigidas las discretas observaciones del canónigo de Toledo, en el capítulo XLVIII de la Primera Parte de *Don Quijote*. Del mismo Lope hay indicios de resentimiento, que algunos se empeñan en negar; mas por mucho que nos lastime el ver á dos hombres tan eminentes descender de su altura para confundirse en el campo de las vulgares miserias, es fuerza confesar que hay en ello algo de verdad, y que, si no hubo rompimiento, hubo desvío. ¿En qué punto debieron encontrarse los dos, caminando por distintos senderos hácia la cumbre de la gloria? Es verdad que quisieron recíprocamente invadir el patrimonio que la naturaleza les habia señalado. Quiso CERVÁNTES escribir comedias, y cayó en un punto más abajo de la medianía; quiso Lope escribir novelas, y apestó. En la vida de este último vendrian bien algunos pormenores sobre esta curiosa rivalidad.

Pocos meses despues de publicado el *Don Quijote* ocurrió á CERVÁNTES un disgusto que debió acibarar por algunos dias su existencia. No parece sino que una tenaz fatalidad le andaba persiguiendo sin cesar por todas partes. Permanecia en Valladolid con alguna tranquilidad en el seno de su familia, compuesta de su mujer, de su hija natural, de su hermana, viuda, doña Andrea, la misma que habia contribuido á su rescate, de una hija de ésta y de una persona allegadiza, que se llamaba tambien su hermana, y era beata. Por la noche del 27 de Junio, estando ya recogido CERVÁNTES y todos los de su familia, hubo en la calle cuchilladas, de que resultó herido gravemente don Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro, de la Orden de Santiago, que andaria rondando, segun la costumbre de los enamorados en aquellos tiempos. Pidió auxilio; alborotóse la vecindad; bajó CERVÁNTES, y con la ayuda de otro fué colocado el herido en el cuarto de una vecina que se hallaba más á mano, donde murió en la mañana del 29. La circunstancia de haberse depositado sus vestidos en casa de CERVÁNTES dió lugar á que se le pusiese en la cárcel, junto con su hermana, hija y sobrina, segun aquel dichoso método de enjuiciar, que condenaba la compasion como un delito. Dias despues, reconocida su inocencia, fué puesto en libertad; y los chismes de las mujeres sonsacadas por el juez en pesquisas y declaraciones impertinentes, han dado ocasion á la malicia de algunos para atribuir á CERVÁNTES una industria vergonzosa, que es incompatible con la nobleza de su carácter.

Restituida la Córte á Madrid, la siguió CERVÁNTES, siempre dedicado á las agencias que se le encomendaban, miéntras su honrada familia le ayudaba con el trabajo de sus manos, en cuanto puede el mezquino producto de las labores mujeriles. En 1608 se reimprimió la Primera Parte del *Don Quijote* á su vista: hizo algunas enmiendas, supresiones y añadiduras, pero tan á la ligera y con tal descuido, que parece inconcebible cómo pudieron escapársele errores que saltan á la vista de cualquiera. Sirva de ejemplo el olvido de la pérdida del Rucio de Sancho Panza, distraccion repetida siete veces en las primeras ediciones, corregida en dos pasajes de la de 1608, y dejada sin tocar en los cinco restantes (1). No disminuia en un punto la boga que obtuvo la obra desde un principio, pues se reimprimió dos veces en Brusélas y una en Milan, y andaba en manos de los más elevados personajes. Refiérese que, hallándose Felipe III en un balcon de su alcázar de Madrid, vió de léjos á un estudiante que, sentado á la orilla del Manzanares con un libro en la mano, interrumpia á cada paso su lectura, dándose palmadas en la frente y haciendo grandes extremos de contento. «Aquel estudiante, dijo el Rey, ó está fuera de sí, ó lee la historia de *Don Quijote*.» No faltaron palaciegos que corrieron inmediatamente á saber la verdad del caso, y volvieron, ganando albricias, á felicitar á su Majestad, que habia acertado. Por respeto á la dignidad real, creemos que esta anécdota se refiere á tiempo posterior, cuando hubiese ya muerto CERVÁNTES, pues no podríamos perdonar á Felipe el que, conociendo el mérito del *Don Quijote*, no premiase á su autor por los buenos ratos que habia recibido, ó no le pagase por lo ménos la deuda contraida por su padre. De todas maneras, los cortesanos tampoco le recordarian esta obligacion; siempre han sido lo mismo: ésta es herencia que pasa intacta de padres á hijos sin necesidad de vincularse.

Mayor aprecio encontró CERVÁNTES en uno de los magnates que más honraron en aquellos tiempos la grandeza española. Tal fué don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémos, generoso protector de los literatos y poetas, poeta él tambien, y no mediano cultivador de las letras, que en el año de 1610 fué nombrado virey de Nápoles. Privado de su secretario Juan Ramirez de Arellano, que acababa de fallecer, ofreció inme-

(1) Esta, segun dejamos ya indicado, y más adelante veremos, es una especie que de buena gana hubiera rectificado el señor Aribau, á haber tenido presente la verdadera edicion príncipe del *Don Quijote*. No atribuyamos, pues, á culpa suya lo que no podemos nosotros considerar más que como una fortuna nuestra.

diatamente este destino á Lupercio Leonardo de Argensola, rogándole que llevase consigo á su hermano Bartolomé, rector de Villahermosa, y buscase hombres de su genio y aficion para oficiales de aquella secretaría. Argensola, que era tal vez el juez más competente de su tiempo para graduar esta clase de méritos, escogió con acierto singular entre sus amigos, que, formando la más lucida colonia, fueron á convertir una oficina política en academia de las Musas. Muchos pretendientes de gran valía no cupieron en el arreglo de este personal, y no tuvieron por cierto quédas sus lenguas para quejarse de la forzosa exclusion. CERVÁNTES, á no ser por su edad, que frisaba ya en los sesenta y tres años, y por su familia, que no era leve carga, hubiera probablemente formado parte de esta agradable expedicion. En cambio los Argensolas le hicieron mil promesas, asegurándole que ni la ausencia ni la distancia menguaria en un punto la proteccion del Conde, que tanta merced les hacia. Parece que con el tiempo anduvieron á la verdad sobrado tibios ó desmemoriados, ó más bien ménos diligentes de lo que conviniera á las apremiadoras necesidades de su amigo, pues al paso que este exhaló algunas reconvenciones en su *Viaje del Parnaso*, bien se descubre el fondo de tierno cariño por entre las rendijas del descontento; y es constante ademas que el buen Conde continuó favoreciendo á CERVÁNTES, y CERVÁNTES dándole pruebas contínuas de gratitud hasta el mismo trance de la muerte.

La primera fué dedicarle sus *Novelas ejemplares*, que segun hemos dicho, habia ido componiendo en los intervalos que le dejaban libres sus fastidiosas ocupaciones por negocios ajenos. Antes de atreverse á esta publicacion habia tratado de echar la sonda en el gusto del público, ingiriendo en la Primera Parte del *Don Quijote* la novela del *Curioso impertinente*, y anunciando que áun quedaban otras en el cartapacio. La treta produjo su efecto, pues se le toleró fácilmente la caprichosa inoportunidad, en gracia del mérito de una composicion, que en la opinion de los inteligentes, y áun en la pobre nuestra, es la mejor de las novelas de CERVÁNTES, al paso que éstas son sus obras más perfectas despues del *Don Quijote*. Desglosándola de éste, la imprimió en Paris en 1608 César Oudin, para el uso de sus discípulos, como modelo de lengua castellana; lo cual debió alentar á su autor para dar á la prensa las demas de su género, como lo verificó en 1613, con licencia obtenida el año anterior.

No se halla en el mismo caso la relacion del capitan cautivo Ruí Perez de Viedma. CERVÁNTES la consideró como parte integrante, aunque

descosida, del *Don Quijote*, ó por lo ménos no la habia compuesto por separado : es de notar que en todas sus novelas el autor es quien refiere los sucesos ajenos, cuando el *Cautivo* cuenta sus aventuras. El objeto que se propuso CERVÁNTES en este episodio es evidente : en la mayor parte de sus obras, bajo uno ú otro pretexto, introduce siempre una descripcion de los trabajos del cautiverio en Argel, recuerdo de los que él mismo sufrió en los mejores años de su vida, y protesta contra los que tan mal se los recompensaron.

Doce fueron las novelas que publicó CERVÁNTES : *La Xitanilla*, *La Fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española inglesa*, *El Amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El Zeloso extremeño*, *Las dos Doncellas*, *La ilustre Fregona*, *La Señora Cornelia*, *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los perros*, todas de grande ingenio, bien que de distintos quilates en cuanto á su mérito respectivo. Aunque no entrarémos en un minucioso exámen y cotejo sobre el valor que á cada una corresponde, ni sobre las circunstancias que pudieron ofrecer materia para su composicion, diremos, en general, que las dotes de buen narrador sobresalen, á nuestro modo de ver, en las de asuntos festivos y picarescos más que en las de acciones sérias y graves. CERVÁNTES sentia bien, no hay duda; pero al expresar los sentimientos, se echaba unas veces á sutilizar y otras veces á disertar. Conmueve cuando se propone conmover, pero raras veces arranca una lágrima. Dejadle trazar caractéres ridículos, describir costumbres extravagantes, contar travesuras, dialogar chistes y socarronerías, y veréis cómo todo se anima, todo adquiere movimiento y viveza; en vano querréis contener la risa, él la hará estallar. Este era su elemento, ésta el arma privativa de su poder intelectual.

Jactóse CERVÁNTES en su prólogo de haber sido el primero que habia novelado en lengua castellana; segun lo cual, la palabra novela tendria entónces una significacion ménos lata que la aplicada en nuestros tiempos á este género de composicion. Novelas se llamarian ahora los libros de caballerías, novelas la numerosa serie de poemas pastoriles, que tenian inundado el campo de la literatura; novelas las obras semejantes á la *Celestina*, que aunque bajo formas dramáticas, no estaban destinadas á representarse; novelas *El Lazarillo de Tórmes*, de don Diego Hurtado de Mendoza; *El Pícaro Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman; los varios cuentos incluidos en *El Patrañuelo*, de Juan de Timoneda; *La Pícara Justina*, del padre fray Andrés Perez; y retrocediendo á época más antigua, novelas se llamarian tam-

bien los preciosos ejemplos morales que el infante don Juan Manuel nos dejo en su *Conde Lucanor*. Por lo menos no se podrá negar que más conviene tal denominacion á estos libros que al *Coloquio de los perros*, de nuestro autor, quien en este sentido no estaba en lo cierto. Lo indudable es que CERVÁNTES dió á la novela una nueva forma y direccion, que no acertaron á conservar y seguir los imitadores que le sucedieron: nadie en los tiempos inmediatos supo dar aquel color á los cuadros de costumbres, aquel interes á las acciones privadas, aquella soltura en la narracion, aquella elegancia al lenguaje, aquel contraste y amenidad á los varios incidentes. Con esto logró CERVÁNTES desarraigar una preocupacion entónces muy comun entre los extranjeros, que reconociendo la rotundidad y grandilocuencia de la lengua castellana, segun el testimonio de Salas Barbadillo, la culpaban de corta y negaban su fertilidad, juzgándola menos acomodada á los asuntos de mediana entonacion; idea falsa, que se hallaba más que suficientemente refutada por la superioridad de nuestra comedia con respecto á los ensayos poco felices á que nuestra musa trágica se habia aventurado.

Llamó CERVÁNTES *ejemplares* á sus novelas, para distinguirlas de las poco edificantes de la escuela del Bocacio, que traducidas de idiomas extranjeros, andaban en manos de los aficionados á este género de entretenimiento. Ninguna palabra soltó en ellas de que pueda darse por ofendido el pudor: «Hasta los requiebros amorosos, dice él mismo, son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere; pues de otro modo, ántes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas al público.» Por esta razon sin duda, ó por otros buenos respetos, segun decia, no incluyó en su coleccion la novela de *La Tia fingida*, que consideraria algo libre y desenvuelta al lado de las demas, aunque segun nuestra opinion particular, la inmoralidad no consiste en retratar fielmente los vicios de la sociedad, sino en presentarlos bajo un aspecto amable y seductor, que estimule el apetito á la torpeza, en vez de descubrir las malas artes, para que se precavan los ménos advertidos, ofreciendo el amargo fruto de las pasiones ó hábitos desordenados, y señalando, ya el castigo de la maldad, ya la ignominia de que se cubre ante la pública opinion, ya los consuelos del arrepentimiento y las ventajas de la enmienda. Con arreglo á estos principios, *La Tia fingida* está muy léjos de desmerecer el ser colocada entre las demas novelas ejemplares. Una casualidad la salvó del olvido: alguna de las copias que se sacaron hubo de caer en manos del licenciado don Francisco Porras de la Cá-

mara, prebendado de la santa iglesia de Sevilla, quien la incluyó, con otras del mismo CERVÁNTES, en una miscelánea que formó hácia el año de 1606, de varios opúsculos propios y ajenos, por encargo del arzobispo don Fernando Niño de Guevara, que queria pasar entretenido con esta lectura las siestas de verano en su quinta de Umbrete. Este manuscrito fué á parar en el archivo del colegio de San Hermenegildo de aquella ciudad, pasó luego al colegio Imperial de Madrid; allí fué encontrado por don Isidoro Bosarte, y el señor Arrieta sacó una copia de aquella novela, que con algunas mutilaciones publicó en nuestros dias.

La manía de versificar, contraida desde los primeros años, duraba todavía en CERVÁNTES. Por aquella época hizo algunas composiciones sobre varios asuntos, y entre ellas, una cancion á los éxtasis de Santa Teresa de Jesus, para concurrir, á la par de los más afamados ingenios, al certámen que se celebró en Madrid con motivo de la reciente beatificacion de aquella insigne española. Pero la obra poética de más consideracion fué la que dió á luz á fines de 1614, con el título de *Viaje del Parnaso*. Quiso en ella imitar á César Caporali, natural de Perusa, poeta superior á él en el artificio de la rima, inferior en invencion, y muy parecido, tanto en el buen humor como en la mala suerte. Propúsose por objeto hacer, como en el *Canto de Calíope*, el elogio de los poetas españoles que entónces vivian y él reputaba por buenos, y la censura de los que corrompian el gusto y le guiaban por una senda extraviada, recomendando al mismo tiempo, como de paso, los propios méritos en la literatura y en la milicia. El pensamiento es ingenioso: no deja de haber tiradas de tercetos que prohijaria cualquiera sin repugnancia. Los encomios son en general exagerados y propios de su natural indulgencia; la sátira es moderada, sin dejar de ser picante, y más que una maldicion, es un conjuro á la nube de malos poetas, que venia á descargar sobre nuestro Parnaso. La dedicatoria está dirigida al jóven don Rodrigo de Tapia, de quien no tenemos más noticia. Sigue al poema una adjunta en prosa, que es lo mejor, por el donaire de la diccion: en ella habló de sus comedias, y abrió así el camino para darlas al público, como ardientemente deseaba.

Pero ni los cómicos las querian representar, ni los libreros comprárselas para imprimir: en vano alegaba la buena acogida que habian tenido las primeras que compuso, y aseguraba que no eran tan malas las nuevas, que con aquellas no pudiesen competir ventajosamente. Desde entónces habian ya trascurrido treinta años, y en este intermedio habia aparecido Lope de Vega, alzándose con la monarquía del teatro, hasta granjearse una ver-

dadera idolatría. Acudió al librero Juan de Villaroel, quien le manifestó francamente que le compraria desde luego las comedias, á no haberle dicho un autor de título que de su prosa podia esperarse mucho, pero de su verso nada : respuesta que le llegó al alma, pero no le convenció. A fuerza de instancias, el librero acabó por tomárselas, más por condescendencia y amistad que por otra cosa, y se las pagó razonablemente. Todas estas curiosas circunstancias nos refiere el mismo CERVÁNTES en un discreto prólogo, que por su ingenuidad encanta y enamora. No es ménos bella la carta dedicatoria que dirigió al Conde de Lémos.

Compónese esta coleccion de ocho comedias : *El Gallardo Español*, *La Casa de los zelos*, *Los Baños de Argel*, *El Rufian dichoso*, *La Gran Sultana*, *El Laberinto de amor*, *La Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*, y de otros tantos entremeses, que son : *El Juez de los divorcios*, *El Rufian viudo*, *La eleccion de los alcaldes de Daganzo*, *La Guarda cuidadosa*, *El Vizcaíno fingido*, *El Retablo de las maravillas*, *La Cueva de Salamanca* y *El Viejo zeloso*. No incluyó otro entremes, titulado *Los dos Habladores*, que despues de su muerte, en 1724, fué representado é impreso en Sevilla : no debió entónces de tenerle á la mano.

Nada podemos decir en elogio de estas comedias, y aunque alguna mencion honorífica merecerian los entremeses, la reservamos para otra ocasion más oportuna y más holgada. Las mayores pruebas de la inferioridad de aquellas son los mismos esfuerzos que han hecho en abono de CERVÁNTES sus ciegos admiradores. Don Blas de Nasarre, que las hizo reimprimir en 1749, intentó persuadir que su autor las habia hecho artificiosamente malas para ridiculizar otras igualmente disparatadas, que en su tiempo obtenian gran boga. El abate Lampillas atribuyó su publicacion á malicia de impresores que las mutilaron y trasformaron en un todo, tomando el nombre y el prólogo de CERVÁNTES. Uno y otro dictámen se hallan en manifiesta contradiccion con hechos demostrados y constantes : más cuerdo es reconocer, con Horacio, que alguna que otra vez dormitaba el buen Homero.

CERVÁNTES escribió indudablemente estas comedias, y con la mejor fe del mundo las dió cuando ménos por pasaderas. Felicitóse en su prólogo de haberse atrevido á redùcir las comedias á tres jornadas, y de haber sido el primero en sacar figuras morales al teatro. Si los documentos relativos á tiempos anteriores no son engañosos, estas proposiciones no son exactas. En 1553 Francisco de Avendaño, y en 1579 Cristóbal de Virués se glo-

riaban tambien de lo primero; y con respecto á lo segundo, en el monumento más antiguo entre cuantos se han conservado de la dramática española, en aquella danza general atribuida al rabí don Santo de Carrion, y fijada hácia el año de 1356, la Muerte es la que hace el primer papel. Nada quitamos á la gloria de CERVÁNTES con rehusarle la prioridad en estas dos novedades, la una muy indiferente, y la otra de dudoso mérito.

Entre tanto se ocupaba CERVÁNTES en concluir la Segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha*, cuya próxima publicacion habia anunciado dos años ántes en el prólogo de las *Novelas;* y ahora en la dedicatoria de las comedias decia nuevamente al Conde de Lémos que su héroe quedaba calzadas las espuelas para ir á besarle los piés. Pero otro se habia anticipado á robarle el pensamiento, atreviéndose á levantar el guante que arrojara CERVÁNTES, cuando al concluir la Primera Parte dijo lo del Ariosto: *Forse altri canterà con miglior plettro;* y lo hizo con tan poca gracia, que los graves defectos de que adolece esta continuacion resaltan áun más por el contraste con su bello original. En 1614, en efecto, se habia impreso en Tarragona una *Segunda Parte del Don Quijote*, por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nombre y patria eran supuestos, y no ha podido averiguarse hasta ahora quién fuese el verdadero autor. Conjeturas no sin fundamento hacen sospechar que era aragones y fraile dominico, y tal vez autor de comedias, ó por lo ménos entusiasta de las de Lope de Vega.

Es probable que cuando este libro llegó á las manos de CERVÁNTES se hallaba éste en el capítulo LIX de su Segunda Parte, pues allí empieza á hablar de él con el desden que su resentimiento le inspiraba. Porque no se limitó el fingido Avellaneda á seguir el argumento de CERVÁNTES: atacaba ademas, no sólo su amor propio literario, sino tambien sus servicios militares, su triste situacion y su moralidad, llamándole manco, viejo, pobre, envidioso, mal contentadizo, murmurador, delincuente ó encarcelado, y otras lindezas. No era CERVÁNTES hombre que disimulaba sus defectos personales, y si no es por él mismo, ignoraríamos que fué tartamudo; pero tocándole el punto de la honra, bien se echa de ver que sufria lo que no es decible. A este libelo infamatorio aludió en su prólogo con una moderacion ejemplar. A la nota de viejo contesta que no estuvo en su mano detener el tiempo, y que no se escribia con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años; á la de manco, que este estropeamiento no nació en ninguna taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos

pasados, los presentes, ni esperaban ver los venideros, y tal, que antes quisiera haber perecido en aquella faccion prodigiosa, que verse sano despues de sus heridas sin haberse hallado en ella; á la de pobre, que puede tener honra el desvalido, pero no el vicioso, y que la pobreza puede anublar la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero que como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada y favorecida de los altos y nobles espíritus; á la de envidioso, que de los dos géneros que hay de envidia, sólo conocia á la santa, á la noble y bien intencionada; á la de maldiciente, que á nadie tenia que perseguir, y ménos á un sacerdote, y ménos si tenia por añadidura el ser familiar del Santo Oficio. Aquí paró su defensa, conteniéndose mucho, como expresó él mismo, en los términos de la modestia. Se traslucen en efecto muchas reticencias forzosas: su detractor era, segun se sospecha, sacerdote; pertenecia á la Orden de Predicadores, cuya influencia es conocida en aquel tribunal suspicaz, que tan fácilmente se vengaba: harto dijo en su desagravio quien en tales tiempos vivia. A lo de encarcelado nada contestó: para esto debia chocar con poderosos, y correr peligros sin gloria y sin resultado útil, y lo que es peor, con probable perjuicio de la causa de la pobre humanidad, si en odio de una censura determinada se hubieran prohibido las que más generalmente lanzó sobre los vicios y ridiculeces de su siglo.

Invectivas tan injustas han excitado el interes á favor del agraviado y la odiosidad contra su perseguidor. Por esto su obra, olvidada desde su nacimiento, se miró con cierta prevencion, hasta que aquel espíritu de contradiccion y apego á la rareza, que suelen con frecuencia invadir el campo de la literatura, logró rehabilitar por un momento la memoria de Avellaneda. El célebre M. Lesage publicó en Paris, el año de 1704, una traduccion de su *Don Quijote*, pero traduccion alterada notablemente, con nuevas galas de estilo, y supresion de todo lo nauseabundo; en fin, como sabia hacer estas cosas aquel habilísimo zurcidor. Apoyados en tal autoridad y en la creencia de que la traduccion era fiel y ajustada, algunos literatos españoles, y entre ellos el doctor don Diego de Torres, reclamaron la reimpresion del original: don Blas de Nasarre, hombre, segun hemos visto, de ideas algo singulares en semejantes materias, hizo una edicion en 1732, bajo el nombre de don Isidoro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo; y don Agustin de Montiano y Luyando, su amigo, llevado de una condescendencia difícilmente conciliable con sus buenos conocimientos, hubo de cometer, en una aprobacion que firmó, el solemne des-

atino de decir : «No creo que ningun hombre juicioso sentenciará á favor de CERVÁNTES, si forma el cotejo de las dos segundas partes.» En honor de la verdad, no falta en algunos pasajes soltura y gracejo; pero la pesadez de otros, aquellas obscenidades repugnantes al lado de las miserables supersticiones que forman el claro oscuro de la época, aquella pobreza de invencion y frecuente grosería de lenguaje, hacen á esta produccion jactanciosa inferior en infinitos grados, no sólo á la de CERVÁNTES, sino á las de otros sus contemporáneos. Nuestros lectores podrán juzgarlo con conocimiento de causa, cuando llegue su turno á la publicacion de este bastardo *Don Quijote*, que tiene su lugar señalado en los tomos sucesivos (1).

Es cosa notable que cuantos han querido tomar esta gran concepcion de CERVÁNTES por asunto de sus composiciones, todos, sin excepcion, hasta los mayores ingenios, se han estrellado, sin lograr otra cosa que reproducir pálidos reflejos. Presentaron á *Don Quijote* en la escena don Guillen de Castro, Lope de Vega, don Pedro Calderon de la Barca, en su mismo siglo; en el siguiente lo hizo, entre otros, don Juan Melendez Valdés, el restaurador del buen gusto en nuestra poesía; y así ensayó su talento cómico en estos tiempos don Ventura de la Vega, sin que ninguno de ellos se pueda gloriar de haber compartido con el autor original una pequeña parte de su triunfo.

La segunda parte del de CERVÁNTES lleva indudablemente grandes ventajas á la primera. Sin dejar de adolecer de los defectos propios de la precipitacion en el componer y de la pereza en el corregir, los descuidos son en menor número : es más armónico el conjunto de las partes; no hay distracciones de importancia, ni digresiones que entorpezcan la marcha de la fábula hasta su fin; el héroe es consecuente en su locura, y Sancho Panza de cada vez más gracioso; aparece desde el principio un nuevo personaje de un carácter magníficamente descrito, el bachiller Sanson Carrasco, que contribuye del modo más decisivo al desenlace. El talento de CERVÁNTES se engrandecia con la edad, y su fogosa imaginacion en nada se resentia de los hielos de la vejez. Parece que CERVÁNTES quiso desmentir la proposicion que habia vertido en boca del cura, de que nunca segundas partes fueron buenas.

Pidió CERVÁNTES licencia para imprimir ésta á principios de 1615 : censuróla el licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan de pajes del Arzobispo de Toledo, quien en su aprobacion, de fecha de 25 de Febrero,

(1) Aludia aquí el señor Aribau á los de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

nos ha conservado, un hecho que vamos á trascribir en sus propios terminos. «Certifico con verdad, dice el censor, que en 25 de Febrero, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia, que vino á tratar cosas importantes á los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de MIGUEL DE CERVÁNTES, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenian sus obras, *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la Primera Parte desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy pormenor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: *Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo el pobre, haga rico á todo el mundo.*» De aquí, á no tener otro dato más positivo, hubo de sacar don Antonio Capmany la especie de que CERVÁNTES fué solicitado con muy ventajosos partidos para ir á París á enseñar la lengua española, proponiendo sus propias obras por modelo de lenguaje. Si esta noticia fuese cierta, no se hubiera podido elegir más hábil maestro ni texto más autorizado para una enseñanza que era entónces comun en toda Europa, y especialmente en Francia, donde, segun decia CERVÁNTES, ni varon ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana. Pero áun así, ni la edad, ni el estado decadente de su salud, que anunciaba ya el próximo fin de sus dias, le hubiera permitido ir á recibir en país extranjero el premio que no pudo obtener de sus compatriotas.

En los últimos meses de 1615 salió por fin á luz el complemento de la grande obra que todas las naciones nos envidian. Fué acogida con aplauso por el público y derramóse por todas partes. Sólo la Inquisicion, á pesar del exámen sufrido, quiso revisar la obra; y la minuciosa severidad con

que verificó el expurgo puede conocerse por la inocencia de la única frase que tuvo el gusto de tildar. Reprendiendo la Duquesa á Sancho Panza, en el capítulo XXXVI, por la demasiada blandura con que llevaba el importante negocio de los azotes para el desencanto de Dulcinea, le dijo en hora menguada : *Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada;* proposicion que en buena teología puede no ser rigurosamente exacta, pero que léjos de ser malsonante, más bien parece una paráfrasis de aquella enérgica expresion del sagrado texto : *Tepidus es? Vomam te;* y en una obra de este género bien puede permitirse alguna ponderacion. Pero entónces la tibieza solamente era un delito cuando se trataba de delatar, de perseguir, de hacer mal; cuando se trataba de hacer bien, toda indolencia era excusable. Los que habian perseguido á fray Luis de Leon, á Benito Arias Montano, al padre Juan de Mariana, debian cebarse en CERVÁNTES en aquello poco á que se pudieron asir, pues no era justo que se librase de la suerte comun á los hombres más eminentes en letras y en piedad. De esta curiosa noticia no hemos encontrado rastro alguno en los autores que han escrito sobre CERVÁNTES, y la hubiéramos ignorado nosotros, si nuestro eruditísimo amigo don Luis de Usoz y Rio no hubiese llamado sobre ella nuestra atencion, con presencia del índice expurgatorio publicado en 1619, y de la edicion de 1615. Ateniéndonos en la nuestra á tan indeclinable autoridad, hemos restituido el texto á su pureza original, seguros de que nadie se escandalizará, y ménos despues de esta advertencia.

No en vano se acogió CERVÁNTES á la sombra del cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, que, como inquisidor general, harto tendria que hacer con su consumada prudencia en contener á aquellos frenéticos. Este príncipe ilustrado, modelo de sólida virtud y amparo de los sabios honrados y menesterosos, estaba socorriendo hacia algun tiempo á CERVÁNTES con una pension, y con otra igual á Vicente Espinel. Despensero del patrimonio de los pobres y tio del Duque de Lerma, quiso á la vez reparar una injusticia social y atenuar hasta cierto punto las faltas de un individuo de su familia.

CERVÁNTES, hombre de religion sincera é ilustrada, se habia alistado en la congregacion que todavía subsiste en el oratorio de la calle del Olivar, y que entónces celebraba sus ejercicios en el convento de la Trinidad, y fué recibido despues en la Orden Tercera de San Francisco. Esta fué la moda de aquellos tiempos, y no era bien mirado quien no la seguia,

desde los reyes y grandes señores hasta los artesanos, de quienes decia el licenciado don Pedro Fernandez de Navarrete que con tanto número de cofradías andaban la mitad del año atendiendo más á las emulaciones y disputas que á la devocion y á los medios de su honesta subsistencia. Esta confraternidad facilitaria á CERVÁNTES el cultivar algunas buenas relaciones, y mitigar las amarguras de una vida apesarada, que por momentos se iba acabando.

CERVÁNTES sobrevivió pocos meses á la publicacion de su Segunda Parte del *Don Quijote;* pero tuvo todavía lugar para dar la última mano á los *Trabajos de Persíles y Sigismunda*, novela que, en el prólogo de las *Ejemplares*, tenia anunciada desde 1613, como libro que se atrevia á competir con el de Heliodoro, á no salir, por atrevido, con las manos en la cabeza. En la dedicatoria de la Segunda Parte del *Don Quijote* decia al Conde de Lémos que dentro de cuatro meses daria fin á este libro, que anticipadamente le ofrecia, el cual habia de ser ó el más malo ó el mejor que de los de entretenimiento se hubiese compuesto en nuestra lengua, «y digo, añade, que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.» Tal fué la estimacion en que tuvo CERVÁNTES á este reciente parto de su ingenio; juicio que no ha sido confirmado por la posteridad, si se exceptúan algunos pocos, que le han preferido al *Don Quijote*, fundándose en consideraciones de órden accesorio y subalterno. Tal es la mayor correccion del lenguaje, que por sí sola no basta á recomendar una obra de este género. La unidad de la accion, la concentracion del interes apénas se traslucen hasta el fin de los *Trabajos*, cuando se vé el objeto de la larga, penosa y por mil accidentes contrariada peregrinacion de aquellos singulares amantes. La narracion se halla interrumpida por contínuos y prolongados episodios, que distraen la atencion, dividen y aflojan el interes, y hasta borran de la memoria los personajes principales. Las escenas, colocadas en países remotos y poco conocidos, como que no se hallan en el mapa, carecen de verdad, y si bien, cuando el autor conduce á sus viajeros por las tierras que corrió, aparece de nuevo la propiedad en los cuadros de costumbres, hay todavía una gran distancia de aquel movimiento que anima las aventuras de su *Ingenioso Hidalgo.*

Tenia ya concluido el *Persíles*, cuando en 2 de Abril de 1616, enfermo de hidropesía y sin poder salir de su casa, hizo en ella su profesion de la Orden Tercera. Dió el mal una breve tregua, que le permitió trasladarse á Esquivias, ó para despedirse de sus deudos, ó para buscar algun alivio en

la variacion de aires y alimentos, última receta de los medicos que pierden toda esperanza. Pero vista la ineficacia del arbitrio, se restituyó á Madrid á los pocos dias. El encuentro que tuvo en el camino con un estudiante, se halla descrito en el prólogo de dicha obra, y prueba la jovialidad que conservó hasta sus últimos momentos, como quien, satisfecho de su conducta, tranquilo en su conciencia, y confiado en la divina misericordia, iba caminando alegre y animoso á los próximos umbrales de la muerte, que tantas veces arrostró.

Pero donde más resplandece la entereza del justo es en la dedicatoria con que acompañó el *Persíles y Sigismunda* á su constante protector el Conde de Lémos, que relevado de su gobierno de Nápoles, estaba próximo á regresar á la córte para tomar posesion de la presidencia de Italia. Deseaba Cervántes besarle las manos ántes de morir; pero fué negado á su gratitud este consuelo. Recibido el sacramento de la Extrema-uncion el dia anterior, escribió en 19 de Abril aquella carta tan festivamente tierna, que no tiene ejemplar en las agonías del más firme estoico, é hizo su testamento encargando dos misas en sufragio de su alma, que restituyó dulcemente al Criador en 23 de Abril de 1616.

En tal dia del mismo año, observa el doctor Bowle, falleció el célebre dramático Guillermo Shakespeare, honra y prez de la nacion británica. Esta coincidencia es sólo aparente. El dia 23 de Abril en el calendario inglés de aquellos tiempos correspondia al 12 del propio mes en el nuestro : necias prevenciones religiosas habian retardado allí la adopcion de la reforma gregoriana. Pero Shakespeare yace en un soberbio monumento bajo las suntuosas bóvedas de Westminster, entre reyes y poderosos. El cuerpo de Cervántes, conducido humildemente por cuatro hermanos de la Orden Tercera, con la cara descubierta, segun la costumbre de aquella sociedad, fué enterrado en la iglesia de las Monjas Trinitarias, donde habia profesado doña Isabel, único fruto de sus amores. Sus despojos ¿dónde están? Cuando aquellas religiosas, diez y siete años despues, trasladaron su comunidad de la calle del Humilladero, en que se establecieron, á la de Cantaranas, donde áun permanecen, recogieron los restos de los que habian elegido aquel recinto para su último descanso, y los depositaron sin distincion en una huesa ignorada. Aun cuando un entendido frenólogo, escudriñando y rebuscando por entre aquellos montones de polvo y huesos descabalados, tomase un cráneo y nos lo presentase diciendo : «Aquí pensó Miguel de Cervántes Saavedra,» seria dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento.

En el año inmediato salieron á luz los *Trabajos de Persíles y Sigismunda* en Madrid, Valencia, Barcelona y Brusélas. Se perdieron, probablemente para siempre, la Segunda Parte de *La Galatea*, *Las Semanas del Jardin y El Bernardo*, obras que se proponia concluir, si por un milagro, decia él al Conde de Lémos, le restituia el cielo la vida.

Perdiéronse tambien sus retratos originales, que pintaron, segun indicios, Francisco Pacheco, y positivamente don Juan de Jáuregui. De cualquiera de los dos puede ser copia el que posee la Academia, atribuido por unos á Alonso del Arco, y por otros á Vicente Carducho, ó á Eugenio Caxes ó á alguno de su escuela. Era CERVÁNTES, segun la descripcion que de sí mismo nos hace, de estatura mediana, de color viva, ántes blanca que morena, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, cabello castaño, barba un tanto más clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés, á la edad en que esto escribia, que era la de sesenta y seis años.

Pero el retrato de su alma privilegiada se encuentra en sus escritos y en sus acciones. Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginacion sin ejemplo en su fecundidad, pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron, y le miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensacion justa, pero tardía; porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó á su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilizacion que amaneció mucho despues.

Los soberanos han honrado á porfía su memoria, los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos, los sabios le han colmado de elogios, el pueblo venera su nombre con una especie de culto, las naciones extrañas nos le envidian, las artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas, la imprenta multiplica sus escritos todos los años, y los difunde por todo el ámbito del mundo; nosotros no podemos prestarle otro homenage que el de haber relatado sencillamente sus hechos, y darle este preferente lugar en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

NUEVAS INVESTIGACIONES

ACERCA DE LA

VIDA Y OBRAS DE CERVANTES,

POR DON CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA.

Miguel de Cervántes Saavedra, hijo legítimo de Rodrigo de Cervántes y de doña Leonor de Cortinas, y vástago de una familia no ménos ilustre por su orígen que por sus relevantes servicios á la patria, nació en Alcalá de Henares, en cuya parroquial de Santa María la Mayor fué bautizado el dia 9 de Octubre de 1547[1].

Desde su más tierna edad manifestó una vehemente inclinacion á la poesía y á las obras de inventiva; y como por aquella época tuviese ya, segun él mismo refiere, ocasion de asistir á las representaciones teatrales del famoso Lope de Rueda, esta naciente escuela del ingenio y de las costumbres contribuyó sin duda muy principalmente á desarrollar sus instintivas aficiones.

Cervántes debió de salir muy jóven, y áun quizá niño, de Alcalá de Henares. No estudió en aquella universidad, ni es creible ni está comprobado de manera alguna que cursase en la de Salamanca. El señor don Tomás Gonzalez, que en 1819 aseguró á Navarrete haber visto *entre los apuntamientos de las antiguas ma-*

trículas de dicha escuela salmanticense *el asiento de* MIGUEL DE CERVÁNTES *para el curso de filosofía durante dos años consecutivos*, ¿cómo olvidó guardar nota de las fechas de tales asientos, que no podian ménos de constar en los libros ó documentos á que se referia, y que hubo de examinar con toda libertad y detencion, puesto que desempeñaba una plaza de catedrático en aquella universidad? ¿Por qué no transcribió literalmente esas matrículas, que hubieran sido un dato biográfico de inestimable precio?—Lo positivo es que en la *Reseña histórica de la universidad de Salamanca, hecha por los doctores* y catedráticos de ella *don Manuel Hermenegildo Dávila, don Salustiano Ruiz y don Santiago Diego Madrazo, y remitida á la Direccion general de Instruccion pública en* 1848 (obrita muy apreciable, que vió la luz pública en 1849, y que, redactada con presencia de los documentos que se guardan en aquel archivo, contiene un extenso catálogo nominal de los hombres célebres que cursaron y enseñaron en aquellas aulas), no se encuentra mencionado el nombre del ilustre MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.—Parécenos que el señor Gonzalez, en esta noticia, anduvo tan exacto como en la famosa del descubrimiento atribuido á Blasco de Garay.

Consta que CERVÁNTES fué discípulo del erudito humanista Juan Lopez de Hoyos, eclesiástico madridense, que desde fin de Enero de 1568 obtuvo y sirvió la cátedra del Estudio público de esta villa y córte. El 24 de Octubre del mismo año se celebraron aquí las exequias de la reina doña Isabel de Valois; publicó Lopez de Hoyos una Relacion de la muerte y honras de esta Princesa, y en el libro insertó várias composiciones poéticas de CERVÁNTES, complaciéndose en llamarle *su caro y amado discípulo*. ¿Es probable que éste, á los veinte y un años, estudiase gramática y humanidades? ¿Dónde, pues, recibió la enseñanza? ¿Qué sucesos fueron los de su primera juventud?...

A principios de Enero de 1569 hallábase CERVÁNTES en Roma, sirviendo de camarero á Julio Aquaviva, que lo era del pontífice

Pio V, y regresaba de Madrid, donde habia residido con una comision de su córte. Alistóse el inmortal escritor de 1569 á 1570 en el ejército español de Italia; hizo las campañas navales de 1570 y 71; peleó bizarramente y fué herido en la gloriosa jornada de Lepanto, y continuó sirviendo hasta el año de 1575, en que obtuvo su licencia.

Recomendado eficazmente al Rey por el insigne caudillo don Juan de Austria y por el Duque de Sessa, en justa consideracion á su valor y arrojo, y á las consecuencias de su herida, que le dejó inútil de la mano izquierda, «para gloria de la diestra,» daba CERVÁNTES la vuelta á España, embarcado con su hermano Rodrigo, militar asimismo, en la galera del *Sol*, cuando el 26 de Setiembre de 1575, dando caza á la nave el capitan corsario argelino Arnaute-Mamí, logró apresarla, despues de una heroica y desesperada resistencia. Sufrió CERVÁNTES en Argel cinco años de penosa esclavitud; y durante este período acreditó de nuevo su valor y audacia, á la par que su elevada inteligencia y eminentes virtudes, en las repetidas tentativas que hizo para romper sus cadenas y las de sus compañeros de infortunio; intentando al tiempo mismo áun más atrevida y gloriosa empresa: la de alzarse con la ciudad de Argel, y poner bajo el dominio de España aquel asilo de piratas, mengua de la civilizacion y afrenta de la Europa. «Y de cierto (escribe Haedo) lo hubiera llevado á cabo, *si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, y no le vendieran y descubrieran los que* en el proyecto *le ayudaban.*» La posibilidad de este plan, que por tercera vez, y siempre por españoles, se trazaba en Argel, fácilmente se concibe teniendo en cuenta que á la sazon pasaban de veinticinco mil (segun afirma el propio historiador) los cautivos que encerraban aquellas prisiones, y que sólo en el baño del rey Azan Agá, donde estaba CERVÁNTES, llegaban á veces á dos mil. Revelaron traidoramente los proyectos de nuestro insigne cautivo, primero cierto renegado natural de Melilla, y despues un malvado, pérfido y detestable, esclavo en Argel desde el año

de 1577, llamado Juan Blanco de Paz, natural de la villa de Montemolin, que se titulaba doctor, y del cual *decian* haber sido fraile profeso de la Orden de Santo Domingo en Santiestéban de Salamanca. Despues de esta infame delacion, áun hubiera podido CERVÁNTES fugarse; pero léjos de hacerlo, se presentó al Rey espontáneamente, y dándose por autor y culpado, con otros cuatro que ya habian logrado su libertad, salvó la vida á todos sus compañeros. Por cinco meses quedó aherrojado y sujeto á los más duros tratamientos, y sólo debió la vida á la codicia de Azan, que juzgándole persona muy principal, en vista de las cartas que le halló, de su noble porte y de la consideracion y aprecio con que le trataban los cautivos más distinguidos, se habia propuesto desde luego obtener por su rescate un elevado precio[2].

Rescatado al fin CERVÁNTES por los padres redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, en 19 de Setiembre de 1580, cuando se hallaba ya embarcado y á punto de partir con su amo Azan para Constantinopla, «quiso (dice Navarrete) justificar su conducta y poner su reputacion á salvo de los tiros de la envidia y de la malignidad, ántes de presentarse en España. Importábale ademas para sus pretensiones, y para el logro de algun premio correspondiente á sus servicios, que se supiesen y constasen los que con tanto riesgo acababa de intentar durante su cautiverio.» Pero la conducta del referido Juan Blanco de Paz, posterior á su inicua delacion, fué sin duda la principal causa que movió á CERVÁNTES á solicitar la justificacion legal á que aludimos. En efecto, resulta probado judicialmente por un considerable número de testigos, que ratificaron la informacion entablada en Argel, con fecha de 10 de Octubre de 1580, por el ilustre cautivo, ante fray Juan Gil y el notario Pedro de Ribera, que el traidor Blanco de Paz, desde el momento de su delacion, se declaró furioso enemigo de CERVÁNTES y de algunos otros cautivos, y que, diciéndose *comisario del Santo Oficio*, tomó, á fuer de tal, informaciones contra ellos, y en especial contra CERVÁNTES, valiéndose de

promesas y hasta del soborno para conseguirlas. Acreditó, pues, legalmente nuestro insigne escritor en la suya referida, hallada en el archivo general de Indias, no sólo sus benéficos hechos durante el cautiverio, cuya justificacion le bastaba para solicitar el merecido premio, sino *la pureza y rectitud de sus costumbres, y el exacto cumplimiento de sus deberes de católico y fiel cristiano* durante aquel período desgraciado, y al mismo tiempo el criminal proceder y la conducta irregular y escandalosa de su declarado enemigo y calumniador. —Este paso, no obstante, que con tal evidencia ponia en claro los hechos y el virtuoso proceder de CERVÁNTES, y que él creyó tan necesario y oportuno, es muy probable, como despues verémos, que motivase el desden con que fué tratado luego por quienes debian recompensarle y colmarle de honores y beneficios.

Partió finalmente para España, con otros de sus compañeros, al terminar el mismo año de 1580; y como juzgase conveniente al buen éxito de las pretensiones que meditaba, el continuar aún su carrera militar, incorporóse al ejército de Portugal, donde servia su hermano Rodrigo, tiempo ántes rescatado; y se halló con él en las expediciones y conquista de las Terceras, y en el combate naval contra la escuadra francesa, una de las más señaladas victorias de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.—Durante su permanencia en Portugal, segun conjetura Navarrete con muy atendibles razones, hubo de tratar amores con alguna dama de aquel reino; fruto de ellos fué probablemente su hija natural doña Isabel de Saavedra [3].

Retirado CERVÁNTES definitivamente de la milicia en el año de 1583, volvió á Madrid; solicitó á fines del mismo año ó á principios del siguiente la licencia para imprimir su *Galatea*, que fué aprobada por el censor Lúcas Gracian Dantisco en 1.° de Febrero de 1584; la publicó seguidamente en esta córte [4], y á 12 de Diciembre del mismo año se desposó en Esquivias con la pastora celebrada en aquella ingeniosa y elegante ficcion: doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano. Estableció su residencia

en Madrid, relacionóse con los principales ingenios ; y dedicándose por aquel tiempo más preferentemente á componer para el teatro, escribió veinte ó treinta comedias, que se representaron con aceptacion, y algunas, como *La Confusa*, con singular aplauso. Pero á la sazon *se alzaba el gran Lope de Vega con la monarquía cómica*, eclipsando á todos sus predecesores y contemporáneos. La situacion de CERVÁNTES era estrecha : abandonó la pluma y las comedias, y se trasladó á Sevilla, año de 1588, aprovechando la ocasion de haber sido nombrado el consejero de Hacienda Antonio de Guevara proveedor general de las armadas y flotas de Indias, con grandes preeminencias y facultades. Entre éstas, era una la de nombrar por Su Majestad cuatro comisarios, que le ayudasen en el desempeño de su encargo. Uno de los que nombró fué Miguel de CERVÁNTES, quien, presentando por fiadores al licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca y á Luis Marmolejo, vecinos de Sevilla, comenzó desde luego á ejercer las obligaciones de su empleo, principalmente en la ciudad de Écija. Pero ántes de obtener este cargo, cuyo despacho le fué expedido con fecha del 15 de Junio de 1588, habia desempeñado comisiones importantes en la costa de Africa, trayendo ciertas cartas y avisos del alcaide de Mostagan, y pasando luego á la plaza de Orán, por órden de Su Majestad. En Orán conoció entónces al alférez don Alonso Campuzano, de la compañía de Navarra, á quien años despues introdujo como protagonista en la novela *El casamiento engañoso*. De estas comisiones hace mérito el mismo CERVÁNTES en el memorial que dirigió al Rey, por Mayo de 1590, en el cual, exponiendo sus eminentes servicios, suplicaba á Su Majestad se dignase concederle un oficio en las Indias, de los que se hallaban vacantes. Decretóse esta solicitud por el Consejo de Indias á 6 de Junio, en estos términos : *Busque por acá en qué se le haga merced.*

Siempre con la esperanza á que daba lugar esta resolucion, continuó en su cargo de comisario, sirviendo al nuevo proveedor Pedro de Isunza, durante los años de 1591 y 92. Con este motivo

recorrió gran parte de la Andalucía, y especialmente consta que visitó las villas de Teba, Ardales, Martos, Linares, Aguilar, Monturque, Arjona, Porcuna, Marmolejo, Estepa, Pedrera, Lopera, Arjonilla, Las Navas, Villanueva del Arzobispo, Bejijar, Alcaudete y Alora.—Nombrado posteriormente por el Consejo de Contaduría mayor de Su Majestad para el destino de cobrador de cantidades que adeudaban por tercias y alcabalas varios pueblos del reino de Granada, pasó á Madrid, donde en 1.° de Julio de 1594 presentó por fiador á don Francisco Suarez Gasco, vecino de Tarancon. Obligóse ademas con sus bienes y los de su mujer; y con estas seguridades se le expidió en Agosto la Real provision, por la cual se le mandaba ir *con vara alta de justicia* á exigir las referidas cantidades, que sumaban 2.557,029 maravedís. Para realizar esta cobranza, pasó á Granada, Málaga, Baza, Velezmálaga, Guadix, Motril, Almuñécar, Loja, Salobreña y Ronda. Desde Málaga escribió al Rey, con fecha del 17 de Noviembre, la carta (dando cuenta de su comision y solicitando próroga para terminarla) cuyo fac-símil, perfectamente ejecutado, ilustra la *Vida de Cervántes* escrita por Navarrete y publicada en 1819. Se le concedió la próroga, y en 15 de Diciembre ya se encontraba de vuelta en Sevilla.—Tal fué el único premio que obtuvo el veterano ilustre y eminente ingenio, á quien pudo quizá contrariar en sus pretensiones algun siniestro y poderoso influjo, suscitado por su compañero de cautiverio y declarado enemigo Juan Blanco de Paz [5].

Tan mezquino galardon, ademas de las molestias y cuidados propios de comisiones de esta clase, proporcionó á Cervántes una prision injusta, en Sevilla, por Octubre y Noviembre de 1597, fundada sólo en un descubierto de 2,641 reales. Libre, bajo fianza de rendir cuentas y satisfacer su alcance, permaneció en aquella ciudad, por lo ménos hasta fines de 1598. Desde esta época hasta la de principios de Febrero de 1603, período que abraza más de cuatro años, ignóranse los sucesos y residencia de Cervántes.

Tradiciones y noticias, aunque no documentales, muy dignas de crédito, á la par que algunos indicios de grande evidencia que nos ofrecen sus obras, persuaden á creer que durante ese tiempo desempeñó comisiones de cobranza y ejecucion en la Mancha; que se vió atropellado en diferentes pueblos, y preso, ya en el de Argamasilla de Alba, ya en el Toboso, y que hubo de recurrir al favor y auxilio de algun pariente, vecino de aquella comarca, para aliviar su triste situacion. Enlázase todo esto con la fábula y alusiones de su obra inmortal, ideada y comenzada á escribir en una cárcel, como él mismo declara [6]. De su dilatada residencia en Sevilla emanó la persuasion en que estuvieron algunos de sus contemporáneos, de que era hijo de aquella ciudad, donde fué estimado de sus mayores ingenios, y escribió algunas obras de las que más acreditan el suyo y han contribuido á darle inmortal fama y renombre [7].

Hemos indicado que CERVÁNTES salió de su prision en Sevilla, año de 1597, bajo fianza de rendir cuentas y pagar su alcance. Mandóse esto por Real provision dada en Madrid á 1.º de Diciembre de dicho año, en la cual se dice: *Y os mandamos que dando el dicho* MIGUEL DE CERVÁNTES *fianzas legas, llanas y abonadas á vuestra satisfaccion, de que dentro de treinta dias vendrá á esta mi córte y dará la dicha cuenta y satisfará el alcance...; y no lo haciendo, los dichos sus fiadores pagarán de contado los dichos* 79,804 *maravedís, que parece debe; le solteis de la dicha cárcel y prision donde está, para que pueda hacer lo susodicho...* etc.—Que nuestro insigne escritor permaneció en Sevilla por lo ménos el año inmediato de 1598, lo prueba el haber escrito versos para la decoracion del suntuoso túmulo que se erigió en la catedral, ornado de elegantes poesías é inscripciones latinas y castellanas, y de preciosas estatuas y pinturas, para las exequias del rey Felipe II, celebradas en 24 de Noviembre, 30 y 31 de Diciembre del año expresado; y el haber compuesto asimismo, con esta ocasion, el célebre *soneto* de que justamente se preciaba tanto, llamándole *honra principal de sus escritos* [8].

Con fecha del 14 de Enero de 1603 preguntó el tribunal de Contaduría mayor á los contadores de relaciones, si CERVÁNTES habia dado cuenta de su comision y satisfecho el cargo que le resultaba. Los contadores, en su informe, dado en Valladolid (donde se hallaba la Córte desde dos años ántes), expusieron, con fecha del 24, que si bien constaban las cantidades que habia remitido á tesorería, apareciendo sólo en descubierto de dos mil seiscientos y tantos reales, no habia dado cuenta de la respectiva procedencia de ellas, *y para que viniese á darla* (añadieron) *se han dado cartas para que el señor Bernabé de Pedroso le soltase de la cárcel en que estaba en Sevilla, dando fianza de venir á darla dentro de cierto término, y hasta ahora no ha venido, ni hay razon de las diligencias que se han hecho.* — Atendiendo á que la Real provision, expedida en 1597 para la soltura de CERVÁNTES, no iba dirigida á Pedroso, sino al juez de la Real audiencia de los grados de Sevilla, licenciado Gaspar de Vallejo, y á que el consejero de Hacienda Bernabé de Pedroso, consta que se hallaba comisionado en Sevilla por Diciembre de 1602, y asimismo en el año siguiente, pudiera deducirse que el desgraciado escritor habia sufrido un nuevo encarcelamiento, al cual se referia el informe de los contadores.

Pocos dias despues de la remision de este informe debió trasladarse CERVÁNTES á Valladolid, donde consta que se hallaba ya, con su familia, el dia 8 de Febrero de 1603. Tal es la fecha de un recibo, que firmó su hermana doña Andrea, de la labor hecha por la misma para el marqués de Villafranca, don Pedro de Toledo Osorio, que regresaba de la expedicion de Argel. Entre las cuentas de estas labores hay algunas escritas de mano de CERVÁNTES; y este precioso documento, que hubiera debido publicarse y reproducirse al vivo, indica bien claramente el apuro y estrechez de su situacion.

Contribuyó sin duda ésta, como se infiere desde luego, á que, terminando la *Primera Parte del Quijote*, acelerase CERVÁNTES su publicacion. Obtuvo el Real privilegio á 26 de Setiembre de 1604, en Valladolid; y concluida la impresion, cuya fe de erratas es

de 1.º de Diciembre, siendo la tasa de 20 del propio mes, salió á luz, de las prensas de Juan de la Cuesta, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, á principios del año de 1605 [9].

Escogió CERVÁNTES por su Mecénas en esta publicacion á don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, duque de Mandas y de Villanueva, marqués de Gibraleon y de la ciudad de Terranova, conde de Belalcázar y de Vanares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas y estados de Burguillos, Capilla y Curiel, y de las baronías de Castalla, Onil, Tibi, Luchente, Cuatrotonda, Pinet, Benicolet, Espioca, Millerola, villa de Fuente la Higuera, Picacente y Benidoleig, en el reino de Valencia; señor de las encontradas de Curaduría, Ciurgus, Barnagia, Ollola, Seulo y villa de Sitgi, con las demas de sus partidos; y caballero de la Insigne Orden del Toison de Oro. —«En fe (dice) del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, al abrigo del clarísimo nombre de vuestra Excelencia...»— No sabemos hasta qué punto será cierta la tradicion que se ha referido sobre el acogimiento hecho por el de Béjar á la obra y á su inmortal autor; pero es lo positivo que CERVÁNTES no volvió á dedicarle ninguna de sus producciones.

Recibió el público la Primera Parte del *Quijote* con extraordinaria aceptacion. Así lo prueban de una manera incontestable las *siete ediciones* que obtuvo en España dentro del mismo año de 1605; hecho que por sí solo evidencia la falsedad de la absurda especie que se propaló en el pasado siglo, y se ha reproducido una y otra vez, suponiendo que CERVÁNTES necesitó llamar la atencion hácia su obra por medio de un papel anónimo titulado *El Buscapié*, en el cual descubria las ocultas y misteriosas alusiones que la misma encerraba [10].

Vendió CERVÁNTES el Real privilegio que por diez años obtuvo para la impresion de la Primera Parte del *Quijote*, al librero Francisco de Robles. Aunque el producto de esta enajenacion desde luego puede creerse que estaria muy léjos de corresponder al mérito de la obra y á las pingües utilidades que con su rápido y extraordinario despacho debió sin duda lograr el comprador, serviria de grande auxilio para remediar la estrecha situacion en que vivia la familia del ilustre ingenio. Por aquel mismo tiempo hubo tambien de proporcionar algunos recursos á CERVÁNTES la composicion de una obrita, que es la más desconocida y rara de las suyas, al paso que la ménos espontánea y propia de su carácter y talentos. Nos referimos á la *Relacion* que escribió de las solemnes fiestas celebradas en Valladolid por los faustos sucesos del nacimiento de Felipe IV (acaecido en Valladolid el Viérnes Santo, 8 de Abril de 1605) y del definitivo ajuste de las paces con Inglaterra, para cuya ratificacion habia venido á España, como enviado extraordinario, Cárlos Howard, conde de Hontinghan, con séquito y escolta de seiscientos ingleses, entrando en Valladolid el dia 26 de Mayo.—Imprimióse esta *Relacion* en aquella capital, sin nombre ni indicacion alguna de autor, á expensas del librero Antonio Coello, y por él dedicada al conde de Miranda, marqués de la Bañeza, don Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazan, del Consejo de Estado y presidente del Supremo de Castilla. La profusion y esplendidez con que la Córte agasajó en tan festiva ocasion á sus huéspedes, y las especiales circunstancias de éstos, excitaron el satírico humor de don Luis de Góngora, que en un soneto censuró ágriamente las celebradas fiestas; prestando, sin querer, el servicio de dejar declarado en la misma composicion, de un modo muy evidente, el autor de la obra que nos ocupa. Un nuevo documento, hallado entre los apuntes bibliográficos del señor Gallardo, confirma explícitamente la indicacion de Góngora; y de hoy más podrá reimprimirse como legítima produccion de MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA la que relata y describe las fiestas vallisoletanas de 1605[11].

Duraron los principales festejos desde el 25 de Mayo al 16 de Junio; y á los once dias de terminados, en la noche del 27, ocurrió el desgraciado suceso á que en la nota 3 nos hemos referido: la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, caballero de la Orden de Santiago, natural de Pamplona, el cual, herido en riña con un hombre, á quien declaró no conocer, junto á la puentecilla de madera del Esgueva, frente á la calle que subia á la del Perú, se refugió en la casa más inmediata, donde vivia CERVÁNTES, que era una de las nuevas situadas enfrente del Rastro, propia de Juan de Navas. Este acontecimiento, debido, al parecer, á galanteos que pudieron dirigirse á la hija natural de CERVÁNTES, á su sobrina doña Constanza de Ovando, que formaba parte de su familia [12], ó bien á otras señoras de las que ocupaban las demas habitaciones, le ocasionó nueva prision, aunque salió de ella prontamente libre. A los autos de esta causa debemos interesantes noticias de su persona y familia [13].

Regresó con la Córte á Madrid en el año de 1606, y *volviendo* (como él mismo dice) *á su antigua ociosidad*, se dedicó exclusivamente á las tareas literarias. Durante aquel verano, con ocasion tal vez de evacuar diligencias relativas á su antiguo destino, visitó de nuevo á Sevilla, donde, en 4 de Julio, concurrió á la fiesta que celebraron en San Juan de Alfarache, reunidos en bulliciosa cofradía, varios amigos, poetas, estudiantes y otros caballeros, vecinos ó residentes á la sazon en aquella ciudad. Fué secretario del burlesco certámen que constituyó parte de la funcion, presentando de su ingenio un donairoso *romance;* y refirió luego el festejo con puntual y galana pluma en *Carta á don Diego Astudillo Carrillo*, que, conservada anónima en la Biblioteca Colombina, ha sido últimamente publicada con exquisitas ilustraciones por el señor don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, á quien tanto deben las letras españolas. Hizo luego, aunque sin duda muy á la ligera, algunas correcciones en la edicion de la Primera Parte del *Quijote*, que á mediados de 1608 reimprimió Juan de la Cuesta por tercera

vez en esta capital.—En 17 de Abril de 1609 ingresó en la congregacion del oratorio de la calle del Olivar, que habian fundado, á 28 de Noviembre del año anterior, fray Alonso de la Purificacion, trinitario descalzo, y don Antonio Robles y Guzman, gentil hombre y aposentador del Rey; á la cual fueron sucesivamente agregándose Salas Barbadillo, Espinel, Quevedo, Lope de Vega y otros señalados ingenios y artistas de la córte[14]. Poco despues, en 9 de Octubre del mismo año, perdió á su hermana doña Andrea, la cual yace sepultada en la parroquia de San Sebastian.—Durante el año de 1610, nombrado el conde de Lémos, don Pedro Fernandez de Castro, para el vireinato de Nápoles, tuvo Cervántes fundadas esperanzas de lograr colocacion correspondiente á sus méritos é inclinaciones, ya por el aprecio que le dispensaba el Conde, ya por la circunstancia de haber éste nombrado secretario de Estado y Guerra del vireinato á Lupercio Leonardo de Argensola, encargándole, y al doctor Bartolomé, su hermano, que buscasen y le propusiesen personas de distinguidos talentos para los diversos cargos de aquella dependencia. Pero los Argensolas no cumplieron las promesas que hicieran al ilustre y desvalido ingenio, sin duda juzgándole, por su edad y familia, en disposicion poco favorable para emprender un viaje dilatado.

Ántes de mediar el año de 1612 presentó Cervántes al Consejo sus *Novelas ejemplares*, en solicitud de licencia para imprimirlas. Expidiósele el Real privilegio con fecha de 22 de Noviembre; y la impresion quedó terminada en Agosto de 1613. Dos padres trinitarios fueron los aprobantes: el presentado fray Juan Bautista Capataz, poeta celebrado por nuestro autor en el *Viaje del Parnaso*, y fray Diego de Ortigosa; y por mandato del Consejo de Aragon las aprobó despues Salas Barbadillo.—Dedicólas Cervántes al Conde de Lémos, á cuya generosidad y aficion debió continuados socorros, por él repetida y públicamente agradecidos[15].

Dadas á luz las ingeniosas y ejemplares *Novelas*, que fueron acogidas con universal aplauso, y reimpresas una y otra vez dentro

y fuera de España, hubo de emprender inmediatamente CERVÁNTES la composicion de su *Viaje del Parnaso*, estimable poemita, en que imitando al que habia publicado en Italia César Caporali, natural de Perusa, hizo realmente una obra original, preciosa por las indicaciones autobiográficas y las alusiones que encierra; de gran valor para la historia literaria, como panegírica, y en parte crítica, de los ingenios de la época, y muy apreciable por su estilo y versificacion. Al fin del poema, escrito en tercetos y dividido en ocho capítulos, añadió la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa, donde pinta con inimitable donaire el encuentro y conversacion que finge tuvo con un poeta novel, que le traia una carta del dios Apolo, en la cual se incluian las ordenanzas y privilegios para los poetas españoles. La *Adjunta* contiene algunos datos asimismo de grande interes y curiosidad; y como en ella estampe CERVÁNTES la fecha de 22 de Julio de 1614, puede inferirse que por aquel tiempo terminaba la obra. Presentóla en Setiembre siguiente al Consejo, por cuya órden la censuró y aprobó, con fecha del 20, el maestro José de Valdivielso. Expidióse el Real privilegio para su impresion, á favor del autor, por seis años, en Ventosilla, á 18 de Octubre; y al mes siguiente salió al público, de las prensas de la viuda de Alonso Martin, con la portada siguiente:—*Viage* | *del Parnaso,* | *compvesto por* | *Miguel de Ceruantes* | *Saauedra.* | *Dirigido a don Rodrigo de Tapia*, | *Cauallero del Hábito de Santiago,* | *hijo del señor Pedro de Tapia Oy-* | *dor de Consejo Real*, *y Consultor* | *del Santo Oficio de la Inqui-* | *sicion Suprema.* | *Año* | (Un floron grabado en madera) 1614. | *Con privilegio* | *en Madrid*, | *Por la viuda de Alonso Martin.* (En 8.°)—Habiéndose hecho rarísima esta edicion, así como la segunda (de *Milan*, *por Juan Bautista Bidelo,* 1624, en 12.°), apénas fué conocido en la moderna época el *Viaje del Parnaso* más que por las reimpresiones de 1736 y 1772 (junto con *La Galatea*) y la de *Sancha*, 1784, hechas en esta córte. Sin embargo, no admite duda alguna que la edicion príncipe y la de *Milan*, 1624, han sido vistas y manejadas en

nuestro tiempo, no sólo por aficionados, sino por literatos que han escrito sobre la vida y obras de CERVÁNTES, así en España como en el extranjero. ¿Cómo es que todos, absolutamente todos (segun mis noticias), han callado que entre los preliminares de esta preciosa obrita, en sus dos primeras ediciones, se halla un notable *soneto* de CERVÁNTES? ¿Cómo lo calló tambien Salvá, contra su interes propio, al anunciar un ejemplar de la primera edicion en su *Catálogo* de Lóndres, segunda parte, año de 1829?— Este silencio, que coincide con la supresion del *soneto* en la referida edicion de Sancha (si bien ésta pudo hacerse por una de las reimpresiones de 1736 y 1772, donde se halla tambien omitido), no puede, á mi juicio, explicarse más que por las circunstancias especiales de tan peregrina composicion. Va en la edicion de 1614 (que poseo y tengo á la vista), impreso á la vuelta de la hoja en que está el epigrama latino de don Agustin de Casanate Rojas en loor de CERVÁNTES; y en la de Milan, á continuacion de una dedicatoria de aquel editor.— Dice así:

EL AUTOR Á SU PLUMA.

Soneto.

Pues veys que no me han dado algun Soneto
Que ilustre deste libro la portada,
Venid vos pluma mia mal cortada,
Y hazedle, aunque carezca de discreto.
Hareys que escuse el temerario aprieto
De andar de una en otra encruzijada,
Mendigando alabanzas, escusada
Fatiga é impertinente, yo os prometo.
Todo Soneto y Rima allá se avenga,
Y adorne los umbrales de los buenos,
Aunque la adulacion es de ruyn casta;
Y dadme vos que este *Viage* tenga
De sal un panezillo por lo ménos,
Que yo os le marco por vendible, y basta.

Ha debido creerse, al parecer, que esa amarga alusion al desden con que presumidos y encopetados escritores miraban á CERVÁNTES, redundaba en descrédito de éste, sombreando el cuadro que

de sus relaciones literarias nos han pintado los biógrafos. De aquí sin duda la omision del *soneto* y de su noticia [16].

Casi á la vez que el *Viaje del Parnaso* entraba en prensa el *Quijote* del encubierto Avellaneda. Se imprimia léjos de la córte, en Tarragona; prueba clara del recato y prevision con que procedia su autor. La aprobacion que lleva, firmada por el doctor Rafael Ortoneda, en 18 de Abril de 1614, y la licencia, cuya posterioridad es notable, fechada el 4 de Julio, inducen á calcular que la obra, de un regular volúmen, áun debia estar imprimiéndose por el mes de Setiembre. Si hubiese precedido, aunque poco, su publicacion á la del *Viaje*, de seguro CERVÁNTES hubiera hablado oportunamente del falso *Quijote* y del aragones su autor [17].

Ya en la *Adjunta al Parnaso* manifestó su intento de dar á la estampa una coleccion de doce de sus piezas dramáticas, no representadas : seis comedias y seis entremeses. Lo llevó á efecto, añadiendo otras dos de cada clase : obtuvo el privilegio para la impresion, que vendió al librero Juan de Villarroel, en Julio de 1615; y publicó el libro por Setiembre, con una sentida y bellísima dedicatoria al Conde de Lémos [18], y un discreto prólogo, documento precioso para la historia del teatro y de la comedia española.

A principios del mismo año de 1615 tenia ya concluida la *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, que aprobaron, en 27 de Febrero, el licenciado Francisco Marquez de Torres, capellan y maestro de pajes del Arzobispo de Toledo, y en 17 de Marzo el maestro Valdivielso. En 30 del propio mes obtuvo CERVÁNTES el privilegio, por diez años, para la impresion, que tardó en concluirse hasta fines de Octubre, puesto que el 21 de este mes se firmaron la tasa y la fe de erratas. La dedicatoria del autor al Conde de Lémos lleva la fecha del 31; y todavía despues, en 5 de Noviembre, dió nueva aprobacion el doctor Gutierre de Cetina sobre el ejemplar impreso; de manera que la obra no hubo de salir al público hasta mediados de Noviembre. Imprimióse, pues, simultáneamente con las Comedias, pero en distinta

oficina, en la de Juan de la Cuesta; estampó aquellas, terminándolas un mes ántes, la viuda de Alonso Martin, y por esto dijo el autor en su dedicatoria que el Ingenioso Caballero [19] *quedaba calzadas las espuelas.* Recibida con aplauso no menor que la Primera, fué reimpresa dos veces en el año siguiente (Valencia y Brusélas) y otras dos en 1617 (Barcelona y Lisboa); saliendo luego repetidamente junta con la Primera Parte.

La aprobacion dada por el licenciado Marquez de Torres nos ofrece un testimonio irrefragable del aprecio que CERVÁNTES y sus obras merecian en los países extranjeros.—«Certifico (dice) con verdad que en 25 de Febrero de este año... habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el embajador de Francia... muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al Embajador... se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal... deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de MIGUEL DE CERVÁNTES, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenian sus obras: *La Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria; la *Primera Parte de ésta* y las *Novelas.* Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: *Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.*

No omitió CERVÁNTES en la dedicatoria y el prólogo de esta Se-

gunda Parte expresivas manifestaciones de agradecimiento á sus bienhechores. Al *gran Conde de Lémos, que le sustentaba, le amparaba, y cuya cristiandad y liberalidad bien conocida le tenia en pié contra todos los golpes de su corta fortuna;* y al *ilustrísimo arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas. Estos dos Príncipes,* añade, *sin que los solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme; en lo que me tengo por más dichoso y más rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.*—Promete al Conde para dentro de cuatro meses *Los trabajos de Persíles y Sigismunda;* y en el prólogo, la misma obra y la *Segunda Parte de Galatea.*

Acercábase el fin de este grande ingenio, cuya imaginacion no agotaban los años ni debilitaban los padecimientos físicos y morales. Al publicar las dos últimas obras, hallábase ya enfermo, como lo indicó él mismo; agravada su dolencia en el inmediato invierno, hubo de trasladarse al pueblo de Esquivias, á principios de la siguiente primavera, con el fin de ensayar el recurso médico de la variacion de aires, alimentos y distracciones. Nos dejó noticia de este viaje en el titulado prólogo del *Persíles*, su obra póstuma; prólogo que el señor Quintana considera, á mi juicio con mucho acierto, como un fragmento sacado de los borradores del autor y colocado al frente de la obra por los que la prepararon y dispusieron para el molde. Fundados en ese fragmento los biógrafos, han asegurado que la estancia de Cervántes en Esquivias, con el expresado objeto, fué durante la semana de Pascua anterior á su muerte. Pero los términos mismos de la relacion de Cervántes, escrita á su regreso, y sin duda á principios de Abril, desvanecen esa suposicion. Porque, en efecto, no es de manera alguna creible que constituido ya el enfermo en una postracion tal, que le impidió salir de su casa el dia 2 de Abril para profesar de Tercero,—postracion consiguiente á los últimos trámites de una hidropesía,—pudiese en los diez y seis dias que transcurrieron hasta el 18, en

que recibió la extrema-uncion, emprender semejante viaje y volver á Madrid *á caballo y á paso largo.*

Como quiera que sea, consta por un precioso documento, recientemente publicado, que se hallaba en esta córte el dia 26 de Marzo, fecha que lleva la carta que dirigió al Cardenal Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, dándole gracias por los nuevos socorros que habia recibido de su benéfica mano[20]: carta autógrafa, que posee el señor General don Eduardo Fernandez de San Roman, y cuyo contexto literal es como sigue:

AL ILMO. SR. EL SEÑOR D. BERNARDO DE SANDOVAL Y ROXAS, ARZOBISPO DE TOLEDO.

«Muy Illustre Señor.—Ha pocos dias que receví la carta de »vuestra Señoría Illustrísima, y con ella nuevas mercedes. Si del mal »que me aquexa pudiera haber remedio, fuera lo bastante para te»nelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dis»pensa vuestra Ilustre Persona: pero al fin tanto arrecia que creo »acabará conmigo, áun cuando no con mi agradecimiento. Dios »nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas obras para que »goce del fructo dellas allá en su santa gloria, como se la desea su »humilde criado, que sus muy magníficas manos besa. En ma»drid á 26 de Marzo de 1616 años.

»Muy Illustre Señor.

»MIGUEL DE CERBANTES SAAVEDRA.»

Esta carta nos indica el estado, cada vez más grave, de CERVÁNTES por aquellos dias. Recibió en su casa, el Sábado Santo, 2 de Abril, la profesion de la venerable Orden Tercera de San Francisco, cuyo hábito habia tomado en Alcalá el 2 de Julio de 1613; y agravado sucesivamente, se le administró la extrema-uncion el lúnes 18. Aun conservaba al dia siguiente serenidad de ánimo y firme cuanto fecunda imaginacion para escribir, como escribió,

con feliz pluma la dedicatoria del *Persíles* á su bienhechor el Conde de Lémos, cumpliendo en tan extremado trance la palabra que tenia empeñada, y reiterando sus afectuosas expresiones de gratitud, no sin mostrar las esperanzas que todavía lisonjeaban su mente [21]. Cuatro dias sobrevivió á este postrero y sentido rasgo de su pluma, digno, como elegantemente dice el mejor historiador de su vida, de la misma veneracion y respeto con que se escucharon en Grecia y Roma los últimos discursos de Sócrates y de Séneca. Falleció el sábado 23 del mencionado mes de Abril y año de 1616. —Su *partida de defuncion*, existente en uno de los libros de la parroquia de San Sebastian (fólio 270), dice así:

«En 23 de Abril de 1616 años murió MIGUEL CERVÁNTES SAA-»VEDRA, casado con doña Catalina de Salazar, calle de Leon. Re-»cibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Francisco »Lopez. Mandóse enterrar en las Monjas Trinitarias. Mandó dos »misas del alma, y lo demas á voluntad de su mujer, que es tes-»tamentaria, y al Licenciado Francisco Nuñez, que vive allí.»

De su entierro nos conservó noticia Francisco de Urbina, hermano de la primera mujer de Lope de Vega, en una composicion que escribió al frente del *Persíles*, con el siguiente epígrafe: *Don Francisco de Urbina á Miguel de Cervántes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, á quien llevaron los Terceros de San Francisco con la cara descubierta, como á Tercero que era.*—Otro epitafio métrico le dedicó en la misma obra Luis Francisco Calderon; pero los grandes ingenios no tuvieron una flor para su humilde tumba.

Las dudas que acerca del sitio donde fueron sepultados los restos de CERVÁNTES manifestó, y no logró aclarar, el señor Navarrete, á pesar de su diligencia, han sido resueltas definitivamente por el señor don Pascual Madoz en el artículo *Madrid* de su *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal.*—Fundado el convento de monjas trinitarias descalzas de esta córte, en el año de 1609, por doña Juana Romero y Gaytan, hija del general don Julian Romero,

en la calle de Cantaranas, casas propias de la fundadora, permaneció allí la comunidad hasta el año de 1633, en que por algun tiempo, y sin duda con motivo de la obra del nuevo convento, se trasladaron á la casa que les cedió en la calle del Humilladero una señora de la casa de Braganza. No debe, pues, dudarse que en el primitivo templo de la calle de Cantaranas descansaron desde luego las cenizas del inmortal ingenio.

Cuando Rios, Pellicer y Navarrete recogieron é insertaron respectivamente varios documentos legales, relativos á Cervántes, que ó bien eran ya conocidos, ó fueron hallados por diligencia de estos biógrafos, no pudieron agregar á ellos el *testamento* del ilustre escritor, porque, omitiéndose en la partida de defuncion del mismo el nombre del escribano ante quien fué otorgado, mal podia buscarse este documento en los archivos y protocolos. Noticias de orígen digno del más entero crédito me indicaron, siete años há, por conocida su existencia, y me hicieron abrigar esperanzas de su hallazgo, que desgraciadamente han salido vanas. Todo lo que mi solicitud ha conseguido en este punto se reduce á la noticia de que *el testamento de* Cervántes *forma parte de un expediente ó proceso judicial*, y al convencimiento íntimo de que en efecto se conserva, y de que su poseedor se niega á comunicarle, tocado sin duda de la manía de atesorar y enterrar preciosidades literarias. Quede, pues, impresa esta indicacion, y acaso investigadores más afortunados alcanzarán lo que yo no he logrado. Entre tanto, al paso que completo esta relacion biográfica, apuntaré una conjetura acerca del expediente judicial á que se halla unido el precioso y deseado documento.

Cuando Cervántes murió, su hija natural doña Isabel de Saavedra era ya, hacia tres años, religiosa en el expresado convento de trinitarias descalzas. Compruébalo así la circunstancia de haberse mandado enterrar allí su padre, y lo acreditan las noticias recogidas por el señor Navarrete. Resulta de ellas que en dicha comunidad se conservaba tradicion constante de haber pertenecido á su

seno la hija del insigne escritor; y no sólo de esto, sino de haber sido tambien monja en el propio convento la madre natural de doña Isabel; que en el año de 1614, es decir, á los cinco de fundado aquel monasterio, profesó en él una religiosa llamada *Isabel, habiendo ratificado su profesion en* 1618, *despues de un litigio sobre invalidacion ó ilegalidad de la primera;* y por último, que en su asiento, que no firmó (en la causa de Valladolid consta que doña Isabel de Saavedra no sabia firmar), se omiten su apellido, edad y el lugar de su nacimiento, así como la fecha de su muerte; cuyas supresiones, que no hay en los asientos de las demas, indican cierta cautela de parte de la comunidad, como para evitar la nota que ésta supuso se la podia seguir por haber admitido á dicha señora procediendo de ilegítimo concepto; y con más razon, añadiré yo, si su madre formaba parte de la misma comunidad.— Ahora bien: ¿será muy aventurado el suponer posible, por más de un concepto, la agregacion del testamento de Cervántes á los autos del pleito sobre invalidacion de los votos de su hija? La noticia de ese litigio, y la traslucida por mí en órden á la existencia del testamento, parece que se ligan y entrelazan cuando se discurre acerca de estos sucesos.—No omitiré, al terminar este párrafo, una coincidencia que olvidó Navarrete. La hija natural de Cervántes y la de Lope de Vega, doña Marcela del Carpio y Lujan, fueron hermanas de hábito y profesaron en el mismo convento de la calle de Cantaranas; esta última en 1622, de edad de diez y seis años, cuando Isabel contaba cuarenta, y de profesa ocho. Murió Marcela, de ochenta y tres años, el 9 de Enero de 1688.

Fiel á la voluntad de Cervántes, publicó su esposa el *Persíles* á principios del siguiente año de 1617, cuya fecha lleva, aunque impreso en el anterior. Salió á expensas del librero Villarroel, que compró el privilegio, dado por diez años á dicha señora, en 24 de Setiembre. Aprobó el maestro Valdivielso la obra, con singular elogio del autor, á quien llama *hijo ilustre de nuestra nacion y padre ilustre de tantos buenos hijos con que dichosamente la ennobleció.*

En el mismo año la reprodujeron las prensas de *Valencia*, *Barcelona*, *Lisboa*, *Pamplona* y *Brusélas*, y ha seguido siendo una de las más populares y divulgadas de CERVÁNTES.

Doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano sobrevivió á su esposo unos diez años y medio; habia heredado bienes, despues de viuda, de su tio don Francisco de Palacios y Salazar. Falleció en Madrid, calle de los Desamparados, parroquia de San Sebastian, el 31 de Octubre de 1626; fué enterrada en el mismo convento de trinitarias descalzas: en su testamento, otorgado á 20 del propio mes, ante Alonso de Valencia, deja mandadas trescientas misas de alma, y funda una memoria (que á principios de este siglo se hallaba ya abandonada); nombrando por sus albaceas á Francisco de Palacios, que vivia en la misma casa, y á Luis de Molina, secretario del banquero Cárlos Strata.

Doña Constanza de Ovando, sobrina de CERVÁNTES (hija de doña Andrea, su hermana), murió en la calle del Amor de Dios, parroquia de San Sebastian, en 22 de Setiembre de 1624, soltera, de cuarenta y siete años de edad. No testó. Su entierro fué costeado por el antedicho Luis de Molina, secretario del opulento comerciante y asentista genoves Cárlos Strata, establecido en Madrid y muy favorecido de Felipe IV, que agració con título de Castilla á su hijo don José Strata, poeta celebrado por Lope en el *Laurel de Apolo*.

De Rodrigo de Cervántes, padre del ilustre escritor, consta que se hallaba en Madrid el 17 de Marzo de 1578, fecha de la informacion que á su pedimento se hizo de los servicios de aquél. Por otra parte, resulta de dos fehacientes documentos, que subsiguieron al antedicho para el rescate de CERVÁNTES, que su madre estaba ya viuda en 31 de Julio de 1579. Ocurrió, pues, la muerte de Rodrigo durante ese período intermedio de diez y seis meses y catorce dias. Sin embargo, su partida de defuncion, existente en la parroquia de San Justo de esta córte, en libro que comienza á 9 de Agosto de 1576 y concluye en 23 de Setiembre de 1590, tiene la fecha de 13

de Junio de 1585, y se halla como á la mitad del libro. Testó ante Diego Hernandez; nombró por sus albaceas á doña Leonor, su mujer, y á doña Catalina de Palacios, viuda de Hernando de Salazar. Fué enterrado en la Merced.

Ignórase cuándo y dónde falleció doña Leonor de Cortinas, madre de CERVÁNTES. Yo presumo que en Esquivias. Acaso fué natural de este pueblo, en el cual, por lo ménos, tenia íntimas relaciones con doña Catalina Palacios, ántes de ser ésta su consuegra. Sin duda á tan amistosas conexiones fué debido el enlace de MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, cuya vida hemos procurado escribir aquí, no con el florido estilo del panegirista, negado, por otra parte, á nuestra pluma, sino con el rico ornato de adiciones que reclama ya el trabajo inapreciable de su mejor biógrafo, y conviene y se acomoda más á la índole de la obra para la que se hallaba destinado el presente.

Madrid, Julio de 1863.

CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA Y LEIRADO.

Concluido y dispuesto ya para el molde este trabajo, se ha descubierto en el archivo del señor Conde de Altamira, con ocasion de las investigaciones literarias de que en él se ocupaba el distinguido escritor señor don Tomás Muñoz y Romero, una interesante *epístola* en verso, escrita y dirigida por CERVÁNTES, á fines de 1577 ó principios del siguiente año, desde las prisiones de Argel, á Mateo Vazquez, Secretario de Estado de Felipe II. Esta pieza, no autógrafa, pero de letra de aquel tiempo, lleva el siguiente epígrafe: «*De Miguel de Cervántes, captivo: á Mateo Vazquez, mi señor*»; y consta de ochenta tercetos, más el cuarteto final. Comprueban su autenticidad, no ménos su lenguaje, estilo y versificacion, en que tan evidentemente se halla caracterizada la pluma del ilustre ingenio, que la circunstancia de encontrarse sus sesenta y siete

últimos versos incluidos por el mismo en su comedia *El trato de Argel*, donde los recita (jornada primera) el cautivo Saavedra, que, segun se sospechaba, y ahora queda plenamente confirmado, representa á CERVÁNTES. El fragmento intercalado en la comedia ofrece algunas variantes respecto del texto de la composicion epistolar: unas indispensables para su engaste en el diálogo, otras de correccion y lima.

Da principio CERVÁNTES á la carta con un extenso elogio de las virtudes y altas prendas que al secretario Vazquez adornaban, considerándole por ellas muy digno y merecedor del cargo que desempeñaba; le da luego noticia de sus servicios militares, ya en la gloriosa jornada de Lepanto, ya en la de Túnez y la Goleta, y de su cautiverio y conduccion á Argel; y concluye con la ferviente súplica, inserta despues en su citado drama, en la cual expresando el unánime ruego de los veinte mil cristianos que gemian, cautivos de la morisma, en aquellas prisiones, exhorta al Rey á llevar á cabo la empresa comenzada con tanto valor y audacia por su invicto padre.—En los tercetos con que empieza este último pasaje se halla una de las variantes de que hemos hecho mérito, y la más notable, porque marca el objeto de la epístola. Así en la comedia se lee:

«Cuando me vea en más feliz estado,
O si la suerte ó si el favor me ayuda
A verme ante Filipo arrodillado...»

y en la carta:

«Cuando me vea en más alegre estado,
Si vuestra intercesion, señor, me ayuda
A verme ante Filipo arrodillado...»

trasluciéndose aquí una excitacion á Vazquez para que empleando su influjo y valimiento, aconsejase desde luego al Rey aquella empresa.

Declara CERVÁNTES aproximadamente la fecha de la epístola en el terceto que dice:

«Sentí de ajeno yugo la gran carga,
Y en las manos sacrílegas malditas,
Dos años há que mi dolor se alarga.»

Habiendo sido cautivado en 26 de Setiembre de 1575, cumplíanse los dos años en igual dia de 1577, y cabalmente el 30 fué descubierto el primer proyecto de fuga trazado por el mismo, y que estuvo para llevar á feliz ejecucion con varios de sus concautivos. El mal suceso de aquella tentativa pudo moverle á escribir la sentida carta que acaba de hallarse.

Dice en el terceto XXXVI:

«*Diez años há* que tiendo y mudo el paso
En servicio del gran Filipo nuestro,
Ya con descanso, ya cansado y laso.»

Aunque supongamos que escribiese esta composicion á principios de 1578, los diez años de su carrera militar no se cumplian, por lo ménos, hasta principios de 1579, puesto que residia en Madrid por Octubre de 1568, y segun se conjetura muy fundadamente, salió de esta córte en Diciembre siguiente, con el enviado de Roma, Julio Aquaviva y Aragon, á quien luego por algun tiempo continuó sirviendo en aquella capital. Así pues, al escribir *diez años*, hubo de padecer un olvido, nada extraño en su triste y desgraciada situacion.

Los tercetos LI al LV nos ofrecen dos nuevos datos para su biografía. Consta por ellos que marchó á la expedicion de Túnez sin estar curado aún de tres de las heridas que recibió en Lepanto, y que regresaba contra su voluntad y deseo á España cuando fué cautivado en la galera *Sol*. Hé aquí sus palabras:

«Y al Reino tan antiguo y celebrado
A do la hermosa Dido fué rendida
Al querer del Troyano desterrado,
»Tambien, vertiendo sangre aún la herida
Mayor, con otras dos, quise hallarme,
Por ver ir la morisma de vencida.
»Dios sabe si quisiera allí quedarme
Con los que allí quedaron esforzados,
Y perderme con ellos ó ganarme;
»Pero mis cortos implacables hados
En tan honrosa empresa no quisieron
Que acabase la vida y los cuidados;

«Y al fin por los cabellos me trujeron
A ser vencido por la valentía
De aquellos que despues no la tuvieron.»

Por último, es de notar el terceto LXVII, porque en él declara del modo más explícito su tartamudez:

«Mi lengua, balbuciente y cuasi muda,
Pienso mover en la Rëal presencia,
De adulacion y de mentir desnuda.»

Siendo muy extensa esta composicion poética, y habiendo de ocupar su lugar propio en esta completa coleccion de las obras de CERVÁNTES, hemos creido innecesario el reproducirla en el presente apéndice.

FIN DE LAS INVESTIGACIONES.

NOTAS

A LAS NUEVAS INVESTIGACIONES

ACERCA

DE LA VIDA Y ESCRITOS DE CERVANTES,

POR

DON CAYETANO A. DE LA BARRERA.

NOTAS

Á LAS NUEVAS INVESTIGACIONES.

1 Increible parece que este hecho, comprobado con evidencia tan clara como la luz del dia, haya sido puesto de nuevo en duda hace pocos años, con el apoyo de un documento ya conocido y completamente falto de significacion y de valor crítico. En la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (tomo IV, página 548 y siguientes), tuve la satisfaccion de rebatir plenamente esa pretension, absurda cuanto iliteraria (*), que demuestra una vez más el desden y descuido con que entre nosotros se miran cierta clase de estudios. Creo muy conveniente resumir aquí, con la brevedad posible, el conjunto de irrefragables pruebas, datos y documentos que al efecto aduje en aquel artículo.

En el primero de sus libros impresos, *La Galatea*, dejó CERVÁNTES declarado, aunque de una manera indirecta, el lugar de su nacimiento, poniendo en boca del pastor Elicio, bajo cuyo nombre se disfrazaba él mismo, estas palabras, dirigidas á Tirsi (Francisco de Figueroa, natural tambien de Alcalá): «En las riberas de NUESTRO HENARES más fama tenia Galatea de hermosa que de cruel.» Pero si expresó su patria únicamente de un modo indirecto en sus obras literarias conocidas, no así la

(*) Dedicado hace tiempo, en medio de otras tareas literarias, á la de adicionar la *Vida de Cervántes*, escrita por don Martin Fernandez de Navarrete, y publicada por la Real Academia Española en 1819, dí á la estampa, en la expresada *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (tomos II, III y IV, años de 1856 al 58), diversos artículos que llevan el indicado objeto; y despues en mi *Catálogo biográfico y bibliográfico del Teatro antiguo español*, una extensa noticia de las obras dramáticas del mismo ilustre ingenio, precedida de la correspondiente reseña biográfica. En las presentes *Investigaciones*, que escribí para la obra laureada de los Sres. don Bartolomé José Gallardo, don Manuel Remon Zarco del Valle y don José Sancho Rayon, que se está imprimiendo, va reunido todo lo relativo á biografía que contienen aquellos artículos, y gran parte de lo bibliográfico, enriquecido con nuevas y copiosas noticias.

edad que en un tiempo dado contaba. Teniendo ya concluidas y dispuestas para la imprenta sus *Novelas ejemplares*, por Junio de 1612, escribió el prólogo, estampando en él estas frases terminantes : «Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida; que al CINCUENTA Y CINCO de los años gano por NUEVE más y por la mano.» Contaba, pues, en aquella fecha sesenta y cuatro años y algunos meses; habia nacido en el de 1547.

A principios de 1569 hallábase CERVÁNTES en Roma, sirviendo de camarero á Julio Aquaviva, que lo era de su santidad el papa Pio V. Tenia cumplidos entónces veinte y un años. El Miguel de Cervántes Saavedra, hijo de Blas Cervántes Saavedra y de Catalina Lopez, bautizado en Alcázar de San Juan á 9 de Noviembre de 1558, siendo en la antedicha época un niño de poco más de diez años, mal podia dedicarse á tal servicio y ocupacion.

Alistado CERVÁNTES de 1569 á 70 en el ejército español de Italia, sirvió hasta 1575. Cuando él bizarramente peleaba en Lepanto el memorable 7 de Octubre de 1571, áun no habia cumplido trece años el Miguel de Cervántes alcazareño.

La informacion de testigos hecha en Madrid, á 17 de Marzo de 1578, por Rodrigo de Cervántes para acreditar los méritos y servicios de su ilustre hijo, con objeto de solicitar de su Majestad ayuda de costa para su rescate del cautiverio de Argel, testifica que «el dicho MIGUEL DE CERVÁNTES, cautivo, de edad de treinta años, poco más ó ménos, hijo legítimo de Rodrigo de Cervántes y de doña Leonor de Cortinas», habia prestado los distinguidos servicios que del interrogatorio resultaban. En el mismo sentido certificó el Duque de Sessa con fecha de 25 de Julio. Consta, pues, de estos documentos que CERVÁNTES, de treinta años de edad en Marzo de 1578 (como que habia nacido en Octubre de 1547), hijo de Rodrigo de Cervántes y de doña Leonor de Cortinas, soldado valiente, cautivo de los berberiscos, y despues autor del *Quijote*, no pudo ser el Cervántes de Alcázar de San Juan, que en 1578 sólo tenia diez y nueve años, y cuyos padres eran Blas Cervántes y Catalina Lopez.

En 31 de Julio de 1579 presentáronse á los padres trinitarios fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, nombrados para el rescate general de cautivos, «doña Leonor de Cortinas, viuda, mujer que fué de Rodrigo de Cervántes, y doña Andrea de Cervántes, vecinas de Alcalá, estantes en esta corte,» y les entregaron, para ayuda del rescate «de MIGUEL DE CERVÁNTES, vecino de la misma, hijo y hermano de las susodichas, cautivo en Argel, de treinta y tres años, manco de la mano izquierda», la cantidad de 300 ducados, de que otorgaron los padres redentores el competente recibo ante el notario Pedro de Anaya y Zúñiga.

Llegó á la ciudad de Argel, en Mayo de 1580, la expedicion redentora,

cuyos benéficos trabajos se prolongaron largo tiempo. CERVÁNTES fué rescatado en 19 de Setiembre por la cantidad de 500 escudos (unos 6,795 reales), y de este acto se extendió la correspondiente partida, que comienza así: «En la ciudad de Argel, á 19 dias del mes de Septiembre del año »de 1580, en presencia de mí el dicho notario, el muy reverendo padre »fray Juan Gil, redentor susodicho, rescató á MIGUEL DE CERVÁNTES, »*natural de Alcalá de Henares*, de edad de treinta y un años, hijo de Ro»drigo de Cervántes y de doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de »Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano »izquierda, cautivo en la galera del *Sol*, yendo de Nápoles á España...» etc. Una breve nota de esta partida, y noticia general de aquel rescate, se habia impreso en Granada por René Rebut, año de 1581, con título de *Memorial de los cautivos rescatados en* 1580; relacion formada en Madrid con presencia de los documentos originales, y comprensiva de los nombres, edad y pueblo del nacimiento de los ciento ochenta y cinco desgraciados que obtuvieron aquel beneficio. Entre las primeras partidas léese allí la siguiente: «MIGUEL DE CERVÁNTES, de edad de treinta años, natural de Alcalá de Henares.»

Libre ya CERVÁNTES, creyó necesario acreditar en debida forma, con el testimonio de sus compañeros de infortunio, los benéficos y arriesgados servicios que les habia prestado, y la acrisolada rectitud de su conducta, ya para justo apoyo de las pretensiones que pudiese entablar, ya para desvanecer toda sugestion ó dañada influencia de su enemigo el infame Juan Blanco de Paz. A este fin presentó, en 10 de Octubre, al referido padre Gil, que por la comision que desempeñaba y las facultades que le competian, representaba en Argel la real autoridad entre los súbditos españoles, pedimento de informacion de testigos, al tenor de un interrogatorio de veinte y cinco artículos; cuyo escrito comienza de esta manera: «Ilustre y »muy reverendo señor: —MIGUEL DE CERVÁNTES, *natural de la villa de* »*Alcalá de Henares*, *en Castilla*, y al presente estante en este Argel, resca»tado...» etc. Decretada favorablemente esta demanda, se procedió á la informacion, que principia así: «Yo Pedro de Ribera, notario apostólico »entre los cristianos, en este Argel, doy fe é testimonio cómo á los diez »de Octubre de mil é quinientos y ochenta años, MIGUEL DE CERVÁN»TES, *natural de la villa de Alcalá de Henares*, ques en Castilla, estante en »este Argel... presentó...», etc. Declararon en la informacion, escribiendo así una de las más brillantes páginas de la vida del ilustre ingenio, once testigos, de palabra, y ademas el doctor Antonio de Sosa, por escrito. El padre Gil la ratificó y legalizó del modo más completo. Así este documento, como el análogo ántes referido, juntos con la solicitud de destino en Indias, hecha por CERVÁNTES, año de 1590, se hallaron en el archivo

general de Indias. Por Real órden de 10 de Febrero de 1808, se sacó de ellos íntegra y exacta copia, autorizada por el comisionado señor Cean Bermudez, para la Real Academia Española.

Agréganse, finalmente, á los testimonios referidos, el de don Diego de Haedo, Arzobispo de Palermo, que escribió la *Topografía é Historia de Argel*, seguida de unos *Diálogos*, cuyos interlocutores son el doctor Antonio de Sosa, el capitan Jerónimo Ramirez, natural de Alcalá de Henares, y el caballero sanjuanista don Antonio Gonzalez de Torres, compañero, como el doctor Sosa, del inmortal escritor; quienes hacen relacion extensa de los sucesos de aquel período y de las arrojadas empresas de CERVÁNTES, diciendo expresamente que éste «era un hidalgo principal de Alcalá de Henares». Corrigió y publicó este libro en Valladolid, año de 1612, fray Diego de Haedo, sobrino del autor.

Hubieran bastado, á la verdad, tan fidedignos datos y noticias á dárnosla de la patria, padres y época del nacimiento de CERVÁNTES, áun cuando su partida bautismal no hubiese llegado á nuestros dias. Mas, afortunadamente, este precioso documento fué hallado en el año de 1752, merced á las diligencias que el descubrimiento de la *Relacion* impresa en Granada, hecho por don Juan de Iriarte, y el de la cita de Haedo, por el padre Sarmiento, excitaron y promovieron. Hallóle el doctor don Santiago Gomez Falcon, abad de la magistral de Alcalá de Henares, en la parroquia de Santa María la Mayor, de la misma ciudad, y sacó certificacion de él en 18 de Julio de 1752, aunque ya con alguna anterioridad la habia sacado otro curioso, cuyo nombre no consta. Esta última, con fecha de 19 de Junio de dicho año, vino á poder de don Agustin de Montiano y Luyando, que la publicó en su *Discurso segundo sobre las tragedias españolas.* (Madrid, 1753.) Firmó ambas certificaciones el doctor don Sebastian García y Calvo, cura propio de dicha parroquial de Santa María. La partida célebre fué reimpresa una vez y otra, ya por don Juan Antonio Pellicer, en sus *Noticias para la vida de Cervántes*, ya en la suntuosa edicion del *Quijote*, de la Academia, ilustrada por Rios, ya en otras posteriores, hechas dentro y fuera de España. Encontráronse sucesivamente en la misma parroquia las partidas de bautismo de tres hermanos de CERVÁNTES: *Andrés* (despues llamado *Rodrigo*), *Andrea* y *Luisa;* imprimió Pellicer la de esta última, y al escribir Navarrete la biografía que anotamos, las insertó, comprendidas con la del insigne ingenio en una misma certificacion, cuyo tenor literal es el siguiente:

«El Dr. D. Nicolás Antonio Heredero y Mayoral, del gremio y Claus»tro, y Catedrático de Elocuencia de la Real Universidad de Alcalá de »Henares, Cura propio de la Parroquial de Santa María la Mayor de la »misma ciudad, certifico: Que en el libro primero de Bautismos de esta

»Parroquia, que principia en 4 de Enero de 1533, y concluye en Marzo »de 1551, se hallan las Partidas siguientes:

»1.ª En doce dias del mes de Diciembre de mil quinientos quarenta y »tres años, fué babtizado Andrés, hijo de Rodrigo Cervántes é su mujer »Leonor de Cortinas; fueron padrinos Juan de Medina Sacristan, testigos »la de Barreda é la del licenciado Frias, babtyzóle el Sr. bachiller Ser»rano, Cura.—El Br. Serrano.»—(Al fólio 137.)

«2.ª En veinte y quatro dias del dicho mes, año susodicho (Noviem»bre de 1544) fué bautizada una hija de Rodrigo de Cervántes y de Doña »Leonor, su mujer, que se llamó Andrea, y fué compadre mayor Mel»chior Mendez y Luisa de Contreras, su mujer, y bautizóla el Sr. bachi»ller Serrano, cura en esta iglesia de Santa María.—El Br. Serrano.»—(Al fólio 154.)

«3.ª En veinte y cinco de agosto de mil é quinientos y quarenta y seis »años, este dia el Sr. bachiller Serrano bautizó una hija de Rodrigo de »Cervántes é de Leonor de Cortinas, su mujer, la cual se llamó Loisa; »que fué su padrino que la tuvo en la pila el licenciado Cristóbal Bermu»dez; testigos Pedro Martinez del Arroyo, é Francisco Sanchez, clérigo »de Fuente el Saz.—El Br. Serrano.»—(Al fólio 177.)

«4.ª Domingo nueve dias del mes de octubre, año del Señor de mil é »quinientos é quarenta é siete años fué baptizado Miguel, hijo de Ro»drigo de Cervántes é su mujer Doña Leonor; fueron sus compadres »Juan Pardo; baptizóle el reverendo Sr. br. Serrano, cura de nuestra Se»ñora. Testigos Baltasar Vazquez Sacristan, é yo, que le baptizé é firmé »de mi nombre.—El Br. Serrano.» (Al fólio 192 vuelto.)

«Concuerdan estas partidas con sus originales, á que me remito. Al»calá de Henares, 13 de Julio de 1811.—Doctor don Nicolás Antonio »Heredero y Mayoral.»

Un facsímil, ejecutado con la mayor perfeccion y la más prolija exactitud por el señor don José Velasco Dueñas, y publicado en Madrid, año de 1852, ha puesto al alcance de todos y divulgado por todas partes la copia más genuina de la partida de bautismo del gran CERVÁNTES, completando la serie de documentos que dejan desvanecidas y sin valor alguno las pretensiones de Alcázar de San Juan, Madrid y otros pueblos que han disputado á la ciudad de Alcalá de Henares la gloria de haber producido á tan famoso ingenio y esclarecido varon.

Que el Cervántes Saavedra de Alcázar de San Juan fuese pariente más ó ménos cercano del autor del *Quijote*, lo tenemos por muy probable. La línea de esta familia, que propagó en la Mancha don Diego Gomez (despues Lopez) de Cervántes, gran prior de la Orden de San Juan, hijo del quinto abuelo de nuestro ilustre escritor, fué dilatadísima; y aun-

que principalmente radicó en Madridejos, Consuegra y Tembleque, tres de sus vástagos constan del árbol genealógico, nacidos en Alcázar. De ella procedió el Miguel Lopez de Cervántes, hijo de otro Miguel y de María de Figueroa, y bautizado en Consuegra á 1.º de Setiembre de 1556, cuya partida bautismal se presentó con aspiraciones iguales á las de Alcázar. Sobrino del expresado don Diego Gomez de Cervántes (como hijo de un sobrino carnal suyo paterno) fué el bisabuelo del autor de *Don Quijote*, Diego de Cervántes, comendador de la Orden de Santiago, el cual casó con doña Juana de Avellaneda, hija de don Juan Arias de Saavedra, llamado el Famoso, segundo señor del Castellar y del Viso. A consecuencia de este entronque, y siguiendo la arbitraria costumbre de aquellos tiempos, varios de la familia de Cervántes tomaron ó se agregaron el apellido Saavedra: tales fueron Hernando Cervántes Arias de Saavedra, hijo quinto de dicho matrimonio; el padre del alcazareño Miguel, que en verdad ignoramos si le trasmitió á su hijo; Gonzalo Cervántes Saavedra, militar y poeta, á quien elogió en el *Canto de Calíope* nuestro insigne alcalaíno; y éste, por último, que no usó tal connotado hasta el año de 1586, al firmar la carta dotal de su mujer.

Oportuno lugar tiene aquí la noticia, que omitió Navarrete, de los escritores que han llevado el apellido de nuestro ingenio príncipe. Florecieron ántes que él Francisco Cervántes de Salazar, apreciable prosista, cuyas obras son tan conocidas; el licenciado don Buenaventura de Cervántes y Morales, docto lingüista, que tradujo en castellano las obras de don Serafino Aceto de Portis, canónigo reglar de San Agustin, natural de Fermo, en Italia; imprimiendo (por los años de 1546 al 48) su traduccion, de la cual se hicieron cuatro ediciones, la última corregida y aumentada por el traductor, en Salamanca, 1554: cuéntase entre estas dos obras la que con tanto acierto refundió el célebre fray Melchor Cano, titulada *La victoria de sí mismo*. El licenciado Alonso de Cervántes, que glosó las *Coplas de Jorge Manrique* por los años de 1550. Contemporáneos del inmortal ingenio fueron: Eustaquio Moros de Cervántes, vascongado, que dió á la estampa, considerablemente adicionado, el *Dictionarium Ecclesiasticum* de Rodrigo Fernandez de Santaella (*Compluti*, *apud Joannem Gratianum*, 1572, fól.), y prometió publicar *Lexicum medicinæ* y un *Diccionario hispano-latino*. El doctor Juan Guillem de Cervántes, insigne jurisconsulto sevillano, catedrático de cánones en la universidad de su patria, procurador en las Córtes de 1586, que escribió un excelente *Comentario sobre las leyes de Toro*, y murió en Sevilla, año de 1600. Gonzalo Gomez de Cervántes, corregidor de Tláscala, que escribió y dedicó, en 1599, al doctor Eugenio de Salazar y Alarcon, florido ingenio madri-

dense, consejero que fue del Supremo de Indias, un *Memorial sobre las cosas y gobierno de Méjico, beneficio de la plata y de la cochinilla;* obra que vió manuscrita don Nicolás Antonio. Otro Cervántes, cuyo nombre de pila no consta, y que tal vez es el mismo Gonzalo Gomez, escribió una *Historia de las Indias*, que existia en la biblioteca del Conde-Duque de Olivares, registrada en su catálogo de este modo : *Chrónica de Cervántes de las Indias*, segun el mismo don Nicolás Antonio. Gonzalo Cervántes Saavedra, á quien el propio autor del *Quijote* celebra en su *Canto de Calíope* (*Galatea*, 1584) de discreto poeta y brioso militar, y que no es imposible fuese el Gonzalo de Saavedra, natural de Córdoba y veinticuatro de Sevilla, autor de una coleccion de poesías líricas y de la novela pastoril titulada *Los pastores del Bétis*, compuesta é impresa en Italia (Trani, 1633). Finalmente, el padre Gonzalo de Cervántes, jesuita, y despues agustiniano, natural de Sevilla, profesor de idiomas en su convento de aquella ciudad, y autor de un comentario latino sobre el sagrado *Libro de la Sabiduría* (Sevilla, 1614), y de otro opúsculo titulado *Parecer de san Agustin en favor de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora* (Sevilla, 1618). En la moderna época hallamos á don Nicolás de Cervántes, de quien Fajardo recogió, año de 1712, algunas poesías festivas; á don Vicente Cervántes, distinguido botánico, director y catedrático del jardin de Méjico desde 1788, y de cuyos escritos da puntual noticia el señor don Miguel Colmeiro en su reciente y laureada obra bio-bibliográfica; y á don Alejandro Magariños Cervántes, único en la descripcion novelesca de las costumbres hispano-americanas.

2 Azan ó Hassan Pachá, Dey de Argel, era renegado, natural de Venecia, y se llamaba Andretta. Fué cautivado por el famoso corsario Dragut, que le hizo renegar y le educó á su manera; y despues logró especial favor con Uluch Aalí, renegado napolitano, almirante de Selim y caudillo de la armada turca en el combate de Lepanto. Por influencia de Uluch fué nombrado para la regencia de Argel, tomando posesion de ella en 29 de Junio de 1577. Cumplido el trienio de su gobierno, se embarcó de regreso á Constantinopla el 19 de Setiembre de 1580.

En un *Catálogo* frances de venta de autógrafos (A. Laverdet, París, Noviembre 1857) hallamos anunciada una carta de Hassan, en italiano, con fecha de Argel, Mayo de 1579, firmada y sellada. Va dirigida á su amigo..., y reclama en ella unos moros, que presos por los españoles y escapados á Francia, donde se creian en tierra amiga, habian sido confinados á las galeras de Marsella.

3 El señor don Nicolás Díaz de Benjumea, nuevo y discretísimo co-

mentador del *Quijote*, en su impreso titulado *La Estafeta de Urganda* (Lóndres, 1861) habla de doña Isabel de Saavedra, no sólo impugnando la conjetura del señor Navarrete, sino, lo que es más extraño, negando que doña Isabel fuese hija natural de CERVÁNTES. El señor Benjumea no menciona el documento legal é irrecusable que así lo prueba : tal es el proceso criminal que en Junio de 1605 se formó en Valladolid por el Alcalde de casa y córte don Cristóbal de Villarroel, ante el escribano Juan de Sotomayor, con motivo de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, herido en aquella ciudad la noche del 27 de dicho mes, á la inmediacion de la casa donde CERVÁNTES habitaba con su familia; proceso hallado en el archivo de la Cárcel de córte y existente en el de la Real Academia Española. De la declaracion tomada, con fecha de 30 de Junio, á la expresada doña Isabel, consta : que se llamaba «doña Isabel de Saavedra; que era »*hija de Miguel de Cervántes*, doncella, de edad de veinte años, que posa»ba en casa de *Miguel de Cervántes*, *su padre*, en compañía de doña An»drea é doña Magdalena, sus tias, é doña Constanza, su prima». Doña Magdalena de Sotomayor, en la segunda que prestó, dijo : «que posaba »con su hermano Miguel de Cervántes é doña Andrea, su hermana, y que »allí estaban las dichas doña Isabel, que era *hija natural del dicho su her»mano*, y doña Constanza, hija legítima de dicha doña Andrea.» Y María de Cevallos, criada de CERVÁNTES, declarando las personas que en su casa vivian, dijo expresamente : «é doña Isabel, que es *hija del dicho Miguel de* »*Cervántes*». El señor Benjumea, que «sin documentos no acepta conjeturas de ninguna especie», y que á renglon seguido oscuramente las hace, fundadas en incomprensibles cavilaciones, para contradecir á Navarrete, hubiera podido examinar y trascribir estos documentos ántes de suponer gratuitamente que la doña Isabel era sólo una «huérfana, á quien CERVÁNTES habia recogido por un acto de hidalguía, de generosidad y de caridad». Por lo demas, la hipótesis del señor Navarrete, seguida por eminentes escritores, podrá ser equivocada, pero ofrece muy razonables fundamentos. La costumbre, tan general en las mujeres, de rebajarse algun tanto la edad; la circunstancia de vivir doña Isabel en compañía de su padre, que en 1605 llevaba veinte años de casado; la de llamarse Isabel, nombre tan predilecto á los portugueses; la que yo observo, de haber preferido el apellido Saavedra, castizo lusitano; y por último, las apasionadas frases con que CERVÁNTES habló siempre de Portugal, y especialmente de Lisboa, encareciendo el amor y hermosura de sus mujeres, todo concurre á favorecer la opinion del sabio y laborioso biógrafo.

4 El real privilegio para la impresion de esta obra va dado por término de diez años «á *Miguel de Cervántes*, estante en nuestra córte». La

dedicó al ilustrísimo señor Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía, hijo del célebre Marco Antonio Colonna, general de las galeras del Pontífice, y uno de los caudillos en la jornada de Lepanto, despues virey de Sicilia, que viniendo á esta córte, llamado del Rey, habia fallecido en Medinaceli el 1.º de Agosto de aquel año. Como en su dedicatoria alude CERVÁNTES á este suceso, infiérese que no la escribió hasta ya entrado el mes de Agosto. El Mecénas, Ascanio Colonna, hizo sus estudios y carrera en España. Estudiaba por los años de 1569, cuando CERVÁNTES, hallándose en Roma, oyó repetidamente al cardenal Julio Aquaviva hablar de él con grande encarecimiento de la virtud y talentos que le adornaban. Llegó á la elevada dignidad de cardenal, que obtenia ya al morir Felipe II, año de 1598; y en las solemnes exequias de este monarca, celebradas en Roma, pronunció la oracion fúnebre, elegante pieza latina, que tengo á la vista, impresa allí con esta portada: *Ascanii S. R. E. Diac. Cardinalis Columnæ, Oratio in funere Philippi II Catholici Hispaniarum et Indiarum Regis Potentissimi.* (Escudo Real de España.) *Romæ, ex Typographia Nicolai Mutii. M. D. IC.* Precédela una dedicatoria, en el mismo idioma, al rey Felipe III, donde el autor cita otras dos oraciones suyas: una pronunciada en Salamanca, año de 1580, en los funerales de la Reina doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II y madre de su sucesor; y otra, dicha despues con más fausto motivo ante la universidad de Alcalá.

El *Canto de Calíope*, que CERVÁNTES escribió é intercaló en *La Galatea*, libro VI, á imitacion del *Canto de Turia*, de Gaspar Gil Polo, en *La Diana enamorada*, contiene elogios de cien poetas españoles, que por aquel tiempo vivian, y es un documento de mucho valor para nuestra historia literaria. Las breves notas con que he procurado ilustrarle, y van al fin del segundo volúmen de esta coleccion, completan en algun modo la tarea del insigne escritor, y proporcionan datos de grande interes y curiosidad acerca de los ingenios que con él seguian relaciones amistosas, indicando quiénes de los residentes á la sazon en la córte solian, á lo que parece, asociarse en reunion literaria. En este último número incluimos á CERVÁNTES, Lope de Vega, Vicente Espinel, Pedro Lainez, Juan de Vergara, Lopez Maldonado, Pedro de Padilla, Gonzalo Gomez de Luque, Juan Rufo Gutierrez, Diego Duran, el doctor Campuzano y Luis Galvez de Montalvo.

5 A envidia del ingenio y elevadas prendas de CERVÁNTES, y de la distincion con que en Argel le trataban, no sólo sus concautivos, sino el mismo Dey Azan, atribuye el señor Benjumea, en su citado escrito, el rencor y la delacion de Blanco de Paz. No decidiré yo, aunque me inclino á creerlo, si fué algo más grave la causa de este ódio; pero cualquiera

que pueda suponerse, está plenamente justificado. Natural era que subiese de punto con la informacion llevada á cabo por CERVÁNTES, y que, impelido por aquella pasion exasperada, trabajase con empeño el titulado comisario del Santo Oficio por satisfacer sus deseos de venganza y desfigurar, en defensa propia, la verdad de los hechos. ¿Podrá creerse, pues, desatinada la suposicion de que, rescatado á su vez y vuelto á España, lograse convertir en mérito su crímen, por los secretos y poderosos medios que le facilitaba su estado, y valiéndose tambien de ellos, interponer un obstáculo insuperable á las pretensiones de CERVÁNTES? ¿No aparece muy probable que la influyente Orden de Santo Domingo patrocinase la causa de uno de sus individuos, y que sus principales superiores conservasen por largo tiempo el recuerdo y el resentimiento de aquella informacion, hecha ante un religioso de otro instituto?

Enlazada esta conjetura con las que sucesos posteriores de la vida de CERVÁNTES y notables rasgos de su pluma nos darán ocasion luego de formar y explanar detenidamente, habremos de apartar á un lado este cabo suelto, para hacernos cargo, en vindicacion del señor Navarrete, de un pasaje que hallamos en la obrita referida del señor Díaz de Benjumea. Dice así: «Este incidente (el de la informacion hecha en Argel) se une é »identifica con el orígen de la desventura de CERVÁNTES; cuestion siem»pre mal tratada entre nosotros. Todos la habian achacado á nuestro inge»nio. Rios la buscó en su indolencia y aficion á la poesía; Pellicer, en su »matrimonio; Navarrete (y no tiene disculpa), en alguna imprudencia de »CERVÁNTES; y Quintana, en sus maneras bruscas (á la soldadesca), en su »genio insociable y en su osadía. Hoy caen por tierra todas estas suposi»ciones gratuitas, mediante á la ilustracion que ofrezco del enigma de su »desgracia, sólo comparable al del *Quijote*.» Quien á la verdad no tiene disculpa (y perdónenos la evidencia) es el señor Benjumea, al culpar de esa suerte al ilustre biógrafo. Oiganse las textuales palabras de CERVÁNTES en el siguiente pasaje del capítulo IV de su *Viaje del Parnaso*, que transcribo de la edicion príncipe:

«Tuve, tengo y tendré los pensamientos
(Merced al cielo, que á tal bien me inclina),
De toda adulacion libres y exentos.
»Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
»Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.

»Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.» A cuyas razones enojadas
Con estas blandas respondió Timbreo:
«*Vienen las malas suertes atrasadas,*
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
»El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
»*El bien que está adquirido, conservallo*
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.
»*Tú mismo te has forjado tu ventura,*
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.»

«Estas mismas reflexiones, más generalizadas (añade Navarrete), hizo »por boca de Don Quijote, en el capítulo LXVI, parte II, diciendo: De »aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura; »yo lo he sido de la mia, *pero no con la prudencia necesaria*, y así me han »salido al gallarin mis presunciones.»

Véase ahora si es ó no disculpable el señor Navarrete. El primero de los versos subrayados, y otro de una composicion que yo he descubierto, y aquí se reimprime, demuestran, justificando hasta cierto punto la opinion de Quintana, que CERVÁNTES no tenia genio de pretendiente.

6 A pesar de que CERVÁNTES lo declara, y dándole fe, lo han creido así todos sus biógrafos y comentadores, el señor Díaz de Benjumea no se sirve creerlo. «Yo, que no creo (dice en la página 34 de su *Estafeta de »Urganda*) que el *Quijote* se escribió en una cárcel, porque fué obra de »toda su vida (de CERVÁNTES), y porque veo en la alusion del Prólogo una »mera metáfora...» Veamos las textuales frases del prólogo del *Quijote:* «Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este »libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más ga»llardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo con»travenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su seme»jante. Y así, ¿qué podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, »sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensa»mientos varios y nunca imaginados de otro alguno; *bien como quien se en»gendró en una cárcel*, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde »todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la »amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las

»fuentes, *la quietud del espíritu*, son grande parte para que las musas más »estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le col»men de maravilla y de contento.» ¿Dónde está aquí la metáfora, ó sea la comparacion abreviada entre distintos objetos ó ideas, descubriendo sus semejanzas?... ¿Cabe interpretar en ese pasaje que el hijo, el sér humano, engendrado en una cárcel, ha de ser forzosamente seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados? ¿No se ve ahí distintamente la declaracion de CERVÁNTES, explanada luego y confirmada en el párrafo inmediato, cuando dice, en antítesis de la incomodidad y el triste ruido de la cárcel, que el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, *la quietud del espíritu*, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas; dando á entender que su estéril ingenio, al componer la obra, no habia disfrutado de esas condiciones de tranquilidad y deleitoso vivir, sino padecido las opuestas? Ademas, ¿cómo ha olvidado el señor Benjumea las terminantes palabras del prólogo de Avellaneda, que comprueban esa declaracion de CERVÁNTES? Dicen así: «Pero disculpan los yerros de su Primera Parte en esta materia, el »haberse escrito *entre los de una cárcel;* y así, no pudo dejar de salir tizna»da de ellos, ni salir ménos que quejosa, mormuradora, impaciente y co»lérica, cual lo están *los encarcelados*.» Contestó el inmortal escritor á ese prólogo en el suyo de la Segunda Parte. Si el supuesto Avellaneda hubiese tambien comprendido equivocadamente las frases en cuestion, ¿es posible qué CERVÁNTES, al replicarle, hubiera guardado, como guardó, sobre este punto el más absoluto silencio?...

Expone el señor Benjumea la opinion que acabamos de impugnar, á propósito de las noticias que se han publicado acerca de los sucesos de CERVÁNTES en la Mancha; respecto de cuyo punto se expresa en los términos siguientes: «Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, »nacia otro *Cervántes de Saavedra* en la Mancha, del cual se sabe que se »ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. ¿No es pro»bable que muchas de las tradiciones, noticias, memorias, cartas y docu»mentos convengan con el manchego, y no con el castellano? Navar»rete no pudo ménos de confesar que la prision en la Mancha, y todo »lo relativo á su permanencia en esta provincia, se iba desvaneciendo á »medida que aparecian documentos, y prolongando, por consiguiente, su »estancia en Sevilla.» Desde luego la primera suposicion es inexacta. El *Cervántes Saavedra* de Alcázar de San Juan nació nada ménos que once años despues que el autor del *Quijote;* y el Lopez de Cervántes, de Consuegra, nueve años despues. Que del Cervántes manchego «se sabe que »se ejercitó en comisiones de apremio», etc. ¿Quién sabe, quién ha dicho tal cosa? Las tradiciones recogidas y referidas por los eclesiásticos don Ma-

nuel Rodado, don Pío Rafael Sanchez de Leon y don Antonio Sanchez Liaño, y por don Francisco de Paula Marañon, que se decia pariente de CERVÁNTES, coinciden todas en identificar al autor del *Quijote* con el CERVÁNTES, comisionado ejecutor, preso en Argamasilla de Alba ó en el Toboso; y el autor del *Quijote* no fué el Cervántes *manchego*, sino el *alcalaíno*. Habla el señor Benjumea de cartas y documentos relativos al mismo punto. No se ha encontrado, ni ha mencionado hasta la fecha nadie, documento alguno de esta especie. Sólo el citado señor Sanchez Liaño, de la Orden de San Juan, que por espacio de diez y nueve años habia sido párroco de Argamasilla, aseguró haber adquirido en Alcázar de San Juan, en el año de 1784, copia de una carta encontrada entre los papeles de don Bernabé de Saavedra, escrita por CERVÁNTES desde la cárcel de Argamasilla á su tio don Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar (*), solicitando le socorriese en su triste y deplorable situacion. Remitió Liaño esta copia al padre fray José de Poveda, dominico, inquisidor y lector de Teología, el cual tenia emprendidos algunos trabajos ilustrativos de la vida del grande ingenio. Falleció poco despues el padre Poveda en esta córte; y habiendo pasado Liaño á reconocer sus papeles en el convento de Atocha, no encontró ya la carta ni los demas relativos á CERVÁNTES. Parece extraño que Navarrete no apurase todos los medios para el hallazgo de estos papeles y de los que pudieran existir en poder del citado Marañon, vecino de Alcázar y sobrino de don Bernabé de Saavedra. Acaso la muestra que de memoria escribió Liaño á Navarrete de la pretendida carta: «Luengos »dias y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré, caver-

(*) Acaso de esta línea de los Saavedras alcazareños procederá el señor don Cárlos de Algarra, que se gloría de contar á CERVÁNTES entre sus antepasados, segun expresa Mr. Hipólito Lucas, en nota á la pág. 131 de su apreciable coleccion, titulada *Documents relatifs á l'histoire du Cid* (París [Lagny], 1860).—La nota dice así: «Nous devons la solution de nombreuses difficultés que présentait cette traduc»tion (la del *Honrador de su padre*, de Diamante) à Mr. Cárlos de Algarra, offi»cier espagnol que la littérature avait conquis pendant les durs temps de l'exil, et »qui avait fait représenter au théâtre de l'Odéon le drame d'*Inés*» (cuyo original español es del señor don Ramon de Navarrete). . . . . .
«. . Fils d'un général, sous-lieutenant de lanciers de la Garde Royale à quinze ans, »colonel à vingt et un ans, après cinq années de guerre....., il venait demander à la »France hospitalière les moyens de vivre honorablement, en attendant que son parti, »vaincu, recommençât une campagne. Il appartenait à l'armée de don Cárlos. Il »comptait CERVÁNTES parmi ses ancêtres, et il avait pensé que, grâce à cette paren»té, sa plume pourrait l'empêcher de mourir de faim. Il a depuis abandonné la car»rière des armes et celle des lettres pour se creer une haute position financière, qui le »met à l'abri des incertitudes littéraires et des révolutions.»

»na;» inspiro alguna desconfianza al entendido biografo, desanimándole en esta investigacion.

A las tradiciones expresadas debe añadirse la que el señor don J. Jimenez Serrano adquirió, y ha referido en una obrita suya; y de ella hablaremos luego, volviendo á ocuparnos de este punto, para concurrir á demostrar lo arriba dicho: que la fábula y muchas alusiones del *Quijote* se enlazan con los sucesos ocurridos á su autor en la Mancha.

7 Tales fueron sus novelas *Rinconete y Cortadillo, El celoso Extremeño* y *La Tia fingida*, y la del *Curioso impertinente*, que intercaló en la Primera Parte del *Quijote*.

Publicó por primera vez *La Tia fingida* don Agustin García de Arrieta, al fin de su compilacion de máximas, reflexiones filosóficas y críticas, descripciones y dichos agudos de CERVÁNTES, que sacó á luz en Madrid, año de 1814, titulada *El espíritu de Miguel de Cervántes Saavedra*, pero con faltas y mutilaciones muy notables. Encontró esta novela don Isidoro Bosarte, secretario de la Academia de San Fernando, en un códice del colegio de jesuitas de San Hermenegildo de Sevilla; miscelánea que bajo el título de *Compilacion de curiosidades españolas*, formó, por los años de 1606 á 1610, el racionero Francisco Porras de la Cámara (que falleció en 1616), para obsequio y recreo del Arzobispo de Sevilla don Fernando Niño de Guevara. Contenia este códice asimismo las novelas *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso Extremeño* (todas tres sin el nombre de su autor), y vino luego á la biblioteca de los estudios de San Isidro. Aquí, siendo bibliotecario don Pedro Estala, reconoció tan precioso manuscrito el señor Navarrete, sacando una exacta copia de *La Tia fingida*, por Diciembre de 1810. Lo incompleto y defectuoso de la edicion de Arrieta hacia desear una impresion más correcta y genuina; y en efecto, por intermedio del caballero Liaño, bibliotecario de su majestad el Rey de Prusia, español de extraordinarios conocimientos y peregrina historia (con quien el señor Gallardo, que lo refiere, siguió desde Lóndres correspondencia literaria), y por celosa diligencia de los académicos don Lorenzo Carvajal y el expresado Navarrete, se remitió á Berlin una exacta copia, que publicaron, precedida de un prólogo aleman, los eruditos señores C. F. Franceson y F. A. Wolf; edicion muy rara en España, que lleva esta portada: *La Tia fingida*, | *Novela inédita* | *de Miguel de Cervántes Saavedra.* | *Berlin*, | *en la librería de G. C. Nauck.* | Año de 1818.—(En 8.° marquilla, de 35 páginas, y VI de portada y prólogo.) Al fin va una curiosa advertencia ilustrativa, que firma Navarrete. Vergüenza y mengua es que en todas las ediciones posteriores, hechas en España, de las obras de CERVÁNTES, haya seguido publicándose la picante novela por la mutilada impresion de 1814.

El señor Gallardo dedicó el primer número de su *Criticon* (1835) á la ilustracion crítica y bibliográfica de *La Tia fingida*, cuyo texto logró depurar más con el auxilio de otro antiguo manuscrito de ella, existente en la biblioteca Colombina (AA-141-4).

8 El malogrado sevillano don Juan Colon y Colon publicó, en el *Semanario pintoresco español* de 5 de Junio de 1842, una interesante descripcion del referido túmulo, cuya noticia descriptiva era muy poco vulgar, por no hallarse, á lo que entiendo, impresa hasta aquella fecha sino en la *Historia, antigüedades y grandezas de Sevilla*, que escribió y publicó, año de 1627, el erudito hispalense don Pablo Espinosa de los Monteros, con adiciones y correcciones del licenciado Juan de Robles. Acompaña al artículo del *Semanario* un grabado del catafalco, exactamente copiado, por diligencia del señor Mesonero Romanos, de la curiosísima obra titulada *Les délices d'Espagne et du Portugal*, escrita por don Juan Alvarez de Colmenar (Leiden, 1715 : segunda edicion. Reimpresa en Ambéres, 1741). Entre las adiciones ilustrativas que el señor Colon y Colon puso á la noticia expresada, encontramos la peregrina cita siguiente : «Ademas »de los versos latinos, esparcidos por el túmulo, habia algunos en caste»llano; y en un manuscrito de cosas de Sevilla, de autor anónimo, escrito »en el año de 1611, al hablar de este túmulo, dice : «Algunos otros ver»sos se pusieron sueltos, y unos que compuso MIGUEL DE CERVÁNTES, que »por ser suyos, fué acordado de ponerlos aquí.» Esta noticia, hasta ahora »desconocida de cuantos han tratado de ilustrar la vida del inmortal escri»tor, sirve de doble prueba para asegurar que en aquel año vivia aún en »Sevilla. Los versos citados, y que copia el autor anónimo, pertenecen al »género de todos los de CERVÁNTES : son doce quintillas, llenas de con»ceptos y sutilezas, con los versos faltos de armonía.» Hasta aquí el señor Colon. Sin que pensemos en ofender su memoria, creemos que hubiera sido mejor publicar esos versos que criticarlos, y que la absoluta del erudito sevillano es una vulgaridad literaria.

El soneto que á la pluma de CERVÁNTES, siempre fácil y suelta en el donaire, inspiró la maravillosa decoracion del túmulo sevillano, y su duracion por efecto de la ruidosa competencia promovida en los funerales, ha merecido justamente una vez y otra los honores de la imprenta. Publicóse la primera, sin nombre de autor, en la coleccion de José Alfay, *Poesías várias de grandes ingenios españoles* (Zaragoza, 1654). Le reimprimió Lopez de Sedano (*Parnaso Español*, tomo IX), equivocando el título y data del libro de Alfay, que hubo de barajar en su memoria con las *Flores de poetas ilustres*, que colectó Pedro de Espinosa, en las cuales no hay composicion alguna de CERVÁNTES. Insertóle despues Rios en sus ilustraciones

al *Quijote*, y posteriormente se ha reproducido en diversas obras y colecciones. Pero á nuestro propósito no hace sino el hablar aquí de las dos veces que ha salido á luz, trasladado de antiguos manuscritos, y por de contado con variantes notables respecto de la impresion primera. Don Vicente Salvá fué quien le sacó de fuente más pura: de un manuscrito que poseyó, y parecia ser de la propia mano de CERVÁNTES, y le insertó como ejemplo en la Parte Cuarta de su *Gramática de la lengua castellana*. Ultimamente le ha estampado el señor Velasco Dueñas, por un códice del siglo XVII, de la biblioteca de su Majestad, en el artículo ilustrativo que precede á sus bien ejecutados *facsímiles* de la partida bautismal de CERVÁNTES y de las firmas de éste y de su esposa. Le he visto, con algunas variantes, en una relacion manuscrita de *Sucesos de Sevilla*, 1592-1604, original, escrita por aquel tiempo, que fué del señor Gallardo, y ahora pertenece á su erudito adicionador don José Sancho Rayon.

9 La publicacion de los artículos del citado señor don Nicolás Díaz de Benjumea, en explicacion y comento del *Quijote* y de los sucesos de su autor, dados á la estampa en Madrid y Lóndres desde 1859 (en el periódico *La América*) hasta 1861 (folleto *La Estafeta de Urganda*); artículos donde no se hace ni la más insignificante mencion de los que yo tenia publicados con igual objeto, desde 1856, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla, me obliga indispensablemente á escribir la presente nota con mayor extension que tal vez debiera; aunque pienso que de los lectores curiosos no han de ser desagradecidas mi difusion y prolijidad.

Conviniendo yo con las opiniones emitidas (y que ya pueden llamarse antiguas) acerca del trascendental y filosófico objeto que, al escribir su libro sin par, se propuso el príncipe de nuestros ingenios; aunque sin remontarme á las elevadas regiones que han recorrido algunos comentadores, declararé ante todo que respecto de las embozadas alusiones que encierra el *Quijote*, y á cuyo descubrimiento han contribuido mis publicadas tareas, no me hallo, por punto general, de acuerdo con las explicaciones y conjeturas del señor Benjumea, y que disto mucho de sus opiniones relativas á la persona y sucesos de CERVÁNTES, sobre cuyo extremo he tenido ya ocasion de impugnarle en este escrito con documentos irrecusables.

El primero de mis artículos referidos, que llevan el epígrafe de *Conjeturas sobre el fundamento que pudo tener la idea que dió orígen á la patraña de el Buscapié*, se imprimió en la *Revista* del 30 de Noviembre de 1856, y principia de este modo:

«El objeto que se propuso MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA en la »composicion y publicacion de su admirable libro de *Don Quijote*, ha sido »fijado por la general opinion de los sabios, despues de luminosas contro-

»versias, en las cuales puede asegurarse que ha tomado parte todo el mun-
»do civilizado.

»Ridiculizar las ideas y las empresas caballerescas, que habiendo sido en
»la edad media una necesidad y un beneficio social, hubieron de llegar á
»un término de risible á la par que funesta exageracion; desviar los ání-
»mos del camino de lo inverosímil y fantástico, dirigiéndolos por el de la
»razon y de la verdad: tal fué el fin, altamente moral y civilizador, que mo-
»vió la pluma del grande ingenio, pero que las trabas impuestas al pensa-
»miento no le permitieron declarar. Como poderoso medio para lograrle,
»discurrió combatir con el arma de la sátira la inventiva de los libros caba-
»llerescos, patentizando con una ingeniosa y aguda ficcion su extravagancia
»y sus perjuicios, y dirigiendo así á mansalva el tiro contra los vicios, las
»preocupaciones y los abusos de su siglo. A este medio, hízole aparecer
»ostensiblemente como principal objeto, cual remedio saludable de la pa-
»sion loca del público á semejantes invenciones, y como impugnacion li-
»teraria de éstas y de sus autores.

»En nada pudo, sin embargo, oponerse al filosófico objeto de la obra,
»el que Cervántes, en el tejido, en los episodios y accesorios de su fábu-
»la, envolviese alusiones más ó ménos perceptibles á diferentes personas,
»cuya crítica, burla ó alabanza creyese entónces oportunas, ya para darla
»más interes y gracia, ya para justo despique y desahogo propio.»

Al expresar yo en esos breves párrafos mi parecer sobre la intencion del *Quijote*, no fuí en verdad sino un débil eco de sabias opiniones ya conocidas, entre ellas, de la expresada por el señor Gallardo en su *Criticon*, número 1.°, página 34 á la 36. Hé aquí los términos en que la expone:

«El *Quijote* es una mina inagotable de discreciones y de ingenio, y esta
»mina, aunque tan beneficiada en el presente y el pasado siglo, admite to-
»davía grande laboreo. ¡Es mucho libro éste! Comunmente se le tiene por
»un libro de mero entretenimiento, y no es sino un libro de profunda filo-
»sofía. El *Quijote* encierra en sí gran misterio, áun no se ha descifrado bien
»el primor de su artificio; lo ménos es ridiculizar los devaneos de la caba-
»llería andante: ésa, ya tan sabrosa, no es sino la corteza de esta fruta sa-
»zonada del árbol provechoso de la sabiduría; su meollo es mucho más ex-
»quisito, regalado y sustancioso.

»En efecto, era todavía más trascendental la idea del superior talento
»de Cervántes: Cervántes no trató en el *Quijote* de corregir de sus fan-
»tasías sólo á los españoles, sino de corregir á la Europa y á su siglo. El
»espíritu caballeresco y fantástico era general en aquel tiempo; los pueblos
»cristianos, desde las empresas entusiásticas de las Cruzadas, exaltadas las
»imaginaciones con el influjo oriental, en las peregrinaciones á la Tierra
»Santa, y adoptadas ciegamente las fantasmagorías de la magia y los en-

»cantamentos, que trampantojando portentosas visiones contra toda ley y »órden natural, ensanchaban ilimitadamente con el horizonte de lo factible »la esfera de la credibilidad, cebándose sólo en lo maravilloso y exótico, »menospreciaban todo lo que tenia la sencillez de la naturaleza. Y CER»VÁNTES, con ingeniosa traza, ideó una inventiva, en que la prosa y la »poesía de la vida humana, lo fantástico y lo real, simbolizados por lo vul»gar y lo caballeresco, estuviesen en visible contraste y accion contínua; »á cuyo efecto creó dos personajes característicos, que figurasen esta con»traposicion. Tales son Don Quijote y Sancho.»

Referido, pues, mi modo de ver y considerar la fábula del *Quijote*, en órden al pensamiento fundamental de su composicion, habré de compendiar seguidamente lo que acerca de sus alusiones escribí en mis artículos de la *Revista* sevillana.

Alusiones relativas á los sucesos de CERVÁNTES *en la Mancha.*—Las tradiciones conservadas en aquella comarca, dadas á conocer por las respetables personas que arriba hemos citado, y ademas por el erudito Gonzalez, se refieren á la comision que se supone desempeñó allí CERVÁNTES para la cobranza de contribuciones, y á los malos tratamientos que hubo de ocasionarle; el más vejatorio de ellos, su larga prision en Argamasilla de Alba; prision que otras refieren al Toboso, dándola por motivo sus requiebros á cierta mozuela toboseña. Las investigaciones que para recogerlas se hicieron, proporcionaron al paso indicios curiosos acerca de las exageradas ideas de nobleza que infatuaban á los vecinos de Argamasilla por aquel tiempo, y de las disputas, pleitos y muertes que ocasionaron; acerca del parentesco y residencia de CERVÁNTES en Alcázar de San Juan, y de la conexion que pudiera tener la graciosa aventura de los molinos de viento con el escudo de armas de Alcázar, que representa á un caballero armado, en actitud de acometer con su lanza á un castillo, y descubre por los cuatro lados los brazos de la cruz de la Orden de San Juan. Esas noticias tradicionales correspondientes á la Argamasilla vinieron á confirmar las inducciones sacadas del tono con que CERVÁNTES habló del tal pueblo al comenzar su célebre libro: («En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme»); y del burlesco y satírico de que usó, haciendo panegiristas de Don Quijote, Dulcinea, Sancho Panza y Rocinante, á los que titula «académicos de la Argamasilla»: el *Monicongo*, el *Paniaguado*, el *Caprichoso*, el *Burlador*, el *Cachidiablo* y el *Tiquitoc;* con alusion evidente, y en este último descubierta por mí, á los motes ó cualidades de varios de aquellos lugareños, que ya del Concejo, ya concurrentes á alguna rústica reunion, fueron tal vez los que principalmente le vejaron y atropellaron. El *Tiquitoc* es el sacristan, por su cualidad y empleo de campanero. He hallado la significacion de ese ingenioso apodo en un es-

crito del mismo CERVÁNTES: en los versos siguientes, que al fin de su comedia *Los Baños de Argel* pone en boca del sacristan cautivo, loco de gozo por ver próxima su libertad y su vuelta á la patria:

¡Oh campanas de España!
¿Cuándo entre aquestas manos
Tendré vuestros badajos?
¿Cuándo haré el tiq y el toq, ó el grave empino?

Adviértase la oportunísima y chusca alusion de CERVÁNTES, que hizo al *Tiquitoc*, ó sacristan y académico de la Argamasilla, autor del epitafio para la sepultura de Dulcinea. No ha faltado quien dude si CERVÁNTES aludió en efecto á la Argamasilla al hablar del pueblo de su héroe caballeresco; pero las composiciones citadas lo evidencian, y lo confirma la dedicatoria que el falso Avellaneda hizo de su *Quijote* «al Alcalde, Regidores, Hidalgos de la noble villa de Argamesilla, patria feliz del hidalgo caballero Don Quijote de la Mancha (*)».

(*) La impresion del *Quijote* en Argamasilla de Alba, y en la casa misma donde por tradicion constante se afirma que estuvo preso CERVÁNTES y trabajó en la composicion de su libro inmortal, idea feliz, que el impresor y editor don Manuel Rivadeneyra acaba de llevar á cabo con su acreditada perseverancia, añadiendo una página más á la historia de la Imprenta en España, ha dado ocasion á nuevas investigaciones acerca de la fábula del *Quijote*, y proporcionado un descubrimiento, que parece confirmar las noticias tradicionales, relativas á la célebre obra, conservadas en aquel pueblo. Débense principalmente estas indagaciones al señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, que encargado de la revision y anotacion del texto en las dos preciosas ediciones á que nos referimos, ha visitado con afan escudriñador la patria de Don Quijote.

La denominada *casa de Medrano*, edificio de Argamasilla de Alba que la tradicion señala como cárcel de CERVÁNTES, adquirido en Mayo de 1862, con patriótico celo, por el serenísimo señor Infante don Sebastian, y en cuyo local ha reproducido la imprenta con nuevo y singular esmero la obra clásica de aquel grande ingenio, es en efecto de construccion muy antigua, y anterior á la época de principios del siglo XVII. Un sótano, donde no es posible actualmente escribir sin luz artificial, es el sitio de la casa que sirvió de encierro á CERVÁNTES. Consérvanse asimismo en el pueblo, formando un corral de bastante extension, las paredes de otro edificio, que perteneció, segun allí se asegura, á don Rodrigo Pacheco, principal hidalgo de aquella villa en la expresada época (*a*), á quien la tradicion argamasillesca designa como la persona re-

(*a*) Hállase mencionado el primero don Rodrigo Pacheco en la *Relacion* oficial estadística de los hidalgos de Argamasilla, dada por este pueblo al Gobierno en 1575, citada por el señor Clemencin. La transcribo literalmente del original, que hubo de tener á la vista dicho comentador (*Relaciones topográficas de los pueblos de España, hechas de órden del señor Felipe II, copiadas de los originales que exis-*

El señor don J. Jimenez Serrano, en su opúsculo titulado *Un paseo a la patria de Don Quijote* (cinco artículos publicados en el *Semanario pintoresco español* de 1848), refiere las noticias tradicionales que sobre este

presentada y satirizada por Cervántes en la figura de Don Quijote. Parece confirmar esto el curiosísimo y hasta el dia no historiado monumento de que vamos á hablar. Tiene la iglesia parroquial del pueblo una capilla, en cuyo altar (que parece del estilo de Juan de Herrera) se venera la imágen de nuestra Señora de la Salud (advocacion de una ermita inmediata), representada en cierto cuadro, de buen dibujo y colorido, en el cual se ven colocadas á los lados de la Vírgen, y en actitud de adorarla, dos figuras: la de un caballero de elevada estatura, carilargo y bigotudo; y en el opuesto lado la de una gentil y hermosa dama; ambos vestidos á la usanza del siglo XVII. Pintada al pié del cuadro, se lee la inscripcion siguiente, que el señor Hartzenbusch trasladó con la más prolija exactitud, y que, reducida de sus abreviaturas á buena ortografía, dice así: «Apareció nuestra Señora á este caballero estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, víspera de San Mateo, año de 1601, encomendándose á esta Señora y prometídole una lámpara de plata, llamándola de dia y de noche, del gran dolor que tenia en el celebro, de una gran frialdad que se le cuajó dentro.» Es circunstancia muy notable, y puede atribuirse á estudiada omision, la de no expresarse en esta inscripcion el nombre del caballero favorecido por la Vírgen, dedicante de esta memoria y retratado en el cuadro. Consta, sin embargo, que fué el hidalgo don Rodrigo Pacheco, y que la bella dama retratada era su sobrina doña Melchora Pacheco. Al ver la fisonomía del hidalgo, leer que adoleció del cerebro por una gran frialdad que se le cuajó dentro, recordar que Don Quijote

ten en la Real Biblioteca del Escorial, y se pasaron á la Real Academia de la Historia, en virtud de órden de S. M., para sacar la copia. Tomo I, año de 1773):

«...Y en cuanto á lo que toca á los hijosdalgo, se dice que al presente está aquí y vive en esta villa »don Rodrigo Pacheco, y tiene executoria de su padre, y otros sobrinos suyos, hijos de Mosen Juan Pa»checo, hermano del dicho don Rodrigo, que éstos están en el libro del Repartimiento de los peche»ros, porque no tienen probada la filiacion, y tambien porque su padre estuvo puesto en el dicho libro; »y que éstos son nietos de Hernando Pacheco, de quien es la executoria que tiene don Rodrigo Pacheco: »y tambien hay dos hijos, mancebos, de Pedro Prieto de Barcena, que su padre les dexó executoria, litigada »con esta villa: y tambien hay otros tres hermanos, que se dicen los Baldolvías, que asimismo han li»tigado con esta villa y tienen executoria de su padre y les está obedescida por el Concejo desta villa: y »hay otro que se dice Gonzalo Patiño, que tiene executoria de su padre, que está obedescida por el Con»cejo de esta villa: y hay otro que se dice Estéban de Billoldo, que tiene executoria de su abuelo, y está »repartido en el libro de los pecheros, y trae pleito con el Concejo desta villa: y hay otro que se dice »Cepeda, y dicen que tiene executoria de su abuelo, y está repartido en el dicho libro, y trae pleito so»bre ello en Granada: y hay otro que se dice Rubian, que litiga con esta villa y está empadronado, y »hasta de presente se ha dicho que se ha dado sentencia en su favor en Granada: y hay otro que se »dice Cristóbal de Mercadillo, que al presente es Alcalde del estado de los hijosdalgo, y dicen que trujo »de su tierra una probanza que es hijosdalgo, y no tiene executoria, y que éste há poco que es casado, y »de pocos años á esta parte que vino á esta villa: y hay otro que se dice Juan de Salamanca, y éste se »dice que tiene executoria de su padre, y há poco que vino á esta villa y está repartido.» Clemencin añade dos hermanos Valsalobres y un Diego de Vitoria, que pretendia, pero no gozaba, nobleza.

punto adquirió en la Argamasilla. Contábase allí que al matrimonio de Cervántes con doña Catalina de Palacios se habia opuesto un primo de ésta, vecino de Argamasilla, hidalgo presumido y ridículo, apellidado Quesada, á quien llamaban Quijada por mote; el cual, años despues, influyó para que Cervántes fuese en aquel pueblo atropellado, y preso en la casa del Alcalde Medrano. De creer es que estas noticias tengan su fundamento más probable en la existencia (que se halla suficientemente comprobada) de un hidalgo apellidado Quijada de Salazar, natural y vecino de Esquivias, y pariente que debia de ser de doña Catalina. En efecto, el genealogista don Luis de Salazar habla, en su *Historia de la casa de Lara*, de don Alonso Quijada de Salazar, caballero de la Orden de Santiago, vecino de Esquivias, donde radicaba esta familia, con casa solariega, que áun se conserva (*). Cervántes, acaso para encubrir su alusion, habló con vacilacion é inconsecuencia del apellido de su ingenioso caballero. «Quieren decir (escribe) que tenia Don Quijote por sobrenom» bre Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los auto» res que deste caso escriben...);» y más adelante: «Puesto nombre... á su » caballo, quiso ponérsele á sí mismo... y al cabo se vino á llamar Don » Quijote; de donde... tomaron ocasion los autores... que sin duda se de» bia llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir.» Al primer pasaje copiado añade: «...Aunque por conjeturas verisímiles se deja » entender que se llamaba Quijana.» Y al fin de la obra le da sin vacilacion el nombre de Alonso Quijano. El erudito señor Cabrera observó sutilmente que el aludido pudo morir en los diez años que mediaron entre la publicacion de las dos partes del *Quijote*, y por esto haber expresado su nombre al fin sin rebozo el autor de la alusion. Añadiremos que, segun Clemencin, por un padron del pueblo de Esquivias, hecho en tiempo de Felipe II, consta que habia en él dos Alonsos Quijanos, mayor y menor; que Cervántes, en el capítulo XLIX de la Parte Primera, hace decir á Don Quijote «que descendia por línea recta de varon del famoso caballero Gu-

vivia con una sobrina, y notar que cabalmente el año de 1601 está comprendido entre los cuatro (1599 á 1603) en que se conjetura que Cervántes desempeñó comisiones en la Mancha y comenzó á escribir su famoso libro, involuntariamente se inclina el observador á creer lo que en Argamasilla pasa por averiguado y corriente. Ha recordado luego el señor Hartzenbusch haber oido en tiempos, con grande risa suya, á cierta criada que tuvo, natural de Argamasilla, asegurar con toda formalidad que en un altar de la iglesia de su pueblo estaba Don Quijote pintado.

(*) El señor Rosell ha visitado repetidas veces este edificio, conocido en Esquivias por la *casa de los Quijadas*, cuyo blason tiene esculpido sobre la puerta principal. Consta que en él se casó y habitó Cervántes por algun tiempo.

»tierre Quijada, señor de Villagarcía»; y por último, que la palabra *Quijote*, oportunamente aplicada por CERVÁNTES, significaba desde muy antiguo aquella parte de las armaduras militares que cubria y defendia los muslos: *femorale*, que tradujo nuestro insigne Nebrija.

La «señora de los pensamientos» de Don Quijote, Aldonza Lorenzo, era natural del Toboso, lugar cerca del de su enamorado caballero, que la denominó Dulcinea del Toboso, «nombre, á su parecer, músico y peregrino y significativo.» Las investigaciones de don Diego Clemencin, apoyadas en noticias tradicionales, en el texto mismo del *Quijote* y en fehacientes documentos, ofrecen tal conjunto de probables conjeturas acerca de la persona á quien aludió CERVÁNTES en su figura de Dulcinea, que puede casi tenerse por descubierta.

En el Toboso, donde se conservaba años há la memoria de haber sido allí maltratado CERVÁNTES por cierto chiste ó picante requiebro á una moza, del cual se ofendieron sus parientes é interesados, existe una casa dicha de la Torrecilla; casa en que la tradicion del país asegura que vivió la famosa Dulcinea. CERVÁNTES, en el pasaje á que se refiere la nota del señor Clemencin que vamos á extractar (capítulo XXXII de la Parte II), pone en boca de Don Quijote estas palabras: «Dulcinea es principal y »bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son »muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca »parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado »en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Helena, y España »por la Cava, aunque con mejor título y fama.» Y ántes, en el capítulo XIII de la Parte I: «No es (el linaje, prosapia y alcurnia de Dulci»nea) de los antiguos Curcios... ni de los modernos Colonas y Ursinos, »ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas »y Villanovas de Valencia...; pero es de los del Toboso de la Mancha, »linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más »ilustres familias de los venideros siglos.» En otro pasaje (Parte II, capítulo III) dice Sancho: «Nunca... he oido llamar... don á mi señora Dul»cinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso...»

Pues bien; la relacion dada al Gobierno, en 1576, por el pueblo del Toboso, que con otras se conserva en la biblioteca del Escorial (relativas todas al número de hidalgos ó nobles que en los pueblos existian), dice que la mayor parte de su vecindario era de moriscos, y que no habia nobles, caballeros ni hidalgos. «Son todos labradores los vecinos (dice); »si no es el doctor Zarco de Morales, que goza de las libertades que gozan »los hijosdalgo, por ser graduado en el colegio de los españoles en Bolo»nia, en Italia.» Nótese la burlesca ironía con que CERVÁNTES habló, en el primer pasaje copiado, de *los hidalgos linajes del Toboso*, y la marcada

alusion del segundo al único... linaje «*de los del Toboso de la Mancha*, »aunque moderno, capaz de dar generoso principio á los más ilustres de »la posteridad»; alusion afirmada por las expresiones de Sancho.

Con estos antecedentes, sorprende agradablemente al curioso el saber que la casa de la Torrecilla, donde los toboseños aseguran por tradicion que vivió Dulcinea, es cabalmente la que habitó con su familia el único y moderno hidalgo expresado en la relacion: el doctor Zarco de Morales. Este señor doctor (en jurisprudencia sin duda), llamado Estéban Martinez Zarco de Morales, fué hijo de Pedro Martinez Zarco y de doña Catalina Morales, y á nombre y por comision de sus convecinos, formó y firmó, con un deudo suyo, la citada relacion de 1576. Tuvo un solo hijo, á quien por un capricho, originado de su educacion en Italia, puso el nombre de Flaminio; el cual procreó otro del mismo nombre, en cuya cabeza fundó su abuelo un mayorazgo, el año de 1599. Falleció el doctor Zarco en Febrero de 1600. Del expediente judicial seguido sobre la capellanía en que despues se convirtió dicho mayorazgo, constan estas noticias, y ademas que tuvo dos hermanos, llamados Bartolomé y ANA. Esta, segun se infiere del silencio de las diligencias judiciales, no llegó á tomar estado, y debió nacer ántes del año 1557, en que dan principio los libros de la parroquia del Toboso, puesto que no existe en ellos su partida de bautismo. Ana Zarco de Morales, hermana del doctor Zarco, es la persona á quien puede fundadamente sospecharse que aludió Cervántes en su pintura de Dulcinea. Hija de labrador, y educada en una tosca poblacion, Ana Zarco debió de estar muy instruida en las faenas domésticas de semejantes casas, y avezada á las costumbres que les son anejas. Permaneciendo soltera, es de creer que siguiese en compañía de su hermano, cuyas preeminencias la granjearian el tratamiento medio de señora. Y por esto dijo el *Tiquitoc*, en el epitafio de Dulcinea:

Fué de castiza ralea
Y tuvo asomos de dama;
Del gran *Quijote* fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

El nombre de DULCINEA es contrahecho, por el estilo de muchos seudónimos usados en los libros poéticos y novelescos; nombres que sólo conservan algunas letras ó sílabas del verdadero. Así Cervántes hizo del suyo ELICio, y llamó á su Catalina gALATeA; Lope de Vega se llamó BELARDO; Arguijo ARcIcIO y ARGÍO. En Dulcinea vemos la sílaba AN, la preposicion DE y las letras C y L de Ana Zarco de Morales. Y en el otro nombre que la dió Cervántes, de ALDONZA LORENZO, vemos la palabra ANA, la letra inicial Z y las letras D,

E, L, R y O. Por la inversa, tambien de aNA ZarCo DE mOraLEs se saca DOLCENEA ó DOLZENEA. Dice que fué hija de Lorenzo Corchuelo, en cuyo nombre hallamos Z..RCO, y de Aldonza Nogales, que presenta casi completo el de Catalina Morales: ...AL..N..A ..O..ALES. A estas observaciones anagramáticas añadiremos las muy delicadas del señor don Juan Eugenio Haztzenbusch (*Observaciones al Comentario del Quijote por Clemencin*) (*): «Tomando sólo de Ana Zarco

(*) Las conjeturas y observaciones que acabamos de exponer, fundadas en los datos que publicó el señor Clemencin, han perdido gran parte de su probabilidad despues de las que nueva y recientemente acaba de hacer el señor Hartzenbusch, y se contienen en su precioso trabajo, titulado *Cervántes y Lope en* 1605. *Citas y aplicaciones relativas á estos dos esclarecidos ingenios;* artículo que ha salido á luz en la *Revista Española* (tomo 1, páginas 169 á la 186), y despues, con algunas variantes, en la *Gaceta Literaria* (Diciembre del mismo año de 1862). El extracto que de él nos proponemos hacer seguidamente, con algunas adiciones propias, servirá de anotacion, no sólo al punto de que acabamos de tratar, sino á lo que escribimos acerca de otras alusiones del *Quijote* y de las relaciones entre Cervántes y Lope de Vega, puesto que el trabajo interesantísimo del señor Hartzenbusch abraza esos particulares, y se dirige principalmente á investigar el último, con relacion á un tiempo dado.

Al entrar en su último tercio el año de 1604, Lope Félix de Vega Carpio tenia publicadas, entre otras muchas obras, la mayor parte dramáticas, las tituladas:

La Arcadia, novela pastoril en prosa y verso, que vió la luz pública en Madrid, año de 1598, adornada con un retrato del autor, que ostenta su escudo de armas con diez y nueve torres por timbre, y este lema: *De Bernardo es el blason; las desdichas mias son;* libro á cuyo principio se leen trece composiciones panegíricas de la obra, escritas por varios ingenios, una de ellas por doña Marcela de Armenta. Lleva al fin una erudita *Exposicion de los nombres.*

La Dragontea, poema en octavas y diez cantos, impreso en Madrid, 1598 (*a*), y reimpreso en el propio año segun el señor don M. F. de Navarrete. Elogiáronle el Duque de Osuna con un soneto, Cervántes con otro, de los mejores que se conocen de su pluma; frey Miguel Cejudo, el licenciado Carrillo Treviño y Andrés de Balmaseda.

Isidro, poema castellano, en quintillas y diez cantos, impreso en Madrid, año de 1599; honrado con diez composiciones laudatorias, de diversas plumas; figurando entre sus autores doña Isabel de Figueroa, doña Marcela de Armenta y el Marqués de Sarria (despues Conde de Lémos), á quien Lope servia de secretario. En el prólogo incluyó Lope quince textos latinos, uno italiano y otro portugues. Pueblan las már-

(*a*) Comprueban que su primera y rarísima edicion fué la que acabamos de mencionar, estas palabras con que en la de 1602 principia la dedicatoria de Lope á don Juan de Arguijo: «Estas rimas al sere»nísimo Príncipe de Astúrias, ahora Rey felicísimo de España, con título de *Dragontea*, por ser his»toria en que fué su principal argumento Francisco Draque, salen segunda vez con su nombre, y el »autor con el de v. m.....»

»de Morales el nombre Ana con el apellido último de Morales, y repi-
»tiendo una vez las letras O, L y S, resultan los nombres ALDONSA

genes del libro otros textos y citas, en latin casi todo; y va colocada al fin la tabla de autores y obras que se citan, que comprende doscientos sesenta y seis artículos, incluyéndose en ella los nombres de Aristóteles, San Basilio y Ciceron.

Fiestas de Denia al Rey Cathólico Felipo Tercero de este nombre; poema descriptivo en octavas y dos cantos. Fué impreso en Valencia, año de 1599, y lleva un soneto acróstico laudatorio, del distinguido caballero y poeta valenciano don Cárlos Boyl Vives de Canesmas.

La Hermosura de Angélica, poema en octavas y veinte cantos, impreso, juntamente con la *Dragontea* y dos colecciones de *Rimas*, en Madrid, año de 1602. Lleva este volúmen duplicado el retrato de Lope, con su escudo de armas, y en la parte superior del marco una calavera laureada, con esta letra: *Hic tutior fama.* Diez y ocho composiciones poéticas forman la corona de la *Angélica*, escritas por diferentes ingenios; contándose entre ellos doña Isabel de Figueroa, doña Catalina Zamudio, *Lucinda*, el Príncipe de Fez, el Marqués de la Adrada, el Conde de Villamor y el Conde de Adaquaz. *Lucinda* escribe dos redondillas, y Lope la contesta con otra. En loor de las *Rimas* van incluidos sendos sonetos de doña Isabel de Rivadeneyra y *Camila Lucinda.*

El Peregrino en su patria, novela que contiene cinco autos sacramentales y várias composiciones líricas, impresa en Sevilla (donde Lope á la sazon residia), á fines de 1603, pero con membrete de 1604. Doce panegiristas escriben versos al frente de esta obra, figurando con un soneto *Camila Lucinda.* La portada del libro, grabada en cobre, representa un plano en el fondo con el título de la obra; dos pilastritas á los lados, sobre las cuales corre una ligera cornisa; delante de las pilastras, en su parte inferior, hay dos pedestales: en el de la derecha se ve un peregrino con un bordon en una mano y apoyando la otra en una áncora; sobre el de la izquierda la figura de la Envidia, en actitud de querer atravesar un corazon con una daga; entre ambos pedestales, y sobre la línea de tierra, descansa el célebre escudo de Lope, con las diez y nueve torres. Sobre la cornisa de las pilastras se alza un fróntis caprichoso, por encima del cual se alcanza á ver un pedazo de monte, y está sobre él, en actitud de volar, el caballo Pegaso. Detras del caballo ondea una gran cinta con este letrero: *Seianvs michi Pegasvs;* en el pedestal de la Envidia estas tres palabras: *Velis nolis, Invidia;* y en el del Peregrino estas cuatro, que completan la frase: *Aut vnicus aut peregrinus.* En el letrero del caballo, indudablemente quiso hablar el autor, diciéndonos: *El caballo Pegaso ha sido para mí el caballo de Seyano:* bien sabido es que todos los dueños del tal caballo murieron desastradamente. Entre las leyendas de los dos pedestales faltan un nombre ó un pronombre y un verbo, pero están suplidos por el escudo de Lope, que equivale á las palabras: *Lupus est*, ó *Ego sum;* de manera que todo junto debe querer decir: *Envidia, quieras ó no quieras*, Lope es (ó yo soy) ó único ó muy raro (ingenio, se supone). En el ejemplar del señor Sancho Rayon ocupa la séptima plana un retrato de Lope, grabado en madera; rodéale un marco: de la

»LOREMSA; pero usando tambien del primer apellido Zarco, y repi-
»tiendo una O y la L, salen perfectamente las dos palabras ALDONZA

parte inferior del marco pende el escudo de las diez y nueve torres; en la superior hay una calavera coronada de laurel, y detras una cinta con este lema: *Hic tutior fama* (Aquí, en la calavera, en la muerte, está mas segura la fama). Al rededor del marco se lee, dividida en tres partes, esta sentencia: *Nichil prodest... Adversus invidiam... Vera dicere.* DEMOSTH. EX II EPIST. (Contra la envidia, de nada sirve decir la verdad). Debajo del escudo este otro texto: *Quid dificilius, quam reperire quod sit omni ex parte in suo genere perfectum?* CIC. IN LŒLIUM. (¿Qué hay más difícil que hallar cosa, en su género, del todo perfecta?)

Anotados estos datos bibliográficos, y observando que Lope se lamenta de sus desdichas en el lema grabado al frente de la *Arcadia*, y repetidamente en los preliminares del *Peregrino;* que en la portada de éste se representa desafiando á la Envidia, de la cual se queja una y otra vez en el prólogo, y que de esta ruin pasion le pintan como víctima, en sus panegíricos del mismo libro, dos insignes ingenios, Quevedo y el sevillano Ortiz Melgarejo, pueden ya establecerse sobre muy probables fundamentos las conjeturas que, reproduciendo y ampliando las del señor Hartzenbusch, vamos á exponer detenidamente.

CERVÁNTES, que por el año de 1598, residiendo en Sevilla, continuaba siendo afectuoso amigo de Lope, á quien habia conocido en Madrid desde 1583 al 85, y vuelto á tratar luego en 1587 y 88, pudo tener poco despues con él, si tal vez siguieron correspondencia, alguna cuestion ó disputa literaria. Pero sobre este particular arriesgaré algunas nuevas presunciones. Relativamente al período que trascurrió desde principios de 1599 hasta el 8 de Febrero de 1603, no tenemos de CERVÁNTES otra noticia documental que la implícitamente contenida en las comunicaciones, ya referidas, que mediaron con fechas del 14 y del 24 de Enero de 1603, entre el tribunal de Contaduría mayor y los contadores de relaciones. Parece indicado en ellas que el insigne autor del *Quijote* se hallaba por esa última fecha, y ya en fin del año de 1602, preso de nuevo en Sevilla, sin otra causa que el rendimiento de sus cuentas al expresado tribunal. Ahora bien: de Lope de Vega consta, por una composicion suya, de que luego hablaremos, inserta en el *Peregrino*, que en el año de 1601 se hallaba en Sevilla, y salió de allí para Toledo; regresando despues á la capital de Andalucía, donde imprimió dicho libro, cuya dedicatoria al Marqués de Priego firmó en Sevilla, á 31 de Diciembre de 1603. ¿No pudo, pues, encontrando á Cervántes en aquella ciudad, así durante la primera época citada de 1601, como en fines del siguiente año ó principios de 1603, enemistarse con él por cuestiones literarias, y conocer entónces en parte el *Quijote*, de que á poco tiempo, y ántes de su publicacion, habló con notable desprecio?

Con fecha del 4 de Agosto de 1604, Lope, residente en Toledo, escribe á persona cuyo nombre no consta, pero que se infiere debia de pertenecer á la profesion médica, una carta que contiene los siguientes pasajes: «.....De poetas no digo: buen »número, y lo es éste. Muchos en cierne para el año que viene; pero ninguno hay

»LORENZO..... Aun hay más. A la madre de Dulcinea dió CERVÁN-
»TES el nombre de Aldonza Nogales; la madre de Ana Zarco se llamaba

»tan malo como CERVÁNTES, ni tan necio, que alabe á *Don Quijote.*» «.....No más,
»por no imitar á Garcilaso en aquella figura *correctionis*, cuando dijo:

»A sátira me voy mi paso á paso;

»cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendáres y mis comedias á CER-
»VÁNTES (*a*).»

Por su parte CERVÁNTES, hablando con un amigo en el prólogo de la Primera del *Ingenioso Hidalgo*, y fingiéndose (dice el señor Hartzenbusch) apuradísimo por no saber cómo escribir el prólogo mismo que iba extendiendo con rara discrecion y gracejo, se deja decir: «¿Cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el »antiguo legislador, que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como »há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con una leyenda seca como un »esparto... falta de toda erudicion y dotrina, sin acotaciones en las márgenes y sin »anotaciones al fin del libro, como veo que están otros, aunque sean fabulosos y pro-»fanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon (*b*) y de toda la caterva de »filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, »eruditos y elocuentes? Pues ¡qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino »que son unos Santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un »decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, »y en otro hacen un sermoncito cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó »leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el már-»gen, ni ménos sé qué autores sigo, para ponerlos al principio, como hacen todos... »Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cu-»yos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérri-»mos; aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y »tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra Espa-»ña.» Supone luego que su amigo, deseoso de facilitarle manera de exornar eruditamente el *Quijote*, le sugiere este medio: «Para mostraros hombre erudito en letras »humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio »Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo fué así di-

(*a*) El *Quijote*, Primera Parte, cuyo privilegio de Castilla es del 26 de Setiembre de 1604, debia de andar por Agosto en manos de los censores (¿quienes fueron? ¿cómo se omiten en él sus pareceres y se callan sus nombres?), ó de las autoridades que habian de permitir su impresion, la cual no estuvo concluida hasta el 20 de Diciembre, fecha de la tasa. Consta ademas por otra de las cartas de Lope, comprendidas con la anterior en la coleccion original que posee el señor Conde de Altamira, que en el año de 1611 áun no habia estado aquel en Valladolid, donde CERVÁNTES vivia desde principios de 1603 y residia la Córte, y por consiguiente, donde el libro corria los trámites de su aprobacion legal. El Almendáres de quien habla Lope, era sin duda Julian de Armendáriz, poeta dramático y lírico, mencionado por Agustin de Rojas Villandrando, y alabado por CERVÁNTES en su *Viaje del Parnaso*, en un terceto (capítulo VII), al cual siguen tres que van dirigidos contra las *comedias endiabladas*.

(*b*) Estos dos filósofos van citados en las primeras líneas del prólogo del *Peregrino*.

»Catalina Morales: antepóngasele un *de* al apellido, y con las letras de el »y del nombre, repitiendo la C, la N y la O, formaremos ALDONCIA

»cho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar »Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene »las arenas de oro.» La alusion crítica de CERVÁNTES á esa cita, que apellida famosa, parece dirigida á un artículo más extenso, que se halla en el índice de Cosas notables de la *Arcadia*, y que principia así: «Tajo, rio de Lusitania, nace en las sierras de »Cuenca, y tuvo entre los antiguos fama de llevar, como el Pactolo, arenas de oro.» Más adelante continúa: «...Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro »libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, por»que todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acor»dó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron.....» Estos tres autores, observa ya el señor Clemencin, se hallan cabalmente citados en el catálogo de ellos que está al fin del *Isidro* de Lope (*a*).

Al prólogo del *Quijote* siguen las célebres décimas de pié quebrado, escritas en nombre de la maga *Urganda*, por sobrenombre *la Desconocida*: la cuarta décima principia así:

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-;
Que cuando es todo figu-,
Con ruines puntos se envi-.

Recordemos (añade el señor Hartzenbusch) el escudo de las diez y nueve torres, de que tanto (y tan injustamente) se burló Góngora; y persuadiéndonos, por otra parte, de que la novela de Lope titulada *El Peregrino* vale muy poco, podremos parafrasear esos cuatro versos de *Urganda* en esta forma: «No pongas indiscretamente, como »Lope, tu escudo de armas en la portada; que en el juego de la primera, quien so»lamente tiene figuras, que son las cartas que valen ménos, mal juego hace.» O de otro modo: «No grabes tu escudo al frente del libro; no sea que no tenga otro mé»rito que el del grabado (*b*).» Continúa la décima:

Si en la direccion te humi-,
No dirá mofante algu-:
¡Qué don Alvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta-,
Qué Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-!

De sus desdichas se habia quejado Lope en la leyenda que acompaña á su retrato

(*a*) Omito agregar aquí, por mi parte, citas sacadas del discreto razonamiento que acerca del teatro español pone CERVÁNTES en boca del Canónigo de Toledo (capítulo XLVIII de la Parte Primera del *Quijote*), dirigido tan evidentemente á censurar la escuela dramática de Lope de Vega; aunque templado con la expresa alabanza de su comedia *La Ingratitud vengada*, y con el imparcial y justo elogio que hace del mismo y de sus famosas obras cómicas, las cuales, «por querer acomodarse al gusto de los representan»tes, no habian llegado todas, como habian llegado algunas, al punto de la perfeccion que requerian.»

(*b*) Pudiera, á mi juicio, creerse extensiva la alusion á todas las figuras alegóricas grabadas en la portada del *Peregrino*.

» NOCALES... » Omitimos, en obsequio de la brevedad, otras combinaciones que forma el distinguido escritor.

y escudo en la primera edicion de la *Arcadia*, y de su fortuna y desdichas en la dedicatoria y los versos suyos que preceden al texto del *Peregrino*.

«Rehuye hablar latines», dice Urganda en la subsiguiente décima. Erizado está de latines (observa el señor Hartzenbusch) el prólogo del *Peregrino*, y al fin de cada libro de él hay un texto, latino asimismo, en que se habla de los peregrinos, y en el cuerpo de la obra frecuentes llamadas á escritores latinos. «No me alegues con filósofos», añade más abajo la maga. Aristóteles y Platon son los primeros autores que se citan en el prólogo del *Peregrino*, y al principio de su libro III, así como en el libro IV, vienen mencionados otros muchos filósofos.

A esta exposicion de tan evidentes coincidencias, añade el señor Hartzenbusch várias conjeturas de singular interes y picante curiosidad acerca de algunas otras de las composiciones poéticas escritas por CERVÁNTES al frente y fin de la Primera Parte del *Quijote*.

En el soneto de Amadis al Caballero Manchego, que sigue inmediatamente á los versos de Urganda, el último terceto contiene esta jactanciosísima expresion de CERVÁNTES:

Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

Lo de único y solo (comenta el señor Hartzenbusch) me parece una traduccion irónica del *unicus aut peregrinus* de Lope en la portada del *Peregrino*. *Sejanus mihi Pegasus* (el Pegaso ha sido para mí el caballo fatal de Seyano), dijo Lope tambien en la portada del mismo libro, y en el prólogo de él citó la *Metafísica* de Aristóteles: quizá por eso CERVÁNTES, manco, viejo y pobre, sustituyó el caballo de Apolo con el del Cid, y haciéndole hablar con el de Don Quijote en el conocidísimo soneto de ambos, arguyó á Rocinante Babieca, diciéndole: «Metafísico estais;» y Rocinante le respondió: «Es que no cómo.» Verdaderamente, si las letras habian acarreado infortunios á Lope, ¿qué bienes le habian traido á CERVÁNTES ni letras ni armas? ¿Por qué CERVÁNTES principiaria su coleccion de versos propios en alabanza de *Don Quijote* con las décimas que atribuyó á Urganda la Desconocida? A esta pregunta se pudiera, en mi concepto, contestar con esta otra: ¿Quién era Camila Lucinda? Una dama encubierta con tal seudónimo; luego para casi todos los españoles era una desconocida, lo mismo que Urganda. Pudo, pues, CERVÁNTES por eso atribuir á una desconocida las décimas de pié quebrado que tanto han dado que discurrir.

Observa luego el ingenioso comentador que el nombre de doña Catalina Zamudio, de quien se estampan versos panegíricos al frente del mencionado poema de Lope, *La Hermosura de Angélica*, es anagrama imperfecto del de Camila Lucinda (*a*); que las composiciones firmadas por esta desconocida parecen de la pluma de Lope, y por

(*a*) Debe advertirse que Zamudio es apellido. Cabalmente por aquellos años era protomédico del Rey Felipe III el doctor Andrés Zamudio de Alfaro.

El nuevo comentador del *Quijote*, el señor Benjumea, que tan merecidamente alaba el trabajo expresado del señor Hartzenbusch sobre el último, que en aquellos versos del soneto de la señora Oriana á Dulcinea del Toboso, que dicen:

¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú heciste
Del comedido hidalgo don Quijote!

pudiera quizás buscarse alguna otra alusion á Camila Lucinda, que no escapó muy honestamente de sus amoríos con Lope.

A ésta, en efecto muy probable, alusion, sospechada por el señor Hartzenbusch; á la coincidencia, que yo advierto ahora, de ser el nombre de Dulcinea casi perfecto anagrama del de Lucinda, y á otros indicios de que más adelante haré mérito, me referí al indicar que las conjeturas apoyadas en los curiosos datos publicados acerca de la toboseña Ana Zarco de Morales perdian ya gran parte de su probabilidad. El ilustre escritor, á quien voy siguiendo, reune diligentemente en su artículo varios de los datos relativos á la encubierta Lucinda que ofrecen las obras de Lope. Procuraré compendiarlos aquí, añadiendo algunos que yo he recogido, y tal cual otra observacion mia.

En los preliminares del poema de Lope *La Hermosura de Angélica*, por él publicado, juntamente con la *Dragontea* (segunda edicion) y las *Rimas humanas*, en Madrid, año de 1602, se leen dos redondillas de Lucinda á Lope, y dos de éste en contestacion. Manifiéstase aquélla celosa de la Angélica, pintada por Lope, quien la responde así:

No volvais mi canto en lloro,
Una pintura envidiando;
Que me volvereis Orlando,
Habiendo sido Medoro.
Volved á estar bien conmigo;
Pues nunca me ayude Dios
Si no he sacado de vos
Cuanto de Angélica digo.

Treinta y dos versos emplea en las primeras octavas de aquel poema, en una invocacion á los ojos de una dama ausente, que debió ser la misma Lucinda, pues que no se mostraba celosa de ella. «En él ardiendo,» dice Lope; esto es, «en el fuego de vuestros ojos...»

En él ardiendo aquel humilde ingenio
Que os consagré desde mis tiernos años,
. . . . . propios y extraños
Oirán cantar en disfrazado velo
La hermosura mayor que ha visto el suelo.

En elogio de las *Rimas humanas* va un soneto á nombre de Camila Lucinda, que concluye así, aludiendo á los versos del ingenio Fénix:

Por ellos corra mi memoria asida;
Que si vive mi nombre con tu fama,
Del alma igualará la inmortal vida.

Comentario de Clemencin, no hace mérito de estas observaciones ni de otra alguna de las antedichas conjeturas. Para su teoría explicativa del

El texto, que se compone exclusivamente de sonetos, contiene considerable número, desde el XII hasta el CLXXV, en que se leen á cada paso expresiones amorosas dulcísimas, dirigidas á Lucinda por el autor.

Firmó Lope en Sevilla, como va dicho, la dedicatoria del *Peregrino*, á 31 de Diciembre de 1603. Hállase entre las poesías suyas allí intercaladas una epístola en tercetos, dirigida á Lucinda, residente en aquella ciudad, segun se infiere de la misma composicion y se ve comprobado en el soneto XII de las *Rimas*, donde, hablando con el Bétis, dice Lope:

...Si pusiere en tí sus piés Lucinda,
No por besallos sus estampas cubras;
Que estoy celoso, y voy leyendo en ellas.

Contiene, pues, dicha epístola los notables tercetos que siguen:

No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido, de uno en otro ramo
De florido arrayan y madreselva,
Con más doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces pajarillos,
Por quien en llanto el corazon derramo.
. . . . . .
Lucinda, sin tu dulce compañía
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia.

Desde la misma ciudad, y algun tiempo despues (de 1602 á 1603), escribió Lope á su amigo el contador Gaspar de Barrionuevo, ingenioso poeta toledano, otra bellísima epístola, que se publicó en la segunda parte de las *Rimas* (Madrid, 1609). Varios pasajes de su contexto acreditan que se escribió en Sevilla, como dejamos dicho. Esta composicion, pues, termina con los siguientes versos:

Mariana y Angelilla mil mañanas
Se acuerdan de Hametillo, que á la tienda
Las llevaba por chochos y avellanas;
Y Lucinda os suplica no se venda
Sin que primero la aviseis del precio.
Quedaos con Dios, Gaspar, y no os ofenda
Este discurso tan prolijo y necio.

Eran, pues, Mariana y Angela, y puede ya asegurarse sin duda alguna, los «dulces pajarillos» de Lope, «las prendas del hermoso pecho» de su Lucinda. Barrionuevo, empleado en la flota que mandaba el Marqués de Santa Cruz, habia estado en Sevilla, ántes de su partida, hospedado en la casa que Lope habitaba con la encubierta dama. Tenia un esclavo jóven, que acompañaba á las niñas de Lope, durante aquella estancia, en sus excursiones á la confitería, y que Lucinda deseaba adquirir.

La misma carta inserta en el *Peregrino*, de la que el señor Hartzenbusch ha entresacado los interesantes pasajes que arriba dejamos transcritos, contiene otros de

Quijote, el nombre de Alonso, que CERVÁNTES, al terminar la obra, pone al andante caballero, «es alusion al único recuerdo en nuestra patria de la

grande importancia para estas *Investigaciones*. La da principio el ilustre ingenio, llamando á Lucinda *serrana hermosa*. Pinta seguidamente su amarga despedida de ella cuando, segun expresa, hubo de venir á Toledo, dejándola en Sevilla, por el año de 1601, á lo que se infiere de estos versos:

No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, cual solia
Cuando con esos piés su orilla honraste.
. . . . . .
Era su valle imágen y retrato
Del lugar que la Córte desampara
Del alma de su espléndido aparato.

«Desampara», en tiempo presente, dice Lope, que en sus cartas familiares llamaba frecuentemente á Madrid *el lugar*. La Córte se trasladó de Madrid á Valladolid á principios de Enero de 1601. Antes de esos tercetos, describiendo su viaje, dice Lope:

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño,
A quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone enmedio
Del dichoso lugar en que naciste.
. . . . . .
Bajé á los llanos desta humilde tierra,
Adonde me prendiste y cautivaste
Y fuí esclavo de tu dulce guerra.

En cuyos pasajes hallamos indicacion de la patria de Lucinda y de la comarca donde Lope la conoció. Esta comarca, vemos claramente que era la Mancha (los llanos de esta humilde tierra); y así, el dichoso lugar de la serrana hermosa debia más bien de estar situado en la parte manchega de Sierra Morena, tierra de Valdepeñas, El Viso, Torrenueva, Santa Cruz de Mudela, etc., que en la perteneciente á Andalucía. ¡Por qué extraña coincidencia fueron las breñas de Sierra Morena el sitio donde el *Ingenioso Caballero* hizo tales y tantas finezas de penitente enamorado, y lloró

ausencias de Dulcinea
del Toboso,

manchega, como la desconocida Lucinda!!

Lope de Vega habia estado casado, segun los datos más probables, desde 1584 hasta 1588, en que enviudó, con doña Isabel de Ampuero, Urbina y Cortinas, de quien le quedó una niña, llamada Teodora, la cual murió ántes de cumplir un año de edad. De 1588 hasta fin de 1603 permaneció viudo. Su segundo enlace con doña Juana de Guardo, hija de vecino de Madrid, debió verificarse por Enero de 1604, en Toledo, adonde Lope habia vuelto desde Sevilla. En 4 de Agosto del mismo año, segun la carta ántes mencionada, estaba doña Juana próxima á salir de su primer em-

»alianza del poder y la sabiduría: don Alonso el Sabio.» «El amor del ca»ballero no es el amor de Aldonza, sino el de la sabiduría. Dulcinea es el »alma de Quijano objetivada, el anagrama exacto de *dina luce...*» Mal se

barazo; éste no debió de terminar felizmente, puesto que el nacimiento de Cárlos Félix, que murió de siete años, por Julio de 1612, no puede referirse sino al de 1605. En este mismo año tuvo Lope, de su ilegítimo trato con doña María de Lujan, á Marcela, y en 1606 á Lope Félix. ¿Era por ventura doña María la encubierta Lucinda, en cuyo seudónimo se conservan cuatro letras y la primera sílaba del apellido Lujan? Yo me inclino á creerlo así, á pesar de la noticia documental, que por otra parte se conserva, del trato de Lope con doña Antonia Trillo, por los años de 1596. Que Lucinda continuaba relacionada con el Fénix de los ingenios, siguiendo éste avecindado en Toledo, por Abril de 1605, compruébanlo muy evidentemente los siguientes datos, que deben asimismo agregarse al artículo del señor Hartzenbusch. Celebró aquella ciudad solemnes fiestas por el nacimiento de Felipe IV, ocurrido en 8 del propio mes; y el Ayuntamiento encargó á Lope, «cómo á poeta toledano,» que redactase el cartel de la justa literaria, en la cual leyó de su pluma una oracion poética inaugural y otra composicion con el vejámen y sentencia, concurriendo, como justador, con una cancion, que obtuvo el primer premio. La relacion de estas fiestas, impresa en Madrid, por Luis Sanchez, año de 1605, es sin duda, aunque no lo expresa, obra tambien de Lope. A la página 46 contiene un soneto jocoso, en consonantes forzados, cuyo epígrafe dice: *Soneto* de *Lucinda serrana: no escribe al precio porque no sabe el lenguaje de la Córte.*

Incluyó Lope en la segunda parte de sus *Rimas*, publicada en Madrid, año de 1609, una égloga, titulada *Eliso*, en la cual habla tan sólo quejándose de los desdenes de Lucinda, un pastor así nombrado. Comienza con estos versos:

Luz que alumbras el sol, Lucinda hermosa,
Que áun no te precias de volver los ojos
Al alma que llamabas dueño suyo:
Si vives, porque vivo, desdeñosa,
Acaba con mi vida tus enojos,
Pues no has de hallar defensa en lo que es tuyo;
El cuello es éste, no dirás que huyo;
Desnudo de mi propia resistencia
Le ofrezco á tu inclemencia.

La parte del artículo del señor Hartzenbusch que se refiere más particularmente á los versos con que adornó Cervántes su libro inmortal, concluye con un resúmen de várias dudas y cuestiones, á que da lugar la oscuridad de que aparecen rodeados; oscuridad que, en sentir del mismo comentador y crítico, debe nacer de que los tales versos aluden á personas ó cosas ajenas á la fábula del *Quijote*. «Nada extraño (escribe dicho señor) que dijese Urganda del Hidalgo Manchego que alcanzó á fuerza de brazos á Dulcinea del Toboso, aunque resulta de la novela que no solamente no la alcanzó, sino que ni siquiera llegó á verla en su vida. Pudo muy bien Cervántes, cuando trazó la Primera Parte del *Don Quijote*, proponerse que en la Segunda

avendrá esto con el burlesco tono que CERVÁNTES emplea constantemente al hablar de la «blanca paloma tobosina», y no mejor con la grotesca pintura mentida por Sancho, la visita al Toboso, la aventura de las tres

quedara casado con Dulcinea; pero no me puedo convencer de que en otros versos hablara CERVÁNTES de los personajes de su libro. Cuando Gandalin dice, en el soneto dirigido á Sancho:

Salve, varon famoso, á quien Fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna;

cuando leo esto, y me acuerdo de Sancho, molido á patadas por los criados de los frailes benitos, apaleado luego por los yangüeses, manteado en la venta, robado por el galeote Ginés, traido á mal traer por Cardenio, por el barbero del yelmo de Manbrino, y por el cabrero que refirió la historia de Leandra, no me es dado creer que CERVÁNTES dirigiera el soneto de Gandalin al escudero de Don Quijote, sino á otro Sancho á quien habia tratado la suerte con más blandura, preservándole cauta de todo infortunio: quizás aludiria CERVÁNTES al padre fray Luis de Aliaga (*a*), que parece llevaba ya el nombre de *Sancho Panza*, y quizás el *Ovidio español*, que menciona Gandalin en el penúltimo verso de su soneto, seria Lope, tan semejante á Ovidio por su facilidad, su gracia y dulzura. ¿Dónde se ve á Sancho retirarse del servicio de Don Quijote, «poniendo piés en polvorosa por vivir á lo discreto,» como se dice en la décima del poeta *Donoso?* ¿Por dónde se puede suponer que Dulcinea hubiera cometido desaguisado contra Don Quijote, segun se insinúa en el soneto de Solisdan? ¿Cuándo aparece el desventurado Rocinante harto de pienso por diligencia suya, ni dando al Lazarillo de Tórmes la paja para chupar el vino al ciego su amo, á la manera que se nos indica este lance en la décima siguiente á la del *Donoso?*

Por último, opina el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch que si CERVÁNTES, en el prólogo de sus *Novelas*, declaró que no le habia ido bien con el que puso á la Primera Parte del *Quijote*, debió de ser porque se irritaron contra él los amigos de Lope, creyendo evidentemente dirigido dicho prólogo contra su ídolo, señalado con su propio nombre en este verso en él incluido:

Donec eris Felix, multos numerabis amicos.

(*a*) La conjetura que aquí apunta el señor Hartzenbusch fué por mí hecha y explanada en los artículos que acerca de CERVÁNTES publiqué en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla, desde 1856 al 58, y va ya tomada en cuenta en el oportuno lugar de esta biografía. Para mí es evidente que los tres últimos versos del soneto, que dicen:

Salve otra vez, ¡oh Sancho! tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia;

encierran atrevida alusion de CERVÁNTES á la burla con que ponia por nombre al escudero de Don Quijote el apodo con que era conocido fray Luis de Aliaga.

aldeanas y el primer propósito de Don Quijote de enviar á su señora por presentado y esclavo al «jigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania (*)»; pero, en cambio, es sin duda más profundo que nuestras vulgares y pueriles cavilaciones.

Hasta aquí lo que sospechamos puede referirse á los sucesos de CERVÁNTES en la Mancha.

Alusiones al supuesto Avellaneda.—Todos los biógrafos y comentadores de CERVÁNTES han estado acordes en creer que el autor del segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicado en Tarragona el año de 1614, ocultó su verdadero nombre y patria al titularse «el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas». Sus modismos y las terminantes indicaciones de CERVÁNTES han revelado que fué natural de Aragon; varios pasajes de su novela le dan evidentemente á conocer por fraile dominico; y de su empeño en disfrazarse, no ménos que de la prudente reserva de CERVÁNTES, se deduce que debia de ser personaje poderoso y calificado.

El señor don Adolfo de Castro fué, segun creo, el primero que en su curioso libro titulado *El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV* (Cádiz, 1846), señaló al padre fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III y del Duque de Lerma, como verdadero autor del *Don Quijote* supuesto de Avellaneda. Cuatro años despues, en otro papel suyo, manifestó que le habia comunicado estas sospechas el editor de los *Entremeses* de CERVÁNTES, en 1814 (D. J. B. Cavaleri Pazos), quien fundaba su opinion en la semejanza de estilo que ofrecen el *Quijote* de Avellaneda y la *Venganza de la lengua española contra el autor de Cuento de cuentos*, opúsculo atribuido á fray Luis de Aliaga (**).

(*) Don Antonio Puigblanch, á quien no menciona el señor Benjumea, sin embargo de haber sido uno de los primeros que llamaron la atencion sobre el verdadero objeto del *Quijote*, y de haber en él descubierto una importante y grave alusion, descifra, en sus *Opúsculos gramático-satíricos* (tomo II, adicion última), el nombre *Caraculiambro*, que equivale á *El malandrin cara de*

«La antártica parte del testuz,
Donde no suele nunca dar la luz»

(que dijo allá nuestro Gallardo). *Ambro, onis* (de *ambulo, onis*) es sustantivo latino, que significa *hombre sin hogar, que anda vagando y haciendo daño.* A este nuevo Polifemo hace Don Quijote señor de la ínsula *Malandrinia* (Malindrania).

(**) Debe advertirse que estas conjeturas eran años há moneda corriente entre muchos de nuestros eruditos, y que Gallardo reclama la propiedad de ellas en uno de sus opúsculos impresos.

Este antiguo papel, que Valladares de Sotomayor insertó, juzgándole inédito, en su *Semanario Erudito*, se imprimió por primera vez en Huesca, año de 1626. Su portada dice: «Venganza de la lengua española contra el »autor del *Cuento de cuentos*, por don Juan Alonso Laureles, cauallero de »hábito y peon de costumbre, aragones liso y castellano revuelto. Con »licencia. En Huesca, por Pedro Bluson, impresor de la Universidad. »Año 1629.» (Esta es segunda edicion. Diez hojas en 8.°) Es indudable que el estilo y lenguaje de la *Venganza*, el tono que su autor emplea para tratar é impugnar á Quevedo, su adversario, y las alabanzas que prodiga á Lope, asemejan notablemente este opúsculo al prólogo del *Quijote* de Avellaneda; pero tal vez no se hubiera reparado en tales analogías, si las enigmáticas señas que da el autor de su persona, llamándose Alonso y declarándose religioso (caballero de hábito) y aragones disfrazado de castellano (aragones liso y castellano revuelto), no hubiesen llamado préviamente la atencion. Generalizada entre los eruditos la opinion que atribuye á fray Luis de Aliaga el papel *Venganza de la lengua española*, esas coincidencias y analogías indudablemente bastarian para que se le sospechase autor del *Quijote* de Tarragona. Pero lo han demostrado de tal manera posteriores descubrimientos, que la sospecha ha llegado á ser punto ménos que realidad.

Entre las agudas sátiras que con su libre pluma escribió don Juan de Tássis y Peralta, Conde de Villamediana, se cuentan unas décimas á la caida de los ministros y privados del rey Felipe III, que, con otras poesías del mismo, existen en varios códices, y de la Biblioteca Nacional de Madrid en los M-8 y M-200. Una de estas décimas es la siguiente:

Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador,
El cuchillo de dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será, segun he oido,
De inquisidor, inquirido,
De confesor, confesado.

Hé aquí un testimonio irrecusable de la existencia de cierta conexion entre la persona de fray Luis de Aliaga, inquisidor, confesor del rey Felipe III, y la fingida y creada por Cervántes en el escudero de Don Quijote. ¿Qué conexion era ésta? ¿Designó el satírico poeta con el nombre de Sancho Panza al padre fray Luis de Aliaga, aludiendo á ser éste el

autor del falso *Quijote?* Así lo creyó el señor Castro al publicar esta décima, y conjeturar sobre ella en su citado libro. Posteriormente el señor don Cayetano Rosell, en sus ilustraciones al tomo XVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles* (1851), donde va reimpreso el *Quijote* de Avellaneda, ha dado á esa burla de Villamediana la interpretacion más probable, descubriendo con exquisita penetracion lo que, al parecer, se habia ocultado á la de tantos insignes críticos.

Despues de manifestar que animado por las indicaciones del señor don Aureliano Fernandez Guerra, y por las que leyó en la expresada obrita del señor Castro, ha procurado indagar hasta qué punto pueden ser fundadas las conjeturas de los que creen ser un mismo sugeto el encubierto Avellaneda y el padre fray Luis de Aliaga, comienza proqando que si Avellaneda fué aragones, como lo declara CERVÁNTES, aragones fué asimismo, nacido en Zaragoza, el padre Luis de Aliaga. Expone la coincidencia de ser ambos frailes dominicos, y se hace cargo de la curiosa noticia dada por Pellicer, que compendiaremos como interesantísima para nuestro objeto.

En un códice (número 382) de la librería que fué del Conde de Fernan Nuñez existian los *vejámenes* dados á los poetas concurrentes á dos certámenes literarios, que sobre la interpretacion de ciertos enigmas se celebraron en Zaragoza, el año de 1614, el mismo en que se publicó el *Don Quijote* de Avellaneda, á cuya obra y á su autor hacen evidente referencia los dos que se siguen (*). Hé aquí el intimado á uno de los poetas del primer certámen, segun le transcribe Pellicer:

A Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en Rocinante.

A este primer certámen concurrieron, segun el códice, diez poetas cuyos nombres expresarémos mas adelante.

(*) En las fiestas que á la beatificacion de Santa Teresa celebró la misma imperial ciudad de Zaragoza, por Octubre del año de 1614, y cuya relacion ó *Retrato* (que así se titula) escribió y publicó Luis Diez de Aux (Zaragoza, 1615), salió, entre otras, una mascarada de estudiantes, que el expresado relator de los festejos describe en estos términos: «Venia Don Quijote de la Mancha con un traje gracioso, arro»gante y pícaro, puntualmente de la manera que en su libro se pinta. Esta figura, y »otra de Sancho Panza, su criado, que le acompañaba, causaron grande regocijo y en»tretenimiento; porque, á más de que su traje era en extremo gracioso, lo era tam»bien la invencion que llevaban; fingiendo ser cazadores de demonios, que traian allí

Y entre los pronunciados contra los poetas del segundo (*), se lee este:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre,
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de véras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto;
Que tras azotes, es cierto
Se siguen siempre galeras.

Indudablemente es uno mismo el poeta á quien se refieren estos dos vejámenes. Desígnasele con el apodo de Sancho Panza, y se le condena á recibir cien azotes, montado en Rocinante; burlas que indican alguna re-

»enjaulados, y como triunfando de ellos..... y éstos se representaban en dos fieras más-»caras atadas, cuyas cabezas estaban encerradas en sendas jaulas. Sancho Panza salió »con un justillo de pieles de carneros recien muertos, el pelo hácia dentro...» Añade que este traje causó extraordinaria risa, «como tambien la causaron los papelillos que »con algunos motes daba á las damas, y una informacion (abono de su justicia) que »en razon del premio nos presentaron en unos versos del tenor siguiente:

»LA VERDADERA Y SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO
»DON QUIXOTE DE LA MANCHA,
»COMPUESTA POR EL LICENCIADO AQUESTELES,
»NATURAL DE CÓMO SE DICE, VÉNDESE EN DONDE Y Á DO,
»AÑO DE 1614.»

Inserta seguidamente los versos á que se refiere; entre ellos, el informe de Don Quijote, en siete redondillas, que empiezan:

Soy el fuerte don Quixo-
Mas que el bravo Paladi-,
Llevado por su roci-
Y traido por el tro-.

«Llevó unos preciosos guantes, y aunque fueran los mejores del mundo, los merecia.»

Es indudable que en ese epígrafe se alude al *Don Quijote* de Avellaneda, que por aquellos dias estaba ya á punto de salir á luz. Está muy léjos de ser crítica la alusion, y pudiera sospecharse si el autor de los versos seria tal vez el mismo supuesto Avellaneda (el licenciado Aquesteles, *El es aqueste*).

(*) Los nombres de los poetas del primer certámen, que apunta Pellicer, son: Alfonso Lamberto, Martin Escuer, Pablo Visieda, José Pilares, Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguel Soriano, Muniesa, Jerónimo Hernandez, el incógnito Xárava. Del segundo: Alfonso Lamberto, Jaime Portoles, Pedro Huerta, Lozano.

lacion entre su persona y la novela de *Don Quijote*. En el segundo se cita un dicho del poeta, relativo á «tener por blanco la ganancia». El falso Avellaneda dice en su prólogo: «...pero quéjese (CERVÁNTES) de mi tra»bajo por la ganancia que le quito de su Segunda Parte.» Añádase á esto la evidente referencia de los inmediatos versos á obras de inventiva ó ficcion, «inventadas quimeras,» que el vejado afirmaba como verdades; y lo de azotes y galeras, que puede aludir á cierta aventura de las del falso *Quijote*, ocurrida en Zaragoza; y se inferirá con grande probabilidad que el poeta á quien hacen relacion los dos vejámenes era el supuesto Avellaneda, y que este disfrazado escritor era conocido con el apodo de Sancho Panza. Hace notar seguidamente el señor Rosell que con el propio mote era apellidado el famoso padre Aliaga, presentando como irrecusable prueba de ello la décima de Villamediana; discurre sobre la causa que pudo motivar ese apodo, juzgando que no debió de ser la presencia ó figura (*) del reverendo Inquisidor; y escribe luego el siguiente pasaje: «Por más que examinamos la Primera Parte del *Quijote* de CERVÁNTES, »no hallamos alusion ninguna, é injuriosa ménos, hácia el tal Avella»neda; de manera que, en vista de todos estos antecedentes, hemos lle»gado á sospechar si el agravio hecho por CERVÁNTES consistiria en apli»car á su escudero el nombre que por apodo llevaba ya anteriormente »Avellaneda; mas como este apodo está probado, con los versos de Villa»mediana, que recaia sobre el padre Aliaga, él, y no otro, debió ser el au»tor del falso *Quijote*.»

Sin duda alguna. El señor Rosell ha descorrido ese velo, presentándonos claro y evidente el hecho de la verdad, que nuevas observaciones mias han confirmado y comprobado.

Singular circunstancia ofrece la principal de ellas, que voy á exponer. Al analizar los ilustradores del *Quijote*, en busca de indicios, el prólogo del falso Avellaneda, han fijado exclusivamente su atencion en aquellas frases que parecen aludir á una comun ofensa hecha por CERVÁNTES á Lope de Vega y al embozado escritor. «...Tenemos, dice, ambos un »fin (él y CERVÁNTES); ...si bien en los *medios* diferenciamos, pues él

(*) CERVÁNTES, en el capítulo IX de la Primera Parte, dice que la batalla de Don Quijote con el vizcaíno estaba pintada en los cartapacios arábigos, y en esta pintura: «San»cho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los piés del cual estaba otro rétulo, »que decia: *Sancho Zancas;* y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, »la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner »sobrenombre de Panza y de Zancas, que con estos dos... le llama algunas veces la his»toria.» Nótese que, segun Quevedo (*Grandes anales de quince dias*), fray Luis de Aliaga era de buena estatura.

»(CERVÁNTES) tomó por *tales* el ofender á mí, y particularmente á... (Lope »de Vega).» Y no existiendo en la Primera Parte del *Quijote* ningun otro motivo de agravio para Lope (si éste puede serlo) que la censura de su escuela dramática (*), han sacado por única y legítima consecuencia que el seudo quijotista debió de ser poeta cómico de los comprendidos en aquella razonada crítica. Satisfechos con esta explicacion, no han parado mientes en el inmediato párrafo del prólogo, que dice de esta manera:

«No sólo he tomado por *medio* entremesar la presente comedia con las »simplicidades de *Sancho Panza*, huyendo de *ofender* á nadie, ni de hacer »ostentacion de *sinónomos voluntarios*, si bien supiera hacer lo segundo, y »mal lo primero...»

En este párrafo se encierra, á mi juicio, el comprobante de la feliz conjetura de Rosell, que más fuerza y más autoridad tiene. Despues de haber manifestado el encubierto autor que el objeto de su libro era idéntico al del escrito por CERVÁNTES, pero que ambos autores diferenciaban en los *medios*, pues CERVÁNTES habia tomado por uno de *tales* el ofenderle á él, añade con su mal estilo que por su parte habia tomado por *medio* entremesar la obra con las simplicidades de *Sancho Panza*, huyendo de ofender á nadie y de ostentar *sinónomos voluntarios*...; es decir, que CERVÁNTES, al introducir en la suya la graciosa persona de Sancho Panza, habia ofendido á alguno (al encubierto Avellaneda, que se queja de la ofensa), y hecho, como con alarde, uso de *apodos* ó *motes : sinónimos voluntarios* (nombres equivalentes, impuestos por la voluntad y el capricho ajenos). El encubierto escritor empleó esta última frase para declarar la especie de ofensa de una manera vergonzante, á la par que significativa, al tiempo mismo que dejaba conocer bien el interes que se tomaba por la ideal persona de Sancho; interes que se trasluce más cuando en la dedicatoria hace referencia á los «buenos servicios» del mismo «fidelísimo es»cudero, no ménos envidiados que verdaderos».

Dejando ya demostrado con la manifestacion misma del ofendido, que CERVÁNTES le agravió, usando sin rebozo alguno de cierto apodo ó remoquete al crear la figura de Sancho Panza, ó Sancho Zancas, pasamos á buscar en la contestacion dada por el ofensor, que constituye casi todo el prólogo de su Segunda Parte, algun dato favorable ó contrario á esa demostracion; y ¿qué hallamos? una prueba negativa, pero concluyente. (Quien calla otorga.) CERVÁNTES, que en lo relativo á la ofensa inferida á Lope de

(*) A esta referencia crítica pueden agregarse ahora las que el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch ha conjeturado en su artículo de la *Revista Española*, que arriba dejamos transcrito en su parte más principal, con várias é interesantes adiciones.

Vega, se vindica, dando á este grande ingenio la más cumplida satisfaccion, en lo tocante á la de su enmascarado rival y acusador, alto silencio, ni la menor palabra, ni la más remota alusion estampa, que se dirija á desmentir ó atenuar la acusacion. Mal podia negar CERVÁNTES que el nombre por él impuesto á su inventado Sancho era el apodo con que su envidioso rival y decidido adversario, fray Luis de Aliaga, el supuesto Avellaneda, era designado por los burlones de la córte, con el que le vejó, en 1614, el fiscal de los certámenes de Zaragoza, y le señaló, en 1621, el satírico Villamediana.

Alude el apodado á la ostentacion hecha de ese gracioso despique por su discreto burlador; y en efecto, CERVÁNTES con finísima sutileza habia declarado en su propio libro la chanza de una manera tan ingeniosamente equívoca y aguda, que al paso (nótese bien esto) que la hacia más perceptible, no ofrecia probable obstáculo al pase y aprobacion de la obra. Así creo yo haberlo traslucido en los tres versos últimos del soneto que, dirigido al escudero Sancho Panza, puso CERVÁNTES en boca de Gandalin, escudero de Amadis de Gaula. Dice así el terceto:

Salve otra vez, oh Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español *Ovidio*
Con buz-corona te hace *reverencia* (*).

Para más decisiva comprobacion de todo lo expuesto en apoyo de las conjeturas expresadas, nos falta reproducir aquí el notable pasaje de la Segunda Parte del *Quijote* en que CERVÁNTES, jugando del vocablo, hizo una picante y oportunísima burla del padre Aliaga, logrando consignar en su libro con ingeniosa destreza el nombre de su adversario de una manera tan despreciativa como intachable (**). Describiendo, en el capítulo LXI, la entrada semitriunfal de Don Quijote y Sancho en Barcelona, rodeados de los caballeros amigos de Roque Guinart, que expresamente habian salido á recibirlos, y saludaron al «valeroso Don Quijote de la »Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas his»torias estos dias nos han mostrado...», continúa diciendo que «al són de »las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad, al en»trar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que »son más malos que el malo, dos dellos, traviesos y atrevidos, se entra-

(*) Fundé esta interpretacion mia en razones que no repito aquí por su extension y prolijidad.

(**) En este pasaje reparé yo en 1853, y posteriormente el señor don Justo de Sancha, que publicó su descubrimiento en el *Semanario pintoresco español* de 16 de Julio de 1854: Carta al señor don Aureliano Fernandez Guerra.

» ron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la » de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de *aliagas*. Sin- » tieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, au- » mentaron su disgusto de manera, que... dieron con sus dueños en tierra. » Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola » de su matalote, y Sancho el de su Rucio...».

Sin embargo de que CERVÁNTES quiso con esta chistosa mofa tomar revancha de las injuriosas expresiones que le dirigiera su adversario, y sin perjuicio del empeño, muy justo, con que rebatió la falsa Segunda Parte de *Don Quijote*, todavía, para dar al vengativo Aliaga un ejemplo de moralidad cristiana, puso la siguiente cláusula en el testamento de su moribundo caballero : « *Item :* suplico á los dichos señores mis albaceas que si » la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso » una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte* de las ha- » zañas *de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan enca- » recidamente ser pueda, *perdone la ocasion* que, sin yo pensarlo, *le dí* de ha- » ber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque » parto desta vida con escrúpulo de haberle dado *motivo* para escribirlos (*).»

De intento he dejado para el último lugar en este conjunto de pruebas, las meramente anagramáticas. Es sabido que CERVÁNTES, en el nombre de su ideal autor del *Quijote*, incluyó (observacion hecha por el señor don Fermin Caballero) un anagrama casi perfecto del suyo (CiDE HAMETE BeN EnGELI.—Migel de Cebánte).—Su encubierto rival, queriendo imitarle en todo, formó para su fingido descubridor del supuesto original árabe un nombre tambien moruno, y sin la menor duda, procuró que fuese de análoga composicion semianagramática. « El sabio ALISO- » LAN (escribe), historiador no ménos moderno que verdadero, dice que » siendo expelidos los moros agarenos de Aragon, de cuya nacion él des- » cendia... halló... etc. » ALIsolAn : hé aquí indicado el apellido ALIAga, y contenidas dos letras del nombre *Luis;* ó combinado de otra manera : LOIS, ó ALOIS AL. — En aLonSo FeRnandez DE AveLlanedA encontramos : L..S (FR.) DE AL..A. En Juan ALonso Laureles : AL...L..S. Y no deja de llamar así bien nuestra atencion el ALfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza.

(*) Debo manifestar aquí mi agradecimiento al señor don Francisco María Tubino, por la honrosa mencion que ha hecho, en su estimable opúsculo *El Quijote y la Estafeta de Urganda*, de mis artículos publicados en la *Revista* sevillana, al extractar allí, para comprobacion y apoyo de algunas de sus opiniones, parte de las observaciones y conjeturas que contienen acerca del supuesto Avellaneda y del verdadero original de la sin par toboseña.

Las causas que pudieron motivar esa levísima ofensa de CERVÁNTES al dominico Aliaga, circunscrita á la aplicacion del nombre de burlas con que éste era conocido y señalado, tal vez por muy contadas personas, ¿quién puede ya descubrirlas, cuando del hecho mismo no restan quizá más vestigios que los referidos? Recordando, sin embargo, anteriores sucesos de la vida de CERVÁNTES, enlazamos este hecho con los indudables de la traidora revelacion de fray Juan Blanco de Paz, y de su ódio al benemérito cautivo, más y más excitado por la informacion pública y solemne hecha en Argel ante un religioso de diverso instituto; y nos inclinamos á sospechar que fray Luis de Aliaga, ya influyente desde el año de 1599 con el padre Jerónimo Javierre, que fué nombrado en 1601 general de la Orden de Santo Domingo (*), hubo de secundar poderosamente las miras é inspiraciones de su compañero de religion fray Juan Blanco de Paz, insinuando á su superior noticias y especies que alcanzaron á malograr las pretensiones de CERVÁNTES en la córte. El Duque de Lerma, que de hecho regía con valimiento sin ejemplo la monarquía de dos mundos, escuchó acaso desdeñoso y adusto las súplicas del grande ingenio; ni recibió con más aprecio sus lisonjeros versos el Conde de Saldaña, hijo del orgulloso privado (**). CERVÁNTES pudo creer debida la

(*) El padre fray Luis de Aliaga nació en Zaragoza, año de 1565. Su cuna fué harto humilde, segun se afirma en cierto memorial presentado al Rey Felipe IV. (MS. en la Biblioteca Nacional, S-104.) De su orígen no da noticia Latassa; pero sí describe el blason de su linaje: una banda, una mata de aliaga á la derecha, y tres cuellos de serpientes á la izquierda. Profesó en la Orden de Santo Domingo, el 3 de Noviembre de 1582. Era en 1600 lector de teología, de cuya facultad se doctoró á 16 de Octubre de 1602, en la universidad de Zaragoza, obteniendo allí la cátedra de Suma de Santo Tomás. «Mostróse (dice Quevedo) licencioso en alguna propo»sicion, y fué apartado de la ciudad con reprension. Este descamino le negoció la asis»tencia al generalísimo de Santo Domingo, Javierre, y con título de provincial de »la Casa Santa, le vino sirviendo á Madrid en la visita de la Orden.» Fué sucesivamente promovido á confesor del Rey, consejero de la Suprema, Arzobispo de Toledo (dignidad que renunció para que recayese en el Infante don Fernando), archimandrita de Sicilia, y en 1618 á Inquisidor general y consejero de Estado. Murió en Zaragoza, á principios de Diciembre de 1626, á poco de haberse trasladado allí desde su destierro de Huete, y fué sepultado en el convento de dominicos, donde se conservaban retratos suyos. Escribió (dice Latassa) *Varios opúsculos sobre asuntos graves de la Monarquía Española y de su general Inquisicion; Alegacion ó Memoria de los sucesos de su siglo*, que se imprimió; *Diferentes cartas, que instruyen en diversos útiles asuntos*. En la Biblioteca Nacional se guarda un tomo de consultas y pareceres autógrafos del mismo.

(**) La *Oda* de CERVÁNTES al Conde de Saldaña salió por primera vez á luz en la

desestimacion de sus servicios á la influencia más ó menos directa del padre Aliaga (que en 1607 era confesor del Duque de Lerma, y tal vez desde algunos años ántes), y esto le indujo á desahogarse con la graciosa burla del apodo consabido; burla de la cual no podia el padre Aliaga darse públicamente por agraviado, sin mengua de su carácter y dignidad.

coleccion de *Obras de Cervántes* que forma el tomo I de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Franqueóla el señor don Juan Cortada, que poseia en Barcelona su original autógrafo de CERVÁNTES; y es sensible que no se haya publicado el facsímil que de ella se prometió en el volúmen referido, cuya fecha es de 1846.

El Conde de Saldaña, don Diego Gomez de Sandoval y Rojas, fué segundo hijo, y el más querido, del célebre don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, y de su esposa doña Catalina de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli. Nació por los años de 1574. Casó, en el de 1613, con doña Luisa Hurtado de Mendoza, Condesa de Saldaña, hija y sucesora inmediata de los duques del Infantado; de cuyo enlace fué único fruto el insigne don Rodrigo Díaz de Vivar Hurtado de Mendoza, que nació en esta córte el 3 de Abril de 1614, siendo bautizado en la parroquia de San Andrés por el Nuncio Barberini (despues Pontífice Urbano VIII) y tenido en la pila por el Rey Felipe III y la Infanta doña María; y que por muerte de su madre heredó en 1619 el condado de Saldaña, y en 1633, por la de su abuela, llegó á ser Duque del Infantado; distinguiéndose como bizarro militar, general de la caballería en la guerra de Cataluña, y en los cargos de embajador á Roma y virey de Sicilia. Tuvo don Diego de Sandoval y Rojas aficion extremada al estudio y cultivo de las bellas letras, y gustó del amigable trato de los ingenios y eruditos de su tiempo. Lope de Vega le dirigió, en 1609, el prólogo de su *Jerusalen conquistada*, que principia con estas frases: «La aficion que V. E. tiene á las letras, mayormente »á las de este género; el amparo que hace á los que las profesan, siendo su Mecé»nas y bienhechor, me obliga, y si lo puedo decir, me fuerza á dirigirle este prólo»go...» Por Noviembre de 1611 congregó en su casa una academia poética, de que nos ha conservado noticia Lope en sus cartas al Duque de Sessa; cuyo primer objeto fué la composicion de epitafios y versos á la muerte de la Reina doña Margarita, esposa de Felipe III. De esta reunion literaria, dice Lope, en carta de 30 de Noviembre de dicho año: «La academia del sábado fué razonable... En ella estuvieron Fe»ria, Pastrana, don Antonio de Avila, y otros de menor jerarquía. No se disputó »nada, porque era fiscal el de Saldaña, y es más bien intencionado que el Rector de »Villahermosa...» CERVÁNTES, en su *Viaje del Parnaso* (1614), le consagró otro galante elogio, enlazado con los que tributó á los condes de Salinas y Villamediana y al Príncipe de Esquilache.

A principios de 1621, el Conde, ya viudo, de Saldaña estuvo en Tordesillas, á ver y asistir á su padre, allí desterrado y preso, que padeció por aquel tiempo una gravísima enfermedad, de la cual pudo al fin convalecer.

No encuentro noticia del fallecimiento de Saldaña, de quien se conserva una discreta décima, escrita, á fines de Agosto de 1622, á la muerte de Villamediana.

De ninguna de las conjeturas que acaban de ocuparnos, publicadas todas, y algunas en libros muy conocidos, hace mérito él señor Díaz de Benjumea. Desde luego se infiere, á pesar de su tal cual reserva sobre este punto, que opina ser Blanco de Paz el encubierto Avellaneda; opinion que sostuvo Cean Bermudez, y despues aceptó don Justo de Sancha, hasta que le hicieron desistir de ella su mencionado descubrimiento y las incontestables razones que la contradicen. Encuentra el autor de la *Estafeta de Urganda* alusiones á Blanco de Paz en diferentes pasajes del *Quijote* y de otras obras de CERVÁNTES. Cree verle en la cuitada figura del disciplinante, que, rendido á los piés de Don Quijote, declara llamarse Alonso Lopez y ser natural de Alcobendas; y halla en las palabras «Lopez de Alcobendas», el anagrama de «Es lo de Blanco de Paz». Ingeniosa es tal interpretacion; pero yo preguntaré: ¿qué conexion se descubre entre el pobre disciplinante y la persona del irregular y escandaloso Blanco de Paz?... El disciplinante confiesa que no era sino bachiller, aunque ántes, implorando la clemencia del andante caballero, se habia dicho licenciado. Y comenta el señor Benjumea: «Aquí la suposicion »falsa de las licencias se refiere á las que se abrogó de comisario del »Santo Oficio. A esto llamó Avellaneda *sinónomos voluntarios...*» Confesamos que tan singular explicacion nos ha dejado absortos, y que al verla, llegamos á dudar si habriamos en efecto leido alguna vez el prólogo del supuesto Avellaneda. «En el *Coloquio de los perros* (continúa el se»ñor Benjumea), entre los conjuros que el dueño de Berganza, en aquel »dia memorable entre todos los de su vida, le hizo para que saltase, fué »uno el siguiente: «Salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado »(esto es, comisario) sin tener grado alguno.» Este nombre Pasillas, ¿de »dónde se deriva sino de PAZ?...» El nombre Pasillas, contesto yo, de nada puede, en buena ley, derivarse ménos que de PAZ, áun suponiendo que este último se pronuncie viciosamente, como suena en labios de un andaluz ó valenciano. Si CERVÁNTES hubiera querido referirse á un Paz, en ese pasaje, de significacion alusiva tan insignificante, no hubiese echado mano del diminutivo de *pasas*, sino de nombres en que, por lo ménos, se hallase aquel contenido literalmente, como *Pazos*, *Pazuengos* ó *Pazguato*. Dejo, por lo demas, al buen juicio de los lectores el decidir sobre la interpretacion de comisario del Santo Oficio, sacada de licenciado, cuando CERVÁNTES habla terminantemente de grados literarios, no de empleos, cargos ó comisiones de ninguna especie.

No terminaremos sin mencionar ligeramente las otras conjeturas que se han hecho acerca del encubierto Avellaneda: la de Germond de Lavigne y otros, que han creido descubrir en él á Bartolomé Leonardo de Argensola, aragones; la indicada por Clemencin, relativa á fray Andrés

Perez, dominico, natural de Leon, autor de la *Picara Justina*, criticado por CERVÁNTES en el *Viaje del Parnaso;* y por último, la de don Adolfo de Castro, que recae sobre fray Alonso Fernandez, dominico en Toledo, natural de Palencia, autor de una *Historia eclesiástica* (1611) y de otros dos libros de la *Devocion del Rosario* (1613 y 1626).

Alusiones á otras personas ó cosas, y á sucesos más ó ménos determinados.— Don Juan Antonio Pellicer opinó, y trató de probar en una de sus notas, que los duques en cuya quinta pasa una gran parte de la accion del *Quijote* (Segunda Parte) fueron los de Villahermosa, doña María de Aragon, hija del Duque don Fernando (sexto de aquel título), y su esposo don Cárlos de Borja, Conde de Ficallo. La quinta, colocada en situacion topográfica bastante bien marcada por CERVÁNTES, debió de ser, segun el mismo anotador, la que los duques poseian cerca de Pedrola, riberas del Ebro, llamada el palacio de Nuestra Señora de Buenavía. Entre los más picantes sucesos ocurridos á Don Quijote en el castillo ducal, se cuenta la reprension que sufrió de cierto religioso ó clérigo, comensal de los duques, á la cual contestó con entereza y punzante discrecion. Rios habló de noticias tradicionales, que indicarian en esa aventura un hecho sucedido á CERVÁNTES cuando dedicó su libro al de Béjar. Pellicer sospechó si en el eclesiástico reprensor estaria quizá retratado Bartolomé Leonardo de Argensola, muy favorecido de los de Villahermosa. Y un escritor moderno ha tenido ésta por alusion á fray Luis de Aliaga.

Se ha creido que CERVÁNTES, en la aventura de la inopinada y silenciosa prision de Don Quijote y Sancho por los criados del Duque, seguida del ingenioso drama de la muerte de Altisidora, con su imponente aparato funeral, y de la sentencia de Sancho, dada por los jueces infernales, envolvió una fina sátira de los autos y procedimientos de la Inquisicion. Sostuvo esta opinion don Antonio Puigblanch, en su libro *La Inquisicion sin máscara* (1811). Adoptada por Navarrete (*), la refutó Clemencin, y ha vuelto á sostenerla don Adolfo de Castro. Pudiera traerse en su apoyo el sentido de aquella frase que soltó CERVÁNTES en la reprimida contestacion que dió al falso Avellaneda (prólogo de la Segunda Parte). «He

(*) Sobre esto dice Puigblanch, en el prólogo de sus *Opúsculos gramático-satíricos:* «El señor Navarrete no cita, es verdad, mi *Inquisicion sin máscara*, cuando honra mi »observacion dándole cabida en su escrito, ni podia, hallándose en 1819 restablecido »el tribunal; pero el que haya leido mi obra, ya porque ve conservadas por el aca»démico, en cuanto pudo cómodamente conservarlas, mis palabras, ya porque nada »ménos la presenta que como suya propia, sino como ya hecha por otro ú otros, »quedará convencido de que no fué por falta de voluntad el no mentarla.»

»sentido tambien (dice) que me llame envidioso, y que como á ignorante, »me describa qué cosa sea la envidia; que en realidad de verdad, de dos »que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada; »y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacer»dote, y más si tiene *por añadidura* ser familiar del Santo Oficio (*).»

Es digna, por último, de ser apuntada entre las conjeturas más fundadamente hechas acerca de las alusiones del *Quijote*, la del señor Navarrete, con extension referida y explanada por este erudito en el texto mismo de la *Vida de Cervántes*, sobre la singular aventura del cuerpo muerto, conducido á deshora por los andurriales de Sierra Morena con acompañamiento de encamisados; que ciertamente puede ser una disfrazada pintura de la traslacion que sufrieron los restos mortales del insigne San Juan de la Cruz, desde Úbeda á Segovia, en el año de 1591.

A estas calculadas alusiones á determinadas personas y á sucesos verdaderos, deben agregarse las que CERVÁNTES hizo á la suya y á sus propios é insignes hechos durante el cautiverio, en la novela del *Cautivo*, con que adornó la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo* (**).

(*) Nada tuvo que tachar la Inquisicion en la Parte Primera del *Quijote*; pero cuatro años despues de publicada la Segunda, se mandó, en el *Indice expurgatorio* de 1619, borrar de ésta el siguiente pasaje:

«...Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no »tienen mérito ni valen nada»; con el cual, en el capítulo XXXVI, termina la Duquesa su reprension á Sancho por la blandura con que se daba los azotes que debian desencantar á Dulcinea. Ha sido restaurado este pasaje en la edicion del *Quijote* de la *Biblioteca de Autores Españoles* del señor Rivadeneyra, y en la *Vida de Cervántes*, allí escrita por el señor don Buenaventura Cárlos Aribau, se habla de la supresion y restitucion, en un párrafo que concluye así: «De esta curiosa noticia no hemos en»contrado rastro alguno en los autores que han escrito sobre CERVÁNTES, y la hubiéra»mos ignorado nosotros, si nuestro eruditísimo amigo don Luis de Usoz y Rio no »hubiese llamado sobre ella nuestra atencion, con presencia del *Indice expurgatorio* »publicado en 1619, y de la edicion de 1615. Ateniéndonos en la nuestra á tan »indeclinable autoridad, hemos restituido el texto á su pureza original, seguros de »que nadie se escandalizará, y ménos despues de esta advertencia.»

(**) Al tiempo mismo de entrar en prensa estas *Investigaciones*, sale á luz un trabajo literario de interes é importancia cual ninguno, entre los que, para inquirir y descifrar las alusiones encerradas en el *Quijote*, se han publicado hasta la fecha presente. Con él termina la serie de artículos que ha escrito en la revista semanal titulada *La Concordia* el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, dando en ellos al público, enriquecida con preciosas ilustraciones, la inédita carta de CERVÁNTES á don Diego Astudillo Carrillo, de que hablamos en su lugar correspondiente. Versa lo principal de este nuevo comento sobre el capítulo XVIII de la Primera Parte del *Qui-*

10 Las expresadas siete ediciones fueron las siguientes:

Madrid, Juan de la Cuesta, en 4.°, dos ediciones. — Lisboa, Jorge Rodriguez, en 4.° — Lisboa, en 8.° — Valencia, Pedro Patricio Mey, en 8.°, dos ediciones.—Pamplona ó Barcelona; impresion de que años pasados guardaba ejemplar en La-Haya un aficionado á libros castellanos. Es circunstancia algo notable la de no hallarse en la Primera Parte ni áun el resúmen de sus aprobaciones.

El conocimiento (aunque sin duda muy poco divulgado) de ciertas alusiones del *Quijote* en la época misma de su publicacion, comprendidas entre ellas algunas quizá ya del todo borradas por el tiempo; la percepcion lenta y limitada, pero progresiva, del carácter de la obra y de su objeto, más serio y más profundo de lo que pareció á primera vista; la oscuridad misma de alguna parte de su contenido, y la marcada reticencia ó ambigüedad de muchas de sus palabras y frases, fueron otros tantos orígenes de una tradicion, que trasmitiendo la idea vaga de un cierto significado, de un intento oculto en la composicion de esta obra, y pasando desfigurada al traves de los años y del azaroso período de decadencia que comenzó en España desde fines del siglo XVII, apareció al renacer de las letras, á mediados del siguiente, abultando, cual vidrio de linterna mágica, en la ingeniosa fábula del *Quijote*, misteriosas y determinadas sátiras de reyes, príncipes y ministros. El vulgo, inclinado siempre á cuanto ridiculiza ó hiere á las personas elevadas en autoridad, fué gradualmente in-

jote, en que CERVÁNTES nos pintó al Hidalgo Manchego transformando los rebaños de carneros en aguerridos ejércitos. Al interpretar el señor Fernandez Guerra, con el auxilio de su profunda erudicion histórica, y á la brillante luz de la expresada carta (donde se refieren los nombres inventados por CERVÁNTES para un torneo burlesco), los de análoga forma semianagramática, de andantescos generales y caudillos, fantaseados por Don Quijote, nos inclinamos á creer que ha dado con la clave de parte de las altas alusiones del famoso libro, señaladas por una tradicion vaga, al mediar el siglo XVIII, á los curiosos y apasionados al estudio de nuestra literatura.

Descubre el comentador en «el valeroso *Laurcalco*, señor de la Puente de Plata», al Duque de Lerma; en «el temido *Micocolembo*, gran Duque de Quirocia», á don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar; en «el poderoso Duque de Nervia, *Espartafilardo del Bosque*», al secretario Antonio de Aróstegui; al hermano de este último, Martin de Aróstegui, veedor general de las armadas del Océano, en «*Timonel de Carcajona*, ó *Cascajona*, príncipe de la Nueva-Vizcaya»; á don Pedro Franqueza, Conde de Villalonga, en «el *Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo*», y al Marqués de Alenquer, Conde de Salinas, en «el *Duque Alfeñiquen del Algarbe*», padre de la sin par *Miulina*, enamorada del siempre vencedor y jamas vencido Timonel. De otros personajes y sucesos del *Quijote* declara ó vislumbra los originales; cuya relacion no puede ya tener cabida en el espacio de que disponemos para estas notas.

dividualizando y aplicando la noticia tradicional de las críticas y alusiones encerradas en la obra, y concluyó por transformar al Caballero de la Mancha, vária y caprichosamente, ya en el invicto Emperador Cárlos V, ya en su hijo y sucesor Felipe II, ya en el Duque de Lerma; y por reducir todas las censuras que en el libro percibia ó sospechaba, y que comprenden vicios sociales y políticos de muchos siglos, al período de algunas décadas y al estrecho círculo de las personas que durante ese mismo período tuvieron parte ó influencia en el gobierno del Estado.

No faltaron algunos hombres ilustrados, y áun de reconocida ciencia y erudicion, que acogiendo esas especies, venidas de boca en boca, contribuyesen á difundirlas, y á dar valor y autoridad á la divulgada idea de la existencia en el *Quijote* de alusiones á personajes de la primera esfera. Contribuyeron probablemente, y á mi juicio desde una época algo remota, interpretando con erudicion y curiosidad ciertos lugares del ingenioso libro, cuya oscuridad ó amfibológico sentido le dan muy ámplio á la estudiosa cavilacion. Cumple á nuestro propósito el hacernos cargo de algunos de ellos, y señaladamente de los que hubieron de prestar muy principal fundamento á la suposicion de que CERVÁNTES satirizó en el *Quijote* al Emperador Cárlos V.

La relacion del famoso escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron de la librería quijotesca da fin en el capítulo VII con las palabras siguientes: «Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quijote... Por acudir »á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los »demas libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego, sin ser »vistos ni oidos, *La Carolea* y *Leon de España* con los *Hechos del Empe-* »*rador*, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debian de »estar entre los que quedaban, y quizá, si el Cura los viera, no pasaran »por tan rigurosa sentencia.» Con facilidad, al leer este trozo de discreta y aguda crítica, donde, ya por citar de memoria, ya por distraccion, equivocó CERVÁNTES (segun se cree con mucha probabilidad) el título del poema *Carlo famoso*, de don Luis Zapata, y el apellido de este autor, confundiéndole con don Luis de Avila y Zúñiga, que escribió el *Comentario de la guerra de Alemania, hecha de Cárlos V, Rey de España, en el año de* 1546 *y* 47 (Anvers, 1550); con facilidad, digo, se incurre en la tentacion de sospechar aquí una sátira atrevida de los hechos y hazañas de Cárlos V. Es de notar que así don Luis de Avila como don Luis Zapata fueron actores en las renombradas fiestas caballerescas de Bins, con que la Reina de Hungría obsequió al Emperador Cárlos V y á su hijo el Príncipe don Felipe, que asimismo representó en ellas un principal papel. Entre los nombres que en aquella farsa adoptaron los andantes caballeros, son curiosos, por su analogía con algunos de los que CER-

VÁNTES empleó en el *Quijote*, los de *Caballero Triste*, *del Leon* y *de las Estrellas*. Pero en realidad, si el pasaje del escrutinio encierra calificacion satírica (tal creo yo, siguiendo á Pellicer), recae principalmente sobre los tres poemas: *La Carolea*, de Sempere; el *Carlo famoso*, de Zapata, y *El Leon de España*, de Pedro de la Vecilla Castellanos, acreedores á ella por su corto mérito literario, aunque CERVÁNTES quiso templarla, dejándola un tanto dudosa y equívoca.

Ha debido asimismo dar pábulo á esas fantásticas suposiciones el *epitafio* á la sepultura de *Don Quijote*, con que su autor dió fin y cabo á la obra, prohijando su composicion al bachiller Sanson Carrasco:

Yace aquí el hidalgo fuerte
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.

Este epitafio, dice Clemencin, «no está bastantemente claro si es de véras.»

La aventura de los leones fué la más atrevida y «felicemente acabada» que sucedió á Don Quijote. Hablando el Conde de la Roca, don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, en su *Epítome de Cárlos V* (1622), de las primeras inclinaciones de este monarca, dice: «Tal vez le quitaron la espada desnuda de la mano, que, sin poderla sustentar, aspiraba á esgrimir con las figuras armadas de los tapices, y otras le cogieron con el instrumento que más á mano halló, irritando por entre las verjas de una jaula los leones que habia en ella, con tan posible peligro, que por asegurarle, las cerraron de todo punto.»

Han excitado siempre la estudiosa curiosidad de comentadores y críticos las composiciones que con enigmática pluma escribió CERVÁNTES al frente y al fin de la Primera Parte del *Quijote*. Impugnando á Clemencin, que criticó su forma, dice Puigblanch (*Opúsculos gramático-satíricos*, adicion última): «Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, á dejar CERVÁNTES traslucir, ya que no se explicase claramente (lo cual no podia sin perjudicarse), su verdadero objeto en la composicion del *Quijote*.» Llaman entre ellas principalmente la atencion las siete décimas *Al libro de Don Quijote*, que no sin alusiva significacion á su oculto sentido, van puestas en boca de la misteriosa maga y profetisa del *Amadis de Gaula*, URGANDA LA

DESCONOCIDA (*), y sobre ellas se ha escrito y discurrido con mayor empeño y con afan investigador.

Pellicer indicó, al anotarlas con bien poco acierto, que «las interpretaban los curiosos». Clemencin, negando que en una de ellas se aludiese y motejase al Duque de Lerma, confesó que «ni entendia sus pensamientos, »ni encontraba en ellas otra cosa que oscuridad, confusion y tinieblas». No pretendo yo haberlas interpretado con grande acierto en mis artículos de la *Revista* que voy extractando; pero sí tengo la satisfaccion de haber descubierto que en la cuarta de estas décimas, la que dice :

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-,
Que cuando es todo figu-
Con ruines puntos se envi-.
Si en la direccion te humi-,
No dirá mofante algu- :
¡Qué don Alvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta-,
Qué Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu- !;

copió CERVÁNTES un pensamiento, y casi literalmente cuatro versos, de cierta composicion de otra pluma y de fecha muy anterior. En efecto, fray Domingo de Guzman (que acaso fué el hijo del poeta Garcilaso de la Vega, pues consta que este tal hijo, llamado, cuando seglar, don Francisco Laso de la Vega, se declaró competidor de fray Luis de Leon) compuso una glosa de las quintillas del mismo fray Luis, escritas durante su prision :

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado..., etc.

y que, segun afirman los historiadores de su vida, fueron por el grabadas en las paredes de su calabozo.

(*) Puigblanch, en sus *Opúsculos* citados, adicion última, hablando de la frase *duelos y quebrantos*, dice : «De estos juegos de palabras ocurren varios en el *Quijote*, »y desde luego lo es el nombre *Urganda*, con que entran las poesías que le antece»den, y que alguna vez es *Urgada*, voces la una y la otra picarescas, alteradas de »doña Urraca (lo cual nadie ha advertido, aunque tan fácil de advertirlo cualquiera), »nombre muy de uso en los siglos que se figuran haberlo sido de la caballería an»dante, y cuya etimología y razon del uso, prometo yo dar en el prospecto de mi »obra filológico-filosófica» (intitulada *Observaciones sobre el orígen y genio de la lengua castellana*).

La cuarta copla de la citada glosa dice asi:

¿Qué don Alvaro de Luna,
Qué Anibal cartagines,
Qué Francisco, rey frances,
Se queja de la fortuna,
Que le ha traido á sus piés?
La religiosa pobreza
Con un mesmo rostro mira
La dulzura y aspereza,
Porque ésta es la fortaleza
Del sabio que se retira.

La glosa (que se halla en el códice M-243 de la Biblioteca Nacional, y fué publicada por don Adolfo de Castro, aunque este señor no reparó en lo que yo) debió de escribirse á poco de salir fray Luis de Leon de su encierro; es decir, en todo el año de 1578 (*). La falta de fundamento

(*) El diligente padre maestro fray Antolin Merino, ilustrador de las obras de fray Luis de Leon en la excelente edicion de Madrid, por Ibarra, 1816, puso al principio del tomo VI, que comprende las poesías, una interesantísima noticia de los códices que habia tenido presentes para la coleccion y correccion de ellas. Describiendo uno de éstos, dice: «El séptimo códice es un manuscrito, á que llamaremos de Fuentelsol, por »haber pertenecido á la biblioteca llamada *del Sol*, en Valladolid, y que en estos últi»mos años se trasladó á la del Real palacio de Madrid. Consta de 433 hojas, sin con»tar las 4 primeras..... Pone despues de éstas un blason de la casa de Arteaga, con »orlas de la de Cabrera, y luego comienzan las obras del maestro Leon, con este títu»lo: *Obras del eminentísimo varon fray Luis de Leon, catedrático de propiedad en la »insigne univer idad de Salamanca.* Año de 1583. Este códice, que sin duda es el »más antiguo, está escrito todo en una letra muy clara é inteligible...» Va refiriendo el padre Merino su contenido, y citada la página 46, dice: «Esta concluye con las »siguientes palabras: *Letra del mismo autor respecto de su prision, con una glosa de »fray Domingo de Guzman, de la Orden de Santo Domingo. Salmanticæ, anno* 1581.» (Con esta letra y glosa concluyen allí las obras de fray Luis, que van seguidas de otras de diversos autores.) «A la página 92 se halla una *Letra, compuesta por un »caballero en la oposic.on á una cátedra entre fray Luis de Leon y fray Domingo de »Guzman*, cuya primera quintilla es la siguiente:

»Luis y Mingo pretenden
»Casarse con Ana bella;
»Cada cual pretende habella,
»Mas, segun todos entienden,
»Muérese por Lüis ella.»

Las oposiciones que hizo y ganó fray Luis de Leon se verificaron en 1561 y 1571, segun su biógrafo don Fermin Hernandez Iglesias.

Se ha encontrado últimamente, entre los manuscritos de don Bartolomé José Ga-

con que algunos habian sospechado en dicha décima de CERVÁNTES alusion al Duque de Lerma era siempre evidente; pero mi descubrimiento (*) la hizo resaltar más, y concurren así bien á demostrarla las peregrinas investigaciones del señor Hartzenbusch, á que ántes me referí, publicadas hace pocos dias en el tercer número de la *Revista Española*, con el epígrafe *Cervántes y Lope de Vega en* 1605 (**). Pero no debemos darnos por satisfechos con nuestras indagaciones, que sin duda no han pasado de lo más exterior y superficial. El señor Díaz de Benjumea nos ha declarado terminantemente que «la clave del enigma del *Quijote* está en los versos de *Urganda*», y que «será el primero que la revele». Esperemos, pues, sus segundos *Comentarios filosóficos del Quijote*.

El juicio emitido por nuestro sabio don Gregorio Mayans y Siscar, al escribir, en 1737, la primera biografía de CERVÁNTES (juicio en el cual, despues de considerar la famosa obra bajo el aspecto de una sátira contra los libros caballerescos, sazonada é ilustrada con la reprension moral de

llardo extensa nota relativa á la *Glosa* de fray Domingo de Guzman, y á la referencia que hacen á ésta los versos de *Urganda*. Me precedió, pues, indudablemente aquel erudito en observacion tan curiosa, que reservó, como la mayor parte de sus investigaciones. Traslada en su papeleta bibliográfica la expresada *Glosa* de un códice formado por el licenciado Francisco de Porras de la Cámara (tan célebre ya en la biografía de CERVÁNTES, por su manuscrito, copia de *La Tia fingida*), con el título de *Archivo de poesías*, tercera parte; todo de letra del colector. Comprendia esta parte las *Poesías á lo divino*, empezando por las de fray Luis de Leon; la segunda trataba de la *Poesía humana;* de la primera no tenemos noticia. Acompañaban á las obras de Leon, en este códice, algunas composiciones que, celebrando su libertad, escribieron varios amigos suyos: el padre Uceda, fraile de su órden; otro padre Guzman, y don Alonso Coloma, despues obispo de Cartagena; y á éstas seguia la *Glosa* de que tratamos.

(*) Hablando en el mismo artículo, páginas 69 á la 72, de las décimas del *Donoso, poeta entreverado*, á Sancho Panza y Rocinante, demostré y corregí la visible errata ortográfica del último verso de la segunda; errata canonizada por tantos doctos, y reproducida en todas las ediciones, á excepcion de la pequeña de Pellicer.

(**) Traté en la segunda serie de mis artículos referidos, titulada *Notas á la Vida de Cervántes escrita por don Martin Fernandez de Navarrete*, de las relaciones y guerra literaria entre CERVÁNTES y Lope. Extractaré con la posible brevedad algunas de las noticias que allí escribí extensamente.

En nada obsta ni se opone la connotacion ó indirecto parentesco que se ha sospechado existió entre CERVÁNTES y Lope de Vega Carpio (conjetura fundada en la circunstancia de haber sido la primera mujer de Lope hija de doña Magdalena de Cortinas, natural de Barajas, pueblo inmediato á Alcalá, y por tanto, acaso parienta de doña Leonor de Cortinas, madre de CERVÁNTES) á las desavenencias que pudie-

ciertos vicios y con excelentes máximas doctrinales, impugnó la opinion de los que, «sin más fundamento que antojárseles así,» pensaban que

ron separarlos ó enemistarlos. Navarrete las negó con empeño; Quintana se mostró inclinado á creerlas fundadas y evidentes: las observaciones del señor Hartzenbusch las demuestran de un modo incontestable.

La censura que Cervántes ingirió en la Parte Primera del *Quijote*, de la escuela dramática de Lope, debió de mortificar á este grande ingenio, que alentado por el aplauso público, fundaba un teatro verdaderamente nacional, dando libre vuelo á su lozana y fecunda imaginacion. En efecto, áun se hallaba el *Don Quijote* en manos de los censores, cuando ya Lope, teniendo de él sin duda extensas noticias privadas, desahogó su resentimiento, fundado tal vez asimismo en disputas literarias habidas con Cervántes, escribiendo á cierto amigo, cuyo nombre no consta, con fecha de Toledo, 4 de Agosto de 1604, una carta (que original se conserva en la citada coleccion del señor Conde de Altamira), en la cual se lee este párrafo: «... De poetas no »digo. Muchos en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como »Cervántes, ni tan necio, que alabe á *Don Quijote*.» Y más adelante el que sigue: «A sátira me voy mi paso á paso; cosa para mí más odiosa que mis librillos á »Almendáres y mis comedias á Cervántes...»

Sin embargo de esto (y de lo que acaban de demostrarnos las investigaciones del señor Hartzenbusch), yo juzgo que la desavenencia entre Cervántes y Lope, cuyo principio coincide con la publicacion del *Quijote*, no pasó de una interrupcion en su trato, y que si bien hubo de ser sostenida por algunos, tan ciegos apasionados del insigne dramático como enemigos del inmortal novelista, no llegó á manifestarse con sátiras de la especie de aquella atribuida con empeño por Quintana á Cervántes, y que en verdad no fué sino produccion de la mordaz pluma de Góngora. Creo, por el contrario, que ambos conservaron un grato recuerdo de la amistad antigua, y que olvidado y desvanecido su resentimiento, volvieron á juzgarse con la mutua y respetuosa imparcialidad que se halla testificada por los elogios que Cervántes siguió tributando á Lope en várias de sus obras (Segunda Parte del *Quijote*, Prólogo de las *Comedias*, *Entremes de la Guarda cuidadosa*, *Coloquio de los Perros*, *Viaje del Parnaso*), y por los que Lope escribió de Cervántes en la *Dorotea*, en la *Filomena*, en el *Laurel de Apolo* y en la comedia *El premio del bien hablar*, cuando, muerto ya el elogiado, no podia su panegirista esperar agradecimiento por las alabanzas ni temer quejas por el silencio. Navarrete olvidó, así el de la comedia *El premio del bien hablar*, como el de la *Arcadia* (1598), al cual Cervántes correspondió con aquel afectuoso y bien sentido soneto que va al frente de la *Dragontea*, de Lope, impresa en el mismo año de 1598.

La sola mencion pública de Cervántes hecha por Lope de Vega, que verdaderamente parece un tanto equívoca, y pudiera quizá interpretarse como satírica del *Quijote*, y como una censura de la intencion y del objeto que al componerle se propuso su autor, es la que, omitida asimismo por Navarrete, se encuentra en la comedia *Amar sin saber á quién* (parte XXII de las de Lope, Madrid, 1635), donde (jorna-

Don Quijote era una representacion de Cárlos V ó del Duque de Lerma), no bastó á desvanecer esa idea, ni á desimpresionar los ánimos con ella

da 1) Leonarda riñe á su criada Inés porque ha citado el *Romance de Audalla y Jarifa*, diciéndola:

LEONARDA.

Despues que das en leer,
Inés, en el *Romancero*,
Lo que á aquel pobre escudero,
Te podria suceder.

A lo cual contesta

INÉS.

Don Quijote de la Mancha
(*Perdone Dios á* CERVÁNTES)
Fué de los extravagantes
Que la corónica ensancha.

Ultimamente, acaba de hallar el señor Hartzenbusch en otra de las cartas de Lope comprendidas en la coleccion arriba mencionada, carta dirigida al Duque de Sessa, con fecha de Marzo de 1612, nueva y en extremo curiosa referencia á CERVÁNTES. Confírmase por ella que las relaciones entre ambos ilustres ingenios eran de nuevo amistosas en aquella época. El pasaje á que aludimos se encuentra al final de la carta, que es el siguiente:

«Las academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados: »yo leí unos versos con unos antojos de CERVÁNTES, que parecian huevos estrellados »mal hechos. Ya sabrá V. E. el fin del condado de Alba: llevóle don Enrique. No »se excusan parabienes. Envíele V. E. unas narices. Dios guarde á V. E. Doña Juana »y Cárlos besan á V. E. las manos. De Madrid y Marzo 2 de 1612.—*Lope de Vega* »*y Carpio.*»

Refiérese Lope á la *Academia Selvaje*, que fundó en su casa don Francisco de Silva, hermano del Duque de Pastrana. De ella nos dejó noticia el licenciado Pedro Soto de Rojas, en su *Desengaño de amor* (Madrid, 1623). Dice: «En el año 1612, »en Madrid se abrió la *Academia Selvaje*, así llamada porque se hizo en casas de don »Francisco de Silva, aquel lucido ingenio, aquel ánimo generoso, calidad de la casa de »Pastrana..... Asistieron en esta academia los mayores ingenios de España, que al pre»sente estaban en Madrid, y entre ellos..... Lope de Vega Carpio. Tuve por nombre »*el Ardiente*.....» En carta escrita al mismo Duque de Sessa, un mes despues, vuelve Lope á darle noticias de esta reunion literaria. «Sólo me cuentan (dice) de las aca»demias, donde acuden todos los señores y muchos poetas. Un mes puede haber que »esto..... escribí á V. E.; despues acá me refieren crece aquel ejercicio..... Esta última »se mordieron poéticamente un licenciado Soto, granadino, y el famoso Luis Ve»lez; llegó la historia hasta rodelas y aguardar á la puerta; hubo príncipes de una »parte y de otra, pero nunca Marte miró tan opuesto á las señoras Musas.»

El licenciado Soto era el referido Soto de Rojas, despues celebrado, y alguna vez criticado por Lope («La Vega es llana, é intrincado el Soto»).

preocupados. Y mal podia bastar, cuando el propio Mayans concurria indirectamente á fomentarla, escribiendo al lado de tal impugnacion, guiada su pluma por las noticias tradicionales y por las suspicaces observaciones que él mismo hacia, estas frases, notablemente reticentes: «Seria menester hacer un libro muy crecido si en todo se hubiera de manifestar *el alma verdadera* de esta fingida historia, y más si hubiésemos de hablar *de algunas personas que se creen caracterizadas en las de esta misteriosa historia*. Pero, pues CERVÁNTES anduvo tan *cauto*, que encubrió sus ideas con el velo de la ficcion, dejemos estas *interpretaciones* á la curiosa observacion de los lectores...»

Envuelto en esta nebulosa aureola se presentaba el libro de CERVÁNTES, al tiempo que, lisonjeado el orgullo nacional con los honores tributados al ilustre autor y á la obra en un país extranjero (*), comenzaban

(*) Aludimos á la magnífica edicion del *Quijote*, hecha en Lóndres, año de 1738, á expensas del Baron de Carteret, para obsequiar á la Reina de Inglaterra, esposa de Jorge II. Al frente de esta edicion, que va dedicada á la Condesa de Montijo, escribió Mayans la *Vida de Cervántes* de que hemos hablado.

Al propósito de la estimacion con que fué recibido del público el *Quijote*, dentro y fuera de España, y de las opiniones que sobre él se han formado, insertamos aquí un fragmento de cierto «*Romance satírico*, anónimo, contra Nasarre y CERVÁNTES, con ocasion de las comedias de éste y el prólogo de aquel» (á la edicion que de ellas hizo en 1749); composicion de que he disfrutado copia, sacada por Gallardo de un tomo de *Varios papeles*, manuscrito en 4.°, que fué de la biblioteca del Conde de Campomanes:

El fuerte fué de CERVÁNTES
Aquel andante designio,
En que dió golpes tan fuertes,
Que á todos nos dejó heridos;
Y su veneno, entre flores
Ingeniosas escondido,
Fueron fragancia y belleza
Disfraces de lo nocivo.
Aplaudió España la obra,
No advirtiendo, inadvertidos,
Que era del honor de España,
Su autor, verdugo y cuchillo,
Contando allí vilipendios,
De la nacion repetidos,
De ridículo marcando
De España el valor temido.
Como si fuera un laurel
Para el español dominio,
Se idolatró la coroza
Y se adoró el sambenito.
Viendo á la sincera España,
Los extranjeros ministros,

á ser objeto de las investigaciones de nuestros eruditos los sucesos personales de tan esclarecido ingenio, singularmente olvidados y oscurecidos. Esta fué la época de la extraña invencion del *Buscapié;* invencion posterior al año de 1750, en que don Gregorio Mayans dió á luz en España la *Vida de Cervántes.*

No reproduciremos aquí íntegra la historia de los datos más ó ménos gratuitos que acerca del tal *Buscapie* nos dejaron Rios, Ruidíaz y Pellicer, ya porque los creemos demasiado conocidos, ya por consideracion á la brevedad. Conviene, sin embargo, recordar uno que otro parrafillo de la célebre carta de don Antonio Ruidíaz á don Vicente de los Rios, fechada en Madrid, á 16 de Diciembre de 1775. Hélos aquí:

«Díceme usted que le comunique la noticia más individual que ser pueda

Tan contenta en el cadalso,
Tan gustosa en el suplicio;
  El volúmen remitiendo
A los reinos convecinos,
Hicieron de España burla
Sus amigos y enemigos.
  Y ésta es la causa por que
Fueron tan bien recibidos
Estos libros en la Europa,
Reimpresos y traducidos.
  Y en láminas dibujados,
Y en los tapices tejidos,
En estatuas abultados
Y en las piedras esculpidos,
  Nos los vuelven á la cara,
Como diciendo: «¡Bobillos!
»Miraos en ese espejo;
»Eso sois y eso habeis sido.»

El autor de este romanzon fué, á no dudarlo, el mismo que bajo el nombre (no sabemos si verdadero ó supuesto) de don José Carrillo, publicó «*La sinrazon impugnada, y Beata de Lavapiés;* coloquio crítico, apuntado al disparado prólogo que sirve de delantal (segun nos dice su autor) á las *Comedias de Miguel de Cervántes.* Compuesto por don José Carrillo..... En Madrid, año de 1750.» (4.°) En este coloquio da su autor á Nasarre el mismo nombre anagramático de *Arenas*, y escribe, á la página 13, este párrafo: «Lo cierto es que aquella ficcion (el *Quijote*) trajo »á España muchos bienes. El primero fué el hacer ridícula la nacion para con las de»mas; por cuya causa se han hecho de ella tantas traducciones, pasando por aplauso »universal de la obra el conocido deseo de divulgar por el mundo aquel vituperio »nuestro; el segundo fué el hacer que por huir de la nota de la extravagancia, aban»done el pundonor, cuyas ajustadas leyes la mantuvieron venerada muchos siglos; y »el tercero..... fué el hacer que el señor licenciado Arenas (tan enemigo de su patria »como lo fué Cervántes) tenga autor tan recibido para corroborarnos sus doc»trinas.»

»del rarísimo *Buscapie*, obra anónima de MIGUEL DE CERVÁNTES..... »El *Buscapié*, que vi en casa del difunto Conde de Saceda, habrá como »unos diez y seis años, y leí en el corto espacio de tiempo que me le con»fió aquel erudito caballero, porque se le prestó para el mismo fin, con »igual precision, ignoro quién, era un tomito anónimo en 12.°, impreso »en esta córte con solo aquel título (no tengo presente el año ni en qué »oficina); su grueso como de unos seis pliegos de impresion, buena letra »y mal papel...» Seguidamente refiere de memoria el asunto del librejo, escrito por un lector del *Quijote*, que anduvo, «como los más, perezoso »para comprarle, porque no tenia al autor por ingenio capaz de inventar »cosa de grande importancia;» mas que luego halló ser una de las obras escritas con mayor ingenio, y una sátira de la aficion á los libros caballerescos, y que «los personajes en ella figurados no eran tan imaginarios, que no »representasen el carácter y algunas de las acciones que se aplaudian en un »campeon famoso y en otros paladines sus imitadores, como tambien las de »otras personas que tenian á su cargo el gobierno político y económico de »España». Añade Ruidíaz que el incógnito declarador continuaba poniendo en parangon los sucesos verdaderos con la fábula del *Quijote*, y que se traslucia ser referentes sus comparaciones «á várias empresas y galanterías de Cárlos V», y que, por último, concluia diciendo que «para satisfacer »en parte al autor el agravio que le hizo en su primer juicio, contribuir »al desengaño de los preocupados, y que pudiesen hallar el tesoro que se »ocultaba debajo de aquel supuesto, se propuso echar un *Buscapié*, que »pusiese en movimiento á los embobados, que eran todos ó los más de los »españoles...», etc., etc.

Ahora bien; con esos datos á la vista, calculemos los distintos aspectos bajo los cuales puede ser considerada tan absurda patraña, engendrada y criada al abrigo de las tradiciones desfiguradas, acerca del objeto y las alusiones del *Quijote*, y nutrida con las dudas que suscitaban algunos pasajes oscuros del mismo.

Procediendo lógicamente, dos extremos ofrece en primer término esta investigacion. ¿Dimanó en verdad la noticia del *Buscapié* de un hecho material, ó fué tan sólo un rumor inventado y mentidamente afirmado por una ó más personas? Imposible es en el dia ya decidir de un modo absoluto entre una de estas dos cuestiones. La probabilidad, sin embargo, nos inclina á dar crédito á la carta de Ruidíaz, desechando, ante la idea del honrado carácter de este sugeto y de lo incomprensible de una tan audaz mentira, las dudas que sus términos ofrecen á la suspicacia del crítico, y admitiendo, en consecuencia, el supuesto de que positivamente vió, y con singular premura leyó, dicho señor un librillo, impreso sin nombre ni indicacion de autor, intitulado *El Buscapié*. Algun otro moderno testimo-

nio, de muy respetable orígen, concurre á presentarnos como digna de crédito la aseveracion de Ruidíaz (*).

Partiendo, pues, de esta creencia, cuatro diversos fines pueden conjeturarse en la impresion furtiva de un papel apócrifo de tan singular especie. Primero, el intento de dar apoyo, en descrédito de CERVÁNTES, á la opinion de los que creian ver en el *Quijote* una sátira personal de Cárlos V, Felipe II ó el Duque de Lerma. Segundo, el de desmentir el juicio crítico de Mayans, que habia rebatido semejante opinion con franqueza y lisura, que pudieron agraviar á tales visionarios. Tercero, el de estafar á los curiosos, ó en particular á alguno de éstos, más crédulo ó ménos advertido.

(*) El señor don Joaquin María de Ferrer, al fin de su segunda edicion en miniatura del *Quijote* (París, 1832), publicó la siguiente noticia acerca del *Buscapié:* «Hablando (dice) un dia con nuestro amigo don Agustin García de Arrieta... sobre la »verdadera ó supuesta existencia del *Buscapié*, ofreció darnos un nuevo dato, corro»borando el citado (la carta de Ruidíaz), y el mismo dia nos pasó un papel que »dice así: Mi estimado amigo: Hablando en mi *Historia analítico-crítica de la Vida »y escritos de Miguel de Cervántes*, para servir de introduccion á la coleccion ilus»trada y completa de todas sus obras, acerca de algunas inéditas, y entre ellas, del *Bus»capié*, que realmente ha existido y desaparecido por desgracia..... digo lo siguiente: »Yo, por mi parte, puedo añadir en su apoyo la noticia que me dió, en el año de 1807, »la difunta Condesa viuda de Fernan Nuñez, de haber tenido en sus manos el ejem»plar de aquel, que el señor Conde, su esposo, adquirió siendo embajador por la Córte »de España en la de Portugal; pero que á su vuelta á Madrid, al concluir su emba»jada en Francia, le trajo entre sus muchos y preciosos libros y manuscritos, que yo »examiné despues, pero que no hallé entre ellos, con cuyo motivo me indicó dicha »señora que sospechaba hubiese sido sustraido en el registro que á poco tiempo des»pues de haber muerto el señor Conde, y á la llegada de sus libros de París, se hizo »de todos ellos, quemándose en el patio de su casa muchas y muy escogidas obras, »lujosamente impresas y encuadernadas, de órden y por medio de dos comisarios de »la Inquisicion de Córte..... Es cuanto puedo decir sobre el particular; quedando de »usted, etc.—*Agustin García de Arrieta.*—París, 20 de Diciembre de 1831.—Señor »don Joaquin María de Ferrer.»

En el año de 1843, un periódico de Galicia, titulado *El Vigilante*, publicó, y reimprimieron los de Madrid, un artículo, en que don Vicente Manuel Cociña, al denunciar el abuso de confianza cometido por cierta persona, que sin su permiso habia sacado á luz várias poesías del Conde de Villamediana, tomándolas de un códice que dicho señor tenia prestado á un amigo, manifestó que pensaba publicarlas, con otras diversas inéditas que poseia, «y con unas cuantas docenas de hojas de un libro de »la famosa biblioteca de Sobrado, que compró á un tambor, y estaba en la creencia »de que formaban parte del *Buscapié* del inmortal CERVÁNTES; cuya existencia era tan »dudosa como *El Romancero portugues*». No indicó más el señor Cociña, ni llevó á efecto la publicacion del anunciado fragmento.

Cuarto, el de ejercitar la pluma y el discurso, y satisfacer un capricho, hijo de la ociosidad y de la aficion á las letras, explanando con mayor ó menor habilidad la opinion favorable á las supuestas sátiras, y dando al forjado librito, sin escrúpulo de conciencia, el carácter y disfraz de contemporáneo de CERVÁNTES.

Las dos primeras hipótesis son tan posibles, como difíciles de probar. Del tercer caso encontramos repetidos ejemplos en la falsificacion de ciertas obras; pero ¿cómo es creible que en el de haberse impreso más de un ejemplar del fingido *Buscapié*, hubiesen desaparecido todos ellos en breve espacio de tiempo, ocultándose á la curiosidad de todos los principales eruditos que por entónces florecian? ¿Es dable que el falsificador se contentase con engañar á una sola persona, imprimiendo un solo, triste y perecedero ejemplar? Es, pues, á mi juicio, el último supuesto el que abraza mayor número de probabilidades, teniendo á su favor indicios muy vehementes, que merecen ser inquiridos con detencion.

Impugnando Pellicer á Rios sobre el punto de que tratamos, estampó lo siguiente: «Así que, el autor del folleto intitulado *Buscapié* y leido por »el señor Ruidíaz con tanta premura y con tantas angustias de tiempo, »seria seguramente otro escritor que, fingiéndose motivos que no habia »y necesidades excusadas, se entretuvo en componerle, tan importuna »como superfluamente, para hallar y descubrir en la historia de *Don Qui-*»*jote* alusiones personales é indecorosamente maliciosas, que no contiene.» En la apariencia, se refiere aquí Pellicer á un escritor del tiempo, ó por lo ménos del siglo de CERVÁNTES; mas en aquella época está probado que no se escribió (si alguna vez hasta la presente se ha escrito en efecto) el *Buscapié*. ¿No es muy posible que el erudito biógrafo tuviese la intencion de referirse en estas frases al siglo mismo en que él vivia? Ruidíaz asegura que el Conde de Saceda en su propia casa le dió á leer el *Buscapié*, apurándole para su breve lectura con el misterioso apuro que á él le daba el incógnito dueño del libro. La reserva del Conde acerca del tal sugeto es muy sospechosa y muy impropia de quien, como él, se preciaba de literato y de curioso bibliófilo. El *Buscapié* no era ciertamente papel subversivo ni crítico del gobierno de aquella época.

El Conde de Saceda, segundo Marqués de Belzunce, don Francisco Miguel de Goyeneche y Balanza, que nació en Madrid, año de 1705, caballero no ménos instruido y aficionado á las bellas letras que su hermano mayor, de quien heredó el marquesado en 1748 (el título de conde le obtuvo cinco años ántes por merced del Rey don Felipe V), adornado de grandes conocimientos en las artes liberales, á que debió su encargo de consiliario de la Real Academia de San Fernando, fue, á pesar de sus relevantes cualidades, editor nada concienzudo ni escrupuloso. Quiso con-

tribuir á despertar el buen gusto, reimprimiendo y publicando algunas obras del siglo de oro de nuestra literatura; pero ¿de qué manera? En 1746 hizo, á sus expensas, una edicion nueva de las *Fiestas de Denia á Filipo III*, libro de los más raros de Lope de Vega, estampando en ella, en lugar de su correspondiente y legítimo pié de imprenta, el de la primera edicion: Valencia, 1599. Publicó, bajo el título de *Poesías várias* del mismo Lope, una coleccion que sólo contiene ocho composiciones de este ingenio, siendo las restantes de Francisco Lopez de Zárate, ya impresas entre sus obras, y una de ellas celebrada por Lope en elogio de su autor. Las ediciones contrahechas del *Isidro*, poema de Lope, con la fecha de 1599; de las *Rimas* del mismo, con la de Lisboa, 1605; de sus *Rimas sacras*, con la de Lisboa, año 1658; de los *Soliloquios divinos*, tambien supuesta de Lisboa, 1644, y del *Triunfo de la fe en el Japon*, Madrid, 1618, se atribuyen asimismo al singular capricho bibliománico del señor Conde. Con estos antecedentes, y dando fe á la asercion de Ruidíaz (relativa al año de 1759; el Conde murió en 1762), ¿se tendrá por temeraria la sospecha de que nuestro buen académico de San Fernando, creyendo firmemente en las supuestas alusiones del *Quijote* á Cárlos V, Lerma, etc., tuviese la debilidad de intentar demostrarlas y acreditarlas á su modo, imprimiendo sigilosamente algunas pruebas de este trabajo, sobre el cual explorase con receloso cuidado el parecer de tal ó cual amigo, renunciando, por último, arrepentido ó poco satisfecho de su obra, á darla mayor publicidad? De otro pudiera ciertamente pensarse lo que del de Saceda mueven á sospechar sus extravagancias literarias; mas en tal caso, ¿hubiera resistido este bibliófilo al deseo de conservar una copia, algun extracto ó nota de papel tan peregrino?... Ni una letra relativa á este punto se ha encontrado entre sus libros y papeles literarios, registrados por don José Mor de Fuentes, don Vicente Salvá y algunos otros (*).

(*) Hé aquí lo que refiere Mor de Fuentes, en su *Elogio de Cervántes* (Barcelona, 1835), en órden á estas investigaciones.

«El mencionado Ruidíaz cita el ejemplar (del *Buscapié*) como perteneciente á »la librería de los condes de Saceda. Precisamente el Conde actual es uno de mis más »íntimos amigos, y he habitado meses el palacio suntuoso de su remedo de Aran»juez: el *Nuevo-Baztan*. Con este motivo, y teniéndolo todo absolutamente á mi »disposicion, registré y revolví muy de intento la librería, y ni en aquella, ni en »la de Madrid, ni en sus respectivos índices, antiguos ni modernos, asoma el más »leve rastro de existir ó haber existido allí en ningun tiempo el presupuesto *Bus»capié;* no siendo de imaginar tampoco que algun usurpador, á fin de apropiarse á su »salvo esta alhaja, tuviese lugar y proporcion para formar nuevos índices, omitiendo »este artículo, pues no hay enmiendas ni borrones en los existentes.»

En el extremo de suponer completamente falsa la relacion de don Antonio Ruidíaz, no cabe atribuir sino á este sugeto invencion de tan mal género, ni se comprende que en ella pudiese llevar otro objeto que el ridículo empeño de propalar y acreditar esas equivocadas opiniones y conjeturas.

Como quiera que sea, el mismo nombre que el inventor ideó para el decantado folleto, descubre claramente la hilaza. Segun Ruidíaz, el anónimo autor decia que se habia propuesto «echar un *buscapié* que pusiese en movimiento á los embobados». En el tiempo de la figurada composicion del *Buscapié* no se usaba de tal término en esa forma; conocíase únicamente el pluralizado *buscapiés*. Llevaba este nombre el cohete rastrero, sin varilla, que en las fiestas de pólvora se soltaba, dirigiéndole hácia la concurrencia, á la cual ponia en desordenado movimiento, corriendo y serpenteando entre los piés. *Buscapiés*, porque á los dos ó doscientos se dirigia el cohete, al modo que se decia tambien *besapiés*, como *besamanos* («Encájele un besapiés», escribe CERVÁNTES), y que se dice todavía *guardapiés*. En el primitivo *Diccionario de la Academia* (1726), á continuacion del artículo *Buscapiés*, cohete, leemos el siguiente: «*Buscapiés:* »se llama el asunto ó palabras que se dicen ó se fingen para meter á algu- »nos en desconfianza, ó darles cuidado y en qué entender.» Véase, pues, aquí la terminacion todavía pluralizada, áun bajo ese metafórico significado. La variacion de *buscapié* por *buscapiés*, introducida posteriormente por la Academia para la segunda acepcion, no puede atribuirse sino al nuevo uso que de esa desfigurada palabra introdujo el embolismo de que nos ocupamos. No de otro modo los modernos redactores de cierto novísimo *Diccionario castellano*, fieles ortodoxos sin duda del antiguo y moderno *Buscapié*, creyéndose intérpretes del uso, han estampado á renglon seguido de las definiciones académicas, esta flamante del bellaco terminillo: «*Buscapié:* CLAVE DESCIFRATORIA *del sentido de alguna obra.*» ¡Así se ofusca la verdad y se corrompen el lenguaje, las ideas y todo!

[11] Titúlase: *Relacion* | *de lo svcedi* | *do en la civdad* | *de Valladolid, desde* | *el punto del felicissimo nacimiento del* | *Principe Don Felipe Dominico Victor* | *nuestro Señor: hasta que se acabaron las* | *demostraciones de alegria que* | *por el se hizieron.* | *Al Conde de Miranda.* | *Año* (escudo Real de España) 1605. | *Con licencia*, | *En Valladolid, Por Juan Godinez de Millis, Vendese en casa de Antonio Coello en la Librería.*—Es un tomo en 4.°, de cuarenta y seis hojas de texto, foliacion sencilla, sign. A-M, con cuatro más de portada, preliminares y tabla. La vuelta de la portada en blanco. En la hoja siguiente va la dedicatoria de Coello (*Cuello*, dice) al Conde de Miranda, fechada en Valladolid, á 9 de Octubre de 1605. Síguense el tes-

timonio de la licencia del Consejo para la impresion y venta del libro, dado, en 8 de Octubre, por el escribano de cámara Cristóbal Nuñez de Leon, á pedimento de Coello, á cuyo favor se expidió la licencia; la certificacion de tasa, firmada por el mismo escribano, en 19 de Octubre; y la fe de erratas por el doctor Alonso Vaca de Santiago, en 10 del propio mes. Luego la tabla y el texto.

Insertó un extracto de esta *Relacion* Yañez Fajardo, en su *Historia de Felipe III*, sin hablar de la obra ni de su autor. Don Juan Antonio Pellicer, al escribir para su edicion anotada del *Quijote*, impresa en 1797, la *Vida de Cervántes*, conjeturó, fundado en el soneto de Góngora, que incluyó, sacado del códice M-14 de la Biblioteca Real, y en el lenguaje y estilo de la *Relacion*, que debia de ser obra del autor del *Quijote*, y una de aquellas suyas que, segun él mismo dijo en el prólogo de las *Novelas*, andaban por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño. El soneto de Góngora dice así:

Parió la Reina; el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías;
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas, que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico:
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento.

El *Quijote* se habia publicado á principios del año, y la alusion de Góngora á su autor, como á encargado de escribir la descripcion de las fiestas, no puede ser más clara y terminante. Ahora tratemos de la posterior comprobacion.

Don Bartolomé José Gallardo tuvo á la vista, y describió en la correspondiente papeleta bibliográfica, un códice, formado y escrito en Sevilla, hácia el año de 1694, por el erudito canónigo Loaisa, que comprendia exacta copia de cuatro papeles compuestos con motivo de las fiestas Reales celebradas en Sevilla, el 2 de Octubre de 1620. Estos cuatro papeles tenian los títulos siguientes:

Relacion de las fiestas Reales de toros y cañas, en Sevilla, en 2 de Octubre de 1620, *por don Francisco Morbelli* (Morovelli), *de Puebla, caballero sevillano.*

Relacion segunda de las cañas y toros que los caballeros de Sevilla hicieron, en 2 de Octubre de 1620, *por la junta de sus Altezas los Príncipes herederos de España.*

Apuntamientos á la Segunda relacion de las fiestas que se hicieron en Sevilla, en 2 de Octubre de 1620.

Respuesta á los Apuntamientos que salieron contra la Segunda relacion de las fiestas en Sevilla, en 2 de Octubre de 1620.

La *Relacion segunda* y la *Respuesta á los Apuntamientos* que salieron contra ella, son de un mismo autor, anónimo y desconocido hasta el dia; los *Apuntamientos*, del propio Morovelli, que escribió la primera. El comprobante á que nos referimos se halla en la expresada *Respuesta*, que consta de catorce hojas (en 4.°), y empieza: «A los *Apuntamientos* que »salieron contra la *Relacion* de las fiestas, que me obligó á escribir quien »pudo, responderé en este papel, si no con el estilo y modestia que debo á »mis obligaciones, con el que merece el atrevimiento y descortesía del »apuntador.» Defendiéndose el anónimo autor contra la tacha que le pone su adversario de que celebraba los gastos, como si en eso estuviese el primor de las fiestas, le contesta, alegando pasajes de autores clásicos, de la suntuosidad de las fiestas antiguas, y añade: «Mire la memoria que la an»tigüedad hace de los gastos. Y de otros infinitos se pudiera traer ejem»plos; y de nuestros tiempos, lea á MIGUEL DE SERVÁNTES, en la *Rela»cion* de las fiestas que en Valladolid se hicieron al nacimiento de nuestro »Príncipe, á cuya dichosa junta conyugal se hicieron las que yo escribí, »que tú apuntaste; verás se hace mencion de los gastos suntuosos que en »ellas se hicieron.» De este opúsculo de CERVÁNTES sólo existen en Madrid tres ejemplares conocidos; reimprímese aquí por el perteneciente al autor de estas *Investigaciones*.

12 Ocupaba CERVÁNTES el cuarto principal de la izquierda, encima de la taberna, con su esposa doña Catalina, su hija natural doña Isabel de Saavedra, soltera; su hermana doña Andrea, y la hija de ésta, doña Constanza de Ovando, soltera, de veinte y ocho años; la criada, María Cevallos, de diez y ocho años; y otra señora, llamada doña Magdalena de Sotomayor, de más de cuarenta años de edad, que hacia profesion de beata y se decia hermana del mismo CERVÁNTES, quien por medio de ella, en 20 de Setiembre de 1595, habia entregado en Tesorería general una cantidad á cuenta de sus recaudaciones de las rentas del reino de Granada. Declaróse esta señora repetidamente hermana de CERVÁNTES, y podia llamarse tal á título de cuñada, de esposa, ya quizá viuda, del alférez Rodrigo, de quien se sabe que vivia y militaba en Flándes por los años de 1590. Y ¿no pudo ser en efecto hermana de ambos, hija natural de un mismo padre? El biógrafo que ha dicho meramente de esta

doña Magdalena que era *hermana beata*, no ha debido de leer las principales biografías de CERVÁNTES.

13 Encontróse este proceso original en el archivo de la Sala de alcaldes de Casa y Córte, y en 1819 existia, segun Navarrete, en el de la Real Academia Española. De él da tambien noticia el Inventario general del referido archivo de la Sala, que registró, sacando curiosas apuntaciones de su contenido, el académico don José María de Zuaznavar y Francia, insertándolas en su opúsculo titulado *Noticias para literatos*, impreso en San Sebastian, 1834. Con referencia á dicho Inventario, dice en la página 4 lo siguiente: «Todos saben cuán célebre es entre nuestros »poetas Lope de Vega Carpio; pero son tambien muchos los que ignoran »que en 1588 se formó causa á este escritor de comedias «por haber tra»bajado ciertas sátiras contra varios cómicos», y que el año de 1596 se le »formó otra «por amancebamiento con doña Antonia Trillo.» Teniendo á la vista dicho opúsculo del señor Zuaznavar, inserté esos datos en la biografía de Lope, que escribí en mi *Catálogo del Teatro antiguo español.*

14 Tal vez por esta época habitaba ya CERVÁNTES en la casa de la calle de la Magdalena, á espaldas de la Duquesa de Pastrana, donde consta que vivia en 8 de Enero de 1609. Mudóse poco despues á otra, situada detras del colegio de Loreto, y en 9 de Octubre vivia de nuevo en la calle de la Magdalena, frontero de Francisco Daza, maestro de hacer coches. En 27 de Junio de 1610 ocupaba, calle del Leon, frente de Castillo, panadero de córte, una casa que, segun Pellicer, pudo ser la número 9 de la manzana 226. El sobrescrito del anónimo que le dirigieron, con un mal soneto satírico del *Quijote* (segun refiere en su *Adjunta al Parnaso*), iba dirigido á la «calle de las Huertas, frontero de las casas donde »solia vivir el Príncipe de Marruecos». Que vivió en la calle del Duque de Alba, cerca de la del Estudio de San Isidro, se sabe por el proceso de desahucio que existia en la escribanía de don Juan Antonio Zamácola. Y por último, habitó y murió en la calle del Leon, esquina á la de Francos (hoy de Cervántes), que pertenecia entónces al clérigo don Francisco Martinez Marcilla.

15 El ingeniosísimo y fecundo poeta sevillano Luis de Belmonte Bermudez concluia, por los años de 1618 próximamente, su coleccion de doce novelas, que daba principio con una continuacion de la última de CERVÁNTES, del *Coloquio entre Cipion y Berganza, perros del hospital de la Resurreccion de Valladolid..... á quien comunmente llaman los perros de Mahudes.* Hállase esta noticia en el interesante prólogo que el licenciado

Juan Bermudez y Alfaro escribió al frente del poema *La Hispálica*, de Luis Belmonte Bermudez, á don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla; cuyo manuscrito original, firmado por el autor, se conserva inédito en la biblioteca Colombina. Hablando el prologuista biógrafo de las obras de Belmonte, y despues de citar su poema *La Aurora de Cristo*, que habia salido á luz en Sevilla, 1616, concluye así: «*El Cisne del Jordan* »trabaja con felice cuidado y estudio; si no me engaña la aficion de sus »versos, será trabajo lucido; si bien el de las *Novelas*, á que ha puesto »la postrera mano, será (sin ofender con ajena comparacion) uno de los »que más bien reciba España, por el donaire, invencion y agudeza con »que escribe la prosa. Movióle á escrebirle ver la última novela de CER»VÁNTES, ingenio digno de ser reconocido por excelente, sin la conclu»sion que pide la curiosidad de los lectores; porque habiendo (CERVÁN»TES) escrito la vida de Berganza, uno de los perros del hospital de »Valladolid, deja en silencio la de Cipion, no sé si diga que porque le fal»taron amos verisímiles á quien pudiera servir un perro, por haber gas»tado con el otro cuantos pudo haber á las manos. Al fin, Luis de Bel»monte, comenzando por ella, prosigue hasta doce novelas, tan agradables, »que por ellas solas mereciera nombre cualquier buen ingenio.»

Las novelas de Belmonte quedaron inéditas, y se han perdido, como várias otras de sus producciones, ó por lo ménos existen oscurecidas.

16 Debo advertir que cuando escribí el artículo relativo á CERVÁNTES en mi *Catálogo del Teatro antiguo español*, y al publicar esta obra, áun no habia visto las dos primeras ediciones del *Viaje del Parnaso*.

Poco despues de escrito lo que antecede, he tenido ocasion de examinar el ejemplar de la primera edicion, perteneciente á la biblioteca de la Real Academia Española. En su vista, encuentro ya algo ménos extraño el silencio guardado por los biógrafos y eruditos acerca del peregrino soneto, puesto que en ese ejemplar se halla suprimido; infiriéndose que lo estará asimismo en otros varios. Del minucioso cotejo entre ambos, el mio y el de la Academia, resulta que este último presenta rehecha la hoja en que se estampó el soneto, y por consecuencia la portada, que es su gemela. Quedó en él exactamente la portada como la de mi ejemplar, y en el haz ó frente de la hoja susodicha (que es la octava de los preliminares) quedó tambien intacto el epigrama latino de don Agustin de Casanate Rojas, y no ménos el reclamo de la siguiente página, que es la palabra *El*, primera del epígrafe del soneto (*El autor á su pluma*). Vuelta la hoja, encuéntrase su dorso ocupado solamente por un adorno cuadrangular, formado por várias orlas tipográficas de las que suelen llamarse viñetas. Nos indica esto que CERVÁNTES, ó bien hizo tirar desde luego

ejemplares con el soneto y sin el; ó bien, variando de pensamiento en el tiempo que duró la impresion, mandó que se suprimiera en todos, aunque no logrando impedir que se conservasen y divulgasen algunos de los primitivos. Por uno de éstos hubo de hacerse la edicion de Milan, que ofreciéndonos esa composicion, mantiene en gran parte la extrañeza con que hemos notado su ocultacion ó desconocimiento.

17 El señor A. Germond de Lavigne, en las curiosas ilustraciones que preceden á su nueva traduccion francesa del *Quijote* de Avellaneda (la version antigua es de Le Sage, impresa en París, 1704; Amsterdam, 1705, etc.), cita una segunda edicion de esta novela, hecha en Madrid, año de 1615, en 4.°, de la cual se habla (dice) en el *Diccionario bibliográfico universal*, aleman, de Ebert. Es probable que el ejemplar referido por Ebert fuese, con portada apócrifa, alguno de la edicion publicada por el bibliotecario don Blas A. Nasarre, en Madrid, 1732. Ofrece ésta de Nasarre algunas particularidades, dignas de mencion: tales son la de haberse el editor ocultado bajo el nombre de don Isidro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo; la de ir aprobada por don Agustin de Montiano y Luyando, con singular elogio de la obra; y por último, las de llevar un discurso crítico del editor y otra aprobacion, que escrita por el mismo Nasarre, segun afirma Navarrete, aparece suscrita por el licenciado don Francisco Domingo, presbítero beneficiado de la iglesia parroquial de *Aliaga*.

18 «Ahora (dice) se agoste, ó no, el jardin de mi corto ingenio, que »los frutos que él ofreciere, en cualquiera sazon que sea, han de ser de »vuestra Excelencia, á quien ofrezco el de estas comedias y entremeses, »no tan desabridos, á mi parecer, que no puedan dar algun gusto; y si »alguna cosa llevan razonable, es, que no van manoseados ni han salido »al teatro, merced á los farsantes, que de puro discretos, no se ocupan »sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se enga»ñan. *Don Quijote de la Mancha* queda calzadas las espuelas, en su Se»gunda Parte, para ir á besar los piés á vuestra Excelencia. Creo que »llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, »aunque, por sí ó por no, lleva informacion hecha de que no es él el con»tenido en aquella historia, sino otro supuesto, que quiso ser él, y no »acertó á serlo. Luego irá el gran *Persiles*, y luego las *Semanas del jar»din*, y luego la Segunda Parte de la *Galatea*, si tanta carga pueden llevar »mis ancianos hombros; y luego y siempre irán las muestras del deseo »que tengo de servir á vuestra Excelencia como á mi verdadero señor y »firme y verdadero amparo, cuya persona, etc.—Criado de vuestra Exce»lencia, MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.»

Muy de sentir es que nuestro insigne autor se limitase á publicar sus obras de teatro más modernas y no representadas, dejando en el olvido las *veinte ó treinta*, que segun refiere en el prólogo, habia compuesto desde los primeros años de su juventud hasta la época en que tuvo ocupaciones más graves, es decir, hasta el año de 1590 próximamente. De éstas mencionó *diez* por sus títulos en la *Adjunta al Parnaso*, á saber : *Los tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La Batalla naval*, *La Jerusalen*, *La Amaranta ó la del Mayo*, *El Bosque amoroso*, *La Unica*, *La bizarra Arsinda* y *La Confusa*. De esta última dice *que, con paz de cuantas comedias de capa y espada hasta entónces se habian representado, bien podia tener lugar señalado por buena entre las mejores;* habiendo ántes expresado, en el capítulo IV del *Viaje*, que

Pareció en los teatros admirable.

Sólo dos de estas piezas nombradas por CERVÁNTES han sido halladas hasta la presente fecha : *Los tratos ó El trato de Argel* y *La Numancia*. Las publicó don Antonio de Sancha, al fin de su edicion del *Viaje del Parnaso* (Madrid, 1784), sin dar noticia alguna de los manuscritos de donde procedian. Ha adquirido recientemente estos manuscritos el señor don José Sancho Rayon, y de ellos hablé en mi *Catálogo :* son copias de letra de fines del siglo XVI ó principios del siguiente, y no expresan el nombre del autor. De *La Numancia*, con título de *El Cerco de Numancia*, tengo en mi coleccion, desde el año 1852, otro manuscrito, tambien copia de fines del siglo XVI, anónima y con apreciables variantes. De *El trato de Argel* se ha descubierto hace poco, en la Biblioteca Nacional, una excelente copia de letra del siglo XVI, en fólio, á dos columnas. El epígrafe dice : *Comedia llamada trato de Argel hecha por miguel de zerbantes questuuo cautiuo en él siete años.* Presenta muchas y muy apreciables variantes respecto de la perteneciente al señor Sancho Rayon, que sirvió de original para la impresion de Sancha, siendo en ésta de la Biblioteca muy diverso, y más natural y acertado, el órden de las escenas. Así resulta del cotejo hecho por el señor director don Juan Eugenio Hartzenbusch.

El distinguido poeta dramático don Juan de Mátos Fragoso hizo, en su comedia *La Corsaria catalana* (Parte XXXIX de *Varios*, de Madrid, 1673), notable mencion de *La bizarra Arsinda :*

LEON.

¿Qué comedias traes?

AUTOR.

Famosas;
De las plumas milagrosas

De España. . . . . .
. . . . . .
La bizarra Arsinda, que es
Del ingenioso CERVÁNTES...;

comprobando que debió ser representada con grande aceptacion, y que áun formaba parte del caudal de las compañías cómicas.

Al fin del prólogo ofreció CERVÁNTES otra comedia, «que estaba componiendo,» intitulada *El engaño á los ojos*, de la cual no tenemos hasta el dia más noticia.

El entremes de *Los Habladores* ó *Los dos Habladores* fué tal vez compuesto por nuestro autor con alguna posterioridad. Se imprimió anónimo en la séptima parte de las *Comedias* de Lope, Madrid, 1617; Barcelona, 1617. Con el nombre de CERVÁNTES salió á luz en Sevilla, 1624, y en Cádiz, 1646. Es una de las más lindas producciones de este género.

El bibliógrafo sevillano don Justino Matute y Gaviria, en cierto apunte, á que se refiere don Juan Colon y Colon (*Noticias del teatro antiguo anterior á Lope de Vega*, insertas en el *Semanario pintoresco español*, 1840), citó una comedia de *La soberana Vírgen de Guadalupe*, como impresa en Sevilla, por Bartolomé Gomez, año de 1615, bajo el nombre de CERVÁNTES. Yo adquirí, en 1860, ejemplar de esta rarísima pieza, impreso en Sevilla, por Bartolomé Gomez de Pastrana, á la Cárcel Real, año de 1617; pero en esta edicion no aparece nombre alguno de autor. Al fin lleva una licencia, que dice así: «Yo, Gonzalo de la Vega, escribano de »cámara del Rey, nuestro señor, doy fe, que por los señores de su Real »Consejo se dió licencia á María Ramirez, viuda, vecina de la villa de »Alcalá de Henares, para que pudiese imprimir una comedia que se inti»tula de *La soberana Vírgen de Guadalupe y sus milagros, y grandezas de* »*España*, etc. Y para que dello conste, por mandado de los dichos seño»res, dí la presente, que es fecha en la villa de Madrid, á 22 de Agosto »de 1598 años.—*Gonzalo de la Vega.*» Síguese una tasa de la misma pieza, firmada en Madrid, á 12 de Octubre de 1608. El argumento de este auto es en extremo sencillo, la versificacion ofrece notable soltura y valentía. Precédele una de las famosas *loas* de Agustin de Rojas Villandrando, aunque tambien anónima. En mi *Catálogo del Teatro antiguo español*, páginas 516 y 517, describo más extensamente el ejemplar, trasladando para muestra los primeros versos del auto.

Para completar esta reseña bibliográfica, diremos que en la advertencia puesta por Sancha al principio de su edicion del *Viaje del Parnaso* se indica haber sido impresa la comedia *Los baños de Argel* (inclusa en el tomo publicado por CERVÁNTES) el año de 1613, y que al fin de aquella impresion citaba el autor sus dramas *La Numancia* y *El trato de Argel*.

Monsieur H. Bouchon Dubournial, ingeniero del ejército frances, que residió muchos años en España, tradujo al frances todas las obras de CERVÁNTES, incluso el *Teatro*. Publicó de esta version el *Quijote*, en París, 1807; y despues, en 1820, salió á luz completa, en doce ó trece volúmenes, con láminas; edicion hecha por monsieur Mequignon Marvis. Ultimamente ha traducido al mismo idioma parte del *Teatro* monsieur Alfonso Royer (París, 1862); escribiendo al frente del volúmen una erudita introduccion, en que hace la debida justicia al mérito dramático del insigne ingenio.

19 *Hidalgo*, segun el testamento; *caballero*, segun el codicilo, observa Gallardo. A esta notable alteracion del título hizo alusion muy intencionada el mismo CERVÁNTES, en el capítulo II de la Parte Segunda, por boca de Sancho: «Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en »los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido á *caballero*, »con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro ade»lante.» Sobre el adjetivo *ingenioso* han discurrido mucho los comentadores; ahora debemos esperar la declaracion que ofrece el señor Díaz de Benjumea.

20 Alonso de Salas Barbadillo, grande amigo de CERVÁNTES, en su dedicatoria de la *Estafeta del dios Momo*, despues de referir que el Cardenal-Arzobispo Sandoval y Rojas «recibió sin escrúpulo el libro del *Escu»dero Márcos de Obregon*, y premió al autor (Espinel), mandando que se le »señalase un tanto cada dia, para que pasase su vejez con ménos incomo»didad», añade: «La misma piedad ejercitó con MIGUEL DE CERVÁNTES, »porque le parecia que el socorrer á los hombres virtuosamente ocupados »era limosna digna del Primado de las Españas.»

21 «Ayer me dieron la extrema-uncion, y hoy escribo ésta; el tiempo »es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, »llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto »hasta besar los piés á vuestra Excelencia; que podria ser fuese tanto el »contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese »á dar la vida..... Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y aso»mos de las *Semanas del jardin* y del famoso *Bernardo:* si á dicha, por »buena ventura mia, que ya no seria ventura, sino milagro, me diese el »cielo vida, las verá, y con ellas el fin de la *Galatea*, de quien sé está afi»cionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo...» ¿Qué ha sido de estos preciosos escritos, alguno de ellos ya muy adelantado, segun anteriores promesas?

Desde el año de 1819, en que el señor Navarrete publicó su extenso trabajo biográfico, hasta el dia, se han descubierto y dado á luz cuatro composiciones poéticas sueltas de CERVÁNTES. Hemos citado ya dos de ellas: la *Oda al Conde de Saldaña*, cuyo autógrafo poseia en Barcelona don Juan Cortada, inserta en el primer tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles* del señor Rivadeneyra, y la *Epístola á Mateo Vazquez*, secretario de Estado de Felipe II; y más adelante haremos mencion de dos sonetos, hallados en Italia, que el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch publica entre los apéndices al *Quijote*, ediciones de Argamasilla de Alba. Tres han sido las composiciones en prosa que de la pluma del grande escritor se han encontrado durante dicho período: la *Carta al Cardenal Arzobispo de Toledo*, que trascribimos en su lugar, y deseamos ver reproducida en facsímil, ya por el interes que inspira, ya por ser tan escasos los autógrafos de CERVÁNTES; la otra, ya tambien citada, *Carta á don Diego de Astudillo Carrillo, en que se le da cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarache, el dia de San Laureano;* pieza de que se insertaron algunas muestras en el tomo XX de la *Biblioteca de Autores Españoles* del señor Rivadeneyra, y que acaba de publicarse íntegra, por diligencia y con exquisitas ilustraciones del señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, en la revista semanal titulada *La Concordia* (números 1.°, 3.°, 4.°, 5.° y 6.°, año 1863); y en fin, una tercera parte de la *Relacion de lo que pasa en la cárcel de Sevilla*, que completa las otras dos, cuyo autor fué Cristóbal de Chaves, y se ha conservado anónima, así como la *Carta á don Diego Astudillo*, en un códice de la Biblioteca Colombina. El hallazgo de esa tal *Relacion*, tercera parte, da más fuerza y probabilidad á la conjetura que indiqué en mi *Catálogo del Teatro antiguo español*, acerca del entremes de *La Cárcel de Sevilla*, que se incluyó anónimo en la séptima parte de las *Comedias de Lope de Vega Carpio*, Madrid, 1617, juntamente con el de *Los dos Habladores*, reconocido sin duda alguna por obra de CERVÁNTES.

La coleccion de poesías sueltas de CERVÁNTES, que la *Biblioteca de Autores Españoles* de don Manuel Rivadeneyra comprende en su tomo 1.°, carece de algunas, que por su rareza no llegaron á conocimiento del señor Aribau. De dos de las que faltan allí han dado noticia los señores Gayangos y Vedia, reimprimiéndolas cuidadosamente en sus notas á la traduccion de la obra de Ticknor. Es la primera un soneto, que se estampó al frente del singular y rarísimo libro titulado: *Parte Primera de várias aplicaciones y Transformaciones, las cuales tractan Términos Cortesanos, Prática Militar, Casos de Estado, en prosa y verso, con nuevos Hieroglíficos y algunos puntos morales. Dirigido á la Magestad del Cristianíssimo Rey de Francia. Compuesto por Don Diego Rosel y Fuenllana, Sargento Mayor en las partes de España y Gouernador de la ciudad de Sancta Agata en las de Italia por*

su Magestad, *natural de Madrid. Con licencia y Priuilegio de Barcelona y Nápoles. En Nápoles*, *por Iuan Domingo Roncallolo*, 1613. (En 4.º) Hállase escrito este extraño libro en forma de diálogo entre cuatro amigos: *Menandro*, *Flugencio* (sic), *Teodosio* y *Roselio;* los cuales refieren diferentes casos, novelas é historias caballerescas, haciendo de tales cuentos absurdas y ridículas aplicaciones etimológicas, y parodiando con escaso ingenio y gusto las transformaciones que fingió la mitología. Contiene varios versos de la escuela de Lo-Frasso, y ciertas novelillas, que parecen de otra pluma. A su principio se leen, pues, once composiciones, escritas en són de elogio, cuyos diez autores (entre ellos CERVÁNTES y Quevedo) hubieron de concertarse para hacerlas en tono burlesco y con epígrafes más burlescos todavía. El buen Sargento mayor se pavoneó con tales alabanzas y con los títulos de *Príncipe de los Hieroglíficos*, *único Hieroglífico*, *inventor de nuevos artes*, y dedicó muy serio su libro al Rey de Francia. El soneto de CERVÁNTES dice así:

Á DON DIEGO ROSEL Y FUENLLANA, INVENTOR DE NUEVOS ARTES,
HECHO POR MIGUEL DE CERVÁNTES.

Jamas en el jardin de Falerina
Ni en la Parnasa inaccesible cuesta
Se vió Rosel ni Rosa cual es ésta,
Por quien gimió la maga Dragontina.
Atras deja la flor que se reclina
En la del Tronto archiducal floresta,
Dejando olor por via manifiesta,
Que á la region del cielo la avecina.
Crece, oh muy felice planta, crece,
Y ocupen tus pimpollos todo el orbe,
Retumbando, crujiendo y espantando.
El Bétis calle, pues el Po enmudece,
Y la muerte, que á todo humano sorbe,
Sólo esta Rosa vaya eternizando.

La segunda, reimpresa por los traductores del Ticknor, es otro más bello soneto, que se halla entre los preliminares á la *Minerva sacra*, del licenciado Miguel Toledano, clérigo presbítero, natural de Cuenca; Madrid, Juan de la Cuesta, 1616 (8.º). Dedicó Toledano su obra (dicen los referidos anotadores) á doña Alfonsa Gonzalez de Salazar, monja profesa en el convento de Constantinopla de esta córte; y CERVÁNTES, que sin duda tenia con ella parentesco por su mujer doña Catalina de Palacios y Salazar, hizo que el autor insertase el soneto de que hablamos, el cual va

dirigido á la misma religiosa, y es un elogio de su hermosura y de su destreza en el canto. Dice:

En vuestra sin igual dulce armonía,
Hermosísima Alfonsa, nos reserva
La nueva, la sin par sacra Minerva
Cuanto de nuevo y santo el cielo cria.
Llega el felice punto, llega el dia
En que si os oye la infernal caterva,
Huye gimiendo al centro, y de la acerba
Region, suspiros á la tierra envia.
En fin, vos convertis el suelo en cielo
Con la voz celestial, con la hermosura,
Que os hacen parecer ángel divino.
Y así, conviene que tal vez el velo
Alceis, y descubrais esa luz pura,
Que nos pone del cielo en el camino.

A estas noticias añadiremos la de otro soneto de nuestro autor, que se lee al fin de la estimable obra médica titulada: «*Tratado nuevamente im-*»*preso, de todas las enfermedades de los riñones*... Compuesto por Francisco »Díaz, dotor en medicina y maestro en filosofía por la insigne universi-»dad de Alcalá de Henares, y cirujano del Rey, nuestro señor. Diri-»gido al dotor Valle, protomédico del Rey... Impreso en Madrid, por »Francisco Sanchez. Año 1588.» (En 4.°) Lleva la obra al principio, y despues de la dedicatoria del autor al famoso doctor Valles (*el Divino*), un soneto de Lope de Vega, en el cual se lee un verso peor que el de Cervántes, que sin duda se tachará en su composicion, lo cual indica haber sido mal comprendidos ó alterados los originales. La de Cervántes, que va al fin, en hoja suelta, con el catálogo de autores citados en el texto, es la siguiente:

AL DOTOR FRANCISCO DIAZ.

DE MIGUEL DE CERVÁNTES.

Soneto.

Tú, que con nuevo y singular decoro
Tantos remedios para un mal ordenas,
Bien puedes esperar destas arenas
Del sacro Tajo, las que son de oro.
Y el lauro que se debe al que un tesoro
Halla de ciencia con tan ricas venas,
De raro advertimiento y salud llenas,
Contento y risa del enfermo lloro.

Que por tu industria una deshecha piedra
Mil mármoles, mil bronces á tu fama
Dará, sin envidiosas competencias.
Daráte el cielo palma, el suelo hiedra,
Pues el uno y el otro ya te llama
Espíritu de Apolo en ambas ciencias.

No fué este elogio el único tributado por CERVÁNTES al distinguido profesor Díaz: habíale ya celebrado en su *Canto de Calíope* (*Galatea*, 1584), declarándosele muy deudor y agradecido, acaso porque en alguna ocasion recibió sus auxilios médicos. Insertó este soneto don Antonio Hernandez Morejon, en su *Historia bibliográfica de la medicina española*, que ha salido á luz póstuma en 1843.

Al señor don Juan Eugenio Hartzenbusch ha comunicado últimamente dos nuevos sonetos de CERVÁNTES el ilustrísimo señor don A. Ripa de Meana, director de la biblioteca de su Alteza Real el Duque de Génova. Hállanse al principio del manuscrito, existente en aquella coleccion, de una obra histórica *Sopra la desolatione della Goletta e Forte di Tunisi*, compuesta por Bartolomé Ruffino de Chambery, concautivo de CERVÁNTES en Argel, y cuya dedicatoria lleva fecha de 3 de Febrero de 1577. Escribiéronse en aquel encierro, así el libro como los sonetos, que son los siguientes:

SONETO DE MIGUEL DE CERVÁNTES, GENTILHOMBRE ESPAÑOL,
EN LOOR DEL AUTOR.

¡Oh cuán claras señales habeis dado,
Alto Bartolomeo de Rufino,
Que de Parnaso y Ménalo el camino
Habeis dichosamente paseado!
Del siempre verde lauro coronado
Sereis (si yo no soy mal adivino),
Si ya vuestra fortuna y cruel destino
Os saca de tan triste y bajo estado;
Pues libre de cadenas vuestra mano
(Reposando el ingenio), al alta cumbre
Os podeis levantar seguramente,
Oscureciendo al gran Livio romano,
Dando de vuestras obras tanta lumbre,
Que bien merezca el lauro vuestra frente.

DEL MISMO, EN ALABANZA DE LA PRESENTE OBRA.

Si ansí como de nuestro mal se canta,
En esta verdadera, clara historia,
Se oyera de cristianos la victoria,
¿Cuál fuera el fruto desta rica planta?
Ansí cual es al cielo se levanta,
Y es digna de inmortal, larga memoria,
Pues libre de algun vicio y baja escoria,
Al alto ingenio admira, al bajo espanta.
Verdad, órden, estilo claro y llano,
Cual á perfecto historiador conviene,
En esta breve suma está cifrado.
¡Felice ingenio, venturosa mano,
Que entre pesados hierros apretado,
Tal arte y tal virtud en sí contiene!

No ha faltado entre nuestros modernos eruditos quien conjeture (don Justo de Sancha) si tal vez pudieran ser obra de CERVÁNTES las octavas cuyos dos primeros versos puso éste en boca del truhanesco muchacho de Maese Pedro:

Jugando está á las tablas don Gaiféros,
Que ya de Melisendra está olvidado...;

octavas que Pellicer, al trasladar en su comento la primera, anunció existentes en la Biblioteca Real. Años hace que por una feliz casualidad las encontré en el códice M-190 de la misma: no tienen nombre de autor; su letra parece de fines del siglo XVI. Aun cuando no participo de la opinion que las sospechó debidas á la pluma del autor del *Quijote*, las publiqué en mis artículos de la *Revista*, y ahora las reproduzco, juzgándolas curiosas y apreciables por más de un concepto:

OCTAUAS DE DON GAIFFEROS.

Jugando está á las tablas don gaifferos,
Que ya de melisendra está oluidado,
Quando el famoso cárlos y oliueros
A ver el juego juntos an entrado,
Con otros valerosos caualleros
De aquellos de los doce que á su lado
I su mesa redonda los ponia,
Porque su gran valor lo merecia.

Entrado que fué cárlos el famoso,
I su persona ya reuerenciada,
Con rostro triste, airado i temeroso
Pregunta á don gaifferos por su amada,
Diciéndole: sobrino, mui ocioso
Estais, siendo mi hija captiuada;
Si fuérades valiente cauallero,
Fuérades su rescate, y no en dinero.
Gaifferos deja el juego comenzado,
Y á don roldan sus armas a pedido,
Las cuales don roldan no le ha negado,
Por ser dél en extremo tan querido;
I luego en su cauallo a caualgado
I á durindana al lado se a ceñido,
Espada que fué de etor el troyano,
Ganada por achiles el greciano.
Ayrado va gaiferos á sansueña,
Ciudad donde su esposa está captiua,
Y al cielo su palabra da y empeña
De no voluer sin ella mientras viua;
El mundo tiene en poco y le desdeña,
Alçando escudo i lanza en voz muy viva;
Y quantos topa y ve con mano armada
En ellos prueba el filo de su espada.
Un viernes á sansueña llegó a tiempo
Que todo el pueblo en la mezquita estaua,
Haciendo la çalá con pasatiempo,
Fiesta que en aquel dia se guardaua;
Teniendo relacion de tan buen tiempo,
Que un captiuo cristiano se la daua,
Y viendo la ocasion i coyuntura,
Entróse en la ciudad pagana i dura.
A vista de palacio ya llegaua,
Sin ser de nadie visto ni sentido,
Quando de una ventana lo llamaua
Su esposa con el rostro entristecido,
La qual antél mill perlas derramaua,
Diciendo: cauallero, dadme oido,
Porque ese escudo y armas y esa seña
No son de las que se usan en sansueña.
Suplicos me digays si soys de françia
Porque ese brio, talle y gallardía
Y aquesa bella y belica constançia
No cabe en la cobarde morería.

Gayferos respondió : ya es arrogançia,
Señora, porque en mí no ay valentía ;
De françia soy, mañana vuelvo a ella,
Ved en que os puedo yo seruir en ella.

FIN.

Claramente se infiere que no debia de tenerle aquí la composicion. Precede á este fragmento una glosa de don Gaiféros y Melisendra, que lo es de los ocho primeros versos del Romance :

Caballero, si á Francia ides...

Pedro de Padilla, de quien hay composiciones en el mismo códice, escribió y publicó, en su *Tesoro de várias poesías*, diversas relativas á la historia caballeresca de Gaiféros y Melisendra.

El colector citado de las poesías sueltas de CERVÁNTES publicó entre ellas cierto soneto, que pudiera llevar el epígrafe de *El Espadachin ermitaño*, trasladándole, segun creo, del manuscrito de Arrieta : *Historia analítico-crítica de la vida y escritos de Cervántes*. Este soneto, que comienza :

Maestro era de esgrima Campuzano...,

se halla anónimo en el códice M-2 de la Biblioteca Nacional. De allí sin duda le tomó Arrieta, prohijándosele al famoso escritor, como Pellicer, con más razon, el que principia :

Un valenton de espátula y gregüesco...,

el cual por cierto no era inédito, segun creyó este erudito ; se hallaba ya impreso, tambien anónimo, en la coleccion de *Poesías várias de grandes ingenios españoles*, recogidas por José Alfay (Zaragoza, 1654).

Terminaremos hablando de los romances que inserta el señor Aribau, y se han reimpreso en otras antologías modernas, atribuidos al autor de *Don Quijote* ; y de algunos otros que con fundamento no ménos probable, á juicio de entendidos críticos, pudieran formar parte de una coleccion completa de las obras de este grande ingenio.

Sobre el primero de ellos, que comienza :

Yace donde el sol se pone...,

parece que no debe haber cuestion alguna. Publicado primitivamente en la « *Flor de varios y nuevos romances*... recopilados... por Andrés de Villalta, »natural de Valencia. Añadióse ahora... la tercera parte por Felipe Mey...

»Valencia, 1591», y despues en el *Romancero general*, ofrece, por su asunto y estilo, todas las señales de ser el que CERVÁNTES llamó *De los celos*, declarándole por el que más estimaba entre los *infinitos* que habia compuesto. Acerca del segundo, que dicho editor intitula *El Desden*, y cuyo principio es:

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta,
Como el áspid del veneno...,

podrá haber diversidad de pareceres, dado que sólo por su estilo se atribuye á CERVÁNTES. Salió á luz en la «*Flor de romances* (cuarta y quinta par»te), recopilados por Sebastian Velez de Guevara... Búrgos, 1592», y luego en el *Romancero general*. Respecto de los otros dos, que llevan los títulos de *Elicio* y *Galatea*, ya se presenta alguna duda mayor y más fundada. Publicáronse por primera vez en la referida coleccion *Flor de varios y nuevos romances*, hecha por Villalta y Felipe Mey, cuya licencia es de 1588; y ántes acaso en otra *Flor de Romances* (primera y segunda parte), recopilados por el bachiller Pedro de Moncayo, edicion posterior á 1589; y despues fueron reimpresos en el *Romancero general*. A los caractéres de su estilo, reunen el ser tan análogo su asunto al de la célebre novela pastoril de CERVÁNTES, y la circunstancia de ser los nombres de Elicio y Galatea los mismos que para sí y su esposa adoptó poéticamente aquel grande ingenio. Hállanse, no obstante, contrariados estos indicios por el hecho de existir ambos romances, atribuidos al insigne poeta doctor Juan de Salinas y Castro, en un códice de sus «*Obras*... juntas por don José Mal»donado de Saavedra, en Sevilla, año de 1650»; manuscrito que pertenece al señor don Aureliano Fernandez-Guerra.

Clemencin, en su *Comento del Quijote*, indica la sospecha de que sean obra de CERVÁNTES, así los dos cuestionados, como otros siete romances que menciona, á saber: uno más de *Elicio y Galatea*; cinco del *Cautivo de Uchalí*, que insertó Pedro de Flores en su *Romancero general*, añadido y enmendado (Madrid, Juan de la Cuesta, 1614), y otro del *Cautivo de Arnaute Mahami*, que se imprimió en la segunda parte del *Romancero general*... recopilado por Manuel de Madrigal (Valladolid, 1605). Con respecto á los del *Cautivo de Uchalí*, hace notar el erudito comentador la semejanza de versificacion, artificio y áun de ideas, que tienen con el que canta Ambrosio en la segunda jornada de *Los baños de Argel*, y ademas, que el nombre de Talnica, la querida del esclavo, es anagrama casi perfecto del de la esposa de CERVÁNTES. Los expresados seis romances del cautivo, y los que se hallan en el códice de Salinas, han sido reimpresos últimamente en el *Romancero general*, que debemos al diligente y profundo

estudio del señor don Agustin Durán. Pero ni en esta coleccion, ni en otra alguna moderna, he visto el que menciona don Gregorio Mayans :

En la córte está Cortés...,

señalándole, con especial recomendacion, entre los que él se inclinaba á creer escritos por CERVÁNTES, aunque sin expresar dónde existia, impreso ó manuscrito, sin duda porque le creyó muy conocido.

Madrid, *Julio de* 1863.

CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA Y LEIRADO.

FIN DE LAS NOTAS A LAS INVESTIGACIONES.

PARTE PRIMERA

DE LA GALATEA,

DIVIDIDA EN SEIS LIBROS,

DIRIGIDA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ASCANIO COLONA,

Abad de Sancta Sofía.

AL ILMO. SR. ASCANIO COLONA,

ABAD DE SANCTA SOFIA.

Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. Ilustrísima, que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrescerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el extremado de V. S. I. no sólo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa sciencia profesan (especialmente los que en la de la poesía se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guía, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágale V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envio delante para dar algun sér á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo meresciere, merézcalo á lo ménos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia, que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fué el excelentísimo padre de V. S. I., juntando á esto el efeto de reverencia que hacian en mi ánimo las cosas que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al Cardenal de Aquaviva, siendo yo su camarero en Roma; las cuales ahora no sólo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I., con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do deciende; la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza romana, y en las virtudes y heroicas obras con la mesma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la Real casa Colona, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores, que ninguna cosa perdonan. Aunque, si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré qué temer ni más que desear, sino que nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. con el acrescentamiento de dignidad y estado que sus servidores deseamos.

Ilustrísimo señor,

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO

Á LOS CURIOSOS LECTORES.

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfaccion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas, pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, sólo quiero responder á los que, libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones proprias suele tener en los autores dellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apénas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones; demas de que, no puede negarse que los estudios desta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecer el poeta, considerando su propria lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe, para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que, á su imitacion, los ánimos estrechos, que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abun-

dancia de la lengua castellana, entiendan que tienen campo abierto, fértil y espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sotiles y levantados que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce, en la edad dichosa nuestra; de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho, y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas facultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que, una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo, peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes cuál sea el mayor: ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha rescibido, temprano se aventura á ofrescer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el de que, de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamas acabando de contentarse de lo que hace y entiende, tiniendo sólo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escriptos. De manera que así como la osadía y confianza del uno podria condemnarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede, así mesmo el recelo y la tardanza del otro es viciosa, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvinientes, no he publicado ántes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado, pues para más que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condemnarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía

latina fué calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado más que en las otras; y así, no temeré mucho que alguno condemne haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á más que á tratar cosas del campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito, queda llana esta objecion. Las demas que en la invencion y en la disposicion se pudieren poner, discúlpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará, siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó; que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de más gusto y de mayor artificio.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO AL AUTOR.

Soneto.

Miéntras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma, al de la fe amarrada,
A más rigor mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo, mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí; y desamparada
De nuestras musas la rëal morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
D'entre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo,
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE DON LUIS DE VARGAS MANRIQUE.

Soneto.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervántes, los dioses celestiales,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras, que mueven pedernales;
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con pureza,
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Vénus todos sus amores,
Apolo las canciones concertadas,
Su sciencia las Hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO.

Soneto.

Salen del mar y vuelven á sus senos,
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della, largo tiempo ajenos.
Con su partida no la hacen ménos,
Ni con su vuelta más soberbia y fiera,
Porque tiene, quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ¡oh Galatea extremada!
Los rios, los loores, premio y fruto
Con que ensalzais la más ilustre vida.
Por más que deis, jamas sereis menguada,
Y ménos cuando os den todos tributo:
Con él vendreis á veros más crescida.

PRIMERO LIBRO

DE GALATEA.

Miéntras que al triste lamentable acento
Del mal acorde són del canto mio,
En eco amargo de cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.
Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las varïadas flores son abrojos
Y espinas, que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y así, un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.
Creí que el fuego que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sotil con que á los dioses prende
Y la furia y rigor de su saeta,
Que así ofendiera, como á mí me ofende,
Al subjeto sin par que me subjeta;
Mas contra una alma que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.

Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio, pastor, en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, cuanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo, consumidor y renovador de las humanas obras, le trujeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los que su deseo le habia puesto, por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mesmas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fué de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto tracto de la Córte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parescerla en algo, así en la discrecion como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fué querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban; entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborresciese á Elicio, ni ménos que le amase; porque á veces, casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo; y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apénas conocia.

No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio; por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conoscia bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traia; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parescerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se trasformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así, un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al són del cual sus querellas con el cielo, cantando, comunicaba), con voz en extremo buena cantó los siguientes versos :

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto tiento,
Que ni te humille el desvío,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerse en tal porfía);
No huyas el alegría,
Ni ménos cierres la puerta
Al llanto que amor envia.
Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera
Sino muerte en la caida.
Esa vana presuncion
En dos cosas parará:
La una en tu perdicion;
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.
Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él;
Huyes dél; y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo.
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso y tu reposo.
Dirás qué quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
Del tal juzgado á locura
El brío de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,
Cuanto más si le conviene
Al alma y al corazon.
Yo lo tengo así entendido;

Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor ménos parte
Que el humilde y encogido.
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo en tu calidad
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.
Que si el pensamiento mira
Un subjeto levantado,
Contémplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Cuanto más que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza,
Como niebla se deshace.
Pues tú, que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante,
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante.
Pero no se te dé nada;
Que en esta empresa amorosa,
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria estimada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde él estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer más que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero ena-

morado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba, parecia que el mesmo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso, puesto que de Galatea eran escuchadas, eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea que á cosas más altas la inclinaba; ántes tenia lástima y envidia á Erastro: lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos; envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros le enloqueciesen.

Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas (que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos), holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merescia: á quién llamaba Leon, á quién Gavilan, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos, como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él, daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro adonde de Elicio fué agradablemente rescibido, y áun rogado que si en otra parte no habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarla en su compañía. «Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio, si ya no fuese con aquella que está tan enrobrescida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos.»

Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dejando andar á sus anchuras el ganado despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merescimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconoscia esta verdad, en medio de sus pláticas, entre otras razones, le dijo las siguientes:

«No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte, ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma y acabe mis retozadores chibatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ánsias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia; los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura.

»Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido por lo que estoy obligado á tu merescimiento; que puesto que no me la dieses, tan imposible seria dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase.»

No pudo dejar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia; y ansí le respondió: «No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea; pésame bien de entender de su condicion que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras: déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto meresce la sinceridad de tus pensamientos; y de aquí adelante no dejes por mi respecto de querer á Galatea; que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan; ántes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad, pues de la mia puedes estar tan seguro como te he certificado. Anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al són de tu zampoña publicarás el contento ó pena que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare; yo al de mi rabel, en el silencio de las sosegadas noches ó en el calor de las ardientes siestas, á la fresca sombra de los verdes árboles, de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios. Y para señal de nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras de estos árboles, y el sol hácia el Occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener.»

No se hizo de rogar Erastro; ántes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña, y Elicio su rabel, y comenzando el uno y replicando el otro, cantaron lo que sigue:

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me subjetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol escurecia:
Un tósigo cruel, cual de serpiente,
En las rubias madejas se escondia;
Yo, por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estátua sin voz, de piedra dura,
Cuando de Galatea el extremado
Donaire vi, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (¡ay muerte dura!),
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea y el alma me robase.

ELICIO.

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue,
Y de la llaga interna que le has hecho
Crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive?
Alma que prueba estos efectos todos,
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel, que no se parte
Del alma mia, á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve y colorada rosa,
Que el verano no gasta ni el invierno;
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno;

La voz, cual la de Orfeo, poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que vi, quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas;
Dos rayas, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, y si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento,
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero;
Estoy léjos y cerca de mí mismo;
Espero en solo un punto y desespero;
Súbome al cielo, bájome al abismo;
Quiero lo que aborrezco; blando y fiero
Me pone el amoroso parasismo:
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado:
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero, como ella debe de ser diosa,
El alma querrá más que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza ó arte
O diligencia humana, es desatino:
Debes de su ventura contentarte;
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo más dichosa
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido; y levantándose los dos en pié por ver lo que era, vieron que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada; y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiéndole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traia se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: «Recibe ¡oh mal lograda Leonida! la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico.» Y esto fué con tanta presteza hecho, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: «Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con más largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárasme la vida, que agora, por la causa que he dicho, mal contenta destas carnes se aparta;» y sin poder decir más, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro que no con pequeña causa habia el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él con tirado paso, dejando al pastor muerto y á los dos admirados, se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba, le vieron tornar á salir del bosque, y estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo:

«Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en

haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenia concebida, no me dió lugar á más moderados discursos: lo que os aviso es, que si no quereis enojar á la Deidad, que en el alto cielo mora, no hagais las obsequias ni plegarias acostumbradas por el alma traidora dese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores.» Y diciendo esto, á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa, que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle aunque le siguiese; y así, se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fué á su cabaña, que no léjos estaba, y trayendo suficiente aderezo, hizo una sepultura en el mesmo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á más andar por las puertas de Occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde ni su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba.

Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque

adelante, buscando algun solitario lugar adonde en el silencio de la noche con más quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones, ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes ó alegres. Y así yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro, que en el rostro le heria, lleno del suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba, envuelta en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba; y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oir lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salia; y aunque interrota de infinitos sospiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba:

«Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mesmo debes, mira que ya no queda de quién tomar venganza, sino de tí mesmo: ¿de qué te sirve alargar la vida, que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado, porque no hay cosa más fuera de remedio que nuestra desventura, pues quien la pudiera hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase, por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leonida, si en la celeste parte donde mora puede caber deseo de venganza alguna. ¡Ah Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si de ellos las justas plegarias son oidas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan

que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leonida, recibe, en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues seria poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase. Tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un dia consumido de dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansí como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme ¡oh alma del alma mia! que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y tu virtud se convenian; pero yo te prometo y juro que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merescimientos.»

A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba; y queriéndose llegar más cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero si al són dél alguna cosa diria; y no tardó mucho que con suave y acordada voz, oyó que desta manera cantaba:

¡Oh alma venturosa,
Que del humano velo
Libre, al alta region viva volaste,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste:
Sin tí, escura dejaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza, fundada
En el más firme asiento de alegría:
En fin, con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.
Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El más subido extremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza.
Con presta ligereza,
Del alto pensamiento
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.
¿Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda,
Y el intento crüel, facineroso,
Del vengativo hermano,
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
¿Por qué turbó el reposo
De nuestros corazones,
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones?
¡Ay, fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!
En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina

Los años pasará, meses y dias:
La tuya, en gozo eterno
Y edad firme y contina,
No temerá del tiempo las porfías:
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merescida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.
Mas ¡oh cuán simple he sido,
Alma bendita y bella,
De pedir que te acuerdes ni áun burlando
De mí, que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando!
Mejor es que pensando
Que soy de tí olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Hasta que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado
En tan extraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.
Goza en el sancto coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien entero,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero.
Allí gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera,
Sin temor, sobresalto ni desvío.
A esto me encamina,
Pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz, pero no los sospiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fué parte de acrescentar en Elicio la gana de saber quién era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar más presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo, á manera de teatro, de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el cual vió un pastor que con extremado brío estaba con el pié derecho delante y el izquierdo atras, y el diestro brazo levantado, á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y así era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la cual convenia defenderse al pastor del bosque), se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su postura su intento, ántes que le efectuase, le dijo: «Sosiega el pecho, lastimado pastor; que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, á quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho interromper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir.»

Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no ménos blandura le respondió, diciendo: «Tu buen ofrecimiento agradezco, cualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí, que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho.

—Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oido, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no ménos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y así la fortuna te los dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no lo im-

pide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares. Esto te digo, porque sé que no hay cosa más excusada y áun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmo de contentos.

—Tus buenas razones me obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oido, como porque conozcas que áun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo.»

Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos más palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un interno dolor, comenzó á decir desta manera:

«En las riberas del Bétis, caudalosísimo rio que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que éste es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual plubiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació ansí mesmo

en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura que en gran parte de la tierra, segun yo imagino, pudiera hallarse; de no ménos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merescian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos zizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra enemistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario. Y fué mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, al fin de todos venia á parar á quedar más vencido y subjeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

»Habiendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo por ver si podria apartar el alma de tan ardua em-

presa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con cuál podria dar á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho; y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos, hasta que el mesmo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio donde parece que están más cerradas; y así se pareció en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en extremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra en compañía de sus padres en sus casas se visitaban.

»Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habia dado renombre de cruel, y así, de todos los que le conoscian el cruel Crisalvo era llamado; y ni más ni ménos á Carino, el pariente de Silvia y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban; del cual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo ménos de parte de Silvia fué más firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia, obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha en que agora me veo.

»Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla; y esto yo no lo supe sino con mi daño. Y de allí

á muchos dias, y ya que con la larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia, ofreciéndoseme comodidad, con las más tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no la sentia tanto, sólo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio della, advirtiéndole ansí mesmo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era á juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leonida; y que pues era causa tan justa y buena, no se habia de desdeñar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella, vencida dellas, y más por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio, y decir á Leonida lo que yo por ella sentia, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias si Leonida conmigo se casase.

»Movida pues con esta buena intencion, y enternecida de las lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecia á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mesmo dia le envié una, que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que agora me hallo.

Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida...

—No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leonida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria, y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues agora en no decírmela.

—Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entónces tan enamorado y temeroso, como agora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acertamiento que Leonida las creyese. Las que en la carta iban, ya que tanto deseas saberlas, decian desta manera:

LISANDRO A LEONIDA.

«Miéntras que he podido, aunque con grandísimo dolor »mio, resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que »por tí ¡oh hermosa Leonida! me abrasa, jamas he tenido ar»dimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de »descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida »aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte, hame sido »forzoso, descubriendo la llaga de mi pecho, tentar, con es»crebirte, su primero y último remedio. Que sea el primero, »tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la cual »espero la misericordia que tu hermosura promete y mis ho»nestos deseos merescen. Los cuales, y el fin adonde se enca»minan, conoscerás de Silvia, que ésta te dará; y pues ella se »ha atrevido, con ser quien es, á llevártela, entiende que son »tan justos, cuanto á tu merescimiento se deben.»

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el cual, prosiguiendo la historia de sus amores, dijo: «No pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga; la cual, junto con dársela, le dijo tales cosas, que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leonida habia recibido, como fué decirle cuánto bien se siguiria si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la habia de mover á no desechar mis deseos; cuanto más, que no se debia compadecer con su hermosura dejar morir sin más respecto á quien tanto como yo la amaba; añadiendo á éstas, otras razones que Leonida conoció que lo eran. Pero, por no mostrarse al primer encuentro rendida y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, respondió con esta carta que agora te diré:

LEONIDA A LISANDRO.

«Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento ha»bia nacido de mi poca honestidad, en mí mesma ejecutara »la pena que tu culpa meresce; pero por asegurarme desto lo »que yo de mí conozco, vengo á conocer que más ha pro»cedido tu osadía de pensamientos ociosos que de enamora»dos; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses »que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia »para creellos; de la cual tengo más queja por haberme for»zado á responderte, que de tí, que te atreviste á escrebirme, »pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes

»de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber »que pienso tener más cuenta con mi honra que con tus va- »nidades.»

»Esta fué la respuesta de Leonida, la cual, junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo áspera, me hizo tener por el más bien afortunado del mundo.

»Miéntras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamas pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese; de lo cual estaba tan desesperado é impaciente como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores habia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta, delante de todo el pueblo los zagales más diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado; de manera que concibió en su corazon ódio perpétuo contra Crisalvo, y no ménos lo tenia contra otro hermano mio por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rancor y mala voluntad tuvo Carino secreta hasta que el tiempo le descubrió ocasion cómo á un mesmo punto se vengase de entrambos por el más cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalvo le adulaba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leonida venia á casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció

bien á Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leonida trataba, que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales sabidos de Carino, tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole á entender que tenia en más su amistad que la honra de su parienta) le dijo que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorescia, era por estar de mí enamorada, y que él lo sabia infaliblemente; y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa, en mil señales lo hubiera ya conocido; y que para certificarse más de la verdad que le decia, que de allí adelante mirase en ello, porque veria claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores.

»Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que dellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traia espías, por ver lo que yo con Silvia pasaba; y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenia, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que, de limpia amistad procedidos, Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida, tenia yo más cuenta con guardarme que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana

me casaba, tendrian fin nuestras enemistades : de lo que él estaba bien ajeno; ántes se pensaba que por serle yo enemigo, habia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese; y esto le acrescentaba la cólera y enojo de manera, que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabárselo. Y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la habia querido, sólo porque á mí me favorecia, no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y así, en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos y renombres deshonestos; pero como todos conoscian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras.

»En este medio habia concertado Silvia con Leonida que los dos nos desposásemos, y que para que más á nuestro salvo se hiciese, seria bien que un dia que con Carino Leonida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea, que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con más quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones; porque si del suceso dellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo ménos estando ella ausente, seria más fácil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dada cuenta dél á Carino, se ofreció con muestras de grandísimo ánimo que llevaria á Leonida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazon de acero cualquiera mala intencion que contra mí

tuviera. Pero el traidor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traicion que agora oirás.

»Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le habia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que habia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible. Despues de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo, segun despues acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traia, que en una cierta noche habia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos : en Silvia, por la poca cuenta que de sus servicios habia hecho; en mí, por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le habia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respecto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho ménos á otro corazon no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento.

»Llegado pues ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que habia de hacer, me fuí á la otra aldea á dar órden cómo recebir á Leonida; y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó á la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. ¡Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé cómo tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto

más lengua para decirlo! ¡Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿cómo, y no sabias tú las condiciones dobladas de Carino? Mas ¿quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? ¡Ay, mal lograda Leonida! ¡cuán mal supe gozar de la merced que me heciste en escogerme por tuyo!... En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino habia de traer consigo á Leonida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leonida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como présaga que habia de ser la última despedida. Debia de considerar entónces la sin ventura la traicion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y cuán mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡Cuántas veces se me viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el dia que le tuviera yo por dichoso si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo de la aldea un poco ántes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pié de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leonida habia de venir, esperando que cerrase algo más la no-

che para adelantarme y recebilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo, me quedé dormido; y apénas hube entregado los ojos al sueño, cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raíces de la tierra, sobre mi cuerpo se caia, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y á otra parte me revolvia; y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella, movida de compasion, hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiéndola entre sus agudas uñas, se metia con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso, la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes; de lo cual tanto dolor sentia, que el alma se me arrancaba sólo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo; y así comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron, y hallando las mejillas bañadas del llanto, quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leonida, no eché de ver entónces que la fortuna en sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me habia de suceder.

»A la sazon que yo desperté, acababa de cerrar la noche con tanta escuridad, con tan espantosos truenos y relámpagos, como convenia para cometerse con más facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leonida, se la entregó á Libeo, diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he

dicho; y aunque Leonida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio, y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco, en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple, en fin como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el cual con otros cuatro parientes suyos, en el mesmo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban; y díjoles cómo Silvia venia, y sólo yo, que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos les habíamos hecho, y que él seria el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venian; los cuales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los pérfidos homicidas y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leonida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino, que vió cuán bien habia salido el traidor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traidores contentísi-

mos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrescentarles el pesar y sentimiento, diciéndoles que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho más caudal de la fria voluntad de Lisandro, su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia, que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dijo cómo ella estaba viva, y áun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese más su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto, le dijo que su hermana Leonida se habia partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quién era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva.

»Miéntras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ánsia extraña esperando á Carino y Leonida; y pareciéndome que ya tardaban más de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, cuando oí una lastimada voz que decia:

«¡Oh soberano Hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia, para tenerla de esta alma, que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. ¡Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible sino que te la acabe el dolor de haberla yo por tí perdido! ¡Ay, cruel hermano!

¿Es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro?»

»Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leonida la que las decia, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fuí á tiento á dar adonde Leonida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije: «¿Qué desdicha es ésta, bien mio? Anima mia, ¿cuál fué la cruel mano que no ha tenido respecto á tanta hermosura?» En estas palabras fuí conocido de Leonida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas éstas: «Mi hermano me ha muerto, Carino vendido; Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que aquí me ha negado;» y juntando más su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos.

»Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el helado cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Píramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí, abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y sospiros, sentí que hácia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegándose cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conoscer que el que allí venia era Crisalvo, como era la verdad, porque él

tornaba á certificarse si por ventura era su hermana Leonida la que habia muerto, y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, dí con él en tierra; y ántes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traia, que era el mesmo con que él la habia muerto, ayudándole yo á ello, tres veces se le hinqué por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin más detenerme, tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llevéle al aldea donde mis parientes vivian; y contándoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura. Y luego puse por obra y determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo; la cual, por haberse él ausentado de nuestra aldea, se ha tardado hasta hoy, que le hallé á la salida deste bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda. El ha hecho ya el fin que su traicion merescia, y á mí no me queda ya de quién tomar venganza, si no es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dejo que lo considere.»

Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas; pero despues que por largo espacio habian esfogado con tiernos sospiros, el uno la pena que sentia, el otro la compasion que della tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo, como por el suceso dél habia visto; y entre otras cosas que le dijo, y la que á Lisandro más le cuadró,

fué decirle que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno, y que pues de la honestidad y noble condicion de Leonida se podia creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba, ántes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo cual respondió Lisandro : «Bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen, ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno : en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la cual se acabará cuando yo la tornare á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por más amigo de mi vida.»

No quiso Elicio darle más pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales : sólo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la cual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciéndole su amistad en todo aquello qué podia ser buena para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible, y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavía lo hubo de hacer, forzado de su importunacion; y así, los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba.

Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantándose Erastro, comenzó á poner en órden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y así viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo, al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por Elicio y Erastro fué conoci-

do que era Galatea quien la sonaba; y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que será mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida á la serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mesmo sol parescia tener envidia, porque hiriéndoles con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salia de la vislumbre dellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba, mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demas, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo : «Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro; y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que más te agradare; que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo, que nací para servirte, tendré más cuenta dellas que de las mias proprias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo; que segun el viaje que traias, á la fuente de las Pizarras le encaminabas, y agora, que me has visto, quieres torcer el camino; y si esto es así, como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apascentar tu ganado; que yo te juro de no llevar allí jamas el mio.

—Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es

pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas, en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apascentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras, como della más acostumbrado. La voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha.

—¡Ay, Galatea! replicó Elicio, y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer más de lo que tú quisieres! Ora vayas al arroyo de las Palmas, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola; que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla.

—Hasta agora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma; y así, no tengo culpa si no he remediado á ninguna.

—No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas.

—Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie.

—¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco.

—En ménos me tendria yo, respondió Galatea, si en más le tuviese.»

A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y les dejaba, le dijo: «¿Adónde vas, ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas, ¿quién esperará de tí compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces.»

No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las Palmas, y abajando desde léjos la cabeza, en señal de despedirse, los dejó; y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó que estaria, con la extremada voz que al cielo plugo darle, fué cantando este soneto:

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor, que abrasa, aprieta, enfria y hiere;
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda de tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere;
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento;
El ñudo romperé por fuerza ó arte;
La nieve deshará mi ardiente celo;
La flecha embotará mi pensamiento:
Y así no temeré, en segura parte,
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con más justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo,

lira de Apolo y música de Anfion, los muros de Troya y Tébas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos, y las hermanas negras, moradoras del hondo cáos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron.

El acabar el canto Galatea y llegar adonde Florisa estaba, fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dejaron ir á su albedrío á sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que allí corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por más hermosas). Tan hermosas quedaron despues de lavadas como ántes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos al rostro, con el movimiento quedaron sus mejillas encendidas y sonroseadas, de modo que un no sé qué de hermosura les acrescentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas, por mostrar, entre otros efectos, que eran señoras de la belleza.

Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traian. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con más

atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco hácia donde ellas estaban, y aunque estaban bien cerca, ella venia tan embebida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo, daba unos sospiros tan dolorosos, que de lo más íntimo de sus entrañas parecian arrancados; torcia así mesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traia el alma ocupada; y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia; la cual llegándose al márgen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corria, y dejándose caer á la orilla dél, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmidos ojos, con voz baja y debilitada dijo: «¡Ay, claras y frescas aguas! ¡cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni áun de todas las que contiene el gran mar Océano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdicion, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caida! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuánta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana! ¿cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la

humilde y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo; que si así fuera, á fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él á tí subjeto.»

Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchándola no se enterneciera; y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al són del agua que mansamente corria, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa:

Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela:
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza:
Deseo de lo mejor;
Es la otra la esperanza,
Que pone esfuerzo al temor.
Las dos hicieron manida
En mi pecho, y no las veo;
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues cuanto ella más desmengua,
Tanto más él se engrandece:
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan,
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
Y un solo bien me consuela.

Apénas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Cuando el cielo, suerte y hado,
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amaina la vela,
Y al bien pasa más ligero
Que el tiempo que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
Con estas ánsias que tomo,
Pues en ellas se ve, en suma,
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa buena andanza,
En ella este bien se anida:
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que lo solemnizaba; de las cuales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciéndole, entre otras razones: «Así los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura ó qué destino te ha traido por esta tierra; que segun la plática que nosotras tenemos della, jamas por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco há cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que ha menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus húmidos y hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu

mal de los que no sufren ser consolados, á lo ménos conoscerás en nosotras una buena voluntad de servirte.

—No sé con qué poder pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, si no es con callar, y agradecello y estimarlos en el punto que merescen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me seria mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no, con decirlos, daros indicios para que me tengais por liviana.

—No muestra tu rostro y gentil apostura, hermosa pastora, respondió Galatea, que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muéstranos con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura.

—A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas, si ya no me ha dado la suerte más juicio para que sienta más los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, cuanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe, si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las más breves razones que pudiere, cómo del mucho entendimiento que juzgais que tengo ha nascido el mal que le hace ventaja.

—Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás más nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado.

—Apartémonos pues, dijo la pastora, deste lugar, y bus-

quemos otro, donde sin ser vistas ni estorbadas, pueda deciros lo que me pesa de haberos prometido, porque adivino que no estará más en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco.»

Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabian, donde debajo de la agradable sombra de unos acopados mirtos, sin ser vistas de alguno, podian todas tres estar sentadas; y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera:

«En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fuí yo nascida y criada, y no en tan baja fortuna, que me tuviese por la peor de mi aldea. Mis padres son labradores y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio les imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba más gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con más que con procurarle los más fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese. No tenia ni podia tener más cuidados que los que podian nascer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces, convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase sospiros ni razones que

de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, sólo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos; y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentian, con abundancia de lágrimas y sospiros los secretos enamorados de su alma me descubrian!

»Acuérdome agora, hermosas pastoras, que llegó á mí un dia una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dijo: «¡Ay, hermosa Teolinda! (que éste es el nombre de esta desdichada), y ¡cómo creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merescian!» Yo entónces, admirada de los extremos que la veia hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado, ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dijese qué mal era el que tanto la aquejaba. Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus sospiros, me dijo: «¿Qué mayor mal quieres, oh Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero más que á los propios ojos de la cara, y haber visto

esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traidor con ella trataba?» Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: «Mia fe, Lidia, que así se llama la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venias herida, segun te quejabas. Pero agora conozco cuán fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca dellas, segun veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego.» Cuando Lidia oyó de mi boca tan contraria respuesta de la que esperaba de mi piadosa condicion, no hizo otra cosa sino abajar la cabeza, y acrescentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: «Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera, que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia.» Y con esto se fué, y yo me quedé riendo de sus desvaríos.

»Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldicion, pues áun agora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido!» A esto respondió Galatea: «Plubiera á Dios,

discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio dél; que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes.

—Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

»Con la libertad que os he dicho, y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabia qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava, creo que áun no está pagado ni satisfecho.

»Acaeció pues que un dia (que fuera para mí el más venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traido tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo, por promesa y voto, á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta; los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conoscidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasá-

semos, porque algunos dellos tomarian el trabajo de traer hasta allí los ramos y flores por que íbamos; y así, vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, hubimos de conceder lo que querian; y luego seis de los más mozos, apercebidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos. Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conoscido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida.

»No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecérseme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendia, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conoscer que era amor el que salteado me habia; y luego quisiera quejarme dél, si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy, vencida y enamorada, aunque con más confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay cuántas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle: «Perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro dia, porque te hago saber que ya tengo más experiencia del mal de que te quejabas, que tú mesma!»

»Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon; y debiólo de causar que todos los pas-

tores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que habia comenzado ántes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entónces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí más voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida; y puesto que yo estaba más suspensa que todos, escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atencion á lo que en sus versos cantaba, porque me tenia ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenia ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban; mas lo que él entónces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado; de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor.

»El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian, fué todo á un tiempo; los cuales, á quien de léjos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus árbores se movia, segun venian pomposos y enramados; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo to-

dos, con muestras de grandísimo contento y con muchos placenteros alaridos dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegría llegaron más presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traia cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales, con graciosas palabras, á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea; mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría, queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: «Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiado llevais de lo que á buscar veníades; pero ha de ser con condicion que de vuestra mano las deis á quien os pareciere.

»—Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta.» Y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo, que á lo último quedaba, y que allí deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: «Esta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros.»

»Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia; pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió vién-

dome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos el cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasion á los muchos ojos que allí habia, me dijo: « Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado: prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora.» Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de replicarle.

»Desta manera me volví al aldea, con tan diferente corazon del con que habia salido, que yo mesma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego de desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Yo no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro sér del que tenia; porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que ansí se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura; cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oidos su suave música y armonía; á ninguna parte movia los piés, que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera; en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenian; ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En conside-

rar la nueva Teolinda que en mí habia nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia y la noche ántes de la solemne fiesta, la cual venida, fué con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada.

»Y despues de acabadas en el templo las sacras oblaciones y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la más gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen, por honra de la fiesta, en algunos pastoriles ejercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principios á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crescida fuerza é industriosa maña en las intricadas luchas, ora ensayando la velocidad de sus piés en las largas carreras, procurando cada uno de ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en éstos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo

mesma me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba, sólo en considerar cuán bien habia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo esto, me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo ménos lo que de mí llevaba, que era el alma, que qué vida seria la mia en su ausencia, ó cómo podria yo aliviar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenia de quién, sino de mí mesma.

»Estando yo, pues, en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que habia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlo con ellos, si otra cosa de más gusto no se lo impidia. «Ninguna me le puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que más fuere vuestra voluntad; que puesto que la mia era por agora querer buscar á un hermano mio, que pocos dias há falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello.»

»Todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero más lo quedé yo, considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habíamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo: «Fulano bailó mejor que Fulano, puesto que el tal sabia más mudanzas que el tal; Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió más que Mingo.» Y al fin, fin, todas concluian que Artidoro, el pastor forastero, habia

llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias; las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban.

»Venida la mañana del dia despues de la fiesta, ántes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras de las más miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al són de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no léjos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entónces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mesmo prado hallásemos todos los pastores del lugar, y con ellos á Artidoro, los cuales, como nos vieron, acordando luego el són de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mesmo compas y baile nos salieron á recebir, mezclándonos unos con otros confusa y concertadamente; y mudando los instrumentos el són, mudamos el baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera, que no acertaba á dar paso concertado en el baile; tanto, que le convenia á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese, soltándome, el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dije: «¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que ansí la aprietas?» El me respondió con voz que de nin-

guno pudo ser oida : «Mas ¿qué te ha hecho á tí mi alma, que así la maltratas?

»— Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse.

»—Y áun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer el mal y te falte para sanarle.»

»En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me habia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él más que otro alguno lo debia hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que seria ingrato si encubrirla quisiese. Artidoro, agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haber puesto en mí sospecha aquellas palabras que ántes me habia dicho, los tomé tan en la memoria, que áun hasta agora no se me han olvidado; los cuales, aunque os dé pesadumbre oirlos, sólo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traido el amor al desdichado en que me hallo, os los habré de decir, que son éstos :

»En aspera, cerrada, escura noche,
Sin ver jamas el esperado dia,
Y en contino, crecido, amargo llanto,
Ajeno de placer, contento y risa,
Meresce estar, y en una viva muerte,
Aquel que sin amor pasa la vida.

»¿Qué puede ser la más alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
»Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es el vivir sin él amarga muerte.
»Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador; ántes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde pueda ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
»No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche:
Su risa sí llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida,
Y sólo festejar su alegre dia.
»¡Oh venturoso para mí este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dármela puede, ó darme muerte!
Mas ¿qué puede esperarse, si no es risa,
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?
»Vuelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crescido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

»Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no ménos satisfaccion de los que le escuchaban aquel dia, cantó mi Artidoro; de los cuales y de las razones que ántes me habia dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amo-

roso en el pecho de Artidoro habia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mesmo no me la certificase al volvernos al aldea.»

A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fué causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y así, vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba, atravesaban una multitud de perros, los cuales venian siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venia á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí, vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dar el espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar adonde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los cobdiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della habia querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venian; entre los cuales venia el padre de Galatea, por cuyo respecto ella, Florisa y Teolinda le salieron á rescebir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda, y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les habia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida

de no partirse por algunos dias de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. «Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera; y así por esto, como por no dejar imperfecto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais.» Galatea y Florisa la abrazaron, y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen.

En este entretanto, habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el márgen del claro arroyo tendido sus gabanes, y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y á sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia, comenzaba á fatigarles. En éstos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de Teolinda y de los otros pastores, hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamas el amor pudo hacer morada, y desto vivia él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condicion que tenia, era de los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venian se pararon á escuchar, por ver

si Lenio, como de costumbre tenia, alguna cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al són della comenzó á cantar lo que se sigue:

Un vano, descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria,
Sin sér, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa, do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raíces proprias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo;
Y el alma que en amor tal se complace,
Meresce ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que habeis oido, habian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro; y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal de amor á más de lo que era razon se extendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mesmo concepto de los versos que él habia cantado, al tiempo que ya llegaban Galatea, Florisa y Teolinda y los demas pastores, al són de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera:

Meresce quien en el suelo
En su pecho á amor no encierra,
Que lo desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor, que es virtud entera,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:

Y meresce el que su celo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo
De amor, que tal bien encierra,
Meresce no ver el cielo,
Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y así, el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni meresce ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el des-

amorado Lenio dejó de estar firme en su opinion; ántes queria de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él, á su parecer, sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el Venerable se llamaba, le dijo : «No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes; que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester más tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parescer. Guarda tus razones para lugar más oportuno; que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Palmas, donde con más comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones.

—La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio; que la mia no es sino sciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, más aparejado para este efecto.

—Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras tan enemigo.

—Engañado estás, oh Elicio, replicó Lenio, si piensas con afeitadas y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase.

—Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores que de sabios es mudar consejo.

—No niego yo eso, respondió Lenio, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, cuanto la tuya falsa.

—Si se castigasen los herejes de amor, dijo á esta sazon Erastro, desde agora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor enemigo que el amor tiene.

—Y áun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera.

—Pues ¿parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado?

—Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el más mínimo traspié da de ojos, y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera deste vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los más sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dejaron de serlo.»

Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió : «Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merescen otro castigo que palabras; mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres.

—Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarian de darme

temor tus amenazas; mas como sé que te quedas tan atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, ántes me causan risa que espanto.»

Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apénas podia usar su oficio.

Grande fué el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y más de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respecto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fué acabada, todos con regocijo se encaminaron al aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa, al són de la zampoña de Galatea, cantó este soneto:

Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el seco estío y el invierno helado
Abunde en yerbas verdes y aguas frias;
Pase en sueños las noches y los dias
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerías.
Este mil bienes del amor pregona;
Aquél publica dél vanos cuidados;
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las

cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa, que con Teolinda al aldea se fueron, y los demas pastores cada cual adonde tenia su cabaña. Aquella mesma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó donde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que, á su parecer, le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos dias se quedase; y así, el sin ventura pastor, abrazando á Elicio, con abundantes lágrimas y sospiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que estuviese; y habiéndole acompañado Elicio hasta media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con harto pesar del que Lisandro llevaba; y así, se volvió á su cabaña á pasar lo más de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera, que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento, como se verá en el segundo libro.

SEGUNDO LIBRO.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde, sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba; y así, se fueron á un pequeño jardin que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que entricadamente por unas redes de palo se entretejia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que ántes habia dicho, prosiguió diciendo:

«Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solemnes sacrificios, y por parecernos así mesmo que la solemnidad de la fiesta daba en alguna manera licencia para que, no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con más libertad nos holgásemos; y por esto todos los pastores y pastoras, en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien más gusto le daba. Ordenó, pues, la suerte y mi diligencia, y áun la solicitud de Arti-

doro, que sin mostrar artificio en ello, los dos nos apareamos de manera, que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino más de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respecto á lo que á sí mesmo y al otro debia. En fin, yo, por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: «Años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar más gusto.

»—Todo el que puedo esperar en mi vida, trocara yo, respondió Artidoro, porque fueran, no años, sino siglos, los dias que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que más contento me hagan.

»—¿Tanto es el que rescibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas?

»—No nasce de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras desta vuestra aldea.

»—Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya.

»—Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aquí sobran ; de manera que una sola que yo he visto, basta para que, en su comparacion, las de allá se tengan por feas.

»—Tu cortesía te hace decir eso, oh Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices.

»—Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras.

»—Quizá la miraste de léjos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser.

»— De la mesma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me

holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura.

»—No me pesara á mí ser la que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa.

»—Harto más, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras.

»—Pues ¿qué perdieras tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera?

»—Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder estoy incierto y temeroso.

»—Bien sabes hacer del enamorado, dije yo, oh Artidoro.

»—Mejor sabes tú enamorar, oh Teolinda, respondió él.»

»A esto le dije : «No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado.»

»A lo que él respondió : «De que yo no me engaño estoy bien seguro, y el querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte.

»—Esa te pagaré yo con la mesma, repliqué yo, por parecerme que no seria bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno.»

»A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dijo con voz alta : «Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta.» Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba dejaba de ser obedecido, luego los pasto-

res me dieron á mí la mano para que comenzase; y así, yo, sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro habia pasado, dí principio á este villancico:

»En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto,
Sino el honesto y secreto.

»Para llegar al süave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta,
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

»Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad;
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.

»Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado;
Y el que fuere enamorado
Jamas se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

»Cuanto una parlera lengua
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua
Y se libra deste aprieto
El que es honesto y secreto.

»No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oido; pero sé bien que se supo aprovechar dello Ar-

tidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo (puesto que me habló muchas veces), fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro habia prometido de estar en nuestra aldea, se habia de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado lo que despues fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, despues que mis ojos dieron licencia que los suyos amorosamente me mirasen, no estuvieron quédas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entónces por señas los ojos habian bien claramente manifestado. En fin, sabréis, amigas mias, que un dia hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entónces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus succesos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos dias, con alguna honrosa tercería, me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera,

por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre seria contento de recebirle por yerno.

»En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia, de poco ménos edad que yo, á nuestra aldea tornase, de otra donde algunos dias habia estado, en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion extraña; y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entónces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brío, si alguno tengo, que no sólo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana más áspera de lo que mi contento habia menester; pues por ser ella ménos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare.

»Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro dia más de lo que yo quisiera, y con las ovejas proprias que yo solia llevar, se fué al prado; y aunque yo quise seguirla, por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre

me detuvo todo aquel dia en casa, que fué el último de mis alegrías; porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella, con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: «No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni ménos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con más respecto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere.»

»Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática.

»—Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del Concejo, salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos, y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentado del enojo que, á lo que yo creo, en mi rostro mostraba, se llegó á mí, diciéndome: «¿Qué silencio es éste, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora?» Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas; añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros, que parecia que los traia estudiados.

»Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando; de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamas le hubiérades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera; de lo cual tomé tanto enojo, que apénas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merescia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas; y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque más sola os encuentre. Lo que deseo saber es, quién es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nasce que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros.»

»A vuestra mucha discrecion dejo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero al fin, disimulando lo mejor que pude, le dije: «La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llama la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas de ese pastor que dices; el cual es un forastero, que habrá ocho dias que está

en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto, dándose á entender que tiene granjeada mi voluntad; y aunque yo le he desengañado quizá con más ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito; y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin de ella, que mis palabras siempre le han significado.»

»Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedírseme pudiera, sólo por ir á ver á mi Artidoro y desengañarle del error en que habia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le habia dado, él no se desdeñase, y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese.

»Las largas noches del enfadoso Diciembre no dieron más pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella (puesto que era de las cortas del verano), segun deseaba la nueva luz para ir á ver á la luz por quien mis ojos veian. Y así, ántes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aún en duda si era de noche ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando más priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro; el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi adevinó el mal que le estaba guardado. ¡Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: «¡Ven,

bien mio; que yo soy la verdadera Teolinda, que más que á sí te quiere y ama!» sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oidas, me hizo tener más silencio del que quisiera; y así, despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté, cansada, al pié de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscado.

»Mas apénas habia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro allí fijadas; y levantándome con priesa á ver lo que decian, vi, hermosas pastoras, que era esto:

»Pastora, en quien la belleza
En tanto extremo se halla,
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.
»Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que vi,
Tras un dulce alegre sí,
Tan amargo y triste no;
Mas yo no fuera engañado
Si pusiera en mi ventura,
Así como en tu hermosura,
Los ojos que te han mirado.
»Pues cuanto tu gracia extraña
Promete, alegra y concierta,
Tanto turba y desconcierta

Mi desdicha, y enmaraña:
Unos ojos me engañaron,
Al parecer pïadosos.
¡Ay, ojos falsos, hermosos!
Los que os ven ¿en qué pecaron?
»Dime, pastora cruel:
¿A quién no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conoscido
Que con ménos que hicieras,
Dias há que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.
»Las letras que fijaré
En esta áspera corteza,
Crecerán con más firmeza
Que no ha crecido tu fe;
La cual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos,
Como bien fundada roca.
»Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada,
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin más rodeo,
Pues nunca fué mi deseo
Contrario á tu voluntad.
»Yo moriré desterrado,
Porque tú vivas contenta;
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado;
Porque en la amorosa danza,
Aunque amor ponga estrecheza,
Sobre el compas de firmeza
No se sufre hacer mudanza.
»Así como en la belleza
Pasas cualquiera mujer,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza;

Mas ya sé por mi pasion,
Que quiso pintar natura
Un ángel en tu figura,
Y el viento en tu condicion.
» Si quieres saber dó voy
Y el fin de mi triste vida,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.
» Que bien serás rigurosa,
Y más que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven pïadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido,
Si fuí vivo aborrecido,
Ser muerto y por tí llorado.

» ¿Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazon cuando claramente entendí que los versos que habia leido eran de mi querido Artidoro? Mas no hay para qué encarecérosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la cual desde entónces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto que perderla. Los sospiros que entónces dí, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. En fin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres y queridos hermanos, y dejar con la guardia de sí mesmo al simple ganado mio; y sin entremeterme en otras cuentas, más de en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias, aquella

mesma mañana, abrazando mil veces la corteza donde las manos de mi Artidoro habian llegado, me partí de aquel lugar, con intencion de venir á estas riberas, donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion, por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en ejecucion lo que en los últimos versos dejó escripto; que si así fuese, desde aquí os prometo, amigas mias, que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte, que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida.

»Mas ¡ay de mí! ¡y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues há ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado, y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo; y quiera Dios que cuando las sepa, no sean las últimas que sospecho.

»Veis aquí, discretas zagalas, el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que busco: si algunas nuevas sabeis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseais, que no me las negueis.»

Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien dellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni ménos dejaron con las más blandas y eficaces razones que pudieron, de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañía; quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan extraño engaño acabase un pastor, tan discreto como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y pro-

pósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí, mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle.

Con estas y otras razones, la pastora, algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento.

A esta sazon la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras, con el deseo y necesidad de reposo, se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fueron.

Mas apénas el claro sol habia con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele extenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apascentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al són de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda : «Si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo solemniza, haré lo que quieres, pues en ello, sin ir contra mi deseo, satisfaré el tuyo.»

Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo són Teolinda cantó este soneto :

Sabido he, por mi mal, adónde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño,
Y cómo amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado extraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño,
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y débil, se sustenta,
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
¡Oh firme comenzar, frágil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
Cómo acabais por términos la vida!

No habia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oido, cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera de un fresco valle el són de una zampoña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con más atencion gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al són de la zampoña, el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la música tan diestro.

A esta sazon dijo Teolinda : «Si los oidos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo ménos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fué nacido; y Damon, su íntimo y perfecto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de Leon

trae su orígen, y en la nombrada Mantua Carpentánea fué criado : tan aventajados los dos en todo género de discrecion, sciencia y loables ejercicios, que no sólo en el circúito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados. Y no penseis, pastoras, que el ingenio de estos dos pastores sólo se extiende en saber lo que al pastoral estado se conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dejar, Tirsi su dulce y querida Fili, y Damon su hermosa y honesta Amarili : Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña, bosque, prado, fuente ó rio, que de sus encendidos y honestos amores no tenga entera noticia.

—Deja por agora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores; que más nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos.

—Pues ¿qué diréis, replicó Teolinda, cuando veais que á todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de más que humano?»

Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mesmas iban, se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y extremado brío, de poco más edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que más parescian en su talle y apostura bizarros cortesanos que serranos ganaderos. Traia cada uno

un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien más sus pastoras eran aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no ménos vistosos y adornados que los pellicos; venian de verde laurel y fresca yerba coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos; no traian compañía alguna, y tan embebecidos en su música venian, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales, con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban:

DAMON.

Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,
De aquella luz con quien el alma dejas:
¿Cómo en són no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?

TIRSI.

Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma, en la partida
Dejando della la más alta parte,
¿De qué virtud ó sér será movida
Mi lengua, que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida?
Aunque muestro que veo, y oigo y siento,
Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.

DAMON.

¡Oh Tirsi venturoso, y qué invidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor más extremada!
A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza

La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerta, aunque más viva
Se te muestre, pastor; que es cual la vela,
Que cuando muere, más su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece,
Mi alma fatigada se consuela.

TIRSI.

El firme y puro amor jamas descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así que, en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio el amador perfecto,
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objecto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imágen viva al intelecto.
Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y exenta.
Y si ves que mi alma no sospira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.

DAMON.

Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili, cuando te partiste,
Del bien que así te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que vi al contrario de lo que tú viste.

TIRSI.

Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el extremo del mal de ausencia tiemplo,
Y alegre voy, si voy, si quedo ó vengo.
Que aquella que nasció por vivo ejemplo
De la inmortal belleza acá en el suelo,
Digna de mármol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.

La estrecha sujecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que sólo en la adorar pára y sosiega;
El tener deste amor conocimiento
Fili, y corresponder á fe tan pura,
Destierran el dolor, traen el contento.

DAMON.

Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la cual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura:
Yo, á quien los cortos implacables hados
Trujeron á un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados,
Bien es que muera; pues estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh más que el cielo, oh más que el sol hermosa,
Y para mí más dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa!
¿Cuál ábrego, cuál cierzo, cuál levante,
Te sopló de aspereza, que así ordenas
Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las ajenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.

TIRSI.

Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el pïadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado,
Tiempla con él el llanto, tiempla el duelo,
Considerando bien que no contino
Nos quema el sol ni nos enfria el hielo.
Quiero decir que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados,
Para darnos el bien, nuestro destino;
Que alguna vez por trances no pensados,
Léjos, al parecer, de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
Por los honestos gustos que algun tiempo
Amor te dió por prendas de victoria.

Y si es posible, busca un pasatiempo
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.

DAMON.

Al hielo que por términos me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores; pero no el gusto que las pastoras habian recebido en escucharle; ántes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse.

A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen : ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar, oyó Galatea que Tirsi á Damon decia : «Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merescen sus honestos y buenos deseos. Yo há muchos dias que no sé en qué términos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que más ahína debe de estar quejoso que satisfecho.

—No me maravillaria yo deso, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones el cielo enriqueció á Galatea, al fin fin la hizo mujer, en cuyo frágil

subjeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe y el que ha menester el que por ellas lo ménos que aventura es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio; y así, debe de andar el desdichado subjeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna, medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está más cierto el acortarla que el entretenerla.»

Hasta aquí pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba.

A este tiempo los dos bizarros pastores, con vagorosos pasos, poco á poco hácia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y ésta fué una de las causas por que ellos habian dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el són de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parándose Damon, trabó á Tirsi del brazo, diciéndole : «Espera y escucha un poco, Tirsi; que si los oidos no me mienten, el són que á ellos llega es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas, y conocerás si le tratas.

—No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio; que dias há que la fama me las tiene bien manifiestas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio.

—Bien dices, replicó Damon; mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél, de más cerca le escuchemos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser de ellos oida y áun notada.

Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba, por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los más ratos del dia en cantar y tañer se les pasaban; y á este punto, tocando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio:

Rendido á un amoroso pensamiento,
Con mi dolor contento,
Sin esperar más gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque contino en ella se presenta
De los lazos de amor libre y exenta.
Con los ojos del alma áun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
Y los del cuerpo quedan sólo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.
¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
¡Oh mano poderosa
De amor, que así pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste

De hacerme, cuando libre me burlaba
De tí, del arco tuyo y de tu aljaba!
¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
Me mostraste, tirano!
¡Cuánto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y áun quedaras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fué sola la que sola pudo
Rendir al golpe crudo
El corazon exento,
Y avasallar el libre pensamiento;
El cual, si á su querer no se rindiera,
Por de mármol ó acero le tuviera.
¿Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y más que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
Descubres cuanto bien encierra el cielo!
¿Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Esle tan fácil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien se anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó más el enamorado pastor, ni quisieron más detenerse Tirsi y Damon; ántes haciendo de sí gallarda é improvisa muestra, hácia donde estaba Elicio se fueron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegría le salió á rescebir, diciéndole: «¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la dés tan buena con tu pre-

sencia á estas riberas, que grandes tiempos há que te desean?

—No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, oh Elicio; cosa que yo estimo en tanto, cuanto es el deseo que dello tenia, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo.»

Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, rescibiéndole con mucha cortesía, le dijo: «Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y así, á mí, á quien tus escriptos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy más tener y tratar como verdadero amigo.

—Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama lo que la aficion que me tienes te hace decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser excusadas, cesen las nuestras en este caso, y dén las obras testimonio de nuestras voluntades.

—La mia será contínuo de servirte, replicó Elicio, como lo verás, oh Tirsi, si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apénas me deja con libertad de ofrecer el deseo.

—Teniendo, como tienes, el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que ménos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que

te hallas, porque yo te prometo que cuando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte más envidia que lástima.

—Bien parece, Damon, dijo Elicio, que há muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer ni tener experiencia de la condicion de Galatea; que si della tuvieses noticia, trocarias en lástima la envidia que de mí tendrias.

—Quien ha gustado de la condicion de Amarili, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon.

—Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ella, y oirás en otros, cómo andan en igual balanza su crueldad y gentileza; extremos que acaban la vida al que su desventura trajo á términos de adorarla.

—En las riberas de nuestro Henares, dijo á esta sazon Tirsi, más fama tiene Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo, se dice que es discreta; y si ésta es la verdad, como lo debe ser, de su discrecion nasce conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debrias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propria de los enamorados poco favorescidos.

—Razon tendrias en lo que has dicho, oh Tirsi, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviaran del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desden, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en sólo verle? ¡Ay,

Tirsi, Tirsi! ¡y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos! No sé yo cómo viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias, cuando cantabas:

»¡Ay, de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo más pobre y encogido!

con lo demas que á esto añadiste.»

Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia; pero viendo que de lance en lance, á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio y dijo: «Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condicion de los enamorados corazones, los cuales, como se gobiernan por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están subjetos; y así, tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas, ni ménos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

»La amarillez y la flaqueza mia;

donde claramente mostrabas el afligido estado que entónces poseias, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solemnizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo, comenzaban:

»Sale el aurora, y de su fértil mano.....

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y cómo con ellos suele mudar amor los estados, ha-

ciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy ríe. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero della otra cosa, si no es que se contente de que yo la quiera.

—El que no esperase buen subceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, oh pastor, respondió Damon, renombre más que de desesperado meresceria: por cierto que es gran cosa la que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear más de lo que has dicho?

—Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que della otra cosa se desee ni se espere, y áun ésta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razon rescebir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con más sosiego, si dello gustáredes, entendereis el desasosiego nuestro.»

Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas ántes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hácia el aldea se encaminaron.

Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo que tenia de saber si los dos

nuevos pastores lo hacian tan bien como dellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio que su rabel tocase, al són del cual así comenzó á cantar:

Ante la luz de unos serenos ojos,
Que al sol dan luz, con que da luz al suelo,
Mi alma así se enciende, que recelo
Que presto tendrá muerte sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad, puesto de hinojos.
¡Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
Antes el mesmo sol! de vos espero
Sólo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero,
Haced, oh rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas; y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al són de la cual este soneto dijo:

¡Ay, que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra y la enemiga mia!
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa el sano intento;
Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere, amor porfia?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra y mi enemiga bella,
Cada cual con su fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza; que áun sin ella,
Imposible es dejar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon, al són de la mesma zampoña de Erastro, desta manera comenzó á cantar:

Más blando fuí que no la blanda cera,
Cuando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili, esquiva y dura,
Cual duro mármol ó silvestre fiera.
Amor me puso entónces en la esfera
Más alta de su bien y su ventura;
Y agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimóse el amor á la esperanza,
Cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa;
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos, que por larga usanza,
Fortuna sabe bien que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi, al són de los instrumentos de los tres pastores, á cantar este soneto:

Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el más alto y rico estado
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nasció de sólo verte,
Hermosa Fili, oh Fili, á quien el hado
Dotó de un sér tan raro y extremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia
Si el condemnado el rostro del Rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho;
Así ante tu hermosísima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande con-

tento á quien la oia, y más ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo.

Desta suerte habian caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oirse el són de una arpa que dentro, al parecer, tañian; el cual oido por Erastro, dijo: «Deteneos, pastores; que, segun pienso, hoy oirémos todos lo que há dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita, habrá doce ó catorce dias, se ha venido á vivir una vida más áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años; y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto, y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las causas que le han movido á venir, de tan pocos años, á ponerse en tanta soledad y estrecheza.»

Lo que Erastro decia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mesmo deseo de conocerle que él tenia; y así, acordaron de llegarse á la ermita de modo, que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba ántes que llegasen á hablarle; y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al són de la arpa, el que estaba dentro semejantes versos decia:

Si han sido el cielo, amor y la fortuna,
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envio mis gemidos:
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡Oh riguroso hado!
¡Por cuán extrañas desusadas vias
Mis dulces alegrías
Han venido á parar en tal extremo,
Que estoy muriendo, y áun la vida temo!
Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento;
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida, á mi vivir esfuerza.
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar más larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa difícil tomé á cargo.
¡Oh discreto fingir de desvarío!
¡Oh nunca visto hecho!
¡Oh caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
Amor se me mostró por bien ajeno,
Y cuán avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á más nos obliga un firme amigo.
Injusta paga á voluntades justas
A cada paso vemos,
Dadas por mano de fortuna esquiva;
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,

Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra tí se vuelvan.
¿Por qué camino, con qué fraude y mañas,
Por qué extraño rodeo,
Entera posesion de mí tomaste?
Y ¿cómo en mi piadoso alto deseo
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
¿Juïcio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entré libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello siento tus cadenas?
Mas no de tí, sinó de mí, seria
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento, que dormia,
De la ocasion, con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera,
Aunque sólo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,
Timbrio y Nísida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
¿Cuál dura, inicua, inexorable estrella,
De mi daño enemiga,
Cuál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene así apartados?
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!
¡Cuán presto se convierte
En súbito pesar una alegría,
Y sigue escura noche al claro dia!
De la instabilidad de la mudanza
De las humanas cosas,
¿Cuál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza

Se lleva del que llora y del que rie;
Y ya que el cielo envie
Su favor, sólo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma, en fuego de su amor deshecha,
Y al que no, más le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen Señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su contino llanto.

Con un profundo sospiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no procedia, sin detenerse más, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo, sentado encima de una dura piedra, á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco buriel, con los piés descalzos y una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazon caia, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado; y por verle de esta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia.

Llegóse á él Erastro, y trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba; las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que le veian; y luego Erastro le dijo: «¿Qué es esto, señor? ¿Qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejeis de decirlo; que presente teneis

quien no rehusará fatiga alguna por dar remedio á la vuestra.

—No son ésos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos, comedido pastor, que me han hecho, ni áun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos más de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá más de lo que yo quisiera.

—Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga, pues él, á pesar nuestro, echa en las plazas lo más secreto de nuestros corazones.»

A este tiempo todos los demas pastores le rogaron que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida, que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban; y así les dijo:

«Puesto que á mí me fuera mejor, oh agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía, por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que ántes de contároslas la noche sobreviniese,

será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado; y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveido de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudiere, os haré ciertos de mis desgracias.»

A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decia, y poniéndole en medio dellos, con vagorosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea; y luego el lastimado ermitaño, con muestras de mucho dolor, desta manera al cuento de sus miserias dió principio:

«En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorescidos, nasció Timbrio, un valeroso caballero, del cual si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondria. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas, que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude, serle particular amigo, y fuéme el cielo en esto tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conoscian el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra contínua conversacion y amigables obras que tal opinion no fuese vana.

»Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entreteniéndonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la mesma ciudad. Llegó á

término la quistion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre los dos parentales se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo, dándole aviso que le hallaria en Italia, en la ciudad de Milan ó de Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese.

»Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenó más mi suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan falto de salud, que apénas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese; el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaria; y así se partió, dejándome con más pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí más el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino, y para que con más brevedad y más seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz, de partida para Italia, prestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una dellas, y con próspero viento, en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo, que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partirian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio; y no creo que debia de ser la media noche, cuando los ma-

rineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgo mar, y las velas al sosegado viento; y fué, como digo, con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fuí á tiempo, y así me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde, como ciudad más grande, podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello.

»Amanecióme en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efecto, aguardaba á que el dia más se levantase; y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle más principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: «Llegaos, señor, á aquella esquina; que á voz de pregonero sabréis lo que deseais.» Hícelo así, y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo y en mucho tumulto de gente, señales que alguno sentenciado á muerte entre ellos venia; todo lo cual me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el cual venia á pié, con unas esposas á las manos y una soga

á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la estrecha cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca, en todo el discurso de su vida, habia cometido cosa por donde públicamente meresciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban.

»Considérese aquí, si tanto la consideracion puede levantarse, cuál quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia : no sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo ajeno de todos mis sentidos, que una estatua de mármol debiera de parecer á quien en aquel punto me mirara. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertar en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con más que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: «¿Adónde está, oh Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pe-

cho? ¿Qué esperas ó qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasion presente? Procura, oh verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que, segun creo, aquí te es hecha.»

»Estas palabras mias, y el conocerme Timbrio, fué parte para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco, si los sacerdotes, de compasion movidos, no ayudaran su deseo; los cuales, tomándole en peso, á pesar de los que estorbarlo querian, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la sola mia de resistirlas; y con más ofensas que, á mi parecer, mi pecado merescia, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron.

»El atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio, aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, y luego, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la ejecucion.

»Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba, y segun yo despues supe, más alteracion le dió mi sentencia que le habia dado la de su muerte, y por librarme della, de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, ántes era añadir mal á mal y desgracia á desgracia, pues no seria parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida.

»No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la mesma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fuí avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, ántes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrio llevaban al amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fué, que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan, que por ciertas enemistades andaba en la campaña, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas; cosa ajena de toda cristiandad y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; ántes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil corteses ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca; que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia.

»No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél rescibidas. Fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente rescebidos fueron. Mas la fortuna, que hasta entónces con Timbrio se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, sólo para este efecto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, á quien tuvieron por un famoso salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar, sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin más averiguaciones le sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efecto, si el cielo, favorescedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice.

»Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando él de partirse aquella noche á Barcelona, y yo esperando en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, cuando con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello!

»Poco más de media noche seria, hora acomodada á facinerosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele en-

tregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: «¡Al arma, al arma; que turcos hay en la tierra!»

»Los ecos destas tristes voces, ¿quién duda que no causaron espanto en los mujeriles pechos, y áun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego, que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que en seguida con sigures ó hachas de duro acero las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salian cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada vírgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al

fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban al saco aquellos descreidos perros; los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desfloradas las vírgenes, muertos los defensores, más cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimiento alguno se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dejándole desolado y sin gente, porque toda la más parte se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido.

»¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quédas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que de tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y éstos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en són de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision y en libertad se pusieron, procurando cada uno, no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre, que me dijo que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas seria curado, y áun defendido, si de nuevo prender me quisiesen. Seguíle en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como despues supe, con algunas heridas se habia es-

capado; y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba, vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio; y que en fin, sin saber nuevas algunas, se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles.

»Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester habia, y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme reves alguno, llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fué tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con el ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, ántes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solemnizar las alegrías de su vista.

»Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo : «¡Ay, amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con más obligacion de serviros!» Palabras fueron éstas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él me replicó, sólo os diré que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aun-

que ella en Nápoles habia nascido : su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abatia.

»A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo, falto de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos : tal era el temor y reverencia que habia cobrado á la hermosa Nísida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y más, si más tuviera y pudiera; y así, usé de un artificio el más extraño que hasta hoy se habrá oido ni leido; y fué, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome, comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reia de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondia al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran príncipe, y que yo de nuevo venia á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansais de escucharme, diréos lo que entónces le canté, con ser la primera vez.»

Todos dijeron que ninguna cosa les daria más contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que así, le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles.

«Pues esa licencia me dais, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir cómo comencé á dar muestras de mi locura, que fué con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decia:

»De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

»No se ve en la edad presente,
Ni se vió en la edad pasada,
República gobernada
De príncipe tan prudente;
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

»Del que trae por bien ajeno,
Sin codiciar más despojos,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno;
Del que lo más deste suelo
Es lo ménos que hay en él,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

»La liberal fama vuestra,
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra;
Del que no discrepa un pelo
De ser al cielo fiel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

»Del que con cristiano pecho
Siempre en el rigor se tarda,
Y á la justicia le guarda
Con clemencia su derecho;
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

»Estas y otras cosas de más risa y juego canté entónces á Timbrio, procurando acomodar el brío y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fuí conocido de toda la más gente principal de la ciudad, y la fama del truhan español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin, no me pude excusar que un dia de un banquete allá no fuese, donde vi más cerca la justa causa que Timbrio tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vi á Nísida, á Nísida vi, para no ver más, ni hay más que ver despues de haberla visto. ¡Oh fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! Y ¿es posible que en un punto, en un momento, los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra? ¡Ay, que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nísida, el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimiento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí habia nascido, no nasciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor

camina ó vuelve atras en los enamorados principios... En fin, vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla siempre, procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mí posible. Y rogándome un caballero que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos dias ántes para otra ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran éstos:

»Nísida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos, dió al suelo
Una imágen y traslado
De cuanto encubre su velo:
Si él no tuvo más que os dar,
Ni vos más que desear,
Con facilidad se entiende
Que lo imposible pretende
Quien os pretende loar.
»Desa beldad peregrina
La perfeccion soberana,
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina;
Y diga: «Bien se conviene
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el más hermoso
Velo que el mundo hubo ó tiene.»
»Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella más luciente,
Que ya no da luz ante ellos:

Como quien puede y se atreve,
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas;
Que lo más perfecto dellas
A tus mejillas se debe.
»De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y armonía celestial;
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

»Con estas y otras cosas que entónces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningun dia dejase de visitarlos; y así, sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primero disignio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenia, determiné ver á dó llegaba la ventura de Timbrio, que sólo de mi solicitud la esperaba. Mas ¡ay de mí! que yo estaba entónces más para pedir medicina para mi llaga, que salud para la ajena; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nísida habian hecho en mi alma tal efecto, que no estaba en ménos extremo de dolor y de amor puesta que la del lastimado Timbrio.

»A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que

podia sentir un corazon á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud ajena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que más la mostraban eran los padres de Nísida, y áun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della.

»¡Ay (decia yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacia), y con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible, imposible seria que le acetase.» Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo cual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de ménos años, aunque no de ménos discrecion y hermosura que Nísida), estaban maravilladas; y con más deseo de saber el orígen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese.

»Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efecto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado, una vez que acaso Nísida y su hermana solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije: «No penseis, señoras, que el silencio

que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con él venir á términos de conoceros y como criado serviros : sólo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para más de daros lástima, viendo cuán léjos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabréis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el más liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda; el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas quistiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que un solo enemigo que él mesmo, sin saber cómo, aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que éste es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderá el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y áun son pocas, segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que desearéis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo; pero tambien sé que en diciéndoosle, no os maravillaréis sino de cómo ya no le tiene consumido y muerto. Su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas : este fiero

enemigo tomó posesion de sus entrañas. En entrando en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura, mas tan principal y honesta, que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento.»

»A este punto llegaba yo, cuando Nísida me dijo: «Por cierto, Astor (que entónces era éste el nombre mio), que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recien nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco de estos amorosos efectos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él, qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte, que él mesmo se procura callando? Y no seria bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho. Pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime: ¿llamarias tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Así que, Astor, perdóname; que las obras de ese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das.»

»Cuando yo oí á Nísida semejantes razones, luego, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar más sola y mejor

coyuntura, y así le respondí : «Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no ménos de risa que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su proprio sér, que la memoria sólo sirve de tesorera y guardadora del objecto que los ojos miraron, y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama, y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen; y así, los ojos ven como por espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores : ora cresce la esperanza cuando son favorescidos, ora el temor cuando desechados; y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimo el objecto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera, que no les diga amor allá dentro en el alma : «¿Quién sabe? Podria ser;» y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aquí nasce andar entre el temor y osar el corazon del amante tan afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mesmo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mias ha escripto una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la viese, y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria : encargóme así mesmo que buscase órden de ponerla en manos de su señora; que creo será imposible, no porque yo no me aventure á ello, pues lo ménos que aventuraré será la vida por ser-

virle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla.

»—Veámosla, dijo Nísida, porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos.»

»Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias ántes estaba escripta, esperando ocasion de que Nísida la viese; y ofreciéndome la ventura ésta, se la mostré; la cual, por haberla yo leido muchas veces, se me quedó en la memoria; cuyas razones eran éstas:

TIMBRIO A NISIDA.

«Determinado habia, hermosa señora, que el fin desastra»do mio os diese noticia de quién yo era, pareciéndome ser »mejor que alabárades mi silencio en la muerte, que no que »vituperárades mi atrevimiento en la vida; mas porque ima»gino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gra»cia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio »de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que »vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal, que á po»der significarle, no procurara su remedio, pues por peque»ñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extre»mado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad »espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte »para nunca más ofenderos.»

»Con mucha atencion estuvo Nísida escuchando esta carta, y en acabándola de oir, dijo: «No tiene de qué agraviarse la dama á quien esta carta se envia, si ya, de puro grave, no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta ciudad; pero, con todo eso, no

dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho, no se puede esperar más mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para más animarte, te quiero asegurar que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida; porque entónces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene, lo cual seria al reves si viese que de nadie era solicitada.

»—Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor que el atreverme á darla, por lo ménos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio.

»—No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar tú la sentencia que áun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo; que no es riguroso trance de batalla éste á que te aventuras.

»—Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respondí yo, que en ese término me viera; que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la ajena culpa meresce; pero con todos estos inconvinientes, pienso seguir, señora, el consejo que me has dado, puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora; y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envia, me dés alguna respuesta que lleve á Timbrio, para que con este engaño él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer.

»—De mal artificio quieres usar, respondió Nísida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ajeno alguna blanda ó esquiva respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí más quejoso que satisfecho? Cuanto más, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quién es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa tal, que él quede contento por agora; y puesto que despues las cosas sucedan al reves de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira.

»—Eso no me lo mandes, oh Nísida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta : basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura; que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nascidas.

»—No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su proprio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo, sin faltar punto, y cómo leyó su carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conoscido della que cuando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte rescibirá él al-

gun alivio en su trabajo, y despues, al descubrir tu intencion á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora.»

»Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y áun no sin sospecha de la verdad de su artificio; y así, besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere le habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me habia sucedido, que fué parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y á desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entónces le tenian ofuscado; y todo este gusto se le acrescentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian.

»Una cosa se me ha olvidado de deciros: que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias; y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con todo esto, no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse?

»Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la habló, que en favor de Timbrio no fuese; encubriendo siempre, con más que ordinaria discrecion, la pena propria por remediar la ajena. Sucedió, pues, que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre; y así, una noche, pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, sólo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré de decir, que eran éstos:

»¿Que laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
O ¿cuál hado me trajo á ver la tierra
Que ha de servir de sepoltura mia?
O ¿quién reducirá mi pensamiento
Al termino que pide un sano intento?
»Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida,
Sin que me acobardara el crudo hecho,
Yo fuera de mí mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza, y cresce el fuego.
»Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas,

Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.
»Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera;
Mas aunque nunca acabe, y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era
Mi limpia fe, más firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.
»Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el pïadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ajeno, y á sí mismo ofende.
»Socorre, oh blando amor, levanta y guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva tu osadía,
Facilitar la más difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura,
Hasta llegar á la mayor ventura.

»El estar tan trasportado en mis contínuas imaginaciones fué ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados; el cual, así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nísida, segun se podia colegir de mi canto; y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamien-

tos, no alcanzó la de mis deseos; ántes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella mesma noche, é irse adonde de ninguno fuese hallado, sólo por dejarme comodidad de que solo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado y me dijo: «Acudid, señor Silerio; que Timbrio, mi señor y vuestro amigo, nos quiere dejar y partirse esta noche, y no me ha dicho dónde, sino que le apareje no sé qué dineros, y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le ha venido despues que estuvo escuchando no sé qué versos que poco há cantábades; y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo ántes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito.»

»Con extraño sobresalto escuché lo que el paje me decia, y fuí luego á ver á Timbrio á su aposento; y ántes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho, boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos sospiros, y con baja voz y mal formadas razones, me pareció que éstas decia: «Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merescido, y no quieras, por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo; que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena

obra con dar lugar á que sin el impedimiento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento. De una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es, que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡Oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto; mas, pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy ménos amigo de Silerio que él lo es mio; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma...» Y luego, con mucha furia, se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándome allí, me dijo: «¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo?

»—Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera ménos no me pesara.»

»En fin, por no cansaros más, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y dí á entender ser su imaginacion falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era de Nísida, sino de su hermana Blanca; y súpelo decir esto de manera, que él lo tuvo por verdadero; y porque más crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias ántes yo mesmo habia hecho á otra dama del mesmo nombre, y díjele que para la hermana de Nísida las habia compuesto; las cuales vinieron

tan á propósito, que aunque sea fuera dél decirlas ahora, no las quiero pasar en silencio, que fueron éstas:

»¡Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion más que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma, en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.
»Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio, en lágrimas deshecho,
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mio encierra;
Que ésta será tan caudalosa paga,
Que á cuanto mal padezco satisfaga.
»Blanca sois vos, por quien trocar querria
De oro el más finísimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del más alto estado:
Pues esto conoceis, oh Blanca mia,
Dejad ese desden desamorado,
Y haced, oh Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.
»Puesto que con pobreza tal me hallara,
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuérades vos, no me trocara
Por el más rico que en el mundo hubiera;
Y si mi sér en aquel sér tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres blancas buscase,
A vos, oh Blanca, entre ellas os hallase.»

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el són de muchas zampoñas y acordados caramillos que á sus espaldas se oia; y volviendo la cabeza, vieron venir há-

cia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demas pastores, andando con el mesmo paso y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra.

Luego que Elicio los vió, conosció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las cuales así mesmo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia el aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso.

Silerio lo prometió, y á esta sazon llegó el monton alegre de pastores, los cuales conosciendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon, sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y reiterando la música y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino, y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oidos el són de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la extremada condicion suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando, hácia ellos se vino:

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría

Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.
  Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
Desta furia cruel, deste tormento.
  Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.
  Deste tal las corderas,
Antes que venga la sazon madura,
Serán ya parideras,
Y en la peña más dura
Hallarán claras aguas y verdura.
  Si estando amor airado
Con él, pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.
  Y en tanto del encienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo:
  «¡Oh cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que, por servirte, amor le ofende.
  »No lleve este tirano
Los despojos á tí solo debidos;
Antes con larga mano
Y premios merescidos
Restituye su fuerza á los sentidos.»

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los pastores cortésmente rescibido; el cual, como oyese nombrar á Da-

mon y á Tirsi, á quien él sólo por fama conoscia, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo:

«¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las veras de vuestros celebrados escriptos? Pero pues ya estais héticos de amor, enfermedad, al parecer, incurable, puesto que mi rudeza con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos.

—Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merescen más gloria y alabanza que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudieran.

—No más, Tirsi, no más, replicó Lenio; que bien sé que contra tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones.

—Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni áun burlando la contradijeran; y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni áun tenga por buenas tus intenciones.

—Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, oh Elicio; si no, dígalo el aire, á quien contino acrescientas con sospiros, y la yerba destos prados, que va cresciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro dia en las hayas de aquel bosque escribiste; que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vituperas.»

No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conoscida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro.

Llegaron, y fueron de los pastores con alegre acogimiento rescebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento rescibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al són de la cual, con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos:

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud ni libertad.
Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los vi,
Y cada vez que los veo,
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma, que les dí.
Ya no tengo más que dar,
Ni imagino más que dé,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos, do el bien sobra,
Lo pusieren en la obra,
Y no en la sana intencion.

Aunque durase este dia
Mil siglos, como deseo,
A mí, que tanto bien veo,
Un punto pareceria:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Miéntras miro la beldad
De la vida por quien muero.
En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura, hermosa;
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fénix la renueva.
Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está y allí se encierra,
No en manos, no en poderíos,
No en pompas, no en señoríos
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los más con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella mesma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

TERCERO LIBRO.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte donde, sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera:

«Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedia, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así, yo, olvidado del mio, no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba.

»Algunos dias se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba,

y si su dama tenia ya alguna noticia dellos; á lo que yo le dije que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia.

»Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo, como mejor pude, le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era de suerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, sólo por tener lugar de decirle lo que le decia; añadiendo á éstas otras razones, que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entónces por palabras lo que despues con obras no pudo tener encubierto; ántes con gravedad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo más temia: sólo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese más cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentido hábito no se descubriese.

»Conclusion fué ésta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nísida daria oidos á las quejas de Timbrio. ¿En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entónces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento?

Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ajeno, el proprio mio se acababa. ¡Oh fuerza poderosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! Pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma, vivieron y resucitaron en la de Timbrio cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni ménos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa; hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él habia agraviado en Jerez), deseoso de satisfacer su honra, le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del estado del Duque de Gravina, dándole término de seis meses desde entónces hasta el dia de la batalla; el cuidado deste aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia, ántes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, cuanto á su valor era obligada.

»Acercándose ya el término del desafío, y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada, determinó de partirse, y ántes que lo hiciese escribió á Nísida una carta tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos me-

ses atras y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir que así decia:

TIMBRIO A NISIDA.

»Salud te envia aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
»El nombre aborrescible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones,
Escriptos con mi sangre de uno en uno.
»Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turba, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
»Entre un ardiente osar y un frio miedo,
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Miéntras ésta rescibes triste quedo,
»Por ver que en escrebirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
»El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mesmo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.
»El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquel que no adorara
De un ángel bello el sin igual trasunto?
»Mi alma tu belleza, al mundo rara,
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
»Allá en el alma tuya un paraíso
Fué descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
»Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
»¡Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no ménos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!
»En deuda soy á mi fatal estrella,

Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
»Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
»Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.
»Dicen que no hay amor sin esperanza:
Pienso que es opinion; que yo no espero,
Y del amor la fuerza más me alcanza.
»Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza,
Que fué la red que amor tendió primero
»Para atraer con rara subtileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso ñudo y su estrecheza.
»Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,
»Que mira, no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho,
»Ni aquel pecho, á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa más adentro,
Ni de marfil el cuello peregrino;
»Sino del alma el escondido centro
Mira y contempla mil bellezas puras,
Que le acuden y salen al encuentro.
»Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfecta no anda á escuras.
»Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.
»Y en esta subjecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merescimientos.
»Aro en el mar y siembro en el arena,
Cuando la fuerza extraña del deseo
A más que á contemplarte me condena.

»Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
»Ofrecense por esto inconvinientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
»Conozco lo que al alma le conviene;
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.
»Mas ya, Nísida bella, al paso vengo
De mí con mortal ánsia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
»El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
»Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento desta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
»Otro más duro trance, otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbara mi triste fantasía,
»Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Así como al contrario puedo verte.
»La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Cual de mi desventura ha sido hecha.
»Por esta corre airada y presurosa
La muerte, en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
»Por aquella mi bien va de vencida,
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
»A terminos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,
»Sólo por ver que el fuego en que me quemo
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.
»Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quien no temerá mi flaca mano,

Aunque más la acompañe esfuerzo y arte?
»Pero si me ayudaras, ¿qué romano
O griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?
»Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatara.
»Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro, do no hay bien con que se acierte.
»Que si, como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna
En la difícil cumbre sustentarla,
»Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
»Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan extraños términos me hace,
»Sólo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nísida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien rescibo.
»Con más facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
»Que no las ánsias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza,
Sin haberte ofendido, me condena.
»No midas tu valor con mi bajeza;
Que ya al respecto de tu sér famoso
Por tierra quedará cualquier alteza.
»Así cual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al más subido término amoroso.
»Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, ántes me parece
Que debria de ser remunerado.
»Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
»Quisiérate pedir, Nísida, cuenta

De un alma que te dí : ¿dónde la echaste?
¿O cómo, estando ausente, me sustenta?
»¿Ser señora de un alma no aceptaste?
Pues ¿qué te puede dar quien más te quiera?
¡Cuán bien tu presuncion aquí mostraste!
»Sin alma estoy desde la vez primera
Que te vi por mi mal y por bien mio;
Que todo fuera mal si no te viera.
»Allí el freno te dí de mi albedrío;
Tú me gobiernas, por tí sola vivo,
Y áun puede mucho más tu poderío.
»En el fuego de amor puro me avivo
Y me deshago, pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida rescibo.
»En fe desta mi fe, te pido y ruego
Sólo que creas, Nísida, que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
»Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida, y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.
»Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder, que es todo uno,
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser más importuno.

»No sé si las razones desta carta, ó las muchas que yo ántes á Nísida habia dicho, asegurándole el verdadero amor que Timbrio la tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos, que así lo tenian ordenado, movieron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese: «¡Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mia has querido granjear la de tu amigo! Hagan los hados, que á este punto me han traido, con las obras de Timbrio, verdaderas tus palabras; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace para que no le

tenga más encubierto; mas ¡ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla en ella y acabar mi vida.»

»Confuso me tenian estas palabras de Nísida, y más el sobresalto con que las decia; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no sólo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella encubierta, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla.

»Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo; y áun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende, no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio; y esto fué parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nísida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dejar de creerme, y que sólo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo; y respondiéndole yo ser eso imposible

sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió, para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansí mesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaria en una casa de placer, donde sus padres habian de posar, que media legua estaba de la villa donde se habia de hacer el combate, y que allí esperaria su buena ó mala suerte, segun la tuviese Timbrio. Mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo y volviese á darle las nuevas, y si fuese vencido, que no la atase; y así ella sabria por la señal de la toca desde léjos el principio de su contento ó el fin de su vida.

»Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza y el mayor contento que jamas tuve; mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio, el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciéndole que en ser favorescido de su señora, áun la mesma muerte contrastar no le podria.

»Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia, porque fueron tales, que mostraba estar fuera de seso

tratando en ello. Esforzado, pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un principal caballero español y otro napolitano. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nísida y llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca; y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho; y así, las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna.

»Pocos dias faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y sus padres, habiendo llegado primero ella, acordándome muchas veces que no se olvidase nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi desgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nísida me habia dicho, cuanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo ménos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo.»

Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, cuando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor que entre unos árboles cantando estaba, y no tan léjos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte, que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, ántes rogó á los demas pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo.

Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: «Poco se perderá, pastores, en escuchar al des-

dichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento.

—¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? Pero en fin han podido más con los padres de Silveria las riquezas de Daranio que las habilidades de Mireno.

—Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria más habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno; cuanto más, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada.»

Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así, rogó Silerio que más no se hablase, y todos con atento oido se pararon á escucharle; el cual, afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho, se habia salido de su casa, acompañado de sólo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pié de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

¡Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa diz, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces!
Si acaso no careces

De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago,
Y sabes cuánto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo;
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima fuera.
Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en ajena mano
Ha puesto el bien que tuve merescido.
Será el fruto cogido,
Que sembró mi amoroso pensamiento
Y regaron mis lágrimas cansadas,
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merescimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.
Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tornado su bien en mal contino,
¿Por qué no acaba la enojosa vida?
¿Por qué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte;
Y así, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place
Que el dolor haga lo que el hierro hace.
Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ajeno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida, á mi pesar, á la memoria.
Mas ¡qué! si por la historia
De mis pasados bienes la paseo,
Y miro bien que todos son pasados,

Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo;
Ella será más parte
Para que della y del vivir me aparte.
¡Ay, bien único y solo al alma mia,
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea!
¿Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste,
Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de ajenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir, de tu cabello
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.
Nadie por fe te tuvo merescida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo,
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo, que por mi mal sólo poseo
La voluntad de hacellas,
¿Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?
En tí pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantaras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu proprio querer tan ajustada,
Que si la conoscieras, la estimaras;
Pensé que no trocaras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza, de cuidados llena:

Entregástete al oro,
Por entregarme á mí contino al lloro.
  Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma,
Aquel te loa que jamas te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora;
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y así, por no encontrarte, el pié retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos:
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mujeriles pechos codiciosos;
Tú jamas perfecionas
Con amor el valor de las personas.
  Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista más aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y más que la firmeza de un amante
Acabará un diamante,
Cuya dureza vuelve un pecho cera,
Por más duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.
  De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfecciones
Con una avara muestra has afeado:
Tanto del oro te mostraste amiga,
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¡que te has casado!
¡Casádote has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias
Injustas no rescibas justa paga.
Mas ¡ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que escuchándole estaban, principalmente á los que le conocian, y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedírselo, él comenzó á seguir, diciendo:

«Llegado, pues, el dia del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua ántes de la villa, en unos jardines, como conmigo habia concertado, con excusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó no, ella entendiese el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéselo yo á prometer, agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto, me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba.

»Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en el estacado, al temeroso són de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo más cierto, que á Timbrio favorescia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus piés herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el

desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era más fácil á él, y de ménos daño, pasar por mil muertes que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni ménos que se confesase por rendido : sólo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él; lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes, que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apénas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increible y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nísida.

» Pero ¡ay de mí! que el descuido de entónces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mia! ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida, que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron. Cuando ya yo llegué, hallé á toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor

me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél, no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ánsias de mi fatiga de las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido más otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto que de un agudo parasismo habia quedado muerta.

»Debió de oir esto Timbrio, y debió de quedar cual yo quedé, si no quedó peor : sólo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púseme luego en camino para seguirle; y ántes que á Nápoles llegase, tuve nuevas de que Nísida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y sospiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con más contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fué así, porque el caballero con quien él habia venido me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte; sólo imaginaba que segun le vió triste y malencólico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron éstas que me tornaron á mis primeras lágrimas; y áun no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nísida sin ella y sin su hermana, las cuales, segun supe y segun era pública voz, en-

trambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese dellas nueva alguna.

»Tan confuso quedé con esto, que no sabia qué hacerme ni decirme; y estando puesto en esta confusion tan extraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta, en una gruesa nave que para España iba, se habia embarcado; y pensando que podria ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado, sin hallar dél rastro alguno. Finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas.

»Viéndome, pues, yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merescen; y así, he escogido este hábito que veis y la ermita que habeis visto, adonde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero; puesto que, como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al són de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga, y se acuerde de llamarme á mejor vida.

»Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejeis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos, que ninguna cosa me da más gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que paso y el mal que sostengo.»

Acabó con esto Silerio su cuento, pero no las lágrimas con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con más contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debia esperar que no consintiria que la falsa nueva de la muerte de Nísida á noticia de Timbrio con más verdadera relacion no viniese ántes que la desesperacion le acabase; y que de Nísida se podia creer y conjeturar que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca; y que si entónces la fortuna por tan extraños accidentes los habia apartado, agora por otros no ménos extraños sabria juntarlos.

Todas estas razones, y otras muchas que le dijeron, le consolaron algo, pero no de manera, que despertasen en él la esperanza de verse en vida más contenta; ni áun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido era la que más le convenia.

Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el cual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apénas habia dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos

los más pastores del aldea, y cada cual, como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su tamborino y flauta les daba la madrugada; acullá se oia la regocijada gaita, acá sonaba el acordado rabel; allí el antiguo salterio, aquí los cursados albogues; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes, quién pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla; de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Sólo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza; el cual, habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto al aldea estaba, y allí, sentándose al pié de un antiguo fresno, puesta la mano en la mejilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y cuán sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera, que con lágrimas no le acompañara.

A esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio y Erastro se levantaron, y asomándose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos fué en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia; y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogara que le dejaran ir á él solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él, más abiertamente que

con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí y tan en su dolor trasportado, que ni le conoció Mireno, ni le habló palabra; lo cual visto por Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen; los cuales, temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extraño embelesamiento, sino fué que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á decir:

«¿Tú eres Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno, y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ó ¿quién eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo ménos la Silveria que ser debias y yo pensaba que fueras.» A esta sazon alzó los ojos, y como vió al rededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole: «¡Ay, verdadero amigo mio! y cómo agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veias favorescido; pues si entónces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado, y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que ahora puedes darme; yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela más la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado.

—Confuso me tienes, oh Mireno, respondió Elicio, de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido.

—Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconviniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que al amor debia; de do vengo á considerar, oh Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse, y si fué fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme; y ofréceme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, si no es con dejar en sus manos la vida.

—No está en términos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella ahora como entónces á tus buenos y honestos deseos.

—Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada.

—Esta mesma razon que has dicho te condena, respondió Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado.

—Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba ; y sólo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño; ántes, temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, si conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpétua desgracia con sus padres y parien-

tes; y debajo deste seguro y prometimiento, faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta, ó que corazon que tal sufra?»

Aquí tornó Mireno á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzar. Pesábales á los pastores de dejar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y áun Mireno dijo á Elicio que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con esto, se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza; el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escriptos estos versos:

MIRENO A SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo más de cuanto tenia,
Pastora, agora te envia
Lo menos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en el.

Pero poco al caso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas;
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.
Tiempo fué ya que escucharas
El cuento de mis enojos,
Y áun si lloraran mis ojos,
Las lágrimas enjugaras:
Entónces era Mireno
El que era de tí mirado;
Mas ¡ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!
Si durara aquel engaño,
Templárase mi desgusto,
Pues más vale un falso gusto
Que un notorio y cierto daño;
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.
Tus palabras lisonjeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de véras:
Los bienes con su apariencia
Crescieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.
Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno,
Y que un desden acarrea
Y un olvido, en un momento,
Desde la gloria al tormento,
Al que en amar no se emplea.
Con tanta presteza has hecho

Este mudamiento extraño,
Que estoy ya dentro del daño,
Y no salgo del provecho;
Porque imagino que ayer
Era cuando me querias,
O á lo ménos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.
Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas
Y razones amorosas
Aun me suena en el oido.
Estas memorias suaves
Al fin me dan más tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.
¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias
Si á Mireno no querias
Sobre todo cuanto amabas?
¿Eres tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?
¡Oh, qué títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte;
Que estimo más el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.
Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.
Y áun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,

Y el haberme así olvidado,
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.
Mas en fin tu gusto fué
Gusto, pero no fué justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe;
La cual, por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.
Quien esto vendrá á entender,
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, mujer,
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.
Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.
Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable sér,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana;
Y así, por extraña cosa,
Dirá aquel que de tí hable:
«Hermosa, pero mudable;
Mudable, pero hermosa.»

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con

cuánta presteza la mudanza de Silveria le habia traido á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese.

Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas de Tajo en muchos tiempos se habia visto; que por ser Daranio uno de los más ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la más pastoría de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron, fueron el triste Orompo, el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsilo, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, á quien él por único bien suyo tenia, y al desesperado Marsilo el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba.

Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba; ántes en dolorosa competencia muchas veces se habian juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia que su dolor á cualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado; y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir, tal dolor pade-

cian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia. Por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas del Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos; y viéndolos allí juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables rescibimientos: principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon, hasta allí dellos solamente por fama conocidos.

A esta sazon salió el rico pastor Daranio, á la serrana vestido: traia camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaragüelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una cuarteada caperuza. No ménos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argentería (invencion de Galatea y Florisa, que la vistieron), garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos y sortija de oro, y sobre todo, su belleza, que más que todo la adornaba. Salió luego tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras, que por honrar las bodas, á ellas habian venido, entre las cuales tambien iba Teolinda, con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi, por no ser dellos conocida; y luego las pastoras, siguiendo á los pastores, que guiaban, al són de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron; en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino más que la larga pere-

grinacion de Ulíxes; y con el contento de verla, iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dijo:

«¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho?

—Todo eso he podido ver, oh Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra.

—Bien dices, dijo Erastro; pero todavía no me podrás negar que á no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada, y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo.

—No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamente con esto, te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que á Galatea querias; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza, donde quiera que está, trae consigo el hacer desear: así que, á este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con sólo desear el cielo, le tuviéramos merescido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que la hermosura sea una principal parte para

atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último fin suyo, sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva; y éste se puede llamar aún en las cosas de acá perfecto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado, como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas á aquellos que, sin moverles otro interese alguno de temor, de pena ó de esperanza de gloria, le quieren, le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado; y ésta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, cuando no se quiere más de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento; porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y así amamos lo uno y aborrecemos lo otro, y este tal amor no meresce premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, oh Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo, sin pasar adelante á querer su virtud, su acrescentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres.»

Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender cómo no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el són de la zampoña del desamorado Lenio, el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio y regocijar la fiesta con su canto; y así, puesto delante de los desposados, en tanto que al templo llegaban, al són del rabel de Eugenio estos versos fué cantando:

Desconocido, ingrato amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras,
Pones al alma libre mil prisiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de Himeneo
Rindiere á nuevo ñudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza;
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
¡Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos,
Do el yugo conyugal á dos anida:
Enciérrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Y vayan á gozar, como se espera,
De la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio;
Vuela más alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si no las rindes con mejor intento
Al dulce de Himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia celosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido amor, nunca escuchadas

Fueron de tí plegarias de tu amigo,
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuánta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa, cosa que jamas le habian oido decir; mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba encolerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así, llegados al templo, y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpétuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente.

Vueltos, pues, los desposados del templo con la mesma compañía que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parescia, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol, en todo aquel circúito, no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con mu-

chas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí, pues, con general contento de todos, se solemnizó el generoso banquete al són de muchos pastorales instrumentos, sin que diesen ménos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que más autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mesmo lugar, con mucha presteza hicieron un tablado, para efecto de que los cuatro discretos y lastimados pastores, Orompo, Marsilo, Crisio y Orfenio, por honrar las bodas de su amigo Daranio y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian allí en público recitar una égloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores habian compuesto. Acomodados, pues, en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro fué el triste Orompo, con un pellico negro vestido y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte. Venia con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmatura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones:

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas, con muerte mezcladas,
Y si los sospiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:

El aire os impide, que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos;
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.
Poco perderéis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto subjecto
Por quien en estilo grave y perfecto
Hablábades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuistes por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas
Seréis de la tierra y del cielo tenidas.
Pero aunque salgais, palabras, temblando,
¿Con cuáles podréis decir lo que siento,
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintando?
Mas ya que me falta el cómo y el cuándo
De significar mi pena y mi mengua,
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos, contino llorando.
¡Oh muerte, que atajas y cortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henares y al Nilo!
¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo crüel? ¿Por qué, á mi despecho,
Probaste en el blanco y más lindo pecho,
De tu fiero alfanje la furia y el filo?
¿En qué te ofendian, oh falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
¡Oh mi enemiga, y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que más teme tus males tamaños.
En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crescida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir há poco que gusta:
Mas esa tu hoz, que todo lo ajusta,

Y mando ni ruego jamas la doblega,
Así con rigor la flor tierna siega,
Como la caña ñudosa y robusta.
Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu sér, tu valor, tu fuerza, tu brío,
Tu ira, tu mando y tu señorío,
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura,
Este bïen todo con ella encerraste.
Sin ella en tiniebla perpétua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga,
Que es insufrible á mis hombros su carga;
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quién espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.
¡Oh vos, que sentis qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus bríos,
Veréis que los vuestros son mucho menores:
¿Dó estais agora, gallardos pastores?
Crisio, Marsilo y Orfenio, ¿qué haceis?
¿Por qué no venis? ¿por que no teneis
Por más que los vuestros mis daños mayores?
Mas ¿quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilo es sin duda, de amor prisionero;
Belisa es la causa á quien siempre celebra.
A éste le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aún no es cual la mia su suerte tan negra.
El piensa que el mal que el alma le aqueja
Es más que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda, por ver si acaso se queja.
Mas ¡ay! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,

Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca y al bien que se aleja.

MARSILO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza.
Seguid tan dulce suerte;
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho,
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible.
¿A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ánsia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quédo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco scita,
Un solo punto mi dolor alivia;
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.
Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor ni esperanza
Un término dichoso
Me puedan prometer en tal porfía.
Belisa, luz del dia,
Gloria de la edad nuestra,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Tiempla el rigor airado de tu diestra,

Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.
  Más sorda á mi lamento,
Más implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca,
Todo es blando y suave,
Comparado al rigor que en tu alma cabe.
  Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad, que todo lo consiente,
Me tienen condemnado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente;
Y aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocida dueño
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.
  ¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y áun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio
(Mirad qué desvarío),
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que más quisiere aventajarse.

Mas ¿quién es el que mueve
Las ramas intricadas
Deste acopado mirto y verde asiento?

OROMPO.

Un pastor que se atreve,
Con razones, fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crescido
Al tuyo se aventaja,
Por más que tú le estimes,
Levantes y sublimes.

MARSILO.

Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ánsias mias,
Si de mi mal insano
La más mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfías,
Orompo, viendo llano
Que tú penas de burla, y yo de veras.

OROMPO.

Haz, Marsilo, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba;
Que yo espero sacarte dese engaño,
Mostrando al descubierto
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto.
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchémosle ahora;
Que su cansada pena
No ménos que la tuya la engrandece.

MARSILO.

Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura
Donde pueda mostraros

A entrambos y enteraros
De que sola la mia es desventura.

OROMPO.

Atiende ahora, Marsilo,
La voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte!
Que cuando con mayor rigor sentencia,
¿Qué puede más su limitada suerte,
Que deshacer el ñudo y recia liga
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?
Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,
Pues un espirtu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor, que nadie entiende,
Ni se alcanzan por sciencia ni por arte:
Que deje su mitad con quien la enciende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Más frágil, con la cual más mal se siente
Que estar mil veces de la vida ausente!
Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia;
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de allí no pasó la fantasía;
Que verlos y pensar de merescellos
Es loco atrevimiento y demasía.
Yo los vi, desdichado, y no los veo,
Y mátame de verlos el deseo.
Deseo, y con razon, ver dividida,
Por acortar el término á mi daño,
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida,
Con ligereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.
Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,

En quien se cifra el mayor mal y ofensa
Que en los males de amor se encierra y siente:
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme, levantado, ardiente,
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.
Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto, es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y áun de la vida el curso miserable:
Muertes, desvíos, celos, inclemencia,
De airado pecho condicion mudable,
No atormentan así, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre áun pone espanto.
Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara;
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara.
Mas cese aquí mi canto lastimero;
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre, al verla, más sabroso el gusto.

OROMPO.

Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
Y más viniendo á tiempo que podrémos
Acabar nuestra antigua diferencia.

CRISIO.

Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que jüez de la contienda nuestra
Tan recto, aquí en Marsilo le tendrémos.

MARSILO.

Indicios dais y conocida muestra
Del error en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, más que conoscidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuánto vuestro dolor es ménos grave
Que las ánsias que el alma me rodean,

La más pequeña que en mi pecho cabe
Pienso mostrar en vuestra competencia,
Así como mi ingenio torpe sabe.
Y dejaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy más fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia,
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.

OROMPO.

Deso yo soy, Marsilo, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,
El triunfo le asegura á mi tormento.

CRISIO.

Aunque de exagerar me falta el arte,
Veréis, cuando yo os muestre mi tristeza,
Cómo quedan las vuestras á una parte.

MARSILO.

¿Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora, que es, con ser tan dura,
Señora universal de la belleza?

OROMPO.

¡Oh, á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! Veisle asoma. Estad atentos,
Oiréisle ponderar su desventura.
Celos es la ocasion de sus tormentos,
Celos, cuchillo y ciertos turbadores
De las paces de amor y los contentos.

CRISIO.

Escuchad; que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

¡Oh sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasía;
Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues!
¿Cuándo será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel y rigorosa arpía?
¿Qué ganas en turbarme el alegría?
O ¿qué bien en quitármele consigues?
Mas si la condicion de que te arreas

Se extiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya y te ha engendrado,
No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.

OROMPO.

Si el prado deleitoso,
Orfenio, te es alegre cual solia
En tiempo más dichoso,
Ven, pasarás el dia
En nuestra lastimada compañía.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente:
Ven, que aquí se resiste,
Par desta clara fuente,
Del levantado sol el rayo ardiente.
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilo,
Que cada cual pretende
Mostrar que sólo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á tí y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la menor parte dellos.

ORFENIO.

No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrida
La yerba, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida,
Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia,
Marsilo esté callado:

Muerte, desden ni ausencia
No tengan con los celos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga á campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua ó diestra.
Que no está en la elegancia
Y modo de decir, el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento;
Que en la pura verdad tiene su asiento.

CRISIO.

Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvarío.

ORFENIO.

Tiempla ese brío, ó muéstralo á su tiempo;
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;
Que el mal que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.

CRISIO.

Es mi tormento tan extraño y fiero,
Que presto espero que tú mesmo digas
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

MARSILO.

Desde la cuna soy yo desdichado.

OROMPO.

Aun engendrado creo que no estaba,
Cuando sobraba en mí la desventura.

ORFENIO.

En mí se apura la mayor desdicha.

CRISIO.

Tu mal es dicha, comparado al mio.

MARSILO.

Opuesto al brío de mi mal extraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.

OROMPO.

Esta maraña quedará muy clara
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento;
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Vi su flor maravillosa
En mil muestras, deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela, de envidiosa.
Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor,
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino;
Y áun le quita la esperanza
De otra nueva buena andanza.
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.
Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy más penado,
Es cosa cierta y notoria;
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene;
Mas ¡ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

MARSILO.

Ya que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nascido
Cien mil espinas y abrojos,
Que el corazon me han herido;
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho;
Porque viera que valia
Mi enamorada porfía
Con quien es tan desabrida,
Que á mi hielo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.
Pues si es el trabajo vano
De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
A mi dolor inhumano
¿Cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza;
La mia en más entereza,
Cuanto más me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi contina pasion,
Una súbita ocasion
De gozarle me desvia,
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á perecer,
Pues no puedo parecer
Adonde el alma he dejado.
Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte;
Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo;
Mas en ausencia se siente,
Con un extraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Celos, muertes y desden;
Que esto y más teme el ausente.

Cuando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige más el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ánsias desiguales,
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia, más mortales.

ORFENIO.

El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazon llegado,
Fué con próspero destino
En mi poder entregado;
Y apénas pude llegar
A términos tan sin par,
Cuando vine á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.
Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la más granada espiga
La roe un fiero gusano:
Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.
Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia;
Con la verdad más me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROMPO.

¿No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace,
Por ser tan extendido,
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?
Si de la gloria muerta
No se quedara viva la memoria,
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Tiempla el dolor en parte de perdella.
Pero si está presente
La memoria del bien ya fenescido,
Más viva y más ardiente
Que cuando poseido,
¿Quién duda que esta pena
No está más que otras de miserias llena?

MARSILO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por extraña via
Huírsele delante,
Al fenecer del dia,
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,
Quedaria sin duda
Confuso del temor que allí le ofrece
La escura noche y muda,
Y más si no amanece;
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
Para llegar á albergue venturoso,
Y cuando más vecino
Pienso estar del reposo,
Cual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Cual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,

Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante;
  Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediara mis enojos.
  Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Cuanto el bien es cercano,
Tanto más léjos huye de mi mano.

ORFENIO.

  Mostróseme á la vista
Un rico albergue, de mil bienes lleno:
Triunfé de su conquista;
Y cuando más sereno
Se me mostraba el hado,
Vino en escuridad negra cambiado.
  Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos,
Allí mi mal asiste;
Allí se ven unidos
Los males y desdenes,
Donde suelen estar todos los bienes.
  Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan extraño muro,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO.

  Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo,
Despues de haber tocado en cada sino,
  Que la parte menor de nuestro duelo

Podamos declarar como se siente,
Por más que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere; yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente;
Y tú, Marsilo, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida:
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los celos te traspasa,
No sólo el pecho, que hasta el alma alcanza;
Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al rigor del otro pasa;
Y por nuestra contienda lastimera,
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto,
A mayor sentimiento nos condena.
Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos,
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen, pues, los agudos argumentos;
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
¡Desdichado del triste sin ventura
Que padece de celos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura;
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia;
Y no ménos aquel que en sus porfías
Siente, cuando más arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias!

CRISIO.

Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado

Se va llegando á más andar la hora;
Y en tanto que al albergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado,
Con voz amarga y lamentable queja,
Al són de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.

MARSILO.

Comienza, pues, oh Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura,
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo tu dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene más que temer,
Ni ningun bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado:
Temor de ser olvidado,
Celos de ajena presencia.
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay más de que temer,
Ni ménos bien que esperar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Más que muerte conoscida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, el bien se aleja
Con tan ligera corrida,
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

MARSILO.

En mi terrible pesar
Ya faltan, por más enojos,

Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por más vida y por más bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO.

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.
Deste trueco granjeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la victoria
De enamorado llevara:
Y áun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que á ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última cancion del celoso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchádolos habian, especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, paresciéndoles que más que de pastoril ingenio procedian las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habian propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro habia alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciéndoles que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor

trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio ni la desconfianza de Marsilo. «La causa es, dijo, que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto más el deseo le sobrase, tanto más el entendimiento le faltaria; y por esta mesma razon digo que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasion del bien perdido; y por haberle perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre con la razon, que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efecto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras, so pena de que quien esto no hiciese, ántes por bruto que por hombre racional seria tenido; en fin fin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon la mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar ó alguna distancia de tierra, parécele que tiniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto, que cosas que son tan ménos como un poco de

agua ó tierra le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es extraño el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puédese llevar con algun alivio su tormento; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como en el de la muerte. El dolor de que Marsilo se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me habia de parescer mayor que otro alguno, no por eso dejaré de decir lo que en él la razon me muestra, ántes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido, pero mayor seria amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razon y la experiencia nos enseñan, veríamos que todos los principios en cualquier cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, ántes en ellos más se confirma y fortalece ; así que, quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser, voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme, porque yo la amo; que puesto que la persona amada debe, en ley de naturaleza y en buena cortesía, no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamora-

dos importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida, partes tan buenas, que la muevan é inclinen á quererme; y así, no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque halle en ella lo que á mí me falta; y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así, debe procurar con continos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo; que éste es tan principal remedio, que estoy por afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare granjear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien de este remedio, consuélese Marsilo, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar se puede.

»¡Oh celos, turbadores de la sosegada paz amorosa! celos, cuchillo de las más firmes esperanzas! No sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡Oh celos, hipócritas y fementidos ladrones, pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nascer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y áun procurais usurparle el mando y señorío que tiene! Y de aquí nasce que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efectos dais á co-

noscer que no sois el mesmo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nascidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crescidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene (con paz sea dicho de los celosos enamorados); conviene, digo, que sea, como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo y áun mal criado; y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que á la persona que más quiere es á quien más mal desea. Querria el amante celoso que sólo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo; desea que no tenga ojos para ver más de lo que él quisiere, ni oidos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y áun á veces desea, apretado desta pasion diabólica, que su dama se muera y que todo se acabe.

»Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos; al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene más así mesmo la fuerza de este crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y más; que cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquier

sospecha, falsa ó verdadera, le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que con las disculpas que le dan, piensa que le engañan; y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y así, es mi parecer que Orfenio es el más penado, pero no el más enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado. Y tambien el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo; y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual, sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto, que le descuiden de andar solícito y temeroso; que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque, como dice un comun proverbio nuestro, quien bien ama, teme. Teme, y áun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la mirare, y por la mesma causa se engendre el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado, las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza; y este temor ha de ser tan secreto, que no le

salga á la lengua para decirle, ni áun á los ojos para significarle; y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrescentar más el amor, si pudiesen; de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados; y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y más es digno que los celos se vituperen.»

Calló, en diciendo esto, el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedara sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilo y Orfenio hubieran estado presentes á su plática; los cuales, cansados de la recitada égloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio.

Estando todos en esto, ya que los bailes y danzas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conoscidos, los cuales eran el gentil Francenio, el libre Lauso y el anciano Arsindo, el cual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos; y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio y Erastro y todos los más principales pastores estaban, á los cuales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesía fueron dellos rescebidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo.

Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en

Damon y en Tirsi, comenzó á hablar de esta manera: «La fama de vuestra sabiduría, que cerca y léjos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nascido; y es, que la siesta pasada, Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales, por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos, ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió, pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno de estos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por más discreta y más enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándosele, pues, al oido, le dijo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

»Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que más la solemnizó fué el pastor Lauso, y no ménos le pareció bien á Francenio; y así, cada uno, viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haberlo hecho, cada cual procura que su glosa á la del otro se aventaje; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada

sciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer, y yo he querido tomar trabajo de hacer esta guirnalda, para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado.»

Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fué agradecerle la buena opinion que dellos tenia, y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era ésta:

Huyendo va la esperanza:
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Cuando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á espantar
Las faltas del merecer
Y las sobras del pesar.
Muérese la confianza;
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza
Que, del temor perseguida,
Huyendo va la esperanza.

Huye, y llevase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando, por más castigo,
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo.
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible;
Y en su ligereza veo
Que ni puedo ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que así decia:

En el punto que os mire,
Como tan hermosa os vi,
Luego temí y esperé;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé.
De veros esto se alcanza:
Una flaca confianza
Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado,
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me deja y se va
Con tan extraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará.
Sin esperanza me veo;
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querria, aunque pudiese,
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: «Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: sólo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con más justo título la meresce; que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado.

—No entiendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, destas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es, que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda;

y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras agradables canciones y autorizándolas con vuestra honrosa presencia.»

A todos pareció bien la sentencia de Tirsi; los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conoscian, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exenta como solia, y andaban entre sí imaginando quién podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quién imaginaba que la discreta Belisa, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda; moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para subjectar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor apénas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la joventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces, y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al són de la zampoña de Erastro, estos versos fué cantando:

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia;
Celébrese en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegría;
Cámbiese de hoy más el llanto
En suave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares,
Vengan gustos á millares,
Que destierren el quebranto.
Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nascidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos;
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les dén los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos,
Ensanchen más sus apriscos.
Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia;
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia;
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa,
Cogida á tiempo y sazon;
No éntre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.
Y dos hijos presto tengan,
Tan hechos en paz y amor,
Cuanto pueden desear;
Y en siendo crescidos, vengan
A ser el uno doctor,
Y otro cura del lugar.
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;

Que sí serán, y áun señores,
Si no salen fiadores
De agudos alcabaleros.
  Más años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al doctor;
Y ningun pesar resciban
Ni por hija mal casada
Ni por hijo jugador;
Y cuando los dos estén
Viejos cual Matusalen,
Mueran sin temor de daño,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamas amén.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los cuales más se alargara, si no lo impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual, convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella; si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fué posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron, cansadas de los bailes de aquel dia, y Teolinda con más pena que nunca, viendo que en las solemnes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, sólo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche, en compañía de Galatea y Florisa, que con más libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

CUARTO LIBRO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero dia para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora deseada, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la faz de la tierra, ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos, pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones la persuadieron que en su compañía algunos dias más esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo y por donde se imaginase que podria ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedian; ántes, despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los dias de su vida las obras que dellas habia rescebido, abrazándolas con tierno sentimiento, les ro-

gaba que una sola hora no la detuviesen. Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquier suceso, bueno ó malo, que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto que de su contento, ó la pena que de su desgracia rescibirian. Teolinda se ofreció ser ella mesma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendria sufrimiento la vida para resistirlas, y así seria excusado que della saberse pudiesen.

Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así, tomando las dos solos sus cayados, y habiendo proveido el zurron de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol más derechos y con más fuerza comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querian volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pié, que luego conoscieron ser cazadores en el hábito y en los halcones y perros que llevaban; y estándolos con atencion mirando por ver si los conoscian, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brío. Traian los rostros rebozados con dos blancos lienzos; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron; y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecia, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oir palabra de las que de-

cian, por la distancia del lugar, que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando solo un mozo con el caballo, trabó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba; lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba; y así, acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podian ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así como pensado lo habian, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacian, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo más espeso del bosque, y luego por sus mesmas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el caballero y las pastoras, pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo, que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon.

Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas, veian todo lo que el caballero y las pastoras hacian y decian; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte, por ver si podrian ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apénas se le hubo quitado, cuando de Teolinda fué conoscida; y llegándose al oido de Galatea, le dijo con la más baja voz que pudo: «Extrañísima aventura es ésta, porque si no es que con la pena que traigo he perdido el conoscimiento, sin duda alguna aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Ro-

saura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas.

—Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sosiégate, que presto verémos con qué intento ha sido aquí su venida.»

Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacia; la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecia, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: «En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa seria al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conoscerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte, la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apénas en su casa y con sus criadas sabia mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía.»

Todas estas razones que la bella Rosaura decia, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenia. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: «Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo

soy aquella que no há mucho tiempo enjugó tus lágrimas, atajó tus sospiros, remedió tus penas, y sobre todo, la que creyó tus palabras? ó ¿por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecian cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podian para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazon mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúmpleme la palabra que me diste; darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcelio, tan á gusto tuyo, que eres tú mesmo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu consciencia lo dejo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento seria justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y ponlos en éstos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas y á quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades, dejas á quien ha dejado á su honra y á sí mesma por seguirte, olvidas á la que jamas te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en la bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que me diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondes á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te

consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpétua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare; y áun despues de muerta, si ser pudiere, con contínuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos. Advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengañarme de cuantas la has movido para ofenderme.»

Calló, diciendo esto, la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondia; el cual, levantando el rostro, que hasta allí inclinado habia tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habian causado, con sosegada voz le respondió desta manera: «Si yo quisiese negar, oh Rosaura, que no te soy deudor de más de lo que dices, negaria asimesmo que la luz del sol es clara, y áun diria que el fuego es frio y el aire duro. Así que, en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desden imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te habia dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamas quisiste que á tal ejecucion se llegase; ántes de dia en dia me ibas

entreteniendo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. Tambien sabes, Rosaura, el deseo que mi padre tenia de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases más lo que tanto á tí convenia y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un dia que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú, en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que más no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia ó con quien más gusto me diese. Sabes tambien que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos; que yo era tuyo, y no de Leopersia, y que jamas quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; ántes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorescer á Artandro, me enviaste á decir que te daria gusto en que jamas te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo tambien que cumplia el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo ménos desposaréme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los mios; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conoscimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira bien si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad; que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirte la hacienda, la vida y la honra.»

En tanto que estas palabras Grisaldo decia, tenia la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentia; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso sospiro, le dijo:

«Como no puede caber en tus verdes años tener, oh Grisaldo, larga y conoscida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conoscieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mias, y en tal manera, que me dices que mañana te casas con Leopersia; pero yo te certifico que ántes que á ella lleves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepoltura, si ya no eres tan cruel, que niegues de darla al cuerpo de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras.» Y diciendo esto, sacó del seno una desnuda daga, y con gran celeridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo, y la rebozada pastora su compañera no aguijara á abrazarse con ella.

Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que

quitasen á Rosaura la daga de las manos; la cual á Grisaldo decia : «Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte.

—Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte ántes á la palabra que por mí á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo : sosiega el pecho, Rosaura, pues te aseguro que este mio no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento.»

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resuscitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar, se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacia. Grisaldo hizo lo mesmo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que habia tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo más sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parescido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa; pero más lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo : «¡Oh cielos, y qué es lo que veo! ¿no es por ventura ésta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna.» Y sin más detenerse, salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa, y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conosció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar y en tal sazon y coyuntura.

Viendo, pues, Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacia, y que habian sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulacion y comedimiento rescibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conoscidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados habian recebido, con aquel donaire con que ella todas las cosas decia, les dijo:

«No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues sólo servirá de acrescentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traido á término tan dichoso, en satisfacion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento.

—Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviese; y siendo esta verdad tan conoscida, ántes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada.»

Con éstas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos, mirándolas, á todos los que allí estaban, porque se parescian tanto, que casi no se podian decir semejantes, sino una mesma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente

del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas; y entónces vieron con cuánta razon Artidoro se habia engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese. Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que seria bien buscar alguna sombra que de sus rayos las defendiese, ó á lo ménos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apascentar sus ovejas, no debian estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: «Tiempo habrá, pastoras, donde con más comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros más larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á do pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atras dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago sólo este ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merescimiento no puedo ofrecerles más del deseo.

—Ese no faltará en mí miéntras la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con ménos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: sólo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamas de la fe de mi

pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos della, le doy la mano de ser su verdadero esposo.» Y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacia, que apénas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: «A términos me habia traido el amor, Grisaldo, señor mio, que con ménos que por mí hicieras te quedara perpétuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder ántes á ser quien eres que no á mi merescimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma, en recompensa de este beneficio, y despues el cielo de tan agradescida voluntad te dé la paga.

—No más, dijo á esta sazon Galatea; no más, señores; que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz goceis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos.

—De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con qué la encarezca más que con deciros que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía.

—Pues ea, dijo Florisa; que el aldea es léjos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere; que en casa de Galatea hallaréis á Rosaura, y á estas... una pastora, que no merescen ser llamadas dos las que tanto se parecen.

—Sea como querais,» dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro dia enviaria Grisaldo un pastor, de los muchos de su padre, á avisar á Rosaura de lo que habia de hacer; y que enviando aquel pastor, sin ser notado podria hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que más conviniese. A todas pareció bien este concierto; y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista.

Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda, con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura así mesmo fué contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la habia movido á tomar el hábito de pastora y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo : «No os causara admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí en este traje, si supiérades hasta dó se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual, no sólo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que más es de su gusto; y hubiera yo perdido el mio eternamente, si de la invencion deste traje no me hubiera aprovechado. Porque sabréis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á ella Grisaldo con intencion de estarse allí algunos dias, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza; y por ser mi padre muy amigo del suyo, ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo así; y la venida de Grisaldo á mi casa fué para sacarme á mí della, porque en

efecto, aunque sea á costa de mi vergüenza, os habré de decir que la vista, la conversacion, el valor de Grisaldo, hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber cómo, á pocos dias que él allí estuvo, yo no estuve más en mí, ni quise ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fué tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mia un punto no discrepaba, segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada pues yo en esta verdad, y viendo cuán bien me estaba tener á Grisaldo por esposo, vine á condescender con sus deseos, y á poner en efecto los mios; y así, con la intercesion de una doncella mia, en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces, sin que nuestra estada solos á más se extendiese que á vernos, y á darme él la palabra que hoy con más fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar.

»Ordenó, pues, mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba, vino así mesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragones, que Artandro se llama; el cual, vencido, á lo que él mostró, de mi hermosura, si alguna tengo, con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Habia en este medio procurado Grisaldo traer á efecto su propósito, y mostrándome yo algo más dura de lo que fuera menester, le iba entretiniendo con palabras, con intencion que mi padre saliese al camino de casarme, y que entónces Grisaldo me pidiese por esposa; pero no queria él hacer esto, porque sabia que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia, que bien debeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia, y tomé

ocasion de pedirle celos, aunque fingidos, sólo por hacer prueba de la entereza de su fe; y fuí tan descuidada, ó por mejor decir, tan simple, que pensando que granjeaba algo en ello, comencé á hacer algunos favores á Artandro, lo cual visto por Grisaldo, muchas veces me significó la pena que rescibia de lo que yo con Artandro pasaba, y áun me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me habia dado, que no podia dejar de obedecer á la de su padre. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno, llena de soberbia y arrogancia, confiada en que los lazos que mi hermosura habia echado al alma de Grisaldo no podian tan fácilmente ser rompidos, ni áun tocados de otra cualquier belleza. Mas salióme tan al reves mi confianza, como me lo mostró presto Grisaldo, el cual, cansado de mis necios y esquivos desdenes, tuvo por bien dejarme, y venir obediente al mandado de su padre.

»Pero apénas se hubo él partido de mi aldea y apartado de mi presencia, cuando yo conocí el error en que habia caido, y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia, que el ausencia dél me acababa, y los celos della me consumian. Considerando, pues, que si mi remedio se dilataba, habia de dejar por fuerza en las manos del dolor la vida, determiné de aventurar á perder lo ménos, que á mi parecer era la fama, por ganar lo más, que es á Grisaldo; y así, con excusa que dí á mi padre de ir á ver una tia mia, señora de otra aldea á la nuestra cercana, salí de mi casa, acompañada de muchos criados de mi padre; y llegada en casa de mi tia, le descubrí todo el secreto de mi pensamiento, y le rogué fuese servida de que yo me pusiese en este hábito y viniese á hablar á

Grisaldo, certificándole que si yo mesma no venia, que tendrian mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió, con condicion que trujese á Leonarda conmigo, como persona de quien ella mucho se fiaba; y enviando por ella á nuestra aldea, y acomodándome destos vestidos, y advirtiéndonos de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho dias; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamas hemos podido hallar lugar de hablarle á solas, como yo deseaba, hasta esta mañana, que supe que venia á caza, y le aguardé en el mesmo lugar adonde él se despidió; y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto; del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba.

»Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mio, que no pudo hacer ménos de satisfaceros.

—Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldrémos de la deuda.

—Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y veréis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas.»

Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decia; y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haberle dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura habia contado á Galatea y á Florisa, le dijo: «Sabrás, hermana, que así como tú fal-

taste de nuestra aldea, se imaginó que te habia llevado el pastor Artidoro, que aquel mesmo dia faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera. Confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro habia pasado en la floresta. Con este indicio cresció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efecto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fué visto, todos le tuvieron por Artidoro. Llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, al cual le preguntaron si te conoscia, ó adónde te habia llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te habia visto, ni sabia qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado contigo muchas veces, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase; al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confision, tornó á jurar que no te conoscia, y que en toda su vida habia estado más de aquella vez en nuestra aldea; y que mirasen (y esto otras veces lo habia dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecia en tanto extremo, como descubriria la verdad cuando les mostrase que se habian engañado, tiniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efecto, tantas demostraciones dió y tantas pruebas hizo, que

conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron más admirados, y decian que tal maravilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se habia visto en el mundo.

»Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fué la vista de suerte, que quedé sin ella, á lo ménos para mirar cosas que me den gusto en tanto que á Galercio no viere; pero lo que más mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar jamas de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mi padre por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento, por saber que veníamos á la aldea de Galercio, y que allí le podria hacer sabidor de la deuda en que me estaba; pero he sido tan corta de ventura, que há cuatro dias que estamos en su aldea, y nunca le he visto, aunque he preguntado por él, y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro, y hanme dicho que de unos dias á esta parte no parece en el aldea; y por no apartarme de Rosaura, no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio, del cual podria ser saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido, y lo demas que has visto con Grisaldo, despues que faltas, hermana, de la aldea.»

Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabia dél nueva alguna, no pudo tener las lágrimas, aunque en parte se consoló, creyendo que Galercio sabria nuevas de su hermano; y así, determinó de ir otro dia á

buscar á Galercio do quiera que estuviese; y habiéndole contado con la más brevedad que pudo á Leonarda todo lo que le habia sucedido despues que en busca de Artidoro andaba, abrazándola otra vez, se volvió adonde las pastoras estaban, que un poco desviadas del camino iban, por entre unos árboles, que del calor del sol un poco las defendian; y en llegando á ellas Teolinda, les contó todo lo que su hermana le habia dicho, con el suceso de sus amores, y la semejanza de Galercio y Artidoro, de que no poco se admiraron, aunque dijo Galatea: «Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí, Teolinda, y tu hermana, no tiene de qué maravillarse aunque otras vea, pues ninguna, á lo que yo creo, á la vuestra iguala.

—No hay duda, respondió Leonarda, sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta, que si á la nuestra no excede, á lo ménos en ninguna cosa se queda atras.

—Quiera el cielo, dijo Florisa, que así como los cuatro os semejais unos á otros, así os acomodeis y parezcais en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas.»

Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbara una voz que oyeron, que dentre los árboles salia, y parándose todas á escucharla, luego conoscieron ser del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento rescibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaria lo que el pastor cantase; y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon.

Estaba el pastor sentado al pié de un verde sauce, acom-

pañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al són del cual, desta manera cantaba:

Si yo dijere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva cuanto bien poseo;
Que no es para decirse el bien que siento.
De mí mesmo se encubra mi deseo;
Enmudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.
Páre aquí el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto que en una alma
Con mano liberal amor reparte.
Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedera palma.
Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa; que es un bien tan sin medida,
Que sólo para el alma es reservado.
Ya tengo nuevo sér, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conoscida.
Que el limpio intento, el amoroso celo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al más subido cielo.
En tí, Silena, espero, en tí confio,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.
Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo
Por fe lo que no está en merescimiento.
Confio que tendrás, pastora, en algo
(Despues de hacerte cierta la experiencia)
La sana voluntad de un pecho hidalgo.
¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra, y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?
¡Oh más que la belleza misma bella,
Más que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos, y á mi mar estrella!
No la que fué de la nombrada Creta
Robada por el falso hermoso toro,

Igualó á tu hermosura tan perfeta;
  Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro;
  Ni aquella que con brazo airado y crudo,
En la sangre castísima del pecho
Tiñó el puñal en su limpieza agudo;
  Ni aquella que á furor movió y despecho
Contra Troya los griegos corazones,
Por quien fué el Ilion roto y deshecho;
  Ni la que los latinos escuadrones
Hizo mover contra la teucra gente,
A quien Juno causó tantas pasiones;
  Ni ménos la que tiene diferente
Fama de la entereza y el trofeo
Con que su honestidad guardó excelente:
  Digo de aquella que lloró á Siqueo,
Del mantuano Títiro notada
De vano antojo y no cabal deseo;
  No en cuantas tuvo hermosas la pasada
Edad, ni la presente tiene agora,
Ni en la de porvenir, será hallada
  Quien llegase ni llegue á mi pastora,
En valor, en saber, en hermosura,
En merecer del mundo ser señora.
  ¡Dichoso aquel que con firmeza pura
Fuere de tí, Silena, bien querido,
Sin gustar de los celos la amargura!
  Amor, que á tanta altura me has subido,
No me derribes con pesada mano
A la bajeza escura del olvido:
Sé conmigo señor, y no tirano.

No cantó más el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia, pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban; que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conoscida; y así, imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España, y áun de toda la Asia y Europa, que alguna

pastora forastera seria la que habia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le habian visto pocos dias atras triunfar de la libertad y hacer burla de los enamorados, sin duda alguna creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de sus pensamientos; y así, sin satisfacerse en su sospecha, se fueron hácia el aldea, dejando al pastor en el mesmo lugar do se estaba.

Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir de léjos algunos pastores, que luego fueron conoscidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilo, con todos los más principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salian á tener la siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las entricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y ántes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron, haciendo cortés rescibimiento á las pastoras, convidándolas que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se excusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venian, tenian necesidad de ir á la aldea. Con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y áun las encubiertas pastoras los deseos de conoscerlas de cuantos allí estaban.

Ellas se fueron al aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero ántes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel

dia con ellos se quedase, jamas lo pudieron acabar con él; ántes abrazándolos á todos, se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su contínua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrecheza de vida que en tan verdes años habia escogido; pero más se sentia entre aquellos que le conoscian, y sabian la calidad y valor de su persona.

Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros y á dos hermosas damas que de camino venian, y fatigados del cansancio, y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venian con ellos algunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parescia, viendo que los pastores, de comedidos, se querian ir á otra parte, les dijo: «Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía; ántes nos haced merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no promete ménos vuestra gentil dispusicion y manera; y siendo el lugar, como lo es, tan acomodado para mayor cantidad de gente, haréis agravio á mí y á estas damas, si no venis en lo que yo en su nombre y el mio os pido.

—Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumplirémos nuestro deseo, que por agora no se ex-

tendia á más que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos sólo por hacer lo que pides.

—Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad; y para más certificarme y obligarme con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde, con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podais despertar la sed, y mitigarla en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece.»

Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento.

Hasta este punto habian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea, no podia haber en la tierra otra que se le igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de más edad parescia, á la más pequeña en cierto donaire y brío se aventajaba. Sentados, pues, y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entónces ninguna cosa habia hablado, dijo : «Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mesmo, y á vosotros una honesta envidia.

—¿Por qué dices eso, amigo Darinto? dijo el otro caballero.

—Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, pro-

curamos adornar las personas, sustentar los cuerpos y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares, comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados; la púrpura, el oro, el brocado, ninguna de estas cosas nos adornan ni pulen, ni son parte para que más bien parezcamos á los ojos de quien nos mira; todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podria ser, y áun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros; y con todo eso, mira el moreno de sus rostros, que promete más entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparas de cualquier color que sean; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer más hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion y de la honestidad de sus amores? No te digo más, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella.

—En deuda te estamos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso, te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra.

—No podré yo dejar de venir en lo que dices, amigo, replicó Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay

ménos que en la ciudadana, por estar más libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu.

—¡Cuán bien se conforma con tu opinion, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama! El cual, despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y ántes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso, y envió al famoso Lariseo, que en los negocios de la córte tiene larga y ejercitada experiencia; y por haberme á mí parecido bien, la tomé toda en la memoria, y áun os la dijera, si imaginara que á ello me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla.

—Ninguna otra cosa nos dará más gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabia por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y así, yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso; que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena.»

Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que habia dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar el decirla. Y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera:

El vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso;
La humana condicion, flaca, doliente,
En caducos placeres ocupada,
Do busca, sin hallarle, algun reposo;

El falso, el mentiroso
Mundo, prometedor de alegres gustos;
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apénas,
Cuando cambia su gusto en mil disgustos;
La Babilonia, el cáos que miro y leo
En todo cuanto veo;
El cauteloso trato cortesano,
Junto con mi deseo,
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Sólo para que luego se ocupara
En levantar al más subido cielo
Vuestra rara bondad y virtud suma;
Mas ¿quién hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Si no es un nuevo Atlante,
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga?
Y áun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcídes nuevo;
Y aunque se encorve y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inútil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra
A mostrar por enigma algun contento;
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto, que será forzoso
Que apliqueis los oidos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congojoso,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
Hacen contino guerra,
Todos en su desdicha conjurados,
Que se remata y cierra

Con la corta ventura de sus hados.
  Si esto no fuera, fácil cosa fuera
Tender por la region del gusto el paso,
Y reducir cien mil á la memoria,
Pintando el monte, el rio y la ribera,
Do amor, el hado, la fortuna y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria;
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa, y sólo queda della
Una pequeña sombra,
Que ahora espanta, asombra
Al pensamiento que más piensa en ella;
Condicion propria de la humana suerte,
Que el gusto nos convierte,
En pocas horas, en mortal disgusto,
Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.
  Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tile á Batro;
Que él dirá cuanto más sude y trabaje,
Y del término salga de sí mismo,
Puesto en la esfera ó en el cruel baratro:
¡Oh una, y tres, y cuatro,
Cinco, y seis, y más veces venturoso
El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con más contento y más reposo
Que el rico Craso ó avariento Mida!
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana,
De todo punto olvida
Esta mísera, falsa cortesana.
  En el rigor del erizado invierno,
Al tronco entero de robusta encina,
De Vulcano abrasada, se calienta,
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entricada cuenta;
Y cuando ya se ahuyenta
El encogido, estéril, yerto frio,

Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire, el suelo,
En el márgen sentado de algun rio,
De verdes sauces y álamos cubierto,
Con rústico concierto
Suelta la voz ó toca el caramillo,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.
Poco allí le fatiga el rostro grave
Del privado, que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido;
Ni el alto exagerar con voz süave
Del falso adulador, que en poca ausencia
Muda opinion, señor, bando y partido;
Ni el desden sacudido
Del sotil secretario le fatiga,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios príncipes la liga;
Ni del manso ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una y otra parte suene airado,
Regido por tal arte,
Que apénas su secuaz se ve medrado.
Reduce á poco espacio sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas,
Las movibles campañas de Oceano
Are con loco, antiguo desvarío.
No le levanta el brío
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle rescibe;
No como el ambicioso entremetido,
Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haber teñido
En turca ó mora sangre, espada ó lanza.
No su semblante ó su color se muda

Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve; pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga cual Clicie á su dorado amante
El dulce ó agrio gusto que le viene:
No le veréis que pene
De temor que un descuido, una nonada
En el ingrato pecho
Del señor, el derecho
Borre de sus servicios, y sea dada
De breve despedida la sentencia;
No muestra en apariencia
Otro de lo que encierra el pecho sano;
Que la rústica sciencia
No alcanza el falso trato cortesano.
¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
¿Quién no dirá que aquella sola es vida
Que al sosiego del alma se encamina?
El no tenerla el cortesano en precio,
Hace que su bondad sea conoscida
De quien aspira al bien, y al mal declina.
¡Oh vida do se afina
En soledad el gusto acompañado!
¡Oh pastoral bajeza,
Más alta que la alteza
Del cetro más subido y levantado!
¡Oh flores olorosas, oh sombríos
Bosques, oh claros rios!
¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo,
Sin que los males mios
Turbasen tan honesto pasatiempo!
Cancion, á parte vas do serán luego
Conocidas tus faltas y tus sobras;
Mas di, si aliento cobras,
Con rostro humilde, enderezado á ruego:
«Señor, perdon, porque el que acá me envia,
En vos y en su deseo se confia.»

«Esta es, señores, la cancion de Lauso, dijo Damon en acabándola; la cual fué tan celebrada de Lariseo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron.

—Con razon lo puedes decir, respondió Darinto, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas.

—Estas canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el desamorado Lenio, y no aquellas que á cada paso llegan á mis oidos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intricados, que osaré jurar que hay algunas que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no ménos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío; y lo que más me cansa de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la mesma significacion del hombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio.»

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal de amor; pero, como todos los más de los que allí estaban conoscian su condicion, no repararon mucho en sus razones, sino fué Erastro, que le dijo: «¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones ni responder á tus argumentos? Pues quiérote advertir que te será sano el callar por agora, ó á lo ménos tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discrecion y sciencia de Tirsi y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden, y lo que tú debes entender, del amor y de sus cosas.

—¿Qué me podrán ellos decir, que yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar, que ellos no ignoren?

—Soberbia es ésa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges más por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que te debias regir, que es el de la verdad y experiencia.

—Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como muestro y mostraré miéntras la vida me durare.

—¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi.

—¿En qué, pastor? respondió Lenio; en que por los efectos que hace, conozco cuán mala es la causa que los produce.

—¿Cuáles son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi.

—Yo te los diré, si con atencion me escuchas, dijo Lenio; pero no querria que mi plática enfadase los oidos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de más gusto.

—Ninguna cosa habrá que sea más del nuestro, dijo Darinto, que oir tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion; y así, por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática.

—Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella cuántas razones me fuerzan á seguir la opinion que sigo, y á vituperar cualquiera otra que á la mia se opusiere.

—Comienza pues, oh Lenio, dijo Damon; que no estarás más en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya.»

A esta sazon, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él así mesmo venian Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiéndolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conoscidas. Levantáronse todos á rescibir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demas pastores.

Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fué ménos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parescia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta y oir aquella disputa; y más entónces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y así, sin más esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó á decir:

«Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y ménos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua

como ésta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio, adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilita las sciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merescido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto, sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerlo; cuanto más, que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y así, con este presupuesto, sin querer ser favorescido sino es de la razon que tengo, á ella sola invoco, y ruego dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico.

»Es pues amor, segun he oido decir á mis mayores, un deseo de belleza; y esta difinicion le dan, entre otras muchas, los que en esta cuestion han llegado más al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y éste es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide así mesmo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haber amor de belleza cor-

poral que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios; la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes: en las virtudes y sciencias del ánima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni más ni ménos el que se tiene á las virtuosas sciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mire con los ojos corporales, en comparacion de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean más prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal, que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea, que glorifica, síguese que más ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza, que los destruye, que no la singular y divina, que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza, han nascido, nascen y nascerán, en el mundo asolacion de ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios y muertes de amigos; y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos más graves, qué incendios, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que

á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los sospiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfecta y enteramente, está manifiesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél y no sea toda suya; porque las extrañas, conoscida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrío, y así se concluye que donde hay amor, hay dolor; y quien esto negase, negaria así mesmo que el sol es claro y que el fuego abrasa.

»Mas porque se venga con más facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son, pues, las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no más: desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios, que la tranquilidad del ánima perturban, con más proprio vocablo perturbaciones son llamadas; y destas perturbaciones, la primera es propria del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo; y así, es el deseo principio y orígen de do todas nuestras pasiones proceden, como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á

seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mesmo padre de la propria hija; este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razon; que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél; y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, ántes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nascen, así del primer deseo que nasce en nosotros, otros mil se derivan, y éstos son en los enamorados no ménos diversos que infinitos; y aunque todas las más de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objectos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual, ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus piés, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento que dén alcance á lo que procuran! Algunos otros hay, que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean, ni piensan sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros, que ya están fuera de la posesion de sus bienes, procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil imaginaciones, infinitas lágrimas, y al cabo,

en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida.

»Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entónces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece; y así, engañados y atraidos los míseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras, que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con sospiros, á fatigar los oidos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los sospiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nascen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto, y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que áun sólo el imaginarlas pone espanto. Por ésta se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe amistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas. Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los

enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ímpetu al objecto propuéstole nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes, de tan poco momento, cual las considera un entendimiento desapasionado?

»Y no por estos gustos tan colmados, que, á su parecer, los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena; y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de sí mesmos, tornándolos descuidados y locos; porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida, pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mesmos esclavos de mil congojas y enemigos de sí proprios. Pues ¿qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los celos? Allí se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entónces de quién esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el temor contino,

la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles accidentes que le consumen y atierran. Todas las acciones de la cosa amada les fatigan : si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente, todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mesmas que atormentan al amante celoso.

»Y ¿quién no sabe que si la ventura á manos llenas no favoresce á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¡Qué de lágrimas derrama, qué de suspiros esparce, cuántas cartas escribe, cuántas noches no duerme, cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten, cuántos recelos le fatigan y cuántos temores le sobresaltan! ¿Hay por ventura Tántalo que más fatiga tenga, entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorescido los cántaros de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sísifo, como carga el temor contino los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que más presto se vuelva y atormente, que las prestas y várias imaginaciones de los temerosos amantes? ¿Hay Mínos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condemnadas almas, como castiga y apre-

mia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está subjeto? ¿Ni hay cruda Megera, ni rabiosa Tesifon, ni vengadora Alecto, que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos? Los cuales, por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen (ó á lo ménos dijeron los antiguos gentiles) que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar más que á su propria vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él queria. Movióles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo, el ver los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder léjos de su amada y helarse cuando más cerca della; mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es así mesmo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamas promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medecina de los amantes no sanos! ¡Oh triste alegría! ¡Oh flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino es de tardo arrepentimiento!

»Estos son los efectos deste dios imaginado, éstas son sus hazañas y maravillosas obras; y áun tambien puede verse en la pintura con que figuraban á este su vano dios, cuán vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que

es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian así mesmo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacia, porque la de plomo engendraba ódio en los pechos que tocaba, y la de oro crescido amor en los que heria, por sólo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion, no en balde cantan los poetas á Atalanta, vencida de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Dánae, preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Enéas, descender al infierno con el ramo de oro en la mano. En fin, el oro y la dádiva es una de las más fuertes saetas que el amor tiene y con la que más corazones subjeta; bien al reves de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual ántes engendra ódio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna.

»Pero si las razones hasta agora por mí dichas no bastan á persuadir la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor, de quien trato, oid en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efectos suyos, y veréis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos, pues, ¿quién, sino este amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento y violar á las proprias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida, y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana, y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dálila, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y

al cabo él y otros muchos la vida; éste fué el que movió la lengua de Heródes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida; éste hace que se dude de la salvacion del más sabio y rico rey de los reyes, y áun de todos los hombres; éste redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso y á ejercitarse en mujeriles ejercicios; éste hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano; éste cortó la lengua á Progne, arrastró á Hipólito, infamó á Pasífae, destruyó á Troya y mató á Egisto; éste hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada; éste puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso del mortífero veneno que la acabó la vida; éste quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga; éste, en fin, entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubriria la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar más adelante en ellos, ni áun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oir una cancion, que dias há tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera:

»Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,

En su deshonra he de mover mi lengua;
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego,
De vario antojo y de juïcio insano,
Aunque más amenace daño y mengua?
Mi gusto cresce, y el dolor desmengua
Cuando la voz levanto
Al verdadero canto
Que en vituperio del amor se forma,
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa
Del cierto daño que el amor encubre.

»Amor es fuego que consume al alma,
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado;
Turbado mar, do no se ha visto calma;
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo en amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado;
Afable, lisonjero,
Tirano crudo y fiero,
Y Circe engañadora, que nos muda
En varios mostruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado sér nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon á socorrernos:

»Yugo que humilla al más erguido cuello,
Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando, sin razon nascidos;
Red engañosa del sotil cabello,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en más tenidos;
Sabroso mal de todos los sentidos;
Ponzoña disfrazada
Cual píldora dorada;
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende;
Airado brazo, que á traicion ofende;
Verdugo del captivo pensamiento,
Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento:

»Daño que aplace en los principios, cuando

Se regala la vista en el subgeto
Que cual el cielo bello le parece;
Mas tanto cuanto más pasa mirando,
Tanto más pena en público y secreto
El corazon que todo lo padece;
Mudo hablador, parlero que enmudece;
Cuerdo que desatina;
Pura total rüina
De la más concertada alegre vida;
Sombra de bien, en males convertida;
Vuelo que nos levanta hasta la esfera,
Para que en la caida
Quede vivo el pesar, y el gusto muera:
»Invisible ladron que nos destruye
Y roba lo mejor de nuestra hacienda,
Llevándonos el alma á cada paso;
Ligereza que alcanza al que más huye;
Enigma que ninguno hay que la entienda;
Vida que de contino está en traspaso;
Guerra elegida, mas que nasce acaso;
Tregua que poco dura;
Amada desventura;
Preñez que por jamas á sazon llega;
Enfermedad que al ánima se pega;
Cobarde que se arroja al mal y atreve,
Deudor que siempre niega
La deuda averiguada que nos debe:
»Cercado laberinto, do se anida
Una fiera cruel, que se sustenta
De rendidos humanos corazones;
Lazo donde se enlaza nuestra vida;
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras, palabras é intenciones;
Codicia de mil várias pretensiones;
Gusano que fabrica
Estancia pobre ó rica,
Do poco espacio habita, y al fin muere;
Querer que nunca sabe lo que quiere;
Nube que los sentidos escurece;
Cuchillo que nos hiere.
Este es amor: seguidle, si os parece.»

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio habia dicho, de más caudal que de pastoril ingenio parecia; y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos, en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haria ventaja por la que Tirsi le hacia en la edad y en la experiencia y en los más acostumbrados estudios; y así mesmo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y áun la dama que con Darinto y su compañero venia, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fué cuando llegó á tratar de lágrimas y sospiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entónces no se la habia tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y así estaban atentas no más de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oian, viesen alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, tiniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono, desta manera comenzó á decir:

«Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan léjos agora se halla, ántes que ponerme en trabajo

de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio, á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso; y así, ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuán otras son sus obras y efectos de los que tú dél has publicado, hablando sólo del amor que tú entiendes; el cual tú definiste, diciendo que era un deseo de belleza, declarando así mesmo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinicion que del amor hiciste sea la más general que se suele dar, todavía no lo es tanto, que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razon está clara en todas las cosas que se poseen, que entónces no se podrá decir que se desean, sino que se aman; como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama; y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos: ni tampoco las cosas que se desean se pueden decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea, y no se ama. Y así que por esta razon el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad.

»Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, ésta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por

el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y aplace, y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama, y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien; y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello; pero para más clara difinicion y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide: en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad; porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que sólo en Dios pára y sosiega. El amor provechoso, por ser, como es, natural, no debe condemnarse, ni ménos el deleitable, por ser más natural que el provechoso.

»Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra claro, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo, luego conosció la miseria en que habia caido y la pobreza en que estaba; y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó, rompiendo la tierra para sus-

tentarse y vivir con la ménos incomodidad que pudiese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello que en otra cosa), procuró tener hijos, y perpetuar y dilatar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su mesma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, tambien nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nasce el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto cuanto más alcanzamos dellas, tanto más nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mesmo consiguiente, heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce. Así que, este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno ántes de alabanza que de vituperio. Y éste es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conosces, porque nunca le has visto solo y en su mesma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa de amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algun caudaloso rio, el cual tiene su nascimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan.

»Así que, este primer movimiento, amor ó deseo, como

llamarlo quisieres, no puede nascer sino de buen principio; y uno dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conoscida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase), llevados de la razon natural, y traidos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto contento y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas, hasta llegar á la primera causa de las causas, y conoscieron que habia un solo principio, sin principio, de todas las cosas; pero lo que más los admiró y levantó la consideracion, fué ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfecta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado; y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que más descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte, y de aquí nasce que esta belleza conoscida se ama, y como toda ella más se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro, llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros más queridas, servidas y solicitadas, como cosa en quien consiste la belleza que naturalmente más á nuestra vista contenta.

»Pero viendo el Hacedor y Criador nuestro que es propria naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpétuo

movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su proprio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas (y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío), ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguian; la cual fué la razon, que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos; y viendo asimesmo que la belleza humana habia de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo ménos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales le son lícitos y debidos.

»Con estos dos remedios, puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural, que tú, Lenio, vituperas; el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos. En este mesmo amor, de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amante, conforme la casta voluntad de la cosa amada, la suya tiempla; es fortaleza, porque el enamorado cualquier contrariedad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzándole la mesma razon á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado.

»Mas yo te demando, oh Lenio, tú, que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrílegos hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demando que me digas ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena

que sea, que con el uso della no pueda en mal ser convertida? Condémnese la filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abrásense las obras de los heroicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conoscida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan, ni se fabriquen casas, porque puedan caer sobre sus habitadores; prohíbase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propria; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdéñese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condémnense, en fin, los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder dellas efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales sin mediocridad, del apetito gobernarse dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tébas, la docta Aténas, y la ciudad de Dios, Jerusalen, que fueron vencidas y asoladas, digamos por eso que el amor fué causa de su destruicion y ruina.

»Así que, debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mesmos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpétua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las

cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud más de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Cremo, trágico, fué opinion que como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es provechoso, lo que es al reves en el inmoderado: la generacion de los animales racionales y brutos seria ninguna, si del amor no procediese; y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres.

»Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, tiniéndolos siempre en continas lágrimas, profundos sospiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamas una hora de reposo, veamos por ventura qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo, y tanto cuanto más es de valor la cosa, tanto más se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso, se padece por conseguirla, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo sino con ello mesmo, se padezca, se llore, se tema y se espere? El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza, que le falta, de no poder subir á más, le hace parar donde puede y como mejor puede. Todo lo cual

es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfaccion sino el mesmo amor, y él proprio es su propria y verdadera paga; y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben; y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas, que ellos de véras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean; y así, todas las veces que ve señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena á que sea una propria con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan disoluble ñudo y estrecheza, que de las dos sean uno los pensamientos, y una todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa se padezca más que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida, satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean.

»Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los sospiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y sospiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habrian de considerar primero adónde levantaron la fantasía; y si la subieron más arriba de lo que su merescimiento alcanza, no es maravilla que, cual nuevos Icaros, caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso, yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se

ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto, confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian más los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamas de serlo se arrepienten; ántes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque áun el sufrirla les es suave; y por esto, oh amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros á amar lo que más os pareciere dificultoso, ni os quejeis ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado; que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo ménos á lo más, y con justo acuerdo tiempla las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afecto la gracia suya en sus corazones resciben. No cedais á los peligros, porque la gloria será tanta, que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos capitanes y emperadores, en premio de sus trabajos y fatigas, les eran, segun la grandeza de sus vitorias, aparejados triunfos, así á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos; y como á aquellos el glorioso rescibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante, de la amada amado, los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias, en suma tranquilidad y alegría se convierten.

»De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes los condemnas, por los gustosos y alegres los debes de absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella, como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho; porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego á todo cualquier otro objecto que se le ofreciere, si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar prompto á todo lo que por su parte se le quisiere mandar; píntanle con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apénas se descubra sino á la mesma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfecto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezcla de alguna tibieza. En fin, oh Lenio, este amor es el que, si consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos; si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crescer los edificios de Roma; si quitó el reino á Tarquino, redujo á libertad la república; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que tú trujiste, de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios; sólo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho, no

quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera que tú escogieres y señalares, te prometo de satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los mios decir quisieres; y por agora estáme atento y escucha:

CANCION DE TIRSI.

»Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora, y en süave acento
Cante de amor las altas maravillas,
De modo que contento y satisfecho
Quede el más libre y suelto pensamiento,
Sin que las sienta con no más de oillas.
Tú, dulce amor, que puedes referillas
Por mi lengua, si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quién eres;
Que si me ayudas, como yo confio,
Veráse en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.
»Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se granjea
El más dichoso fin que se pretende;
De todas ciencias sin igual maestro;
Fuego que, aunque de hielo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende;
Poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
Raíz de adonde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad, de valor, de honesto celo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo:
»Cortesano, galan, sabio, discreto,
Callado, liberal, manso, esforzado,

De aguda vista, aunque de ciegos ojos;
Guardador verdadero del respeto,
Capitan que en la guerra do ha triunfado,
Sola la honra quiere por despojos;
Flor que cresce entre espinas y entre abrojos,
Que á vida y alma adorna;
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo;
Huésped que más alegra cuando torna;
Instrumento de honrosos ricos bienes,
Por quien se mira y medra
La honrosa hiedra en las honradas sienes:
»Instinto natural, que nos conmueve
A levantar los pensamientos tanto,
Que apénas llega allí la vista humana;
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo;
Sierra, en su cumbre deleitosa y llana;
Facilidad que lo intrincado allana;
Norte por quien se guia
En este mar insano
El pensamiento sano;
Alivio de la triste fantasía,
Padrino que no quiere nuestra afrenta;
Farol que no se encubre,
Mas nos descubre el puerto en la tormenta:
»Pintor, que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores,
Ora mortal, ora inmortal belleza;
Sol que todo ñublado desbarata;
Gusto á quien son sabrosos los dolores;
Espejo en quien se ve naturaleza;
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio;
Espíritu de fuego,
Que alumbra al que es más ciego;
Del ódio y del temor solo remedio;
Argos que nunca puede estar dormido,
Por más que á sus orejas
Lleguen consejas de algun dios fingido:
»Ejército de armada infantería,

Que atropella cien mil dificultades,
Y siempre queda con victoria y palma;
Morada adonde asiste el alegría;
Rostro que nunca encubre las verdades,
Mostrando claro lo que está en el alma;
Mar donde la tormenta es dulce calma,
Con sólo que se espere
Tenerla en tiempo alguno;
Refrigerio oportuno,
Que cura al desdeñado cuando muere;
En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
Almo, feliz sosiego:
Seguidle luego; que el seguirle es justo.»

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenia, si no fué en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta, que le satisficiese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbaran, porque tomando la mano el amigo de Darinto, dijo:

«En este punto acabo de conoscer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde más se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos más parescen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crescidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que

todas se crian enseñadas; mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las sciencias, que apénas saben disputarse en las nombradas universidades; si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende y á todos se comunica: al caido levanta, al simple avisa y al avisado perfeciona.

—Si conoscieras, señor, respondió á esta sazon Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales córtes y conoscidas escuelas, no te maravillaras de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado de decir; y aunque el desamorado Lenio, por su humildad, ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso, te aseguro que los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tórmes, en loables estudios y discretas conversaciones. Así que, si la plática que los dos han tenido, de más que de pastores te parece, contémplalos como fueron, y no como agora son; cuanto más, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán ménos admiracion, si los oyes, que los que ahora has oido; porque en ellas apascientan sus ganados los famosos y conoscidos Eranio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados; y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce al conoscido Damon, que

presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conoscer el extremo de discrecion y sabiduría.»

Responder queria el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venian dijo á la otra: «Paréceme, señora Nísida, que pues el sol va ya declinando, que seria bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre.»

No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les habia pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero ansí como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas habia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon y Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba, dijo: «Pocos dias há, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oimos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de más lágrimas acompañado y con más sobresaltos referido.

—Por ventura, respondió Darinto, ¿hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nísida?

—No, respondió Elicio; pero ésta que yo digo, en ellas nasció, y en las apartadas del famoso Sebeto fué criada.

—¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero.

—Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que más oirás, si me aseguras una sospecha que tengo.

—Dímela, dijo el caballero; que podria ser se te satisficiese.»

A esto replicó Elicio: «¿A dicha, señor, tu propio nombre es Timbrio?

—No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, por-

que Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazon más oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres.

—Segun eso, tampoco me negarás, dijo Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y áun, por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana.

—En todo has acertado, respondió Timbrio; pero, pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo.

—Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás ántes de muchas horas.»

Todos los que no sabian lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro habia contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon, volviéndose á Elicio: «No entretengas, oh Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio.

—Y áun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dárselas al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio.

—¡Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; y ¿qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi alma, el que yo deseo ver más que otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera, que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos.

—No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon; que el Silerio que Erastro dice, es el mesmo que tú dices, y el que desea saber más de tu vida que sostener y aumentar la suya

propria; porque despues que te partiste de Nápoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita, que poco ménos de una legua está de aquí distante, pasa la más estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mesmo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó, para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad, que te causará admiracion cuando le veas.

—Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio; y así, os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adónde está esa ermita adonde Silerio vive.

—Adonde muere, podrás mejor decir, dijo Erastro; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que ántes que el sol se ponga te pondré con Silerio; mas ha de ser con condicion que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste; que de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes.

—Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque, no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres, y más.» Y volviéndose á las damas que con él venian, les dijo: «Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nísida, se ha rompido el

prosupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos.

—Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me rogueis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena; que ya cada momento que tardare de verle, se me hará un siglo.»

Lo mesmo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio habia dicho, y la que más muestras dió de contento. Sólo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, ántes con un extraño silencio se levantó, y mandando á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido, sin despedirse de ninguno, subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos.

Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quédo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió adonde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos.

En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio, todos quisieron ponerse en camino para la ermita de

Silerio; sino que á la mesma sazon llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurron al hombro y cayado en la mano, la cual, como vió tanta y tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo: «Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efectos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y sospiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las más amorosas lágrimas y profundos sospiros que jamas de ojos y pechos enamorados salieron; acudid pues, pastores, á lo que os digo; veréis cómo con la experiencia de lo que os muestro hago verdaderas mis palabras.» Y en diciendo esto, volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron.

Viendo pues la pastora que la seguian, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: «Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas; porque aquel pastor que allí parece es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad.»

Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pié de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda. El pastor estaba ante ella de rodillas, con un cordel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de

un blanco cendal que encima de los vestidos traia. Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar disgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, la estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél, á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca, tanto, que oyeron al enamorado mozo que en tal manera á la pastora hablaba:

«¡Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurescida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué huyes de quien te sigue? ¿Por qué no admites á quien te sirve, y por qué aborreces al que te adora? ¡Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis sospiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Sí que será posible, pues ansí lo quiere mi corta y desdichada suerte; y áun será tambien posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon, que te adora. Vuelve, pastora, vuelve, y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añudar este cordel á mi garganta ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho.»

Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor,

acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aún volver los ojos á mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba; de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conoscieron; y fué de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora; y ansí, él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarla tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito; ántes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movian: una dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana; añadiendo á éstas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio; el cual, como vió que la pastora era tan enemiga del amor como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su compañía por algunos dias; y así, le declaró cómo él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenian, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no seria más de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era.

Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le

disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le habia movido á irse con aquella pastora; y sin esperar más, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron.

Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora habia pasado, halló que todos aquellos pastores habian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales, así como vieron al desesperado pastor que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro; y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno, la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura, desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato, volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dijo : «¡Ay señora mia, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia! Porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y áun el que ha de dar fin á mis dias.»

Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia; y más lo fué cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todas con Florisa y

Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero áun no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba; que no era sino Galercio, su hermano. «¡Ay traidora Leonarda! respondió Teolinda, y ¿no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora, que le hallo, quieres decir que es tuyo? Pues desengáñate; que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga.

—Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo; que en ese mesmo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra, y áun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen.

—No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza; y así, te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga más cierta de la verdad que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar ó temer que tan presto haya hecho mudanza y me olvide.

—Sosegáos, pastoras, dijo entónces Rosaura; que yo os sacaré presto de la duda en que estais.» Y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba, dando á aquellos pastores cuenta de la extraña condicion de Gelasia y de las infinitas sinrazones que con él usaba.

A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla, que era su hermana, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro, llamado Artidoro, que le parecia tanto, que apénas se diferenciaban, si no era por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas de Henares habia venido; y con éstas le dijo otras particularidades, tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa; y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia; con lo que quedó Teolinda sosegada y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mientes de Galercio de pensar en cosas suyas.

En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: «Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano.

—¿En qué manera? dijo Rosaura.

—Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora.

—De buena gana,» replicó Rosaura. Y apartándose con ella la pastora, le dijo : «Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos.

—Así debe ser,» respondió Rosaura; y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fué avisarles cómo de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas; y juntamente con esto, dió, de parte de Grisaldo, á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél, la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso rescebirlo.

Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos.

A esta sazon, ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que él padecia, cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ellas se venian, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo cómo Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su her-

mano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia; y así, con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diria adónde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que la estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que ántes Galatea á Teolinda habia pedido, que era, que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban.

Lo mesmo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilo y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedídose del venerable Aurelio y de Galatea, Rosaura y Florisa, y así mismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea, iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria. Con este prosupuesto, unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando, al despedirse, ménos al anciano Arsindo, miraron por él, y vieron que sin despedirse de ninguno, iba ya léjos por el mesmo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se

maravillaron; y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas de Occidente, no quisieron detenerse allí más, por llegar á la aldea ántes que las sombras de la noche.

Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por aligerar el cansancio del camino, y áun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al són de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio y á responderle Erastro:

ELICIO.

El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol donde se apura
La blanca castidad, el limpio celo,
Todo lo que es valor, sér y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesía,
Venga á mirar á la pastora mia.

ERASTRO.

Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia,
Más claro que el que sale del Oriente;
Podrá decir cómo su fuego enfria
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay más que ver despues de vellos.

ELICIO.

Y que no hay más que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasion principal de mis enojos.
Vilos, y vi que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaba los despojos

De todas sus potencias á su llama,
Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

ERASTRO.

Que me abrasa y me hiela, arroja y llama
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre sér puede la fama
Hacer extraña y verdadera historia:
Sólo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza más notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del más bajo humilde vuelo.

ELICIO.

La pluma del más bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesía y justo celo
Desta fénix sin par, sola y primera,
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza,
Donde más se extremó naturaleza.

ERASTRO.

Donde más se extremó naturaleza,
Donde ha igualado al pensamiento el arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos subgetos se reparte,
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata, mi enemiga, ha sido.

ELICIO.

La bella ingrata, mi enemiga, ha sido
Quien quiso, pudo y supo en un momento
Tenerme de un sotil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento;
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extiendo el pié y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO.

Llamando dulces tan amargas penas,
Paso la corta fatigada vida,

Del alma triste sustentada apénas,
Y áun apénas del cuerpo sostenida.
Ofrecióle fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida.
¿Qué gusto, pues, qué gloria ó bien se ofrece,
Do mengua la esperanza y la fe crece?

ELICIO.

Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,
Que sólo confiado en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

ERASTRO.

El mísero doliente, á quien subjeta
La enfermedad y aprieta, se contenta,
Cuando más le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera ligero breve alivio;
Mas cuando ya más tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera:
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y más cosas demanda que primero.

ELICIO.

Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida, que se acerca.

ERASTRO.

Y el aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO.

Pongamos, pues, silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que más el camino se alargara, por gustar más del agradable canto de los enamorados pastores; pero

el cerrar de la noche y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mesmo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon y los demas pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea. Sólo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

273

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Págs.
Advertencia preliminar sobre la presente edicion.	V
Vida de Miguel de Cervántes Saavedra.	VII
Nuevas Investigaciones acerca de la vida y obras de Cervántes. .	LIII
Notas á las mismas Investigaciones.	LXXXI
La Galatea.	
Dedicatoria.	CLXV
Prólogo á los curiosos lectores.	CLXVII
Libro primero.	1
Libro II.	65
Libro III.	133
Libro IV.	197

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

Muy P.º Señor

Escribi a V. Mg. los dias pasados lo q. Sami Secto en la cobrança q. Por mandado de V. Mgd. vine a saber delas fincas de las tercias y alcabalas de algunos lugares deste Reyno de granada y aun se quedo Partidas contenidas en mi comision q. fueron la de la casa de la moneda de granada y la de Motril y Salobrena y al muenecar Sanuan salido muertas Porque estauan y a Pagadas delas demas q. son Baça gudix Aguela de granada y lo q. e cobrado y el dinº dellas excepto dos mil Reales e embiado en poliza segura a esa corte Remitidas A Alonso Perez de Zayna Criado del licenciado laguna. despues a de estado en velez malaga por estar la Tierra apretada y los Receptores no poder cobrar delos arrendadores me e contentado de tomar cedulas del dinº para su q. me lo daran dentro de veinte dias no me queda. Por abrumes de la Partida de Ronda q. son quatro. mis. asi me acabado el termino V. Mg.d se a seruido de que se me den veinte dias mas en el qual abre acabado conto de y pre aentiga el dinº con de se me mande Puedese me enbiar el despacho a Malaga donde quiera que pareciere (Vrº)

Miguel de Urbanes
Saauedra

277

OBRAS DE CERVANTES,

DEDICADAS Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

LISTA DE Sres. SUSCRITORES.

	Ejemplares.
S. M. la Reina Madre D.ª María Cristina de Borbon.	1
Sermo. Sr. Infante D. Sebastian Gabriel de Borbon y Braganza.	6
Excmo. Sr. Duque de Rianzares.	1
Excma. Sra. Condesa viuda de Velle.	1
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal, de la Real Academia Española.	1
Sr. D. Manuel Remon Zarco del Valle.	1
Sr. D. Andres Isidro Breton Martinez, para sí y sus amigos.	7
Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo.	1
Excmo. Sr. Marqués de Morante.	1
Excmo. Sr. Marqués de Molins, de la Real Academia Española.	1
Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, de la Real Academia Española.	1
Sr. D. Florencio Janer.	1
Ministerio de Fomento.	1
Biblioteca Nacional.	1
Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, de la Real Academia Española.	1
Sr. D. José María Alava y Urbina, de Sevilla.	1
Sr. D. Juan Cortázar.	1
Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.	1
Sr. D. Cipriano Lopez Martinez, de Cádiz.	1
Excmo. Sr. Duque de Rivas, de la Real Academia Española.	1

	Ejemplares.
Excmo. Sr. Brigadier D. Francisco Parreño Lobato de la Calle.	1
Sr. D. Teodomiro Ibañez.	1
Sr. D. Manuel Vidal Ramon, de Barcelona.	1
Sr. D. José de Palacio y Vitery, de Bilbao.	1
Sr. D. Francisco de Azurmendi, de idem.	1
Sr. D. N. Delmonte.	1
Sr. D. Juan Valera, de la Real Academia Española.	1
Sr. D. Celestino Ortiz y Herrero, de Zaragoza.	1
Sr. D. Pascual de Gayangos.	1
Excmo. Sr. Marqués de Salamanca.	1
Sr. D. Ignacio Bauer.	1
Sr. D. Miguel Lobo, Capitan de navío.	1
Sr. D. Guillermo Ravina.	1
Sr. D. Francisco de Moya, de Málaga.	1
Excmo. Sr. D. José de Sierra.	1
Sr. D. Fernando de Castro.	1
Real Academia Española.	1
Sres. Williams et Norgate, de Lóndres.	1
Sr. D. Enrique Lemming.	2
Sr. D. Antonio Charlain.	1
Robert S. Turner, Esquire.	1

NOTA. Al final del tomo XII, último de esta Coleccion, se insertará la lista de los Señores que se suscriban hasta aquella época.

BINDING SECT. JUN 5 1964

29036

Author Cervantes Saavedra, Miguel de

Title Obras. Vol. 1

C419 1863-4 Ls.

DATE

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED